

José Luis Capilla Lasheras

# Diario de un aprendiz de maestro



MUSEO PEDAGÓGICO DE ARAGÓN



## **Diario de un aprendiz de maestro**

PUBLICACIONES DIGITALES DEL  
MUSEO PEDAGÓGICO DE ARAGÓN

Nº 1

© de la introducción: Antonio Viñao Frago

© del diario: José Luis Capilla Lasheras

Fecha de edición: mayo de 2013

Edita: Gobierno de Aragón

Departamento de Educación, Universidad, Cultura y Deporte

**Museo Pedagógico de Aragón**

Plaza Luis López Allué, s/n

22001 Huesca

[museopedagogico@aragon.es](mailto:museopedagogico@aragon.es)

[www.museopedagogicodearagon.com](http://www.museopedagogicodearagon.com)

Maquetación y diseño: Juanpalomo

ISBN: 978-84-695-7563-5

Depósito Legal: HU 56-2013

---

*Queda prohibida, salvo excepción prevista por ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.*

---

**José Luis Capilla Lasheras**

# **Diario de un aprendiz de maestro**

Introducción:

**Antonio Viñao Frago**



PUBLICACIONES DIGITALES DEL  
MUSEO PEDAGÓGICO DE ARAGÓN



## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| Acerca del autor                              | 9   |
| Presentación. Víctor Juan                     | 11  |
| Introducción. Antonio Viñao Frago             | 13  |
| Diario de un aprendiz de maestro              |     |
| Ansó, 2005-2006                               | 37  |
| Peñarroya de Tastavíns, 2006-2007 y 2007-2008 | 95  |
| Zaragoza. Jean Piaget, 2008-2009 y 2009-2010  | 201 |
| Ansó, 2010-2011 y 2011-2012                   | 263 |



## José Luis Capilla Lasheras



Nació en Zaragoza (1980), aunque suele decir que se siente oscense. En realidad se siente de todos los lugares por los que ha pasado, que ya son muchos. Es maestro y licenciado en Educación Física. Ha trabajado en las tres provincias aragonesas, en escuelas grandes y pequeñas, en centros concertados y después en la escuela pública, también en el magnífico centro de educación especial Jean Piaget.

Escribe para comprender mejor los temas sobre los que escribe; escribe, principalmente, porque le gusta hacerlo y se siente bien cuando lo hace.

Probablemente su única certeza son sus dudas: tras treinta y tres años la vida le parece absolutamente sorprendente. Todos los días sale de casa contento por compartir las horas con niños cuyo mundo suele tener más sentido que el de los adultos. Una de sus mayores ilusiones en la elaboración de este libro es poder mostrarlo a sus antiguos alumnos.



## Presentación

Este Diario de un aprendiz de maestro es la crónica de un viaje iniciático. A lo largo de estas páginas acompañaremos a un maestro en la no siempre apacible travesía de los primeros siete años de su ejercicio profesional por tres lugares distintos de Aragón (Ansó, Peñarroya de Tastavíns y Zaragoza).

Este diario es el diario de un maestro común y, al mismo tiempo, de un maestro extraordinario. Tenemos que agradecerle a José Luis Capilla que haya reunido centenares de páginas que nos permiten asomarnos a la vida cotidiana de un maestro. Compartiremos sus dudas, sus momentos de desánimo, sus ilusiones y su optimismo.

Este diario admite múltiples lecturas y ese es, precisamente, uno de sus valores. A estas páginas se acercarán los especialistas en Didáctica, en formación del profesorado, los interesados en la teoría curricular y la planificación, los que investigan el pensamiento del profesor o la relación entre la teoría y la práctica, y, en general, quienes pretendan entender un poco mejor el trabajo que los maestros realizan en las escuelas. *Diario de un aprendiz de maestro* es un libro particularmente atractivo para los estudiantes que se están formando para ser maestros.

Este diario es un manual de supervivencia para maestros que empiezan. José Luis Capilla comparte sus incertidumbres, sus inquietudes, sus deseos de hacer bien su trabajo, la ansiedad ante situaciones como el concurso de traslados o la evaluación de los escolares.

Este diario es una crónica personal de la educación aragonesa. En sus páginas encontramos referencias a los grandes programas del departamento de Educación del Gobierno de Aragón, a los problemas con los que se encuentran los maestros, a la escuela rural y a la escuela urbana. En buena medida *Diario de un aprendiz de maestro* ya puede

ser utilizado como fuente para la historia de la educación más contemporánea. Dentro de unas décadas tendrá un incalculable valor tal y como ha ocurrido con los diarios, memorias, dietarios o epistolarios escritos por maestros, profesores, inspectores o responsable de la política educativa que el profesor Antonio Viñao ha estudiado en las últimas décadas.

Este diario es, por encima de todo, un libro esperanzador, un libro en el que el autor sostiene que el suyo es un hermoso oficio, que es feliz con su trabajo, que tiene una profesión gratificante. Este mensaje es hoy más necesario que nunca.

Con *Diario de un aprendiz de maestro* el Museo Pedagógico de Aragón inaugura la colección «Publicaciones Digitales del Museo Pedagógico de Aragón», un proyecto que nos hace sentir la emoción de los pioneros, la ilusión de quienes transitan un camino por primera vez.

Víctor Juan  
Director del Museo Pedagógico de Aragón

## Introducción

Antonio Viñao Frago  
Universidad de Murcia

Un diario «debe estar escrito al hilo de los días y de los sucesos vividos, sin otro plan que intentar apresar en sus páginas el paso del tiempo y el poso que éste va dejando en el escritor»<sup>1</sup>. El diario como género textual es, pues, una sucesión de anotaciones más o menos extensas —desde la nota o apunte suelto a varias páginas— escritas sobre la marcha, al hilo de los acontecimientos, con mayor o menor frecuencia o regularidad a lo largo de un período determinado. En cuanto al contenido, captan o se refieren a momentos diversos de la existencia e incluyen referencias a sí mismo, a otros, a instantes o situaciones concretas, a lo cotidiano y a lo general, a lo privado y a lo público. Salvo que sean objeto de reelaboración posterior, suelen tener un carácter fragmentario o discontinuo. El peso de la realidad inmediata, aún viva, sobre o a partir de la que se escribe, y la ausencia de perspectiva temporal, de distanciamiento respecto de lo narrado, dan a los diarios una cierta espontaneidad y viveza, si bien al precio de incluir detalles o aspectos que posteriormente pueden parecer irrelevantes o anecdóticos, incluso al mismo autor.

Más allá de esta caracterización tan amplia, caben fórmulas diarísticas de diverso signo. Por de pronto, los especialistas en el tema distinguen los «diarios», adjetivados como «íntimos», en los que se ponen «por escrito las tribulaciones, inquietudes o certezas más personales», de los «dietarios» en los que «el “yo” o “yoes” del diarista se constituyen en sus referencias más externas y públicas,

<sup>1</sup> Manuel Alberca, *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo*, Oiartzun (Gipuzkoa), Sendoa, 2000, p. 14.

sean éstas de carácter social, político o intelectual»<sup>2</sup>. Asimismo, habría que distinguir aquellos diarios o dietarios que se escriben sin el propósito de que sean publicados, es decir, para sí mismo y un uso personal —con independencia de que después se publiquen o no—, de aquellos en los que el diarista o dietarista tiene en la mente la idea de su publicación —tenga o no lugar posteriormente—.

### *El género diarístico y el profesorado*

No abundan mucho en España, por desgracia, las autobiografías, memorias y diarios de profesores y maestros; al menos los publicados<sup>3</sup>. Por lo que a los diarios respecta, si dejamos a un lado aquellos escritos por futuros profesores cuando eran alumnos<sup>4</sup>, y el recurso al diario como género literario para la escritura de una “ficción autobiográfica” o «novela de su propia vida», que es el Diario de una maestra de Dolores Medio<sup>5</sup>, son pocos los diarios publicados. Entre los más conocidos, por la relevancia de quienes los escribieron, se hallan los de María Sánchez Arbós<sup>6</sup> y el Padre Manjón<sup>7</sup> aunque es indudable que pueden citarse otros<sup>8</sup> y que muchos otros habrán quedado sin pasar a la letra impresa.

Sí abundan, por el contrario, aunque escaseen los que han llegado hasta nosotros, los diarios profesionales. Es decir, aquellos escritos por exigencias de la actividad docente o de algún otro tipo de actividad formativa escolar o extraescolar.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pp. 15-16.

<sup>3</sup> Sobre el particular, remito a mis trabajos «Las autobiografías, memorias y diarios como fuente histórico-educativa: tipología y usos», en Julio Ruiz Berrio (ed.), *La cultura escolar en Europa. Tendencias históricas emergentes*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 169-204, «Relatos y relaciones autobiográficas de maestros y profesores», en Agustín Escolano Benito y José M<sup>a</sup> Hernández Díaz (coords.), *La memoria y el deseo. Cultura de la escuela y educación deseada*, Valencia, Tirant lo Blanc, 2002, pp. 134-175, «Memoria escolar y guerra civil. Autobiografías, memorias y diarios de maestros y maestras», *Cultura Escrita & Sociedad*, 4, 2007, pp. 171-202 y «Autobiografías, memorias y diarios de maestros y maestras en la España contemporánea (siglos XIX-XXI)», *Cultura Escrita & Sociedad*, 8, 2009, pp. 183-200.

<sup>4</sup> José Gavira Martín, «Diario de un estudiante del Instituto San Isidro de Madrid (1920-1921)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, t. IX, 1973, pp. 521-613.

<sup>5</sup> Covadonga López Alonso, «Introducción», en Dolores Medio, *Diario de una maestra*, Madrid, Castalia, 1993 [1961], pp. 7-60 (citas en pp. 51 y 52).

<sup>6</sup> María Sánchez Arbós, *Mi diario*, México, Tipográfica Mercantil, 1961, y Zaragoza, Gobierno de Aragón y Caja Inmaculada, 2006, 2<sup>a</sup> edición ampliada.

<sup>7</sup> *Diario del P. Manjón, 1895-1905*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1973.

<sup>8</sup> Por ejemplo, los «fragmentos escogidos» (1921-1933) del diario de Bernardí Lite Esteban, publicados, con el subtítulo de «vivencias de un maestro», en Salomó Marqués, *L'exili dels mestres (1939-1975)*, Girona, Universitat de Girona, 1995, pp. 341-352.

Entre los primeros se hallan: a) los diarios o cuadernos de preparación de lecciones, que habría que considerar más bien una especie de programación o agenda prospectiva; b) los diarios de clase, en los que se recoge y resume, día a día o con otros intervalos más o menos periódicos, lo realizado en el aula<sup>9</sup>; y c) los diarios de prácticas, redactados por profesores en prácticas, a modo de memoria en la que se da cuenta de lo acaecido, visto o realizado en el aula y en el centro docente. Estos tres tipos de diarios incluyen además, en ocasiones, consideraciones concretas sobre el nivel, marcha o modo de funcionar de la clase. Constituyen, como es obvio, la fuente documental que más se acerca y nos aproxima —en especial en el segundo caso—, a las prácticas o realidad cotidiana del aula. Mucho más, por supuesto, que los libros de texto, las programaciones de curso o los informes de los inspectores.

No parece haber existido en España, como sucedió en Francia entre 1866 y 1881<sup>10</sup>, disposición legal alguna que obligara a los maestros o profesores a llevar un diario en el que se recogiera el trabajo cotidiano en el aula. Recomendaciones para su redacción pueden hallarse, sin embargo, en la gran mayoría de los manuales de pedagogía o textos escritos para los maestros, en especial a partir de los primeros años del siglo XX. Incluso con modelos a seguir. Este sería el caso, por ejemplo, de *La senda (consejos a un maestro nacional)*, del inspector Joaquín Salvador Artiga, que en su primera edición de 1922 incluía un modelo de cuaderno de preparación de lecciones, y otro de diario del maestro, distinguiendo, en este último, entre una parte relativa al «mundo», que sería sustituida en la segunda edición de 1934 por «el pueblo o localidad», y otra referente a la escuela<sup>11</sup>. Asimismo, en 1936, el *Diccionario de pedagogía* de la editorial Labor, distinguía, en la voz «Diario de clase», entre el «diario» o «libro de clase» en sentido estricto, con

<sup>9</sup> Por ejemplo, el redactado por Jesús Gómez Chaparro, escrito entre el 26 de febrero y el 18 de junio de 1934, y reproducido en Antonio Molero Pintado, *El Diario escolar de Jesús Gómez Chaparro. Crónica apasionada de un Maestro*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2007.

<sup>10</sup> Pierre Giolitto, *Naissance de la pédagogie moderne, 1815-1879*, Grenoble, CNDP, 1980, t. II, pp. 416-429.

<sup>11</sup> Joaquín Salvador Artiga, *La senda (consejos a un maestro nacional)*, Gerona, Dalmau Carles, Pla, editores, 1922, pp. 286-306, y 2ª edición, corregida y aumentada, 1934, pp. 294-317.

anotaciones realizadas diariamente, después de cada clase, sesión o jornada lectiva, y la «crónica semanal», con anotaciones escritas por lo general durante el fin de semana, indicando, además, cuáles eran o debían ser los epígrafes más usuales del mismo<sup>12</sup>.

Con independencia de este tipo de diarios, de índole formal o burocrática, la práctica diarística personal de algunos maestros ha sido, en ocasiones, un recurso didáctico que ha permitido o ha sido la base de la presentación posterior, en forma de libro o artículo, del quehacer escolar o de una experiencia determinada en el aula o en el centro docente<sup>13</sup>.

Ejemplos de diarios realizados con motivo de otras actividades formativas o escolares serían los escritos a partir de algún viaje escolar o pedagógico, o los tan usuales diarios de colonias escolares en los que, día a día, los maestros responsables daban cuenta de lo sucedido y de las actividades realizadas —juegos, visitas, excursiones y paseos, alimentación, baños, progresos educativos, físicos e higiénicos, incidencias diversas, etc.—.<sup>14</sup> Por último, hay circunstancias concretas, impredecibles, que pueden dar origen a una serie de anotaciones separadas en el tiempo en función del propósito perseguido, de las que, por su impredecibilidad, es imposible dar cuenta<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> Luis Sánchez Sarto (dir.), *Diccionario de Pedagogía*, Barcelona, Editorial Labor, 1936, t. I, pp. 901-902.

<sup>13</sup> Dos buenos ejemplos serían los libros de Carmen Díez Navarro, *Un diario de clase no del todo pedagógico. Trabajo por proyectos y vida cotidiana en la escuela infantil*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1999, e Isabel Agüera Espejo-Saavedra, *Diario de una maestra y de sus cuarenta alumnos*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.

<sup>14</sup> Algunos de los diarios de las colonias escolares organizadas por la Institución Libre de Enseñanza fueron, por ejemplo, recogidos en su *Boletín* o publicados de modo independiente. Asimismo, los «diarios» de las dos colonias escolares organizadas en el verano de 1907 por el Ayuntamiento de Cartagena, redactadas por los dos maestros responsables de las mismas, Martí Alpera y Martínez Muñoz, y los de las colonias de 1929 y 1934, de su maestro-director Valerio Bacaicoa Provedo, se recogen en el libro de Pedro Luis Moreno, *Educación, salud y protección a la infancia. Las colonias escolares de Cartagena, 1907-1936*, Cartagena, Editorial Aglaya, 2000.

<sup>15</sup> En nuestra biblioteca-archivo obra, por ejemplo, un bloc con anotaciones muy precisas de un maestro de una escuela de Murcia, redactado durante la década de los 60, sobre la puntualidad y ausencias del director. Dicho bloc, que contiene asimismo algunas consideraciones sobre las actividades y la marcha de la escuela, fue escrito, al parecer, para demostrar, en caso necesario, las impuntualidades y ausencias del director de quien, en un momento determinado, se afirma que «se va cuando quiere y viene cuando le parece».

*El diario de un aprendiz de maestro*

El Diario de un aprendiz de maestro de José Luis Capilla Lasheras se halla a medio camino, según la distinción establecida, entre el diario y el dietario —ofrece párrafos encasillables en uno u otro—, y se escribió con la intención de hacerlo público. Es más, al escribirse y difundirse en un blog, puede afirmarse que llevaba en sus genes el carácter publicable: se iba haciendo público casi conforme se escribía.

Como el mismo autor advierte, prácticamente un año después de su comienzo, «el objeto inicial [del diario] se refería a nuestro día a día escolar, a sus inquilinos, a nuestros problemas y avatares. Pero ahora siento que este día a día es tan desconcertante que ya no sé si estoy hablando de la escuela, de mí o de nada» (21 de septiembre de 2006). Una evolución que tres años más tarde confirma: «lo que comenzó como un blog pedagógico fue, poco a poco, compartiendo contenidos con otros intereses personales» (20 de abril de 2009). Intereses, añadiría yo, relacionados no sólo con sentimientos y emociones, sino también con juicios, en general valorativos, sobre diversos temas de actualidad de índole educativa, social, política o cultural.

En total son siete los cursos académicos que cubre el diario (octubre 2005-junio 2012). En cuanto a la periodicidad con que está escrito, no hay un día fijado, ni una regularidad determinada. La entradas oscilan entre uno y seis o siete días, un intervalo que puede incrementarse en períodos vacacionales. El diario se inicia en Ansó, localidad en la que José Luis Capilla obtiene su primer destino provisional en prácticas para el curso 2005-2006, y termina asimismo en Ansó, al finalizar el curso 2011-2012, donde había sido de nuevo destinado el curso anterior. En medio quedan los destinos como maestro en Peñarroya de Tastavíns (2006-2007 y 2007-2008) y el Colegio de Educación Especial Jean Piaget de Zaragoza (2008-2009 y 2009-2010)<sup>16</sup>. Esta movilidad profesional tan típica de los primeros años de la carrera docente —que, como casi, todo, tiene sus pros y contras—, es la que, ya al final del diario, le lleva a decir que, gracias a ello, había adquirido «una completa visión de la escuela

<sup>16</sup> Con anterioridad, Capilla nos dice que había sido monitor de comedor en el colegio público Doctor Azúa de Zaragoza, así como de gerontogimnasia en Huesca, y profesor de la ESO en el colegio concertado La Anunciata de Zaragoza. Esta última experiencia docente, según nos indica él mismo, constituyó una auténtica pesadilla.

aragonesa, pues habré trabajado en escuelas de todos los tamaños posibles, en las tres provincias, e incluso en educación especial. Es la contrapartida a no poder conseguir nunca resultados a medio y largo plazo. Al eterno comienzo. Maestro migratorio, como las queridas grullas» (15 de mayo de 2012).

Uno de los aspectos a destacar del diario es que su inicio coincide con el de la docencia como maestro en una escuela pública. Lo usual, en otros casos, es que la actividad diarística comience cuando ya se llevan varios años como docente. Esta peculiaridad permite conocer una parte de la vida profesional que por lo general se halla ausente en otros diarios, salvo que sea objeto de una rememoración posterior, en cuyo caso nos hallamos ante unas páginas autobiográficas o memorialísticas que se añaden, como inicio, al diario. Por otra parte, a diferencia de las memorias o autobiografías donde, por tratarse de una reconstrucción posterior, todo parece encajar en un relato coherente, cerrado, lineal y sin contradicciones, los diarios ofrecen una visión de la tarea u oficio de enseñar llena de momentos de duda e incertidumbre, de reflexiones cambiantes en función del contexto y circunstancias. No estamos, pues, ante un texto elaborado con posterioridad a lo narrado, sino, como antes dije, escrito sobre la marcha y al hilo de los acontecimientos.

Por último, otro aspecto relevante del diario es que su duración permite captar la evolución de las ideas y de la percepción o juicio del autor hacia su tarea y profesión, y hacia sí mismo como maestro. Prácticamente al final —el 25 de abril de 2012— relee lo escrito a lo largo de casi siete años de diario y comenta: «En muchos casos apenas recuerdo muchas situaciones descritas o acciones realizadas. Me sorprende releer mi ilusión de los primeros meses. ¿Cuánta habré perdido en este tiempo? Me sorprende también la estupidez que adorna muchos juicios. Especialmente hay una época oscura en la que aún no había comprendido que es más fácil mejorarse uno mismo que cambiar el mundo». Y en la anotación siguiente, al reflexionar sobre las causas de la menor «complicidad» alcanzada ese último curso con los alumnos, añade: «al releer este diario desde el año 2005, me doy cuenta que he cambiado de un modo que había pasado desapercibido en la continuidad del día a día y me planteo qué consecuencias genera en el grupo el maestro distinto que soy respecto al que comenzó a trabajar» (5 de mayo de

2012). Consecuencias que no sabe si achacar a una menor ilusión suya, a la mayor distancia generacional con los alumnos o a las negativas influencias del contexto familiar y social en el que se desenvuelven y educan las nuevas generaciones.

La evolución y las diferentes fases de la vida profesional de los profesores y maestros han sido objeto de diversos estudios<sup>17</sup>. Frente a la fase final, en la que priman el desasimio, la desinversión y un cierto distanciamiento emocional en relación con el mundo de la enseñanza, otros profesores y el alumnado, los primeros años, como sucede en todos los comienzos de una actividad profesional, suelen ser contradictorios. Si, por un lado, la incorporación a la vida docente implica la posible construcción de un espacio propio y el reconocimiento de la participación personal en el mundo de la enseñanza, por otro, las expectativas, aspiraciones, ilusiones y proyectos de estos primeros años han de conciliarse con las estructuras socio-profesionales existentes, con las demandas y rasgos que caracterizan los contextos familiares, sociales y culturales en los que la tarea se desenvuelve, y con el marco político y legal que da forma y organiza la profesión docente. Los primeros años, además, son años con destinos provisionales, mudanzas de localidad o centro docente que añaden inseguridad e incertidumbre, y que exigen procesos de adaptación a situaciones nuevas. Las reacciones individuales pueden ir —en función de la forma de ser o carácter personal, del contexto y de las circunstancias— desde quienes toman el mundo profesional tal y como es, intentando sobrevivir y adaptarse, a quienes se rebelan contra el mismo intentando construir, si quiera en parte, otros mundos posibles.

Por si eso no fuera suficiente, todo se hace más difícil y produce un choque brutal con la realidad si, como sucede en el caso español, a) en la formación recibida no entran los aspectos prácticos del oficio y arte de enseñar; b) los inicios se hacen sin tutoría o apoyo alguno por parte de quienes dominan y conocen el oficio; y

<sup>17</sup> M. Huberman, *La vie des enseignants*, Paris, Delachaux & Niestle, 1984, Maria Helena Cavaco, «Oficio do professor: o tempo e as mudanças», en António Nóvoa, (orgz.), *Profissão professor*, Porto, Porto Editora, 1991, pp. 155-191. Todo intento de poner nombre y caracterizar las distintas fases de la vida o carrera docente implica, como es obvio, recurrir a la metodología de los tipos ideales en el sentido weberiano. Se trata de caracterizaciones o tipologías generales en las que cada caso individual encaja en mayor o menor medida en alguna de ellas.

c) los modos de distribuir los trabajos, clases y horarios en los centros docentes originan que, en muchos casos, los nuevos y recién llegados tengan que hacerse cargo de lo que los veteranos han desechado.

En síntesis, este período de tensiones, desequilibrios, inestabilidades, de ajustes continuos a las expectativas y aspiraciones profesionales, suele ser también un período de desarrollo personal y social acelerado y, por ello, de cierto egocentrismo, así como de construcción de un entorno afectivo y familiar estable. En contrapartida, la preferencia del alumnado por los profesores jóvenes facilita el establecimiento de relaciones más próximas con ellos, casi fraternales, o en todo caso amistosas, que frecuentemente permanecen en el tiempo y que suelen ser recordadas y vividas por los profesores como experiencias muy gratificantes<sup>18</sup>.

### *Rasgos personales y profesionales del diarista*

De forma explícita o implícita todo diario muestra los rasgos que definen a quien lo escribe desde el punto de vista personal, y en relación con el tema o temas objeto del mismo. En este caso, no solo se hace de forma explícita y en repetidas ocasiones, sino que es prácticamente imposible disociar ambos aspectos, el personal y el profesional.

José Luis Capilla suele ser exigente y poco complaciente consigo mismo<sup>19</sup>. En momentos quizá de cierto desencanto, se autodefine, al final del diario, como «un poco lento» (29 de marzo de 2012), y algo bipolar o ciclotímico (29 de febrero de 2012). No es para tanto. Simplemente, se trata de alguien emotivo, sensible, que en efecto puede pasar, sin casi transición, de instantes o episodios de plena satisfacción y alegría, que el mismo califica de mágicos o poéticos —sea como maestro, sea cuando se halla inmerso en la naturaleza— a otros de desilusión, tristeza, desencanto, desesperación e insatisfacción consigo mismo o con el alumnado, las familias, la administración, el entorno o las injusticias y desigualdades sociales. Por otra parte, reflexiona, piensa —¡lee!— y duda. No he efectuado un recuento específico, pero estoy seguro de que la palabra duda/s es una de las más presentes en el diario, tras las de niño/s, escuela y otras

<sup>18</sup> Maria Helena Cavaco, «Ofício do professor: o tempo e as mudanças», op. cit., pp. 162-165 y 178-179.

<sup>19</sup> Las observaciones que siguen se realizan solo a partir del diario, puesto que se escriben sin un conocimiento personal del autor del mismo y, por supuesto, tienen un sesgo subjetivo.

de índole similar. Un apunte efectuado el 1 de febrero de 2009 resume, en un momento crítico, esa propensión a la incertidumbre: «Dudas infinitas y recurrentes, dudas sobre todo, dudas amables y dudas duras. Dudas sobre la propia duda, sobre mí, sobre las personas y sobre el mundo. Dudas. Dudas que cada día me dificultan para hablar sobre casi cualquier cosa, puesto que no cuento con la certeza para decir casi nada».

Desde un punto de vista estrictamente profesional, Capilla, que no solo ha cursado magisterio sino también la licenciatura de Ciencias de la Actividad Física y del Deporte, se define como lo que dice que solo sabe ser: un maestro rural o de pueblo. Incluso en el colegio de educación especial donde estuvo destinado durante dos cursos, aclara, «fui un maestro de pueblo (la cercanía de los niños y las familias, la dosis necesaria de cariño y afecto eran aspectos muy cercanos a la escuela rural)» (26 de mayo de 2012). Las páginas del diario revelan la identificación y preferencias del diarista por el mundo rural y muestran lo que los Centros Rurales Agrupados (CRAs) y los Centros Rurales de Innovación Educativa (CRIEs) —que califica como «una de las mejores ideas pedagógicas que conozco» (23 de mayo de 2011)— han significado en la renovación y mejora de la educación en el mundo rural aragonés<sup>20</sup>.

Capilla es un maestro rural, especialista en educación física —de ahí las abundantes páginas dedicadas a este campo o materia—, que precisa adentrarse en la naturaleza, perderse en ella, que posee una clara conciencia de pertenecer a ella, así como una concepción trascendente y holística de la misma que combina rasgos materialistas —racionales, científicos— con otros espirituales o panenteístas de índole emocional. Dicha concepción aflora en su «pasión frustrada por la biología» (26 de octubre de 2005), en las clases de dibujo al aire libre, en la lectura de poemas con sus alumnos en medio de un bosque o, sobre todo en la enseñanza de las ciencias mediante excursiones y salidas —la escuela fuera de la escuela: observaciones astronómicas, de

<sup>20</sup> La lectura del diario debe ser completada, en este punto, con las páginas dedicadas en el libro de Jaume Carbonell *Viaje por las escuelas de Aragón* (Barcelona, Wolters Kluwer, 2010) al CRA Ariño-Alloza y el CRIE de Calamocho, así como al texto de Salvador Berlanga, titulado «La escuela rural en Aragón: laboratorio de innovación», también incluido en el mismo.

plantas u otros seres vivos— y la incorporación a la escuela de objetos y seres del exterior —el medio o entorno en la escuela: las colecciones naturalistas—. Si a ello se une el rechazo físico y moral del mundo urbano, una y otra vez presente, y los sentimientos de compasión ante el sufrimiento y de rebeldía ante la injusticia o la maldad que surgen, aquí y allá, en el diario, junto con otros aspectos de su concepción de la enseñanza como, por ejemplo, el rechazo de los libros de texto, nos hallamos ante un claro «rusoniano» que quizá no tiene conciencia de serlo. Ante un maestro que se inserta por razones genéticas, ya que no por la formación recibida, en una tradición pedagógica etiquetada en los manuales de naturalista, cuyo representante más genuino fue también, como Capilla, un apasionado de la botánica y un «paseante solitario»<sup>21</sup>.

El diarista es, además, un lector habitual que hace leer. Son continuas en el diario las referencias a los libros que lee, a los que los alumnos leen o a los que pide o adquiere para la biblioteca escolar, así como a las actividades de lectura y escritura en la escuela. Es además, e intenta que sus alumnos lo sean, un lector crítico e intensivo: lee para pensar y reflexionar. Las lecturas le marcan, dejan huella, le remueven y le convierten en alguien «muy distinto» (27 de marzo de 2008)<sup>22</sup>. «Sin mis libros —escribe en otro momento— yo no soy nada, (...) soy lo que ellos me han enseñado o sugerido, y (...) sin ellos me sentiría como si hoy hubiera acudido a la reunión de padres en calzoncillos» (28 de septiembre de 2010).

<sup>21</sup> Me refiero, como es obvio, a esa obra póstuma de Rousseau, complemento de sus *Confesiones*, que fue *Las ensoñaciones del paseante solitario*. Que Capilla no sea consciente de que forma parte de una tradición pedagógica determinada, con diferentes formulaciones y adaptaciones históricas, se deduce de lo que dice sobre sus lagunas formativas en el ámbito de la historia en general, de la historia de la educación en particular y, dentro de ella, de la de su oficio de maestro (9 y 23 de enero de 2005). Influidos en buena parte por las actividades del Museo Pedagógico de Aragón, sus referentes históricos explícitos son Palmira Plá, Ramón Acín, María Sánchez Arbós, Paco Ponzán, Santiago Hernández, Ferrer Guardia y la Institución Libre de Enseñanza. A dicha relación ya puede añadir, entre otros, a Rousseau y Tolstoi.

<sup>22</sup> En cuanto a la distinción entre lecturas intensivas y extensivas, remito a lo dicho en «Modos de leer, maneras de pensar. Lecturas intensivas y extensivas», en *Història / històries de la lectura*, XXIV Jornades d'Estudis Històrics Locals y XVII Jornades d'Història de l'Educació dels Països de Llengua Catalana, Palma de Mallorca, Institut d'Estudis Baleàrics, 2005, pp. 123-138. Traducido al catalán («Maneres de llegir, maneres de pensar. Lectures intensives y extensives») e inglés («Ways of reading, ways of thinking. Intensive and extensive reading»), en *Oohéee. Estudis sobre la creació i edició infantil y juvenil*, 2, 2006, pp. 46-68.

Capilla posee una mente reflexiva y narrativa, algo inusual en tiempos de fragmentación, sobreinformación y flashes cada vez más veloces. Es muy difícil saber si ello es así porque ha hecho de la lectura intensiva una actividad habitual, o viceversa. Sea lo que sea —ambos rasgos cognitivos se refuerzan— esa mentalidad narrativa se aprecia en la misma decisión de escribir un diario, en el reenvío que en él se hace a lo dicho anteriormente, en su talante vital —precisa dar un sentido de futuro a lo que hace— y, cómo no, en su actividad profesional como maestro. En lo que al diario se refiere, su escritura le permite conocerse a sí mismo. En último término, la práctica diarística constituye una especie de autoanálisis con finalidad psicoterapéutica, cuya realización le proporciona una identidad entre personal y profesional, y da un sentido narrativo —un antes, un presente y un después en estrecha relación— a su existencia.<sup>23</sup>

Desde un punto de vista profesional, Capilla puede ser definido como un maestro con dedicación no completa a su labor, sino total o exclusivísima. Vive, piensa y siente por y para la escuela y los niños. No solo, todo hay que decirlo, porque carece en estos años de obligaciones familiares o de otra índole, sino sobre todo porque, allí donde va, establece con los niños y niñas de su clase —y de otras clases— unas relaciones que van mucho más allá de las que se derivan de la estricta enseñanza de unos saberes determinados en unos días y horas previamente fijados. Capilla sabe que dicha enseñanza solo es posible cuando se crea una relación de complicidad y emocional con los alumnos que genera, en la clase, un ambiente distendido, alegre y agradable (9 de noviembre de 2010). Y que ello implica no solo unos objetivos y modos determinados de enseñar y aprender, sino también compartir con los niños y niñas las horas extraescolares. Puede decirse que el diarista es maestro las 24 horas del día durante los 365 días del año. Y que sigue manteniendo un intercambio epistolar con sus ex-alumnos porque, en el fondo, sigue considerándose maestro de quienes un día compartieron con él el aula de clase. Nada extraño en quien confiesa sentirse

<sup>23</sup> Sobre la relación entre narración y educación, así como entre historias de vida o textos auto-referenciales e identidades profesionales en el ámbito educativo, véanse, aun partiendo de enfoques diferentes, Demetrio Duccio et alii, *Educare è narrare. Le teorie, la pratische, la cura*, Milano, Mimesis Edizioni, 2012, y algunos de los trabajos incluidos en Ivor F. Goodson, *Learning, Curriculum and Life Politics*, Abingdon, Routledge, 2005.

más a gusto con los niños que con los adultos (23 de mayo de 2011 y 23 de enero de 2012).

Un maestro de este tipo necesariamente ha de ofrecer ciertos rasgos de individualismo. Todo lo positivo que se quiera, pero individualismo. Necesita apoyos, busca y encuentra maestros —en el sentido amplio del término— y libros que le orienten. Precisa integrarse en grupos de trabajo acordes con sus ideas y forma de entender la escuela, pero rechaza todo aquello que constriña, dificulte, limite o suponga algún tipo de traba en relación con dicha idea y forma de entender la escuela. De ahí su rechazo continuo de los aspectos burocrático-formales de su tarea —en definitiva, de las concepciones tecno-burocráticas de la pedagogía, hoy en pleno auge, que pretenden programar y evaluar todo lo que sucede en el aula—, de lo oficial, de las constricciones curriculares externas y del formalismo evaluador, tanto en relación con el alumnado como con el profesorado, los centros docentes o los sistemas educativos. De ahí, asimismo, su recelo e inseguridad ante los padres y madres y las reuniones en general, ya se trate de reuniones de evaluación, con las familias, o con la inspección u otros maestros para establecer programaciones conjuntas o imponer criterios uniformes y estandarizados en la actividad docente. De ahí por último sus quejas, asimismo repetidas, por la oposición que aprecia entre aquello que pretende llevar a cabo en la escuela y lo que sucede fuera de ella, en el mundo adulto e infantil. O bien, esa sensación de fracaso e impotencia ante el consumismo, las ideas perniciosas de algunos padres o familiares y del contexto social, y la negativa influencia de la televisión y los juegos tecnológicos infantiles; en suma, del universo en que viven, fuera de su escuela, aquellos a quienes pretende educar.

Por último, Capilla tiene una concepción científica de la enseñanza. Es alguien convencido de que la escuela ideológicamente pública —aunque él no se exprese en estos términos— es una escuela científica en la que deben estar ausentes, salvo para ser analizadas desde un punto de vista científico —cómo nacieron, se formaron y se difundieron, qué sostienen o creen, cómo han influido en la vida humana, etc.— todas las explicaciones seudocientíficas, entre ellas las de índole mítico-religiosa. Como bien dice en un apunte escrito el 8 de enero de 2007, «¿de qué manera debo analizar lo que los alumnos estudian en Religión, en cuyos textos encuentran respuestas totalmente

antagónicas con el contenido científico del que se supone que soy responsable?». Una cuestión que remacha, en otra anotación, el 10 de octubre de ese mismo año, al afirmar que «una pedagogía crítica, científica, rigurosa, honesta, no comprende este tipo de contenidos»<sup>24</sup>.

### *El oficio de maestro*

Las memorias, autobiografías y diarios de profesores, así como todo tipo de ego-documentos producidos por los mismos, constituyen una fuente primaria de indudable interés para los estudios histórico-sociológicos sobre los enseñantes como grupo profesional y, como es obvio, sobre las instituciones educativas, la cultura escolar y los procesos de enseñanza y aprendizaje. Nos acercan al currículum real y a esa caja negra que ha sido el aula de clase hasta hace dos o tres décadas para los historiadores<sup>25</sup>. El Diario de un aprendiz de maestro de José Luis Capilla es, en este sentido, una auténtica mina. Con independencia, como ya se ha dicho, de esa peculiaridad que representa el que se ciña a los primeros años de docencia, es decir, a aquellos en los que el maestro se enfrenta a la realidad y debe definirse profesionalmente ante la misma, así como de las características personales y profesionales del diarista, asimismo referidas, en sus páginas pueden hallarse informaciones y juicios relevantes en torno a cuestiones tales como la enseñanza de la religión católica y su alternativa, la de otros campos disciplinares —educación física, conocimiento del medio, lenguaje, educación para la ciudadanía—, el uso de las nuevas tecnologías en la escuela, la progresiva mercantilización de la educación, los problemas que plantea la integración de los discapacitados en las aulas ordinarias, el método de trabajo por proyectos, el mundo y la escuela rural o el hecho inmigratorio y su presencia en las aulas. Un tratamiento específico de todas estas cuestiones, y de algunas más que

<sup>24</sup> El detallado y completo análisis efectuado por Emilio Castillejo Cambra (*La enseñanza de la Religión católica en España desde la Transición*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2012) de los libros de texto utilizados en esta materia, en la educación secundaria obligatoria y el bachillerato, muestra el carácter no científico de dicha enseñanza, tal y como se lleva a cabo, y la oposición entre lo que en ella se dice y lo mantenido en otras disciplinas.

<sup>25</sup> Esta cuestión la he tratado de un modo general y centrada, de modo particular, sobre la evolución del mobiliario escolar y la difusión de la escuela graduada en España, en «Teacher's Egodocuments as a Source of Classroom History. The Case of Autobiographies, Memoirs and Diaries», en Sjaak Braster, Ian Grosvenor y María del Mar del Pozo (eds.), *The Black Box of Schooling. A Cultural History of the Classroom*, Bruxelles, P.I.E. Peter Lang, 2011, pp. 141-157.

podieran indicarse, excede de lo aconsejable en un texto de este tipo. Por ello, para finalizar, y porque guardan una relación estrecha con el aprendizaje del oficio de maestro, abordaré solo dos cuestiones presentes, de forma explícita o no, a lo largo del diario: la de la formación inicial y en ejercicio del maestro y la índole esencialmente utópica de la enseñanza como actividad profesional.

### *La formación inicial y en ejercicio*

En varias ocasiones a lo largo del diario, Capilla caracteriza al magisterio primario como un oficio: el oficio de maestro del que él mismo se considera un aprendiz. Dicha caracterización, plenamente correcta, sugiere al menos dos reflexiones<sup>26</sup>. Una se refiere a la índole artesanal del oficio: el maestro o profesor como artesano que se forma «en el tajo» —es decir, en el centro docente y, sobre todo en el aula—, cuyo campo profesional se define mediante unas prácticas determinadas. También por una formación teórica, desde luego, pero sobre todo por el mundo de las prácticas: por lo que hace y por cómo lo hace. Otra reflexión, relacionada con la anterior, nos lleva a considerar cuál debe ser la formación necesaria para hacer del aprendiz un maestro, tanto en el sentido gremial, el tradicional, de este término como en el actual. No sé si Capilla conoce los distintos modelos históricos de formación del magisterio primario —no parece, por lo que en ocasiones dice, que nadie le haya hablado de ello a lo largo de sus estudios universitarios—. El modelo primigenio era justamente el gremial: el futuro maestro, aprendiz de tal, se formaba en el aula durante un buen número de años con otro maestro reconociéndosele el estatuto, como mucho, de maestro auxiliar. La formación fuera del aula, de índole teórico-práctica, se adquiriría, al menos en las ciudades y no siempre, en las academias de maestros que se celebraban los jueves por la tarde. En ellas los más experimentados en el arte de enseñar daban cuenta de su saber y prácticas a los noveles. Sin dejar a un lado el modelo gremial, en los primeros años del siglo XIX surgió el sistema de las escuelas-modelo para la aplicación y difusión de unos métodos o formas de enseñanza concretos, como el sistema mutuo, la educación infantil

<sup>26</sup> La naturaleza entre artesanal, intelectual y científica del magisterio primario como profesión es objeto de reflexiones y análisis en algunos de los trabajos publicados en Justino Magalhães & Agustín Escolano (orgzs.), *Os professores na História*, Porto, Sociedade Portuguesa de Ciências da Educação, 1999.

o el método pestalozziano. La formación se obtenía en una u unas pocas escuelas-modelo donde se seguía el nuevo método, que servía a la vez de laboratorio de experimentación del mismo y de centro de formación de maestros que después, una vez formados, establecían en otros lugares escuelas organizadas de acuerdo con el mismo.

El tercer modelo —el de las escuelas normales, futuras escuelas del magisterio— buscaba conferir a esta profesión, en un sistema educativo en construcción, el prestigio de un título académico basado, como campo disciplinar propio del maestro, en la pedagogía como ciencia y arte de manejar un número determinado de niños en un aula y de organizar y disponer la transmisión de los saberes elementales, con el complemento de una formación práctica en unas escuelas específicas: las escuelas anejas a las normales. El modelo vigente, que Capilla critica en repetidas ocasiones por insuficiente, paupérrimo, y lleno de lagunas formativas, no es sino este último solo que llevado al ámbito universitario —es decir, con mayor rango académico— y, por lo que respecta a las prácticas en el aula, sin una escuela-modelo específica, debido al elevado número de alumnos; es decir, realizando dichas prácticas durante un breve tiempo en tantos colegios o escuelas como lo requiera dicho número. Este modelo formativo supuso, desde mediados del siglo XIX, el desplazamiento de la producción del saber y conocimiento profesional del maestro desde las aulas a las escuelas normales con los consiguientes conflictos entre los maestros formados en el gremio y los titulados en los nuevos establecimientos docentes creados con tal fin. Hablar de pedagogía en lo sucesivo sería hablar de las escuelas normales y del magisterio primario. A su vez, la creación en los años centrales del siglo XX de los estudios universitarios de pedagogía, supuso el desplazamiento de ese lugar de producción del conocimiento y saber pedagógico desde las escuelas normales y los centros de enseñanza primaria —los de educación secundaria nunca se definieron como tales, salvo honrosísimas excepciones individuales— al mundo de la pedagogía académica universitaria con la consiguiente desprofesionalización del primero<sup>27</sup>. Un centro de producción del conocimiento pedagógico —es decir de saber y po-

<sup>27</sup> Antonio Viñao, «Los enseñantes y la pedagogía académica», en Pablo Celada Perandones (ed.), *Arte y oficio de enseñar. Dos siglos de perspectiva histórica*, El Burgo de Osma, SEDHE, Universidad de Valladolid y CEINCE, 2011, vol. I, pp. 467-476.

der— que a su vez se ha desplazado, en las dos últimas décadas, desde las aulas universitarias a los organismos y agencias internacionales de educación y evaluación o informe sobre los sistemas educativos.

La crítica efectuada en el diario a la actual formación inicial del magisterio primario —extensible en ocasiones a la del profesor de educación física—, junto con la que realiza de las oposiciones como modo de selección y acceso al mismo, nos lleva a un sistema de formación inicial, no formulado en el diario pero implícito en él, que, suprimiendo las oposiciones, una la formación y la selección de tal modo que solo se formen como profesores —y esto vale también para la educación secundaria— aquellos que efectivamente vayan a serlo. Entre otras razones porque se trata de una condición necesaria, aunque no suficiente, para establecer una formación inicial de calidad que nunca podrá proporcionarse con el sistema actual.

El aprendiz de maestro precisa, como todo aprendiz, modelos de referencia, así como sentir que se halla inserto en una forma de hacer las cosas que responde a una tradición determinada. Como nuestro aprendiz dice, el profesor novel debería, al comienzo de su carrera profesional, trabajar con maestros veteranos, experimentados, de los que aprender diariamente (13 y 20 de marzo y 20 de abril de 2006). Unos meses después (24 de octubre de 2006), en su nuevo destino de Peñarroya sigue pensando del mismo modo, pero el aprendiz ya ha comprendido que, si se quiere y se busca, hay vías que, al menos en parte, sustituyen esta necesidad de apoyo e introducción en el arte del gremio. Vías que no estaban al alcance del maestro, sobre todo rural, de la España del siglo XIX y buena parte del XX, pero que sí están hoy ahí a la mano, disponibles. La comparación, por contraste, en este aspecto y en otros, con las memorias de Valero Almodívar es inevitable<sup>28</sup>.

La ausencia de compañeros cercanos a los que seguir o imitar, con los que hablar y de los que aprender —en definitiva de redes de apoyo—, es satisfecha por nuestro aprendiz de maestro mediante la asistencia, desde luego, a cursos y jornadas, pero sobre todo con la pertenencia a grupos de trabajo —en este caso, al grupo Pintacoda

<sup>28</sup> Valero Almodívar, *Páginas originales (memorias de un maestro de escuela)*, Madrid, 1886 (Zaragoza, Museo Pedagógico de Aragón, 2010, edición facsímil).

de educación física— y la presencia, a cierta distancia, de dos maestros de quienes toma ideas y actividades: Mariano Coronas en el ámbito de la lectura, la escritura, el lenguaje y las bibliotecas escolares, y Alfredo Larraz en el de la educación física, entre otros campos. Como el mismo nos dice, “crece el respeto y la admiración por los dos o tres maestros de referencia que hay en mi cabeza y de los que manan la casi totalidad de ideas que aplico en clase” (29 de octubre de 2010). Puede sorprender —no es éste mi caso— la ausencia de referencias a protagonistas de los movimientos de renovación pedagógica que tanto auge tuvieron en la España de los años 70 y 80 del siglo pasado. Un claro indicador de que dichos movimientos no llegaron a crear una tradición formativa lo suficientemente sólida como para perdurar en el tiempo e influir en las posteriores generaciones de enseñantes.

### *Entre la utopía y la realidad*

La enseñanza es en sí misma, cuando merece tal nombre, una tarea utópica, impredecible, y en buena parte no mensurable —pese al cada vez mayor número de quienes viven de intentar cuantificarla— e invisible. Como ya indiqué en otro lugar<sup>29</sup>, la actividad docente se caracteriza por:

La presión opresiva, exigente, de lo inmediato, de las contingencias cotidianas y vicisitudes ocasionales. De unas exigencias que coinciden en el tiempo, que son simultáneas, impredecibles y surgen o se plantean sobre la marcha en función de los requerimientos, condiciones y necesidades particulares de cada contexto y momento. Quien haya visto el film de Bertrand Tavernier *Ça commence aujourd'hui* (Todo empieza hoy), comprenderá perfectamente a qué me refiero: justo lo que nos quiere decir Capilla con el símil de «como mantener en el aire una docena de platos chinos» al que hace referencia en varias ocasiones en su diario.

La presión y exigencias generadas por la necesidad —como deseo o ideal nunca alcanzado de modo pleno— de atender al establecimiento de una atención y relación personal con todos los alumnos y, en definitiva, de individualizar la enseñanza y llevar a cada uno de ellos hasta el máximo de sus posibilidades.

<sup>29</sup> Antonio Viñao, *Sistemas educativos, culturas escolares y reformas. Continuidades y cambios*, Madrid, Morata, 2002, pp. 91-92.

La presión y obligaciones derivadas de las responsabilidades que vienen fijadas, en plazos temporalmente prescritos, desde el exterior; por ejemplo, en relación con el cumplimiento de unos objetivos curriculares o la enseñanza de unos programas determinados. Una presión y unas obligaciones intensificadas, en el caso de las reformas organizativas y curriculares, por los cambios, incertidumbres y exigencias adicionales que éstas llevan consigo, así como por la clara oposición entre la concepción monocrónica, secuencial y lineal del tiempo escolar, propia de las programaciones tecnoburocráticas, y la concepción policrónica del mismo, propia de una tarea docente que tenga en cuenta el contexto y las personas<sup>30</sup>.

Estas presiones y exigencias conforman la mentalidad y comportamientos de los profesores, su percepción del tiempo<sup>31</sup>. Asimismo, son el origen de la sensación constante de que no hay tiempo, de que no se dispone del tiempo suficiente para hacer frente a las responsabilidades y obligaciones derivadas de la tarea docente. De que el tiempo del aula, el de la enseñanza en sentido estricto, pierde importancia e incluso entra en colisión con el dedicado a la preparación de las clases, la formación individual o en grupo, las reuniones formalmente prescritas de los órganos colegiados de gobierno o de colaboración y coordinación académica, las horas de atención a las familias y a los alumnos fuera del tiempo lectivo, los contactos ocasionales con unos y otros, la corrección de trabajos o exámenes, el no menos necesario tiempo de relajación, para sí, en el centro docente o fuera de él, por no aludir a otros tiempos derivados de exigencias sociales o familiares, o, sobre todo, a la elaboración y cumplimentación de los cada vez más copiosos y detallados documentos exigidos por la administración. Unos documentos que, paradojas del destino, constituirán los elementos básicos por los que la tarea docente será profesionalmente controlada y evaluada.

A nuestro aprendiz de maestro le falta tiempo: «el trabajo, nos dice, nunca se acaba, siempre hay cosas pendientes, otras por completar,

<sup>30</sup> Andy Hargreaves, *Profesorado, cultura y posmodernidad. Cambian los tiempos, cambia el profesorado*, Madrid, Morata, 1996, pp. 126-132.

<sup>31</sup> La profesión de enseñante implica, ya de por sí, una serie de tensiones permanentes —es decir, propias del oficio—. Philippe Meirieu distingue hasta once «tensiones» para esta profesión en un libro cuya lectura recomiendo a todos los docentes: *En la escuela hoy*, Barcelona, Octaedro, 2004, pp. 85-207.

asuntos que pensar» (11 de enero de 2005). Las quejas por la falta de tiempo individual para preparar las clases, para reflexionar y formarse, para dedicárselo a los alumnos y para el sosiego personal, se repiten una y otras vez. Al igual que las que efectúa por todo aquello —prolongación para la infancia de los días de fiestas locales y navideñas o de primeras comuniones, tareas burocráticas, semanas blancas, carnavales, actos navideños, días de esquí, etc.— que interrumpe la actividad escolar. En igual sentido, se opone a la jornada continua en los meses de junio y septiembre y considera que los centros escolares debían abrir sus puertas a finales de agosto para que los enseñantes dispusieran del tiempo suficiente para preparar las clases. En síntesis, «el tiempo, dice, se escapa por las rendijas de las ventanas en la escuela» (31 de octubre de 2007).

A esta sensación continua de falta de tiempo, o de pérdida del mismo por causas ajenas, se une, reforzándola, la conciencia o percepción, claramente expresada en diversos lugares del diario, de la actividad docente como una tarea no mensurable —«me confunde no tener un trabajo donde al final del día compruebas que has sacado adelante la producción exacta marcada para ese día» (11 de enero de 2006)—, imprevisible —experiencias o actividades que funcionan en unas escuelas, no funcionan en otras (18 de enero de 2006); incluso lo que funciona un día, dentro de la misma escuela y clase, es posible que no sirva para otro—, e invisible —«el no poder ver los resultados de la enseñanza hasta pasados unos años, y ni siquiera entonces porque podrían haber influido tantos factores que ya no se podrá establecer la causalidad exacta de cada uno, es algo que me fastidia enormemente» (22 de marzo de 2006)—.

Todo ello dificulta, si no impide, establecer límites, desde el punto de vista ético y personal, a la dedicación, al grado de compromiso y al tiempo profesionalmente exigibles. ¿A partir de qué punto, se pregunta Capilla, se puede «dormir con la conciencia tranquila (aun sabiendo que podría haber trabajado más)» (10 de mayo de 2006). Todavía cuatro años más tarde, el 13 de diciembre de 2010, reconoce que «nunca» ha «tenido muy claro hasta dónde debe llegar la implicación de un maestro. Nadie explica esto. Más aún, nunca he tenido claro hasta dónde debe llegar la implicación de una persona».

*Coda*

Esta introducción al Diario de un aprendiz de maestro se ha alargado demasiado. Hora es ya de finalizar. Y nada mejor para ello que traer a colación cómo el aprendiz advierte, mientras va dejando de serlo y se va haciendo maestro, que las dos «claves» o «pilares básicos» a promover en el alumnado son la comunicación y la autonomía o independencia (11 de septiembre de 2008 y 6 de junio de 2009). Lo descubre, desde el primer día, en el colegio de educación especial Jean Piaget de Zaragoza —los dos cursos en este colegio ejercen, a mi juicio, una fuerte influencia en su concepción de la enseñanza y en su labor como maestro: algo así como un aprendizaje por inmersión— considerando de inmediato dicha idea extensible a la «educación ordinaria». A dichos pilares añade, en otros momentos, la curiosidad, el interés hacia el conocimiento, la convivencia (11 de octubre de 2010), la responsabilidad, el interés personal o gusto por aprender y el esfuerzo (9 de noviembre de 2010). Sobre la educación de la responsabilidad, «el verdadero valor de la escuela», vuelve a insistir más tarde citando a Palmira Plá (21 de diciembre de 2011). A esta referencia o cita le precede otra que constituye un buen colofón para este viaje desde el aprendizaje a la maestría: «¿Qué sentido tiene la vida si no trabajas por mejorar el mundo en el que vives?». El problema radica, para quien ejerce la docencia, en que en la sociedad y en las aulas conviven concepciones muy diferentes, por no decir contrapuestas, acerca de la mejora del mundo en que uno vive. Esa es otra cuestión, entre la utopía y la realidad, a la que todo enseñante debe hacer frente. Un dilema sobre el que, al menos en teoría, los docentes pueden hallar criterios claros de acción en un texto de Bertrand Russell, que Capilla cita en su diario —«las funciones de un maestro»—, incluido en sus Ensayos impopulares. En dicho texto Russell invita a los docentes a ser a la vez imparciales y críticos, a elevarse «por encima de las controversias, a una región de desapasionada investigación científica». Pero al mismo tiempo, como bien sabe Capilla, les recuerda que son «los guardianes de la civilización» y que, precisamente por ello, no deben extrañarse, en el caso de que pertenezcan a esa estirpe de maestros «que se permite sentirse inspirado por

los ideales de sus predecesores», si se les recuerda «bruscamente que su función no consiste en enseñar» lo que piensan, «sino en inculcar las creencias y prejuicios que sus empleadores consideran útiles».<sup>32</sup> Hemos aquí de nuevo entre la utopía y la realidad o, como diría el poeta, entre la realidad y el deseo.

<sup>32</sup> Bertrand Russell, *Ensayos impopulares*, Barcelona, Edhasa, 2003, pp. 213-214 y 205.



*A los compañeros que me han ayudado a ser mejor maestro.*

*A mis alumnos, por permitirme ver la vida con sus ojos.*

*A Jaime, que me acompaña en este camino y con el que comencé el diario.*

*A mis padres y a mi hermano.*

*Para Paula, que ha llenado de sentido quince años de mi existencia.*

*De todos he recibido más de lo que he ofrecido, con todos estaré en deuda permanente.*



Ansó  
2005-2006



*Jueves, 20 de octubre de 2005*

Tras acabar Magisterio decidí matricularme en la licenciatura de Ciencias de la Actividad Física y el Deporte. Al acabar, tenía claro que quería ser maestro y, por tanto, las oposiciones eran el camino a seguir.

A partir de este momento, tras buscar varios trabajos con los que subsistir, decidimos formar un grupo de estudio para comenzar a elaborar el temario y preparar las pruebas. Esta fase se resume en dos años de mucho sacrificio y de momentos muy importantes de convivencia que creo han forjado una fuerte amistad. Tengo ahora en la cabeza imágenes como las de dos personas estudiando en el mes de junio, sin ganas ni de mirarse a la cara, con treinta y tres grados de temperatura en el cuarto, y aguantando un poco más el estudio para ver si era el otro el que dejaba los apuntes demostrando así cierta debilidad en su fuerza de voluntad, además de tener que ir a hacer la cena.

El primer año nos presentamos a las oposiciones de secundaria y del golpe sufrido aún estoy dando vueltas. Creo que fueron las oposiciones en su pura esencia: año de estudio, suerte en el sorteo, dos temas que yo había preparado, redacción y lectura buena: No Apto, No Explicación.

Segundo año, oposiciones de primaria, trabajo en un colegio concertado (La Anunciata de Zaragoza, en el que tantas cosas aprendí y a cuyos profesores y alumnos tantos agradecimientos debo), más ansiedad pero mayores dosis de escepticismo, mejor preparación: Aprobado.

La experiencia de la oposición es algo curiosísimo. Yo lo recuerdo como esos momentos especiales de los que guardas en la memoria muchos detalles (gestos, situaciones, sensaciones) y en el que hay tal cantidad de personas, reglas de juego y consecuencias que no acabas de entender muy bien nada de lo que está pasando realmente.

Y todo lo anterior para finalmente poder estar escribiendo estas líneas desde Ansó, pensando a la vez qué voy a hacer mañana en clase, donde volveré a encontrarme con Diego, Guillermo, Raúl, Sergio, Julia...

*Lunes, 24 de octubre de 2005*

Aunque tengo serias dudas de si merece la pena viajar dos horas para mantener una reunión de poco más de una hora, estoy contento porque al fin he conocido a Alfredo Larraz, una persona de referencia para los que estamos intentando comprender el qué y el por qué de la Educación Física. Casi todas las personas que me han aconsejado me han repetido alguna vez que hay que hacer esfuerzos por escuchar, ayudar y estar cerca de las personas de las que se puede aprender.

Me encuentro un poco desbordado por tantas cosas nuevas que me he encontrado al comenzar el curso: trabajo, alumnos, padres, reuniones, compañeros, pueblo, etc. Además, hay una cosa que no sé con demasiada certeza si debo pensarla o no, y es que me parece que sería un poco más rentable desde el punto de vista educativo que sustituyeran algunas reuniones, jornadas de formación, cursos, etc., por un poco de tiempo personal para preparar mis clases y organizar mi trabajo. Entiéndase esto con cuidado, porque supongo que todo tiene su sentido y su momento, pero en mi situación de recién llegado tengo tantos cabos por atar que agradecería poder centrarme más tiempo en las cosas más importantes: las clases.

Y, por otra parte, llevo varios días (años, pero en los últimos días con mayor intensidad) pensando en el sentido de la Educación Física. Veo a los alumnos en clase y me planteo qué es lo realmente importante para ellos, para su formación. Pienso en el nuevo currículo, que no acabo de encajar en todo este tinglado, en el antiguo currículo, que tampoco conseguí identificar como totalmente coherente. No comprendo aún cuál es la auténtica dimensión de la asignatura, y esto me parece muy preocupante siendo que soy, en mi centro, el principal encargado de defenderla y transmitirla. Espero que el curso me sirva para solucionar este asunto.

Las clases hoy han discurrido no muy bien. También tengo en ese punto dudas. No sé con claridad hasta donde se les puede exigir responsabilidad a estos mozos y hasta donde debo transigir. O hasta donde dar confianza y después tener la autoridad suficiente como para transmitir algunas cosas.

*Miércoles, 26 de octubre de 2005*

Sigo siendo un privilegiado. Cada vez más.

Hoy han venido a la escuela los gestores del Centro de Interpretación de la Prehistoria de Hecho. Han explicado a los alumnos algunas cosas sobre las distintas etapas prehistóricas y la evolución del hombre. Después los más pequeños han hecho unas bonitas pinturas prehistóricas y los medianos y mayores hemos intentado cazar un ciervo de papel.

Cada momento me sorprende al comprobar cómo participan los alumnos en aquellas actividades que consiguen engancharles y, día a día, disfruto más con la tutoría. La relación establecida con los alumnos, las situaciones y anécdotas que se viven o la posibilidad de ayudarles en tantos ámbitos hacen de ella algo que no podría conseguir desde únicamente mi parcela de Educación Física.

Además, también he vuelto a confirmar mi pasión frustrada por la Biología. Estaría días enteros escuchando a las personas que conocen la naturaleza y son capaces de interpretar todos sus gestos, sus detalles. Me he propuesto realizar un modesto herbario en el que trataré de involucrar a los alumnos.

Para acabar, un agradecimiento: cuando uno está empezando una trayectoria, tiene dudas, ilusiones y proyectos, nunca se agradece suficientemente que un maestro consolidado, con mucho trabajo, y que no me conoce de nada, tras abordarle digitalmente sin mucho que ofrecerle, me brinde su teléfono, su experiencia, y algunas cosas más de las que hablaremos otro día. Espero poder aprender mucho de personas como él. Gracias, Mariano Coronas.

*Jueves, 3 de noviembre de 2005*

Hoy el cansancio es muy grande, lo que suele equivaler en mi caso a ideas poco lúcidas.

Esta tarde he experimentado una extraña sensación de no saber si actuaba bien o no. En una reunión del claustro ha surgido una fuerte polémica sobre la Religión y su alternativa. En concreto la discusión giraba en torno al agravio comparativo entre los niños que estudiaban Religión y los que estudiaban la alternativa a la Religión, dado que estos últimos utilizaban cosas tan diabólicas y malignas como ordenadores, que los niños de Religión no utilizaban. Yo creo que el problema queda zanjado desde el momento que los niños en Religión pueden

usar tantos recursos o más, y tan motivantes o más, como en cualquier otra asignatura. Sólo es cuestión de que el profesor lo estime oportuno.

Además, la discusión ha dejado entrever muchas ideas implícitas que los profesores iban aportando sobre el asunto religioso: los que creen en ello y están a favor de su inclusión curricular, los que creen pero no piden su inclusión, los que ni creen ni quieren. Sobre la asignatura alternativa también podemos distinguir entre los que creen que no tiene sentido tal cual está, los que opinan que el currículo la delimita con extrema ambigüedad, los que la contemplan como una desventaja para los que estudian religión, los que la creen como un momento para el trabajo exclusivo de educación en valores, etc.

En toda esta polémica evidentemente se postulan profesores, se mezclan padres, aparecen niños.

Yo tengo muy claras mis ideas sobre esto, pero en todo caso me crea dudas que haya un claustro con unas opiniones tan variopintas. Hoy he acabado con la sensación de que algunos problemas de la escuela no tienen fácil solución porque tienen que ver con la ideología personal de cada uno.

Esto acaba de recordarme una de esas extrañas ideas de las que, a veces, hablaba con Jaime Sorolla, mi compañero y amigo, en ese intento frecuente de resolver los problemas de la enseñanza en cinco minutos, desde la ignorancia y la ilusión: pensábamos que para ser maestro se debería hacer un examen con el que comprobar la buena voluntad, los buenos sentimientos del aspirante.

*Lunes, 7 de noviembre de 2005*

«Manda mucha tarea, es el profesor, nos repite todo 200 veces, si hacemos algo tarde nos castiga, todo lo pone en la pizarra, está enamorado de un perro que se llama Tina, siempre tiene que estar todo en silencio, es muy chistoso, con todas sus quejas se podría escribir un diccionario y no nos cuenta nada de su vida privada».

No es Shrek el ogro, es la descripción del maestro que esto escribe realizada por uno de sus brillantes alumnos, con el enigmático pseudónimo D.I.S.

Todo sigue discurriendo apaciblemente. Sigo pensando que me va a faltar tiempo para hacer todas las cosas que este trabajo y este

pueblo me ofrecen.

Entre los problemas: en la oposición, y en estos últimos años, una de las cosas más oídas y defendidas se refiere al establecimiento y consolidación de hábitos (de trabajo, esfuerzo, higiene, etc.) por parte de los alumnos. Siempre he estado de acuerdo con ello. Lo que ocurre es que al que le está resultando difícil establecer sus propios hábitos en las clases es a mí. O es la falta de experiencia o es que soy un profesor caótico, pero me doy cuenta que hay muchas ocasiones en que mi propio comportamiento es el que despista o altera el buen funcionamiento del grupo. Creo que debo esforzarme en respetar más algunas pautas del horario, orden de asignaturas, etc. Pienso que a veces simplemente ocurre que tengo ganas de hacer tantas cosas que no respeto el ritmo natural de los niños.

Vuelvo a acabar con agradecimientos: desde el principio del diario hablo de lo afortunado que me siento. Hay ocasiones en los que ciertas ayudas desinteresadas tienen un precio incalculable y siempre estaremos en deuda con ellos: José Antonio Ferrando, Julio Latorre, Charo Romero, José Luis Bernal.

*Jueves, 10 de noviembre de 2005*

Ya llegan los problemas. Han estado agazapados, esperando hasta ser suficientemente grandes como para asaltarme y hacerme temblar de miedo y de dudas...

El problema se llama concurso de traslados. Siempre he pensado que una vez que apruebas deberías pasar una segunda oposición que confirmase tus dotes para rellenar papeles de este tipo. Siempre intento dejarlo para última hora, con el ánimo irracional de que el tiempo hará que, por alguna extraña razón, no deba rellenarlos. De hecho, estoy escribiendo ahora, antes de mi hora habitual, en ese intento de posponer el solemne acto.

Pero el problema auténtico se encuentra en que tengo, por una parte, una maravillosa pareja terriblemente arraigada en la ciudad y, por otra parte, una gran ilusión en poder seguir y acabar mis días en un lugar como el que me encuentro, donde tengo casi todo lo que necesito para ser feliz.

En lo referente al trabajo, aún teniendo escasa experiencia, creo que tiene poco que ver con el de la ciudad. Aquí los niños son treinta o quinientas veces más felices que los de la ciudad, más sanos,

más alegres. El trato con ellos es de momento magnífico, familiar. Mi libertad y autonomía, las posibilidades de hacer son infinitas. El año pasado me cansé de ver niños y adolescentes que caminaban (es un decir, porque iban siempre en autobús, o coche) tristes a la escuela, entre ruidos, tráfico, y que, al acabar, se dirigían a sus casas de igual modo, sin relación con los compañeros, sin posibilidad del juego propio de su edad. Aquí casi todo es diferente.

*Martes, 15 de noviembre de 2005*

Las aguas van retornando a su cauce tras la tormenta vivida en forma de concurso de traslados. Para los que tengan interés y no lo conozcan: una vez aprobada la oposición, en Aragón te envían el primer año a tu destino provisional de prácticas. Durante el comienzo de curso de ese primer año debes ordenar un listado infinito de centros y según las vacantes dejadas por maestros más antiguos y con más puntos te asignan tu destino definitivo donde podrías, si quisieras, permanecer toda tu vida laboral. Uno no se da cuenta de lo grande que es Aragón y de la cantidad de pueblos conocidos y desconocidos que incluye hasta que no hace un concurso de este tipo.

El domingo me sentí auténticamente mareado de pensar las vidas tan distintas que me podrían deparar cada uno de los posibles destinos: niños, entorno, padres, distancias.

Por otra parte hoy he tenido la primera reunión del curso con una madre de unos alumnos. La señora es una persona muy educada y amable, pero sigo sintiendo gran incertidumbre en situaciones de este tipo. Creo que el problema habitual es que padres y profesores hablan de una realidad que perciben de un modo totalmente diferente.

Otras veces, conocer cierta preocupación y algunas dudas de las familias ayuda a espabilar y darte cuenta que la profesionalidad debe ser máxima porque lo que estás haciendo es muy importante.

Hace poco tuve la ocasión de escuchar a mi abuelo contar algunas cosas sobre su infancia. Puedo resumirlo en que con nueve años tuvo que salir de su pueblo, Villarroya de los Pinares (Teruel), con su familia y con lo puesto mientras caían balas a escasos metros. Unos cuantos años de estar medio escondido, otros cuantos años de volver y seguir medio escondido, un padre en la cárcel, una

madre marcada y objeto de burla, un poco de hambre. Y la escuela: contaba aún con resignación cómo en los años de la posguerra, el poco tiempo que tuvo para ir al colegio podía permanecer horas en la clase sin que la maestra se dirigiese a él para nada, ni corregir, ni ayudar, nada. Es decir, entrar, sentarse, esperar, levantarse, salir.

Siento vértigo al pensar en la cercanía de estos relatos. Siento gran tristeza al darme cuenta de que estas historias se van perdiendo poco a poco, con la repetida sensación de que no hacemos todo lo que podemos por escucharlas y aprender de ellas, honrando así, al menos, la memoria del que las cuenta.

*Lunes, 21 de noviembre de 2005*

Hace tres años acudí como acompañante de los niños del Colegio Público Doctor Azúa de Zaragoza a la semana blanca<sup>1</sup> (por aquel entonces era monitor de comedor; una suerte de trabajo, lo aseguro). Esa semana coincidimos con muchos otros colegios y centros de secundaria y compartíamos albergue con muchos de ellos. Por eso, conocí a muchos maestros y profesores de otros centros.

Una de las profesoras acompañantes impartía Educación Física en un instituto de Zaragoza. Afirmaba que trataba de delimitar con rectitud la diferencia entre ser profesora y ser amiga. Ella era profesora y no amiga de los alumnos. Es decir, en resumen, su comportamiento en las clases era consecuencia única del lazo profesional que se establece con los alumnos por ser elementos necesarios del proceso, del trabajo, totalmente alejado de cuestiones sentimentales, amistosas, etc.

Por otra parte, mi trabajo con niños hasta ahora está siendo todo lo contrario. Desde la época como monitor de comedor hasta ahora como maestro, pasando por cualquiera de los treinta y dos trabajos anteriores, mi relación con los alumnos siempre ha sido satisfactoria mucho más allá de lo puramente profesional: me han contado problemas personales, ilusiones, alegrías, enfados, anécdotas, y yo también les he contado a ellos. De hecho, aún intercambio correos con algunos de ellos (niños de once años, que me envían acertijos, y otros que rondan los setenta) y creo que en detalles como estos se encuentra aquello que puede hacer tan especial el oficio de maestro. Eso pienso de momento.

<sup>1</sup> Semana blanca: Período no lectivo en el calendario escolar, en el que los centros educativos pueden organizar actividades relacionadas con la nieve y los deportes de invierno.

Una idea similar intenté defender en la última prueba de las oposiciones. Ahora comprendo que en ese momento es muy importante (quizá lo único importante) explicar bien qué entiendes por escuela y educación.

De todos modos, sé que las escuelas son muy distintas entre sí, muy distintas de los institutos, muy distintos los alumnos y gran parte de la relación que se establece con los alumnos viene determinada por algunas de estas cuestiones (quizá la profesora zaragozana no tuviera otras opciones). Creo que ahora mismo mis condiciones son idílicas (zona rural, tutor, problemas inexistentes en el alumnado...) para aspirar a tener una buena relación con mis alumnos. Y en ello estoy.

*Martes, 22 de noviembre de 2005*

Ya todos los niños de clase tienen su dirección de correo electrónico, saben navegar con cierta soltura y utilizan algunos de los conocidos programas de comunicación instantánea.

La implantación en las clases, a través del programa de nuevas tecnologías «Ramón y Cajal»<sup>2</sup>, de recursos como ordenadores portátiles para los alumnos de tercer ciclo, un cañón proyector e impresoras hace que tengamos la obligación de sentirnos privilegiados. Las posibilidades para el profesor y los alumnos son infinitas.

Hoy, como es norma semanal, nos ha visitado el asesor informático del CPR<sup>3</sup>. Además, le ha acompañado José Antonio Blesa, el maestro de Ariño que comenzó a implantar el proyecto de las Tablet PC (ordenadores portátiles) en las aulas escolares.

Hemos aprovechado para dar forma al periódico escolar que tenemos entre manos. Los alumnos ya tienen preparadas gran parte

<sup>2</sup> Programa Ramón y Cajal: Proyecto para la introducción y la extensión del uso de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación en la educación aragonesa. El programa Ramón y Cajal tiene como objetivo integrar el uso innovador de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación en las tareas que se realizan en los centros educativos, de modo que profesores y alumnos las utilicen como una herramienta más en los procesos de enseñanza-aprendizaje y sirvan como vehículo de comunicación y acceso a información de todos los ciudadanos en igualdad de condiciones.

<sup>3</sup> CPR: Siglas correspondientes a «Centro de Profesores y Recursos». Fueron creados a mediados de los años 80, con la denominación de Centros de Profesores, como un lugar de encuentro y formación del profesorado. A mediados de los 90 asumen la función de centros de recursos pasando a denominarse Centros de Profesores y Recursos, poniendo a disposición del profesorado los materiales didácticos y de apoyo.

de sus secciones y hoy hemos comenzado a subirlas a la web. En cuanto cerremos unos flecos espero poder presentarla para que se pueda visitar. También espero poder hablar sobre unas interesantísimas páginas desarrolladas por el Departamento de Educación sobre recursos educativos en Internet.

Con estos programas de nuevas tecnologías Aragón es ahora mismo pionera en España, e incluso recibe peticiones de asesoramiento de algunos países europeos.

Por lo demás, mis alumnos de tercero y cuarto andan por Canfranc hasta mañana, realizando unas jornadas de interpretación de la naturaleza (lástima no poder estar con ellos). Lo positivo es que estoy en clase con cinco niños del mismo curso (quinto) y podemos tratar contenidos con gran detenimiento. Éstos acudirán toda la semana próxima al CRIET<sup>4</sup> de Calamocha, lo que están esperando con gran ilusión.

Hoy en Israel, grupos de niños acaban a palos con el ejército (el ejército con ellos, mejor dicho) mientras se dirigen con sus mochilas al colegio. Aún hay quien cree en esa historia de que el hombre es el único ser racional.

*Jueves, 24 de noviembre de 2005*

En nuestra escuela de Ansó formamos parte del proyecto de los Tablet PC.

En principio, tras lo visto en las reuniones de formación a las que acudimos periódicamente, el programa plantea la posibilidad de trabajar de forma prácticamente exclusiva con el tablet. Los alumnos tienen allí toda la información de las áreas, tienen conexión a Internet, etc. De hecho, en pueblos como Ariño ya no utilizaban ni cuadernos ni libros. Cada niño marcha a casa cada día con su tablet y lo utiliza para todas las tareas de su jornada escolar.

Pero hay muchas circunstancias que obligan a avanzar poco a poco: la conexión falla de vez en cuando, el agrupamiento de mi

<sup>4</sup> CRIET: Siglas correspondientes a «Centros Rurales de Innovación Educativa de Teruel». El primer CRIET se estableció en Alcorisa con el objetivo de favorecer la socialización de los niños que asistían a escuelas rurales en las que tenían pocos compañeros de su misma edad. En el CRIET los niños convivían en régimen de internado durante varias semanas al año. En el CRIET los alumnos disponían de recursos que no había en sus escuelas –medios audiovisuales, informática, instalaciones deportivas, etc.– y participaban en actividades complementarias poco frecuentes en sus escuelas (talleres, conferencias, seminarios...).

clase da lugar a disponer de cinco tablet para once alumnos (o tres tablet para seis alumnos en la otra aula de sexto, primero y segundo de ESO), es complicado controlar el proceso de aprendizaje digital de niños tan jóvenes (contenido web violento, fraudulento o pornográfico).

En definitiva, dado que cuento con total libertad, el trabajo de este trimestre está consistiendo en dar un gran uso al cañón proyector (vídeos, presentaciones) y con los tablet están aprendiendo algunas cuestiones básicas informáticas (editor de texto, Internet y correo electrónico), integrando ese trabajo en la elaboración de una especie de periódico escolar (y de algún otro trabajo voluntario), de forma que en el próximo trimestre estemos en disposición de usar tal recurso como medio fundamental en algunas áreas (con la idea también de plantear proyectos interdisciplinares).

Convocaremos reuniones con los padres para explicarles qué hacen sus hijos con estas herramientas, de forma que puedan supervisarlos y controlarlo mínimamente. Esto me parece una cuestión primordial.

En general, las posibilidades de acceso a todo tipo de contenidos, el aumento de la motivación de los alumnos y, en definitiva, el cambio en la metodología, hacen que el día a día, la preparación de las clases, los fines educativos, sufran un manifiesto cambio.

Hay gente que se sorprende bastante del gasto y riesgo económico de la inversión. Yo creo que estos gastos en departamentos o ministerios como este son maravillosos (ojalá estuviera el despilfarro a la altura de otros departamentos administrativos).

*Martes, 29 de noviembre de 2005*

Hoy los niños de Ansó han jugado en el recreo con la nieve (el pueblo está precioso). El año pasado en Zaragoza, en los días de la nevada, no dejamos bajar a los niños al patio para que no se mojaran. Hoy se han mojado, manchado (en el campo de juego recientemente ha permanecido durante dos semanas un rebaño de ovejas), y han disfrutado muchísimo.

He comenzado las unidades didácticas sobre expresión corporal en la clase de secundaria y en la de tercero, cuarto y quinto de primaria. Desde que estudiaba Magisterio siempre he sido muy escéptico con estos contenidos. No les veía excesivo sentido más allá del de hacer-

me pasar un mal rato. Al contrario, en cada intento de aplicación, aunque me exige un gran trabajo de elaboración, encuentro más valor y necesidad. Mientras les intentaba justificar la unidad didáctica a los alumnos de secundaria yo mismo me quedaba sorprendido por la variedad y el peso de los argumentos expuestos. Creo que uno de los puntos más representativos de su valor puede referirse a su potencial para desarrollar aspectos de la comunicación: conocimiento personal, control de las emociones y la ansiedad, dominio del lenguaje no verbal, etc. Creo también que en la comunicación, o en la incomunicación, radican algunos problemas sociales importantes.

Hoy he podido viajar a Santa Engracia, un pueblecito del CRA<sup>5</sup>. Allí, Fernando Maestro, el director del Museo de Juegos Tradicionales de Campo (Huesca) ha dado una charla para la gente del pueblo, y allí ha tenido atentos más de dos horas a niños y ancianos. Envidio a personas como Fernando Maestro, a las que escuchar es un auténtico placer, por lo que cuentan y por cómo lo cuentan. Allí nos hemos conocido y hemos quedado en seguir en contacto para intentar hacer algunas actividades en torno al juego tradicional en Ansó.

Me cansa que cada noche cuando me siento a escribir o preparar alguna cosa, si la televisión suena de fondo, se oiga un murmullo de tertulianos sesudos hablando de la educación, de LOES, LOCES, libertades, religiones, curas, pesos, pepés, multirracial, inmigrantes, escolares, fracasos. No sé si debería despertar mi interés como profesional del asunto, pero la verdad es que me cansa y me aburre, cada día más, porque encuentro todos estos debates totalmente estériles y me parece que la educación depende más bien de asuntos bastante alejados de los que ellos discuten. Esto perfectamente puede ser una visión muy superficial por mi parte.

Los niños de quinto y sexto por fin han emprendido su esperado viaje al CRIET de Calamocha. Veremos qué cuentan a su vuelta.

*Viernes, 2 de diciembre de 2005*

Hoy he hablado con una persona muy cercana que trabaja en

<sup>5</sup>CRA: Siglas correspondientes a «Colegio Rural Agrupado». Un Colegio Rural Agrupado es un centro formado por las escuelas de varias localidades. Este modelo de organización de centros se extendió a partir de la implantación de la LOGSE. Se pretendía, fundamentalmente, cubrir las necesidades de profesorado especialista que se establecía en el nuevo currículo y favorecer la formación de equipos docentes.

la docencia en secundaria en un colegio concertado en Zaragoza. Me contaba sus problemas a la hora de cumplir con las programaciones, de controlar la disciplina, de exigir que no puede llegar a las ocho y descubrir que el grupo no está porque se han ido de excursión y nadie le ha avisado. Una agradable sensación me ha recorrido el cuerpo al sentirme tan contento y feliz en mi escuela, tan alejado de todos esos problemas de la ciudad y de secundaria. Algún día contaré como un pobre muchacho como yo, de los que enseñan «volteretas» (Federico Jiménez Losantos así me definió), acabó «enseñando» Lengua a unos muchachos fieros, con barba y hormonas de tercero de ESO. Cada miércoles del curso pasado me iba a casa a las dos de la tarde con sensación de enfado, tristeza, impotencia y resignación.

Los problemas de esta persona son los problemas de mucha gente que trabaja en este contexto. Cada persona da sus explicaciones. Hace poco murió mi profesor de Física, Javier Faci (para mí es ese profesor que cada uno recuerda de un modo especial; maldita enfermedad), y él decía que cada generación de alumnos que le llegaban eran peores, y que no se refería a nada que tuviera que ver con distintas formas de ver la vida, de distintos intereses, etc.; decía que sencillamente eran más vagos e indisciplinados.

Estos días estoy descubriendo nuevos elementos del entramado educativo: son los consejos escolares, la intervención de los padres, las tensiones de estos con el equipo directivo. No tengo aún clara mi opinión sobre el papel que deberían cumplir los padres en la escuela. En todo caso, el trato con los padres, dada su heterogeneidad de formación, de intereses, de perspectivas, me sigue pareciendo una de las cuestiones más difíciles de mi trabajo.

Me confirman que mis alumnos del CRIET han pasado una buena semana, y que mañana llegarán con mucho que contar. Parecerá una tontería, pero ya les echo de menos. Y, si el fin de semana me voy del pueblo, pronto tengo ganas de volver a la escuela el lunes. Supongo que esto explica fielmente el tipo de trabajo que tengo.

*Martes, 6 de diciembre de 2005*

Llevo unos cuantos años con un ritmo frenético (eso creo) de

trabajo y de estudio, diciendo que sí a todas las oportunidades de avanzar, aprender y progresar que se presentaban, no teniendo cinco minutos de descanso físico o mental, porque sabía que debía aprovecharlos en algo productivo, en estudiar.

Y ahora, de repente, tanta libertad de horarios, ausencia de exigencias ajenas a las personales, fiestas, hacen que me cueste mucho trabajar como se debe. Quiero pensar que es una consecuencia lógica de lo pasado y que poco a poco iré recobrando el ritmo normal en el trabajo y en mi cabeza.

Hace poco, Jaime me dijo que en una charla dirigida a los nuevos maestros e impartida por un alto cargo de la administración educativa catalana se comentó la necesidad de un sistema de control y evaluación del profesorado a lo largo de su vida laboral. Lo señaló como algo ya muy presente en otros países europeos, que entendían como increíble una situación como la española donde uno aprueba su oposición y ya apenas tiene que rendir cuentas a nadie de lo que hace en su trabajo a lo largo de su vida.

En relación a estos sistemas de control y evaluación, algo que en mi primer año como maestro me llamó varias veces la atención: cuando venía el inspector, el equipo directivo se ponía bastante nervioso por todos los papeles, pero todo estaba muy apartado de lo estrictamente curricular. Se adivinaba que la inspección se ceñía a asuntos formales y económicos, que tendrán su gran importancia pero...

Por otro lado, el asunto de las fiestas, evidentemente también repercute en el alumnado. El ritmo de aprendizaje, los hábitos de atención, orden, disciplina y trabajo quedan muy maltrechos tras un mes como el de diciembre donde vamos a tener escasos diez días de clase.

*Lunes, 12 de diciembre de 2005*

Desde que estudiaba Magisterio siempre he pensado que me gustaría escribir en algún lugar sobre algunas cosas relativas a la formación inicial del profesorado. Muchas veces bromeábamos entre varios compañeros sobre la posibilidad de escribir un libro con algunas de las cosas que veíamos en las clases.

La cuestión es la siguiente: según distintos estudios estadísticos, magisterio es una de las opciones universitarias vistas como menos

exigentes y poco dignas por los propios estudiantes. Del mismo modo, la asignatura de Educación Física (que me atañe directamente) es aún más desconsiderada y menospreciada (revelador a este respecto el libro *La actividad física orientada hacia la salud* de Fernando Sánchez Bañuelos).

Durante mis estudios he visto profesores que no han dado ni una sola clase durante el trimestre (a veces ni se acercaban al aula), profesores que han impartido asignaturas que desconocían, profesores que trataban contenidos alejados totalmente de cualquier aplicación escolar (ahora me doy cuenta)... Además muchos estudiantes comienzan la carrera, la continúan, y la acaban, motivados exclusivamente por ese carácter poco exigente de las asignaturas, lo que hace que el ritmo en las clases, el ambiente de trabajo y de aprendizaje, diste mucho del ideal.

No dejo de recordar también muchos alumnos muy trabajadores e implicados y algunos profesores que ojalá hubieran impartido siete u ocho asignaturas en vez de una.

Desde que tomé la decisión de estudiar Magisterio he tenido multitud de discusiones con amigos y conocidos tratando de justificar tal decisión, tratando de convencerles y, a veces, de convencerme a mí mismo de que aunque la exigencia en las clases no tuviera nada que ver con algunos de sus nobles estudios, un alumno de Magisterio tenía la opción de aprender y estudiar tanto o más que cualquier otro alumno del campus (ahí estaban los estantes de la biblioteca para dar la oportunidad de demostrarlo). Creo que no he llegado a convencer completamente a ninguno de estos compañeros. Hemos hablado de problemas de consideración social negativa de la escuela, de problemas con padres, de inmigración, etc., pero yo sigo pensando que poco se puede exigir a estos elementos externos cuando nuestra propia formación inicial es tan pobrecica y admite tantas situaciones injustificables y, amparados en lo complejo de los trámites administrativo-universitarios, en la libertad de cátedra, en San Pepe<sup>6</sup>, en las fiestas de los jueves... unos y otros aceptamos que todo siga como está.

Evidentemente, hablo con la mayor humildad posible y con el único ánimo de expresar, ni siquiera denunciar, un hecho que me hace pensar desde hace ya varios años.

<sup>6</sup> San Pepe: Fiesta de san José, patrón de los estudiantes universitarios de ingeniería. En los primeros años 80, en Zaragoza, los estudiantes celebraban san Pepe con un marcado carácter reivindicativo que paulatinamente se fue perdiendo hasta llegar a la actualidad, cuando se ha convertido en una fiesta de «botellón».

*Martes, 13 de diciembre de 2005*

Ya está en mis manos *Palabras de caramelo*, de Gonzalo Moure. Un precioso relato sobre un niño saharauí y su camello. Espero poder leerlo pronto a mis alumnos.

Cuando llegué a este trabajo desconocía casi completamente qué recursos bibliográficos, audiovisuales, etc., podía utilizar con los alumnos, cuáles se adaptaban a sus edades. Por eso ayuda tanto poder recoger la experiencia de otros que ya iniciaron hace tiempo el camino.

Después de estos años últimos de prisas, es un auténtico lujo poder visitar una librería (aquellas en las que los libreros conocen los libros que venden; incluso los han leído), comprar unos cuantos y disponer del tiempo y la calma suficiente cada tarde o cada noche para leerlos. El único que sufre es el bolsillo.

Por lo demás, ahora estamos preparando una obra de teatro para representar ante los padres antes de las vacaciones. Creo que siempre se convierten en algo rutinario, puro espectáculo, un producto para que los padres graben con sus cámaras y que aportan poco a los alumnos, además de fastidiar el ritmo de trabajo de la clase, que ya encuentra bastantes obstáculos en forma de fiestas y superpuentes.

También es momento de evaluaciones. Asunto ambiguo y contradictorio por excelencia. Ayer repasaba los informes de evaluación de los cursos pasados de los alumnos a quienes doy clase, para conocer lo mejor posible su trayectoria hasta este curso, y se me caía el alma al comprobar los indicadores que debo evaluar en Educación Física de forma oficial. Son ridículos. Son indicadores que no abarcan la realidad a la que se refieren y que, además, están completamente desfasados y abandonados en las corrientes educativas aceptadas actualmente. Es extraño rellenar información sobre ámbitos probablemente inexistentes.

En el resto de asignaturas aún no tengo el criterio necesario para hablar, pero creo que ese mismo afán de reducir la realidad de materias tan amplias y diversas a indicadores concretísimos y cerrados no es más que una artificialización con poco sentido.

*Jueves, 15 de diciembre de 2005*

Con la llegada de la Navidad, las prisas para poner las notas, de preparar el teatro, de preparar postales para otros municipios y de

corregir controles voy retomando esas sensaciones del opositor de llegar a la noche con el pensamiento centrado en poder descansar.

Hoy, por fin, han llegado unos libros encargados para la biblioteca de la clase hace unas semanas. En una reunión del claustro, en Puente la Reina, acudió un representante de una editorial, con un montón de libros y de catálogos, y allí, cual mercadillo de domingo, fuimos mirando qué nos interesaba. A mí, novato en todas estas cosas, me pareció una sorprendente maravilla: te llevan los libros hasta allí para que los veas, te hacen un descuento considerable, y te los mandan al colegio. Así que estos días podremos leer mil cuentos sobre fantasmas, ogros y otros bichos, comprender algunos dichos y refranes o adentrarnos en *La isla del tesoro*.

Leí anoche a Arturo Pérez-Reverte evocando su infancia en el campo, entre juegos en la calle, lecturas fantásticas sobre piratas, expediciones... Qué difícil es todo esto para un niño «Playstation-ordenador-100extraescolares» de hoy. Pensé sobre la necesidad de recuperar espacios de juego para los niños. En Ansó establezco comparaciones a menudo con las infancias tan distintas de los niños que observé el año pasado en la ciudad. En qué pocos años ha cambiado tanto este período de la vida. ¿Qué cambios implicará esto en su edad adulta?

*Martes, 20 de diciembre de 2005*

Hoy he comenzado algo que espero sea costumbre durante el resto del curso. He propuesto a mis alumnos que los lunes se queden en la clase después de las cinco haciendo sus deberes, haciendo sus trabajos de grupo, con el ordenador, con los libros o con una película.

Con esta medida espero conseguir un recurso más para que los niños sigan entendiendo la escuela como un lugar agradable, un lugar en el que estar por voluntad propia, un espacio donde se hacen cosas... «de las que gustan». Hoy se han quedado cinco niños. Espero que en enero se queden todos.

En mi prueba oral de la oposición defendí algunas ideas como esta, relacionadas con la utilización de los espacios escolares fuera del espacio lectivo, o con la participación de otros elementos normalmente ajenos a la escuela, como pueden ser los abuelos de los niños.

Por otra parte, llevo ya más de dos meses intentando aplicar medidas para favorecer la integración de un alumno con una situación muy especial (no con demasiado éxito, y sé que debería haberme esforzado mucho más). Tras este esfuerzo hoy todo se ha convertido en inútil cuando hemos conocido que tan especial situación ha llevado a este alumno a otros parajes. Lo que más lamento es que han sido dos meses en los que me ha demostrado ilusión, interés, esfuerzo por encajar...

*Miércoles, 21 de diciembre de 2005*

Hoy he evaluado. En sí mismo creo que no servirá de mucho, pero a mí me ha hecho pensar bastante.

En primer lugar me ha ayudado a generar unos sentimientos muy positivos hacia mis alumnos. Tener que pensar en su trabajo en cada área me ha recordado los magníficos alumnos que tengo.

En segundo lugar me ha confirmado la tontería que supone, a mi juicio, reducir cada área a cinco o seis aspectos que se gradúan en «bien», «muy bien», «conseguido», «no conseguido». El día a día de este trimestre desborda completamente estos indicadores. En consecuencia, he comprendido la necesidad de hacer una reunión nada más volver de vacaciones y explicar a los padres qué entiendo por evaluar, y darles la auténtica información que yo he podido recoger este trimestre.

Una buena consideración sobre la evaluación se refiere a la relación de la misma con la toma de decisiones. Es decir, que evalúo algo con vistas a aplicar después alguna medida ajustada a esa realidad que he conocido con la evaluación.

Además, confirma mi satisfacción de ser tutor y poder estar al corriente de casi todo el proceso educativo que sigue cada niño en la escuela. La visión panorámica que puedo captar es maravillosa, especialmente comparada con la perspectiva sesgada del maestro especialista.

Hoy ha habido votaciones a no sé qué cargo u órgano. La cuestión es que he acompañado a la maestra y madre responsables de la mesa electoral y ha sido muy formativo poder charlar con cada padre que ha acudido a votar. En dos horas hemos establecido más contacto con las familias y recibido más información y anécdotas que en los dos meses anteriores.

Lo mejor ha sido cuando dos padres, a los que les llegan los recuerdos de su infancia al ver su clase, su pizarra, etc., han recordado con tristeza, miedo y enfado, cómo la maestra que tuvieron allá por 1978-1984 les pegaba y atemorizaba al más valiente. Recordaban cómo les daba un cuaderno para que trabajaran solos a sus seis u ocho años mientras ella hacía ganchillo o escribía cartas a su marido, interrumpiendo estas arduas labores solamente para pegar una bofetada que les hacía incluso rebotar contra la pizarra. Una vez incluso tuvo que intervenir el juez en este asunto del pegar.

Divertido ha resultado conocer las retahílas que debían soltar los niños cuando esta señora se cruzaba en sus juegos callejeros: «¿Ha comido usted con gusto?», «¡Qué usted lo pase bien!», «¿Ha dormido usted bien?» En fin, ciencia ficción contemplado desde este momento de la historia tan cercano.

Por último, una madre añoraba sus años escolares y no acababa de entender el salto tan grande que se ha dado entre su generación y la de sus hijos, que han dejado costumbres y hábitos propios de muchas generaciones pasadas para entrar en una realidad donde todo ha cambiado completamente. Si se piensa despacio provoca vértigo.

*Jueves, 22 de diciembre de 2005*

El trimestre se acabó. Ya solo quedan para mañana unas representaciones teatrales y la despedida. Sobre estas representaciones sigo pensando que no tienen demasiado sentido, puesto que lo que pueden aportar pesa bastante menos que los inconvenientes que generan, fundamentalmente representados por el quebranto del ritmo normal de la clase en estas últimas semanas para ensayos. Los contenidos relacionados con la expresión corporal ya encuentran en la Educación Física su lugar correspondiente y suficiente.

Ayer tuvimos la comida de Navidad. Siempre es bonito encontrar personas de las que conocer sus caminos ya recorridos en torno a la enseñanza y personas que resultan agradables de escuchar.

Las notas. Ya dije que no encuentro sentido al papelito, más allá del burocrático, pero es que, además, cualquier observación puede ser malinterpretada por las familias (lamentablemente ya hablo con conocimiento de causa) por lo escueto del espacio, y provocar malestar.

El balance del trimestre es bueno. Pero me quedo con la sensación de que en todas las áreas podía haber hecho cosas mucho más acertadas. Especialmente en Educación Física. Creo que al ser mi especialidad ha sido la descuidada en momentos donde debía centrarme en otras para programar con más detalle y rigor. De todos modos, difícilmente podría estar más contento y feliz de estos ya cuatro meses vividos por aquí.

Hoy también ha habido una cosa bonita: la última actividad del año ha consistido en propuestas de libros hechas por los alumnos para comprar estos días para la biblioteca de la clase. Desde *Eragon* y *Eldest*, su segunda parte, hasta *Mafalda* y el *Diario de Ana Frank*.

*Martes, 3 de enero de 2006*

Las fiestas ya están en su ecuador.

Siento no tener un poco más actualizado este diario, pero el desorden se impone en mi vida estos días. Es complicado cuando uno vive a medio camino entre tres casas (ninguna es mía).

De momento, en estas primeras fiestas tan largas como maestro-tutor, me da miedo pensar cómo mis alumnos y yo reanudaremos la marcha tras un parón tan gigantesco. Será difícil. De todos modos, el año pasado me pareció comprobar que los alumnos volvían de estas fiestas con muchos hábitos asentados.

*Palabras de caramelo* fue un fracaso rotundo en mi clase. Tras leerlo emocionado en mi casa, lo hice en la clase y pasó muy desapercibido. No dejó la huella esperada. Al menos se estableció una interesante charla sobre el Sahara y sus gentes. Supongo que no toqué la tecla adecuada.

*Miércoles, 4 de enero de 2006*

Estoy contento. Siempre pienso que lo más bonito de mi trabajo es que te permite al cabo del tiempo vivir algunas situaciones, percibir detalles de esos que te dejan pensando «esto merece la pena». Y hace cinco minutos acabo de pensar esto.

Silvia es una chica que acaba de comenzar primero de secundaria. La conocí cuando trabajaba hace dos o tres años en el comedor escolar del colegio Doctor Azúa. Ya he dicho otras veces que eso no era un trabajo, sino un placer. El tener tantas oportunidades para aprender a mirar, para conocer a unos y otros, para hablar con ellos,

era maravilloso. Tanto que incluso había personas que no entendían mi felicidad. Había niños con los que la relación era especialmente buena. Con Silvia y otros chicos pasaba largos ratos. Mientras yo vigilaba que ningún pequeño atrevido y valiente intentara escapar y recuperar su libertad, hablábamos de los temas más variados: desde el último conflicto con el profesor hasta el chiste más gracioso, sin olvidarnos de uno de los asuntos estrella: los acertijos. Después de casi dos años sin vernos acabo de recibir un nuevo mensaje suyo, contando cómo marcha su vida y la de las compañeras.

Mañana espero comprar los libros que mis alumnos me encargaron. Me pregunto si encontraré semejante cantidad de dragones, bichos, Mafaldas, guerreros o niñas aventureras.

*Lunes, 9 de enero de 2006*

S- ¿Ya habéis pasado la pantalla amarilla?

D- ¡Yo esa ya la he pasado hace horas!

Profesor- D, ¿cómo eres tan mentiroso si solo llevamos aquí veinte minutos?

D- Pero, ¿es que a ti cuando estudiabas para ser profesor no te enseñaron lo que es el sarcasmo (con gran aplomo, gesto firme y convencido)?

DIS es un alumno divertido que alegra las clases. Y la verdad es que no, en Magisterio no me enseñaron mucho acerca del sarcasmo.

Ahora que tengo tiempo de leer me avergüenzo de las lagunas que poseo en tantos y tan importantes contenidos. No ya sobre aspectos culturales generales, sino de aspectos totalmente propios de mi trabajo. No conozco nada de Ramón Acín, nada de Joaquín Costa, nada de la Institución Libre de Enseñanza, nada de las Misiones Pedagógicas, nada de la escuela y la República, nada de la escuela de *El florido pensil*, nada de nada, o poco. ¿Alguien tiene alguna explicación a estas carencias?, ¿las puedo justificar de algún modo?

Hoy hemos vuelto a las clases. He llevado varios de los libros que me encargaron los niños, desde algunos de dragones hasta otros de historia. Y en ellos se han sumergido ya.

Ahora damos la clase acompañados de un agujero tremendo en la pared, con el que se comunicará nuestra clase y la de infantil (para que en caso de alguna urgencia el profesor no tenga que dejarlos so-

los ni un segundo). Por otro agujero, el de la ventana, hoy podíamos admirar un increíble y maravilloso día de nieve. Aquí es donde uno comprende qué es la estética, qué es un paisaje sobrecogedor.

Otra cosa me sorprende desde el día en que llegué. En la escuela de Ansó, si necesitas una caja, un palo, una mesa, una silla, un armario, un radiador, una mesa de ping-pong, un niño, un loqueseacuandosea, solo tienes que hablar con el encargado de mantenimiento del ayuntamiento (con quien me cruzo cinco veces cada día) y pedirselo. Al día siguiente ya lo tienes preparado. Aquí la gran civilización aún no ha exportado sus complejos burocráticos y tecnológicos sistemas de resolución de problemas. Aquí las cosas aún se hacen del modo sencillo, personal y natural.

*Miércoles, 11 de enero de 2006*

Tengo cierto problema moral. El dilema se me plantea cuando me doy cuenta de que en la preparación de las clases se puede invertir el tiempo que cada uno quiera, sin límite alguno: el trabajo nunca se acaba, siempre hay cosas pendientes, otras por completar, asuntos por pensar. Más allá de lo estrictamente legal, ¿dónde puedo poner el límite de lo moral?, un límite que no se contradiga con un buen compromiso profesional.

Esta cuestión puede parecer estúpida y sencilla: el límite cada uno lo pone donde puede y quiere y ya está. Pero no. Me confunde no tener un trabajo en el que al final del día compruebas que has sacado adelante la producción exacta marcada para ese día; al contrario, al acabar el día se plantean multitud de cuestiones a solucionar, variados caminos para ampliar el trabajo realizado hasta la fecha.

En definitiva, estoy en pleno proceso de fijar hasta dónde estoy dispuesto a comprometerme con mi trabajo. Si además la vida cada año te lleva a un lugar, unas veces te aleja de la familia, otras veces te acerca a la naturaleza, etc., aún es más complicando dar, cada año, a cada parcela personal un lugar y una importancia racional.

Respecto a las clases, estamos intentando diseñar lo que será un proyecto de Conocimiento del Medio para este trimestre alejado del libro de texto, es decir, alejado de contenidos aburridos, repetidos cada año, y ejercicios mecánicos mas aburridos aún.

*Sábado, 14 de enero de 2006*

Hoy es el viernes del curso que más cansado estoy. Será porque

ha sido la semana que más he trabajado.

El año pasado, en el centro concertado La Anunciata, llegué a la idea de que los niños volvían de las navidades con un grado de madurez mayor, habiendo asentado muchos de los hábitos de trabajo y comportamiento desarrollados en el primer trimestre. Esta semana me ha costado seguir creyendo en esta idea. El mantener cierto orden en la clase ha sido complicado.

Para el martes próximo he convocado una reunión de padres. Además de comentar los asuntos propios del trimestre, intentaré comentarles qué vamos a hacer en Conocimiento del Medio a partir de este trimestre. Espero poder dar forma a las ideas que me rondan por la cabeza.

Durante el fin de semana, además de hacer este trabajo y corregir algunas cosas, también espero ver Ser y tener y seguir disfrutando de *Pirineo de boj*.

*Domingo, 15 de enero de 2006*

Se acabó el fin de semana. Sigo enamorado de mi trabajo.

Lo he dedicado casi todo a organizar el intento de proyecto de trabajo para Conocimiento del Medio en este trimestre. Está siendo toda una aventura de esfuerzo y descubrimiento. Me pregunto por qué apenas conocía estas formas de trabajar.

Es aventura en todos los sentidos: exige gran planificación, aprender muchas cosas nuevas (acabo de enviar un correo consultando acerca de la naturaleza de la luz), una comunicación y colaboración eficaz con los padres, etc. Ahora solo queda que todo ello se plasme en un proceso de aprendizaje de los alumnos como tengo previsto: motivación, interés y aprendizaje activo.

Por otra parte, el curso de formación que todo funcionario en prácticas debe hacer está ya llegando a su ecuador. Espero que los conocimientos informáticos adquiridos se puedan plasmar pronto en una página donde haya espacio para la escuela, las reflexiones personales, un foro, las fotos robadas a la vida...

Ahora en la cabeza rondan dos cosas: la biblioteca y la mesa de ping-pong.

*Miércoles, 18 de enero de 2006*

Sigo tocando teclas, tirando de hilos. Hoy he acertado con alguno.

Experiencias que recojo de otros maestros, al aplicarlas en mi clase, no consiguen el efecto deseado. Las razones las intuyo y sé que tienen que ver con la relación y complicidad que tienes con los alumnos, con cómo utilizas el tiempo de clase, las pausas, las famosas miradas... En definitiva, todo por aprender. Pero de vez en cuando van funcionando algunas iniciativas. Creo que voy consiguiendo que los alumnos se interesen por libros, noticias, problemas de razonamiento, etc. De todos modos, en esto de dar con la tecla adecuada, las situaciones vividas muestran cada momento la cantidad de cosas en las que no reparas (y deberías haberlo hecho). Es algo así como intentar una mezcla en un laboratorio y cuando esperas impaciente si el resultado será A o B, la probeta saca un cartel luminoso de neón y te dice: «no te enteras, ha sido Z». Hoy la «Z» ha sido una actividad que la mitad de los alumnos ha abandonado rápidamente para marchar al recreo sin el menor indicativo de que le haya resultado interesante, y la otra mitad ha continuado en clase totalmente absorta en su trabajo. Evidentemente, no preveía ni una cosa ni la otra.

Mañana acuden unos profesores del IES Pirámide de Huesca para realizar unos talleres de cine en cada una de las clases. Espero que sea una experiencia más de las que ayudan a que los alumnos quieran ir cada día a clase.

*Lunes, 23 de enero de 2006*

Hace unos años, cuando hacía en Campo un curso sobre juegos y deporte tradicional recuerdo que me quedaba perplejo al mirar a los lados, desde el patio de la escuela, y ver la majestuosidad de las montañas. Andaba yo por segundo o tercero de Magisterio. Pensaba entonces en lo que sería dar clase allí, lo felices que deberían ser los niños de ese pueblo.

Ahora en Ansó hay muchos días que estoy en el patio y me acuerdo de Campo. Desaparezco unos segundos de la clase, con el permiso de mis alumnos, y mi mente vuelve a ese patio, a esas montañas y me vuelvo a quedar pensativo, confuso, sin entender muy bien qué hago allí, qué hacen esos niños alrededor de mí. El viernes pasado nos brindó un día maravilloso y volví a tener estos sentimientos y emociones. Como las otras veces, mis alumnos acabaron preguntándome por qué tenía esa sonrisa dibujada en la cara.

El próximo reto marcado para ir parcheando lagunas y carencias se refiere a la historia. Ahora que empiezo a saber un poco de lo que pasó el siglo pasado, lo intentaré con el anterior.

En nuestro particular proyecto vamos a empezar aprendiendo sobre el espacio. Ya saben: astronautas, NASA, agujeros negros y Big Bang. Veremos...

*Martes, 24 de enero de 2006*

Cada época, cada fase de la vida se guarda en la memoria de una manera concreta, de forma que al evocarlas sientes un cúmulo de sensaciones, de olores, de imágenes. Me pregunto cuáles serán estas imágenes y recuerdos que yo evocaré en el futuro recordando este año.

Acabo de dejar la pluma sobre la mesa. La pluma es un regalo de mi hermano Pablo. Con la pluma he escrito algunos deseos que me acompañan. Y mientras escribía cada palabra, recordando el placer que nunca disfruté de mojar la pluma en el tintero, de detenerme en cada trazo, de volver a mojar la pluma... he recordado el libro *La ciudad de los niños*. Una de las ideas rescatadas de ese libro, supongo que cada uno rescata lo que buenamente puede, se refiere a la velocidad. A cómo estos tiempos nos han dado grandes máquinas capaces de hacer trayectos muy rápidos, pero que, a la vez, nos han hecho perder el interés por el trayecto. Ahora todo es rápido, o debe serlo, todo es o debe ser un producto final rápido y eficaz. Se acabó el proceso, el disfrute y el aprendizaje durante el mismo. Son los viajes, es la escritura, es la comida, es el ritmo de vida, es la vida misma. No entiendo por qué añoro tantas cosas que no he llegado a conocer.

Creo que cada día esta escuela me gusta más porque es el pequeño rincón en el que puedo hacer, por arte de magia, que los ritmos sean cercanos a los que sigue mi pensamiento.

*Jueves, 26 de enero de 2006*

He pasado buena parte de la tarde jugando con mis alumnos en el frontón. En Educación Física estamos en una unidad didáctica relacionada con las raquetas. Espero que lo que aprenden y lo que disfrutan sea un estímulo suficiente para que tengan una nueva opción para jugar, para relacionarse con los compañeros y para ocupar su tiempo libre.

Además, el padre de un alumno me planteaba unas dudas sobre

el comportamiento y la atención en clase de su hijo. Para mí el niño es un buen alumno, disciplinado, con interés, esfuerzo, etc. La cuestión es que en años pasados otros profesores tuvieron alguna queja sobre la atención del niño en clase. Esto me da pie para pensar en el mayor inconveniente, a mi juicio, de la escuela rural: la poca estabilidad del profesorado. Los alumnos no poseen la rutina necesaria, sino que todo cambia cada año, el profesor no puede acometer ningún proyecto a medio plazo, porque sabe que no estará allí en el futuro, los padres reciben opiniones del profesor, formas de trabajar, que parten de un criterio ante la escuela y ante la vida totalmente distinto cada año.

A principios de curso intuía dudas en algunas miradas de los padres. Bien pudiera ser mi mentalidad bastante dada a ver algunos de estos fantasmas, pero la cuestión es que me planteo ser padre en un lugar como este y tener que estar expectante cada año para comprobar qué tipo de persona llega para estar con mi hijo y educarle durante nueve meses. Es un asunto bien serio y complicado.

*Miércoles, 1 de febrero de 2006*

Hoy leo que en enero se ha batido el récord de consumo televisivo por parte de los españoles. La nada despreciable cifra de doscientos cuarenta y cuatro minutos por persona y día. Doscientos cuarenta y cuatro minutos. La auténtica escuela de nuestros días.

Hoy en clase hemos intentado comprender qué son los agujeros negros. Lo que tiene su miga porque si le preguntamos al señor Hawking nos intentaría explicar cosas como que el espacio y el tiempo se expanden junto al universo, o que el lugar donde se concentraba toda la materia del universo tenía volumen cero y densidad infinita. Y la España de la televisión y el fútbol (casi mejor los toros, la tortilla de patata y las sevillanas) viendo sus doscientos cuarenta y cuatro minutillos de televisión diaria; directa a la vena.

En la reunión de este trimestre indiqué a los padres que estábamos en el momento importante del curso, tras el primer trimestre de adaptación y el último tan corto. Espero que le saquemos provecho, pero tengo la impresión de que se empieza a acumular el trabajo.

Estos días hemos tenido que suplir al maestro de infantil, como hemos podido, entre los otros tres maestros de la escuela. Hoy por la tarde he estado con estos alumnos de infantil y con los míos. No

he podido hacer nada más que sofocar quejas y peticiones, vigilar que nadie se hiciese daño, lo que me genera una terrible sensación de descontrol y de pérdida de tiempo con mi grupo.

El día a día está plagado de obstáculos como éste, o fiestas, o días de la paz, del carnaval o del jamón con tomate. A eso le añadimos los lógicos catarros de cada niño, sus viajes, etc., y tenemos que la continuidad, que tan importante me parece, está amenazada por todas partes.

Hoy el señor al que pago cada mes, me ha dado un regalo en forma de palabras. He podido escuchar algunas historias de hace años. No dejo de pensar en los vertiginosos cambios experimentados por la sociedad en tan reducido tiempo.

*Martes, 7 de febrero de 2006*

Solo diré hoy que me hace muy feliz comprobar que la relación con mis alumnos va evolucionando cada día. Cómo somos capaces de decirnos más cosas, de decirnos las mismas de distintas maneras, de mirarnos de modo diferente, de usar algunos silencios, de interpretar mejor nuestros gestos, palabras y sonrisas. Esto me parece uno de los aspectos más bonitos de mi trabajo.

Y como cada día sigo estando un poco más feliz, cada vez me da más miedo el resultado del concurso de traslados.

Siguen debatiendo los políticos, tenaces ellos, lo de la asignatura de Educación para la Ciudadanía. Creo que el resultado será algo como enseñar con un libro a nadar. Sin piscina.

*Miércoles, 15 de febrero de 2006*

Hoy iba a ser una tarde de trabajo, puesto que a las siete ya estaba todo dispuesto para ello, pero tres niños se han puesto a llamarme a gritos desde la calle. Tenían hambre y solicitaban merienda. Así que hemos comprado unas tortas y hemos estado hablando de la vida, de su mundo y el mío, un buen rato, mientras pasábamos un poco de fresco.

Carnaval a la vista. Lo que es lo mismo: otra zancadilla al trabajo diario, a la continuidad. Ojo, sé que todo tiene su sentido, pero si sumamos todos los días especiales, las fiestas, los preparativos y las secuelas...

Los alumnos han establecido contacto electrónico y ordinario con niños del Colegio César Augusto de Zaragoza. Es una actividad que da pie para aprender muchas cosas.

Estos días el timón anda un poco confundido, voy a la deriva con las velas rotas y esperando si seré abordado por los piratas o retomaré el pulso de la nave.

*Jueves, 16 de febrero de 2006*

Empezaré por una cuestión de las llamadas de perogrullo: si preparas las clases, las clases funcionan mejor. En este segundo trimestre, entre algunas ideas nuevas que estamos poniendo en marcha, trabajo que se empieza a acumular y papeles que se amontonan, voy un poco apurado. Pero intento dedicar el tiempo necesario a planificar cada día porque compruebo que esa planificación tiene repercusiones en todos los sentidos (aprovechamiento del tiempo, control del grupo o satisfacción final con lo realizado).

Recuerdo una de esas fotografías que la memoria va almacenando: curso pasado a primera hora de la mañana, un poco de sueño, esquivando coches y viendo niños escondidos fumando el primero del día. Yo alegre a buscar a los niños de tercero para hacer Educación Física, «hola, hermana Teo, ¿qué tal va todo?». Su tutor, Antonio, con su mesa, y casi él, cubierta de cuadernos, notas, cartas, papeles, carpetas. Cada día que pasaba más papeluchos por todas partes. Ahora soy yo ese tutor al que la montaña de cacharros sobre la mesa amenaza con engullir.

*Domingo, 19 de febrero de 2006*

Muchas veces en clase pronuncio algunas palabras y me quedo después pensando que tienen relación con algún hecho que ya viví como alumno. Compruebo así la importancia e influencia de nuestra experiencia previa, que se manifiesta, de repente, en circunstancias puntuales. Momentos con don Gustavo en mi EGB hace ya quince años aparecen, sin avisar, en la escuela de Ansó.

Ayer sábado se celebraba en el frontón un concurso de disfraces. Me acerqué un momento para saludar a mis alumnos. Son, aún, sensaciones extrañas las que se crean al ver a los chicos fuera del contexto habitual (el escolar) y, más aún, a las familias. Además, en unos minutos de mirada silenciosa y furtiva, comprobé el comportamiento de mis alumnos en esa situación. Ninguna diferencia con la escuela.

Por cómo me hablan, por lo que me cuentan cuando nos cruzamos por las calles, por otros pequeños detalles, veo que mi relación con ellos sigue avanzando. Muchas veces hacen referencias a pro-

fesores que han pasado por el pueblo y me pregunto qué comentarios se harán sobre mí dentro de un tiempo.

La relación óptima entre el profesor y el alumno es un asunto que me crea contradicciones en muchos momentos. Es un aspecto importante que no se estudia, sino que tiene más que ver con el modo de entender la vida y cómo ésta te hace entender la escuela.

*Martes, 21 de febrero de 2006*

Hoy ha sido un extraño día. Había apatía generalizada en el ambiente. Nuestros estados variaban desde la enfermedad leve de algunos hasta el adormecimiento mayúsculo de otros. A ello le añadimos el color gris del cielo y como resultado tenemos un día de clase con un ambiente lento y espeso como el puré de patatas y calabacín que acabo de cocinar.

Hay algunos temas que me gustaría comentar y sobre los que recibir consejo, pero entran dentro de lo que se puede considerar secreto profesional.

Ayer en clase de ESO tratábamos temas teóricos relacionados con el aparato cardiovascular. Estas clases suelen acabar en un torbellino de preguntas y mil dudas de los alumnos, muchas de ellas sin relación con el tema principal. Aprendizaje en todo caso. La cuestión es que hablábamos del cáncer y del sida cuando comentaron que el señor cura les había indicado que la lepra era una enfermedad de pecadores, que era una especie de castigo divino. No sé qué diría el señor cura realmente, pero la cuestión es que esa era la conclusión final obtenida por los chicos. Me acordé de Diario de motocicleta, del Che Guevara y sus leprosos. Los alumnos rieron y allí lo dejamos.

*Lunes, 27 de febrero de 2006*

La ciudad borra mis ideas. Muchas vueltas, muchas visitas y ganas de volver.

El viernes recorrí los pasillos de la Escuela de Magisterio de Zaragoza. Las listas de apuntes en reprografía, los despachos, las clases, los listados de notas, la biblioteca. La sensación después de las peripecias de los últimos meses fue nostálgica, melancólica, confusa.

Por la tarde, otra visita: La Anunciata. Debía saludar y despedirme de los que fueron mis compañeros el curso pasado. También sensaciones especiales al recordar sus escaleras, clases, rincones,

ruido de los niños al bajar, olores. Algunos niños me preguntaban por mi pelo como si la última vez que me habían visto hubiera sido el día anterior y no hubieran transcurrido ocho meses realmente.

El sábado por la noche, mientras me entregaba a esa tarea que la ciudad me brinda con generosidad, perder el tiempo, escuchaba una charla entre dos mozos de segundo de Bachillerato que hablaban sobre la Universidad en la marquesina de la parada del autobús. Ella afirmaba querer estudiar Magisterio, puesto que la nota le llegaba y había oído que no exigían demasiado. Agaché la cabeza, seguí concentrado en no congelarme y vi pasar por mi cabeza en unos segundos los que probablemente serán los próximos tres años de la alegre muchacha.

*Jueves, 2 de marzo de 2006*

Está de moda hablar en contextos variados del acoso escolar, *bullying* para los académicos. Además, como la televisión está tan interesada en el asunto, parece que es algo que han descubierto los medios de comunicación. En la escuela se ha comentado un poco el asunto estos días. Y todos hablan de la gravedad y complejidad del tema. Yo, en mi afán de llevar la contraria, no veo sentido a tal revuelo. Solo veo que es una consecuencia lógica de la sociedad. No creo que el problema o la solución haya que buscarlos en la escuela. Me recuerda a los intrincados debates sobre las drogas en los jóvenes. Y resulta que los adultos que debaten el problema celebran el final de la reunión con un brindis y un puro, tras las copas de rigor.

Magisterio cambia de aires. La convergencia europea creo que se llama. Cuatro años de carrera, un practicum, solo dos especialidades (primaria e infantil), y las especialidades convertidas en menciones que se eligen durante la carrera. Creo que estos son algunos de los principales rasgos. Me pregunto si habrá algún cambio en lo esencial.

Mariano Coronas me manda la revista *El gurrión*. Aún no la he leído entera. Me preguntaba si suscribirme o no, pero inmediatamente me he avergonzado de tal pensamiento. Es una revista que nació el mismo año que yo y sigue bien viva veinticinco años después, contando sobre cultura, personas, naturaleza, surge cada trimestre en el Pirineo, en Huesca, donde vivo muchos de mis días

más felices. Hay que recibirla periódicamente, no hay alternativa.

Hoy no he dado clase. Hoy los niños se han ido a esquiar.

*Domingo, 5 de marzo de 2006*

Frente a la pantalla, con las teclas dispuestas. Hoy la información es una pena:

Concurso de traslados: José Luis Capilla Lasheras. Origen: CRA Río Aragón (Huesca). Destino: CRA Algars de Cretas (Tertuel).

Desde que empecé a trabajar en Huesca hace 4 o 5 años, con mis queridas abuelas de gerontogimnasia, me han resultado muy difíciles las despedidas. Me temo que uno de los aspectos más duros de mi trabajo va a ser este.

Llevaba semanas esperando el destino. Y mi novia y mi madre, claro, y algunos más. Yo tenía la esperanza de poder seguir en Ansó. Ya saben: la naturaleza, el pueblo, su olor, sus casas... y mis alumnos. Unos alumnos que se convierten en la familia de un maestro al ser las únicas personas con las que se comunica durante la mayor parte de la semana, si no toda. Y no sólo eso: los primeros alumnos que me han dado la oportunidad de ser tutor, de conocerles, de mostrarles algunas pocas cosas del mundo que nos rodea. Probablemente los alumnos que más me enseñarán durante mi camino como maestro.

He invertido, y sigo en ello, un buen esfuerzo cada día en tratar de mejorar mi relación con ellos. Ahora, el mensaje final resultante de los movimientos migratorios de los cien mil maestros ambulantes me dice: «olvídese de las chorradas, que el año que viene ponemos ante usted otro grupo y vuelta a empezar». No tengo ganas de volver a empezar.

Recién conocida la noticia, al comentarla con los compañeros, los alumnos detectaron alguna cosa extraña, ¿una cara triste?, y pedían información. No les dije nada. Creo que no me atreví. La historia se repite. A mis queridas abuelas también les informé de mi despedida en los últimos días, tratando de evitar por todos los medios una información que resultaba dolorosa.

Al curso le quedan cuatro meses, pero ya van a ser cuatro meses tristes, con la certeza de que llegará junio y el día veinte o veintuno cerraré por última vez la clase, haré de nuevo las malditas

maletas y me alejaré de Ansó. Muchas ilusiones e ideas se quedarán atrás, junto al pueblo. Y para los alumnos el nuevo curso comenzará con una nueva incógnita de lo que la ruleta les haya deparado, recordando quizá alguno al maestro recién desaparecido.

Los seis meses anteriores han estado repletos de descubrimientos, de compañeros, de tiempo, de trabajo y resultados, de felicidad, en definitiva. Pero todo ha quedado empequeñecido ahora y todo ha perdido un poco de sentido y de brillo.

Cretas es el pueblo de mi amigo Jaime. Otro guiño del destino.

*Martes, 7 de marzo de 2006*

A menudo establezco comparaciones con mi trabajo en La Anunciata el año pasado. La verdad es que tienen poco que ver, pero son curiosos ciertos paralelismos. Para empezar, recuerdo que el año pasado, en marzo, estaba ya al límite de mis fuerzas, saturado y desbordado de trabajo. Sin embargo, ahora mismo solo siento que el curso está consumiéndose a toda velocidad. Siento fuerzas para hacer tres o cuatro cursos de tirón.

Y bueno, también estoy desconcertado por esa revelación que un amable anónimo me indicó el otro día: «debes aprender a olvidar, a empezar de nuevo». Y es que yo no tenía esta carga prevista para la mochila. Jaime se ríe de mí y se burla de mi inocencia al quedarme sorprendido por esto que él considera algo evidente para una mente mínimamente despierta. Lo dicho, desconcertado. No contaba con ello y aún sigo sin tener clara mi capacidad para llevarlo a cabo.

Mañana marcharé a esquiar. No se ha planteado la actividad de un modo cercano a lo que sería lo ideal para mí y pensaba mantenerme al margen de la misma, pero me apetece estar con los alumnos y ayudar a que salga lo mejor posible, por lo que allí estaré. La cuestión es que lo ha organizado la asociación de padres de manera totalmente independiente del centro y creo que esto no tiene demasiado sentido siendo que nos referimos a una actividad insertada en horario lectivo. Ocurre que al principio de curso, cuando estas cosas se gestaban, mi despiste aún era muy grande, era recién llegado, por lo que hice (o no hice) bastantes cosas de un modo... poco correcto. Ahora obraría de manera muy distinta. Es otro ejemplo de cómo un maestro nuevo cada curso supone un montón de decisiones poco acertadas hasta que se adapta, si es que lo hace.

Hoy ha sido otro día de descubrimientos, otro día feliz. En un momento de la mañana he llamado al maestro de la clase contigo para que observara cómo un niño que hace unos meses afirmaba no desear leer nada y no mostraba interés hacia libro alguno, cuando he anunciado el recreo y todos han comenzado a correr, a buscar el ordenador, a gritar, se ha quedado quieto, ajeno a la clase, sumido en la lectura que se trae entre manos: Los tres investigadores. Quizá sea una simple anécdota pero ya es un motivo para estar feliz un buen rato.

*Jueves, 9 de marzo de 2006*

Estas semanas debo realizar algunas actividades para superar mi fase de prácticas. No seré honrado con la visita de un inspector. Son confiados y creerán lo que les cuente en una memoria que pienso hacer este fin de semana en un par de horas.

Sigo escandalizado por una especie de recortes y medidas de ahorro aplicadas a la escuela. Me acuerdo de un gran profesor que siempre nos citaba algunas ayudas y subvenciones públicas que recibe una empresa privada como el Real Zaragoza. Nosotros tenemos que ir con cuidado de apurar el material, no recibimos bien la señal inalámbrica porque un nuevo punto de emisión cuesta a la administración sesenta euros, o para recibir una vieja impresora, porque la mía estaba rota, han tenido que pasar seis meses. Mientras, en una mañana, el ejército se gasta en munición para maniobras y en la comida de la cabra más dinero del que yo puedo dedicar para comprar libros durante todo un curso. Prioridades del país.

En el mundo real, hoy hemos recibido la mesa de ping-pong comprada gracias a la ayuda del ayuntamiento. La hemos montado entre unos veinticinco y hemos estado jugando hasta las 20:30, tras merendar varias tortas y rosquillas. Incluso alguno ya se ha llevado una raqueta para entrenar en la cocina. Ya me perdonarán los padres.

Por la mañana, intentando entender algo sobre las perspectivas y aprovechando el gran día, hemos bajado a dibujar al campo.

*Lunes, 13 de marzo de 2006*

Dos dudas me acompañan.

El domingo ayudé un poco a mi hermano a estudiar Lengua. Le he explicado muchas veces que aunque no vea sentido a algunas

asignaturas, o crea que no le serán de utilidad, de una manera u otra le ayudarán: le permitirán crear esquemas de razonamiento aplicables a otras situaciones, le ayudarán a crear diferentes maneras de entender las cosas, darán pie a nuevas realidades que podrán abrirle miles de caminos, etc. Pero luego, tras leer el contenido de su control de Lengua, me cuestiono si mis palabras tienen sentido o sería mejor que se olvidara de la Lengua, marchara a jugar unas partidas al fútbol y luego leyera un buen libro. En El florido pensil eran curiosísimas e increíbles esas retahílas de palabras que debían aprender los niños sin saber muy bien por qué ni para qué («... los gallegos son listos, precavidos...; los vascos son nobles, tímidos...»). Pues eso mismo me recordaban los valores morales presentes en *La Celestina* (libro que probablemente ya no leerá nunca), o las mil y una reglas de formación del género y número en los sustantivos.

Y segunda: disfrutaba de una de esas cenas que solo una madre puede improvisar en cinco minutos a unas horas escandalosas, estaba pensando sobre el curso, el trabajo, etc. En esas andaba cuando caí en la cuenta de algo: creyéndome como me creo integrante de un oficio milenario, un trabajo relevante en las diversas sociedades, algo lo diferenciaba de otros actualmente. Pensaba en los antiguos oficios artesanos en los que la figura del aprendiz se acompañaba inexorablemente de la figura de su maestro. Más fácil aún: en cualquier empresa, por cutre que sea, el novato tiene al lado alguien que le enseña o, al menos, le regaña cuando hace mal el trabajo. De repente sentí la gran importancia de este hecho. Los maestros hacemos toda esta parte inicial del camino sin un maestro con cuarenta años de experiencia al lado. Hay períodos de prácticas y otras fórmulas para la formación práctica, pero entonces no era maestro, las correcciones no podían tener el efecto de aprendizaje al que me refiero.

*Miércoles, 15 de marzo de 2006*

Hoy ha sido el tercer día de esquí de marzo. Un esplendoroso día que reconcilia a cualquiera con la vida. Los niños lo han pasado muy bien, han aprendido muchas cosas y siguen incorporando a sus vidas algunos hábitos y pequeños placeres físicos que en el futuro les reportarán, probablemente, un poco más de calidad de vida o, simplemente, de felicidad.

El Ayuntamiento de Ansó nos ha dejado disponible un cheque para que podamos seguir incorporando libros y materiales a nuestra escuela. Así da gusto.

Respecto a Educación Física he empezado con varios cursos una unidad de gimnasia rítmica. Cada día encuentro nuevas justificaciones para la asignatura que no supe vislumbrar años atrás. Ha sido un auténtico placer haber pasado varios días jugando hasta bien tarde con niños que al salir de la escuela seguían practicando algunos de los ejercicios propuestos en clase.

Mi nuevo alumno lector ha acabado ya su libro. Libro con el que ha disfrutado y que seguramente dará pie para que lea muchos otros.

*Viernes, 17 de marzo de 2006*

Si mi profesor de Filosofía hubiera podido mostrarme unos cuantos vídeos y fotos, hubiese comprendido más rápido qué narices quería decir Marx con lo de la alienación del hombre.

Hoy hemos hablado un poco en clase del botellón. Es bonito hablar con personas cuya corta edad aún les permite reparar en las cosas evidentes y, por tanto, no entender el propósito de las masas adolescentes dispuestas a beber veneno hasta que su cuerpo se rinda.

Me he permitido unas parodias de los sesudos argumentos de los bebedores y los alumnos, entre risas, coincidían en que no eran razones de excesivo peso. Muchos alumnos también saben que sus padres se manifestaban cuando eran jóvenes por razones sociales, de injusticia, de libertad, etc. Y algo resulta extraño en estas nuevas quejas de los jóvenes: «pedimos derecho a acabar vomitando en las calles». Los tiempos cambian.

Recuerdo mis años de estudiante universitario: los momentos en los que la clase realmente estuvo unida fueron aquellos en los que algunos tuvieron que protestar porque en no sé qué fiesta les pretendían poner unas limitaciones a la hora de servir cerveza. Muchos maestros en potencia estaban indignados: ¡cómo iban a pedir diez barriles menos!

El año pasado, mientras hacía una cosa con no demasiado sentido, escuché una conferencia de un dirigente político argentino en torno al dopaje. Fue un placer escuchar su oratoria y su lucidez. Una de las imágenes que consiguió grabar en mi cabeza fue aquella

en la que la explicación del dopaje había que buscarla en la sociedad general. «Una sociedad moderna química», dijo. Sociedad en la que hay una pastilla para dormir, otra para despertar, otra para no comer, otra para comer, etc.

Pues supongo que esta juventud tan alcoholizada y drogada no es sino fruto de esa sociedad química. Aunque, al menos, los potenciales ingenieros entrevistados en el Centro Politécnico Superior de Zaragoza podrían defender con un poco más de inteligencia su derecho a emborracharse, su derecho a dejar todo un barrio lleno de suciedad y mal olor, y su derecho a alterar la vida de las familias del barrio, cuyos hijos incluso debían tomar precauciones caminando entre cristales, vómitos y basura.

*Domingo, 19 de marzo de 2006*

Hablando de mi triste concurso de traslados, he recordado que entre mis despedidas recuerdo con especial cariño y pena la correspondiente a los grupos de gerontogimnasia de Huesca.

Esos años fueron muy especiales por muchas razones: vida independiente, ciudad bonita y agradable, buenos años de estudio, descubrimientos, ajeteo, etc. Pero esos alumnos tienen la mayor parte de culpa. Trabajé con muchos y variados grupos. Recuerdo un comienzo muy complicado, con muchas dudas, cuestionado a veces. Pero la experiencia, el cariño y los problemas de todas esas personas hicieron el milagro de convertir ese trabajo en algo que va bastante más lejos y acaba implicándote de manera muy personal.

La despedida fue muy difícil para mí. Cuando tengo la suerte de pasear por Huesca confío en encontrarme con alguna de estas personas.

Hoy me ha escrito una de estas alumnas, Pilar, como suele hacer cada cierto tiempo. Pilar fue maestra y siempre me animaba con mis estudios y me decía que tuviera paciencia y esperanza. Cada uno de sus mensajes es una gran alegría. Además, me manda recuerdos de las otras compañeras que aún continúan ejercitando el cuerpo. Que después de tres años me sigan recordando es todo un honor.

Creo que hasta este momento los alumnos me han enseñado a mí mucho más que yo a ellos. Es una deuda que siempre quedará pendiente.

*Miércoles, 22 de marzo de 2006*

Desde principio de curso una idea me preocupa. Un compañero

ya maestro nos avisaba: «ojo chicos: hay que trabajar mucho, que es muy duro, que acabas hecho polvo, que el lobo es fiero y feo, que...». Y, hombre, que me sienta cada día más contento y más feliz en el trabajo me da que pensar. Igual soy un vago, y no hago mi trabajo como debiera. Igual debo hacer algo para sentirme un poco peor, más cansado. No sé, quizá trate de marchar a casa un poco más triste cada día.

Sigo pensando, y últimamente más, sobre qué es bueno enseñar. Sigo sin tener claro cuánto debo desviarme del programa formal en actividades más «innovadoras» (menos formales). No dejo de pensar que hay horas y horas empleadas en el único objetivo de hacer aprender algo y unos meses después ese algo se ha evaporado como un espíritu.

También me pregunto qué queda después de esa evaporación para tratar de dirigirme directamente a ello, a lo importante, a lo que queda. Luego también comprendo que aún dedicando el esfuerzo a un «algo» totalmente evaporable, siempre podrá haber efectos colaterales positivos: aprender hábitos de esfuerzo, de sacrificio, disciplina, etc.

El no poder ver los resultados de la enseñanza hasta pasados unos años, y ni siquiera entonces porque podrán haber influido tantos factores que ya no se podrá establecer la causalidad exacta de cada uno, es algo que me fastidia enormemente.

*Lunes, 27 de marzo de 2006*

La semana pasada charlamos en clase sobre algunas cosas relacionadas con los pueblos, con su progresiva pérdida de inquilinos. Y de una idea a otra, aprovechando una foto guardada durante años en la memoria, hablamos de cómo algunos pueblos son convertidos en un paisaje fantasmal del fondo de un pantano. Algunos señalaron que, en ocasiones, como en el Pantano de Mediano, si las condiciones fluviales acompañan, se puede ver incluso la torre de la iglesia asomando sobre la superficie. Una trágica imagen, coincidimos todos.

Los niños no comprendían que llegaran unas personas y pudieran echar del pueblo a sus habitantes, a las gentes cuyas familias allí vivieron durante cientos de años y que esas fotos antiguas de un pueblo lleno de vida, de escuelas y niños, de trabajo (como vimos en la foto de la revista *El gurrion*), se convirtieran en agua,

simple agua y lágrimas para los descendientes. Los niños no comprendían. Probablemente porque cosas así solo la mente de un adulto puede comprender. Como con el dibujo de la boa que se había comido un elefante de *El Principito* (¡un sombrero!).

Por otra parte, la visita a la ciudad, además de ayudarme a recordar el extraordinario mal olor reinante en la misma, me ha permitido volver a comprar abundantes libros. Mañana creo que mis alumnos pasarán una buena mañana descubriendo desde historias mitológicas hasta algún caso de Cuatro amigos y medio, o podrán viajar incluso al centro de la Tierra. Los cien euros del Ayuntamiento de Ansó van a permitir muchas historias nuevas.

Por último, en la madrugada del domingo unos cuantos skin heads pegaron una paliza a un chico que pasaba por la calle en la que he vivido toda la vida. Evidentemente en estos asuntos no hay explicaciones (al menos de las sencillas). Pienso en los cientos de jóvenes adolescentes que cada día salen a la calle jugando a esa lotería cruel que les puede deparar uno de esos premios: una soberana paliza con el único pretexto de la diversión, la grabación con el teléfono móvil o la ira contenida.

*Martes, 28 de marzo de 2006*

Ya son varias veces en este curso cuando en el momento más insospechado, tras una acción inocente, pego un buen resbalón.

Después de actuar con la mejor de las intenciones posibles, más allá de lo lectivo u obligatorio, ha habido una distinta interpretación de los hechos por parte de una familia, una distinta visión de la realidad y un encontronazo de opiniones. Esto me afecta, aunque no tanto como antes.

En una reunión entre los distintos profesores del colegio, uno de los asuntos tratados ha sido el de ese sentimiento de continuo cuestionar al profesor por parte de algunas familias. Ya asumí hace años que al trabajar rodeado de muchas personas seguro que un buen puñado dudan de tu capacidad, de tu esfuerzo e incluso piensan que eres un poco tonto, pero, aún así, cuando se crean algunos de estos conflictos durante el resto del día se mantiene un desagradable sabor amargo.

*Martes 4 de abril de 2006*

El día ha comenzado con unas palabras de ilusión de una madre,

la mañana ha sido muy buena con los alumnos y por la tarde he acompañado a unas niñas a la paridera del padre, donde hemos visto un ternero recién nacido, unos corderos, ochenta vacas, dos toros, gatos, perros que comían placentas de vaca, etc. Después he salido con la bici y al volver he visto una imagen maravillosa: como fondo el pueblo, en el centro una niña de clase en el jardín de su casa haciendo unos ejercicios muy bonitos con una cinta de gimnasia rítmica, que ha sido el tema de nuestra última unidad didáctica. Su madre hablaba de su ilusión de hoy, día de la coreografía final, de lo contenta que estaba porque había ayudado a unos compañeros, porque yo la había felicitado por su trabajo y porque se había sentido muy bien en su actuación. Y por la tarde seguía disfrutando de su cinta. Mañana se la regalaré.

Estoy con oxígeno de sobra. Puedo repartir a todo el que necesite.

*Jueves, 6 de abril de 2006*

Ya en mis años estudiantiles me sorprendía esa variedad de compañero que conoce todos los detalles legislativos que le amparan en cualquier situación.

Este año necesitaría a mi lado a una de esas personas para que me guiase por los recovecos de la burocracia, de los papeleos, de los plazos, de poder cambiar una plaza X por una comisión de Y. Dada su ausencia, sigo perdiéndome a diario.

Hoy hemos celebrado el día del árbol. Hemos plantado un fresno y un nogal cada uno. Después se ha celebrado una comida con los alumnos y los padres. Un señor nos ha hecho unas migas y unas chuletas asadas. Al tener claustro en Puente la Reina no hemos podido aprovechar la ocasión para relacionarnos un poco más con los padres.

Ahora he acabado unos apuntes sobre el clima, el paisaje y la estructura de la Tierra que mañana estudiaremos. Solo queda leer un poco y dormir. Mañana un nuevo día, el penúltimo del trimestre. Segundo trimestre del camino.

*Viernes, 7 de abril de 2006*

Segundo trimestre acabado. Siempre que se acaba un trayecto se suelen hacer valoraciones. Como hoy hemos tenido el día un poco movido, esas valoraciones las haremos al volver de vacaciones.

Estos días he conocido un poco más las desventuras de una compañera interina. Me ha contado unos cuantos pesares por o-

siones suspendidas, por lejanía de la tierra propia, de la familia. En unos instantes cambia de un modo radical toda tu vida.

Esta tarde mis alumnos han ejercido de maestros con los niños de primer ciclo y han intentado enseñarles algunas cuestiones informáticas. Ha sido un poco caótico, pero creo que puede valorarse positivamente. Me ha llamado la atención el dominio que mis alumnos mostraban en sus explicaciones. Tal dominio que me parece mentira que yo haya tenido algo que ver en su aprendizaje.

En vacaciones hay que hacer bastante trabajo para que el tercer trimestre saque algo de sustancia, porque tiene pinta de servir para poca cosa más: tres lunes consecutivos festivos, junio sin clases de tarde, excursión de final de curso, excursión de mayo, semana al CRIET de quinto.

*Martes, 18 de abril de 2006*

Sesenta y cuatro días son, aproximadamente, los que quedan para acabar el curso. Un suspiro.

Tras el paréntesis de Semana Santa tengo el desafío de retomar la dinámica del día a día con mis alumnos, de volver a engrasar las tuercas de la cabeza, de sorprendernos, de aburrirnos. Pero ante todo, tengo el reto de centrarme y sacar provecho a este tiempo.

Mañana nos miraremos de nuevo las caras intentando adivinar las intenciones de cada uno y dedicaremos el día a darnos cuenta de que nuevamente estamos en la escuela. Estos días la calle ha sido la otra escuela. Que se lo digan al intrépido Diego, a quien un ciclista californiano ha dado hoy un cuarto de dólar por vigilar su bici para poder tomar un refresco, mientras jugaba impasible con sus marcianos.

¿Alguien vería lógico que los maestros no compartieran todas las vacaciones con los alumnos, sino que algunos días fueran laborables y aprovechados para la tarea de programación y planificación?

*Jueves, 20 de abril de 2006*

Estos días ando estudiando cuestiones sobre Aragón: su organización, estructura, servicios, historia, puesto que será lo que trataremos en el tercer trimestre en Conocimiento del Medio. De nuevo me encuentro ante un tema del que no tengo, a priori, el conocimiento que debería.

Andar estudiando ese tema y, de repente, adentrarse una tarde a cuarenta kilómetros por hora (sin motor) en un lugar donde se lee un aviso que indica «Cuna del Reino de Aragón», con los Pirineos nevados a un lado, la impresionante construcción bajo la roca al otro, el olor del bosque, el silencio... es, evidentemente, un lujo y un privilegio. En ese momento he encontrado un gran argumento a la pregunta de esta mañana de una niña: por qué me gusta tanto hacer ejercicio. Supongo que todo el mundo que pudiera vivir algunos momentos como el anterior, y tantos otros, no tendría otro remedio que acabar disfrutando y necesitando para vivir. Esto tiene mucho que ver con mi manera de entender la Educación Física.

Hoy en el claustro se han realizado algunas exposiciones de maestros dentro de un programa de intercambio de experiencias que estamos llevando a cabo. Después de escuchar algunos proyectos vuelvo a recordar lo importante que es caer al lado de buenos profesionales y lo que pierdo al tener que caminar estos primeros pasos medio solo.

*Sábado, 22 de abril de 2006*

Ayer hice limpieza en un cuarto de la escuela y descubrí algunos documentos que dan para pensar un buen rato. Biografías de hace cincuenta años, trabajos de alumnos y papeleo del maestro de hace treinta y cinco años. En definitiva, un auténtico tesoro para saciar curiosidades. Especialmente me llama la atención el tono, el estilo expresivo de esos libros de antaño: cómo ese tono se relacionará, supongo, con toda una forma de vida propia de esa época.

En la escuela la semana ha acabado muy bien. He vuelto a disfrutar de preciosos momentos con mis alumnos. Incluso he avanzado en algo en lo que cada día me descubro avances: recurrir a experiencias, sentimientos y emociones personales para tratar de transmitir determinados contenidos, especiales también. Compruebo que prestan atención y que aprecian el esfuerzo que supone transmitir estas experiencias.

*Martes, 25 de abril de 2006*

Un nuevo martes tras un largo puente. Durante estos últimos años siempre ha habido varios temas recurrentes de los que discutía con mis compañeros de estudios. Estos temas solían partir de visio-

nes inocentes de los problemas, pero hay algunos temas de los que aún puedo mantener un discurso parecido al de hace bastante tiempo.

Uno de estos asuntos se refiere a la formación del profesorado. Pero no a la formación oficial, sino a la personal. Y para no hablar demasiado, simplemente traigo aquí unas palabras leídas en el artículo de Javier Lacueva en el *Heraldo Escolar*<sup>7</sup>: «la Real Provisión de 1771 recogía, entre otros aspectos, la necesidad de que el maestro poseyera un certificado de buena vida y costumbres». Así pues, ya pensaron en esto antes que nosotros.

Mañana tengo una reunión con una inspectora para hablar del desarrollo del proyecto de los Tablet PC. Le pediré el cargador y los bolis de repuesto, el amplificador de la señal wi-fi y algunas otras cosas. Quizá tras siete meses esperando haya suerte.

*Viernes, 28 de abril de 2006*

Ayer nos reunimos varios maestros junto a dos inspectores para valorar la marcha del programa de los Tablet PC.

Para mí la reunión se traduce en tener que viajar dos horas de coche para charlar cincuenta minutos sobre algo que podía haber realizado en mi casa durante diez minutos. Es asombrosa la capacidad que tenemos los maestros para marear la perdiz y debatir cosas obvias. En todo caso, sé que solo veo los problemas de mi escuela y que la estadística de todos los centros inmersos en el programa dará a los responsables educativos la visión de conjunto que buscan.

La valoración que hago del programa es muy buena. No creo necesario señalar los beneficios que aportan los ordenadores que cada niño de tercer ciclo posee, o que en clase tengamos un proyector. Pero, por la otra cara, todo se resume en que si baso parte de mi programación en el uso de una tecnología, debo tener unas garantías mínimas de su funcionamiento (no fallos de conexión, velocidad de conexión aceptable, recambios disponibles, soporte técnico eficaz, etc.). Y por acá el asunto nos ha fallado.

Durante el segundo y el tercer trimestre en mi clase los alumnos han trabajado la asignatura de Conocimiento del Medio de manera

<sup>7</sup>Heraldo Escolar: Suplemento sobre educación que el diario Heraldo de Aragón publica los miércoles.

100% digital, olvidándonos del libro de texto. El aprendizaje es infinitamente superior en cualquier plano analizado, incluido evidentemente el del propio manejo del ordenador y los programas empleados.

*Jueves, 4 de mayo de 2006*

Ayer llevé a la escuela un erizo. Aproveché la ocasión que el animalillo me brindó para poder mostrarles a los alumnos algunas cosas: su perfecta cubierta de pinchos, su carácter, su dieta, los beneficios que aporta al campo, etc. Al acabar la clase quedamos en el frontón para salir al campo a soltarle. Nadie acudió allí, sino que, impacientes, toda la clase me esperaba en la puerta de mi casa para hacer rápidamente nuestra tarea. En el campo le liberamos de unas cuantas garrapatas y le soltamos, tras más de una hora de mirar, tocar, preguntar. Un placer junto a mis alumnos.

En las clases todo se está haciendo muy complicado, ya que los últimos puentes hacen que las semanas sean muy atípicas. La próxima semana será la última semana del curso en la que podremos trabajar todos los días.

En cuanto a mi curioso alumno, hoy se ha alegrado de haber comenzado a estudiar historia. Me ha consultado sobre Carlomagno, sobre Pearl Harbor y por qué los rusos no descubrieron América antes si estaban tan cerca. Finalmente no ha hecho sino reseñar, una vez más, la necesaria formación del maestro en campos variadísimos.

*Viernes, 5 de mayo de 2006*

En mi cabeza asuntos de programación, de objetivos, de metodología, selección de contenidos, taxonomías, psicología evolutiva, currículos, sesiones de ajuste y cansancio. Enfrente la clase de primero y segundo de Primaria. Últimos minutos de la sesión y es entonces cuando la pequeña bruja me pregunta: «Pero, José Luis, ¿ahora es por la mañana o por la tarde?». Bajo a la tierra, le indico que es hora de comer, recogemos y nos vamos a hacer las lentejas.

Destino definitivo: Peñarroya de Tastavíns. Me habían indicado que era posible que el destino provisional variase, aunque nunca a peor, y resulta que he empeorado cuatro posiciones: de la 157 a la 161. Puestos a marchar de Ansó me consolaba acabar en Cretas, pueblo de mi hermano catalán, puesto que tenía así asegurado el

suministro de aceite, vivienda y pastas secas, además de los productivos encuentros que el fin de semana tendríamos. En todo caso, solo me alejo unos veinte kilómetros y espero que lleguen allí también las ayudas desde Cretas.

Desde que sé cuál es mi destino provisional para el próximo curso, analizo Ansó y sus cosas, la escuela y sus alumnos como algo mucho más alejado y ajeno a mí que antes.

La Cerollera, Monroyo, Peñarroya de Tastavíns, Fuentespalda. En cuatro meses nos conoceremos.

*Miércoles, 10 de mayo de 2006*

Hoy en la escuela hemos comenzado a hacer orientación. Lo he hecho con mi clase de tercero, cuarto y quinto, y con los pequeños de primero y segundo. Anteriormente había preparado lo mejor posible unos mapas conseguidos en el ayuntamiento y organizado distintos puntos de control por el pueblo.

Ha sido una de las actividades que más contento y feliz me ha hecho sentirme este curso. Los chicos han estado corriendo sin parar durante treinta minutos, han interpretado un mapa y unas señales de una gran complejidad, han trabajado en equipo en el sentido real de la expresión y, además, han acabado preguntando si podríamos volver a realizarlo. Incluso algún niño de seis años ha hecho alguna cosa que me ha dejado perplejo.

Con asuntos como este y con los de la otra cara de la moneda (los que no funcionan), sigo constatando que casi el 100% del éxito de esta misión depende del profesor, de su capacidad y conocimientos, pero también, y especialmente, de sus ganas de hacer cosas. Y es aquí donde aún no lo tengo claro. El límite legal está claro, pero sigo sin aclarar el límite ético. En todo caso, hace meses que me acompaña la sensación de que siempre podría tener las clases mejor preparadas, programar más y mejor nuevas actividades.

*Viernes, 12 de mayo de 2006*

Las sesiones de orientación son magníficas. Hoy merecía la pena estar en el pueblo y ver correr a las parejas, parar y discutir sobre el lugar hacia el que dirigirse, volver a mirar el mapa, seguir corriendo. Todo ello con los abuelos que tomaban el sol sorprendidos y curiosos por las razones que movían a todos los chicos a correr como locos en mil y una direcciones.

Peñarroya de Tastavíns es, por fin, el destino definitivo. Hubo algunos problemas informáticos y hasta hoy no se han confirmado los destinos. Me voy haciendo a la idea de tener que perseguir cabras por el monte en vez de osos, de aprender el idioma de mi hermano catalán y, sobre todo, de cambiar de alumnos.

Mañana acudimos al Ayuntamiento de Ansó para que el alcalde enseñe a los alumnos algunas cosas importantes sobre su pueblo. Además del sentido intrínseco de la visita, son necesarias actividades separadas de la rutina para ayudar a su tan dispersa atención en este último trimestre.

El lunes saldremos de viaje de fin de curso, junto a todos los niños del CRA, hacia Santander. Mis experiencias en estas salidas siempre han sido buenas y he disfrutado muchísimo junto a los alumnos con los que he viajado. Viajaremos desde Ansó con niños con edades que van de los seis a los once años, por lo que la convivencia que puede surgir con tal variedad de edades supongo que será bonita para todos ellos.

Estoy pensando ya qué ha significado este año ser maestro.

*Miércoles, 17 de mayo de 2006*

Durante el lunes y el martes recién consumidos he estado con mis alumnos en los alrededores de Santander disfrutando de nuestro viaje de fin de curso.

Han sido muchas horas de viaje, de visitas a Cabárceno, al Museo y la Neocueva de Altamira, a la Península de La Magdalena o al tan bonito como sobreexplotado pueblo de Santillana del Mar.

Hace algunos días conté que la escuela, más allá de las asignaturas, era un proceso de descubrimientos y sorpresas. En viajes como este lo anterior adquiere todo su sentido: niños de todos los pueblos del CRA haciendo amistades nuevas, niños de seis años contando las peripecias vividas a otros niños mucho mayores de otros pueblos, niños a quienes la madre tiene que traer casi en brazos a la escuela y que en el viaje hacen su cama, ponen y recogen su mesa, gestionan su tiempo libre, su ropa, o niños que abrazan y animan a algunos pequeños para los que la primera noche fuera de casa se convierte en una montaña de duras pendientes.

Recuerdo a una niña de segundo contando alucinada a otra recién conocida niña de sexto que la noche anterior en la habitación

había otras niñas que se cambiaban de ropa delante de ellas sin darles vergüenza y, en definitiva, recuerdo en la cara de todos los alumnos sonrisas, sorpresa, melancolía, alegría, y otros mil sentimientos en apenas dos días. Viaje muy bonito y muy productivo para todos.

*Viernes, 19 de mayo de 2006*

El próximo lunes saldré con mis alumnos hacia Calamocha para disfrutar de la tercera y última semana del CRIET durante este curso.

El año pasado viví el mismo problema: durante el tercer trimestre comienza a haber más bajas de docentes, más ausencias por motivos diversos. Estas faltas no se compensan generalmente con sustitutos, sino que el resto de maestros de la escuela se hace cargo de la situación. El problema reside en que el maestro que se ocupa de suplir al compañero se convierte en una especie de niñera, porque resulta imposible atender a su programación y a sus alumnos a la vez que al otro grupo. El año pasado mi problema era mayor, porque al ser el profesor de «gimnasia» siempre era la persona adecuada que dejaba su asignatura para atender las de otros. No sé si las llamadas a interinos podrían hacerse no solo para suplir bajas largas, sino también para otras de escasos días.

*Miércoles, 24 de mayo de 2006*

A Julieta Venegas le ha tocado sufrir que yo cante una de sus canciones en el karaoke de esta noche. Aparte de esta anécdota solo puedo contar noticias buenas desde el CRIET de Calamocha. Está siendo todo un descubrimiento de proyectos, ideas, actividades. Estoy ya convencido de que una de estas semanas tiene más valor para los alumnos que dos meses de clase.

Hoy hemos visitado el espectacular pueblo de Albarracín y los también impresionantes paisajes de los Pinares de Rodeno. Todo ello con unos magníficos guías que nos han permitido interpretar los elementos del entorno.

Yo estoy disfrutando y creo que los niños también están pasando muy bien. He comentado a un maestro del CRIET el valor que otorgo a esta experiencia, con actividades que algunos niños ya no podrán repetir en la vida. Acabo preguntándome qué poso real quedará en los niños, tras experiencias como ésta, en el futuro.

*Domingo, 28 de mayo de 2006*

Me quedan tres semanas de curso y la sensación de pena que me invade el cuerpo es cada día mayor. En Ansó el verano se va acercando y con él llegan días cada vez más bonitos y radiantes.

Las últimas semanas han sido ricas en actividades especiales, como las sesiones de Educación Física por las calles del pueblo, el viaje con toda la Primaria a Santander, la salida al CRIET de Calamocha con los alumnos de tercer ciclo, y todas ellas no han hecho sino contribuir a crear un clima aún más cercano con mis alumnos, a estrechar esos lazos emocionales que tanto me atan como maestro novato que soy, nada acostumbrado al «volver a empezar». Mantengo mis nulas ganas de volver a conocer a otro grupo.

Estos días algunas personas más o menos ajenas a la escuela me han transmitido de distinto modo que los alumnos (algunos, claro) estaban muy contentos con su maestro; la certeza de no poder continuar el camino emprendido con este grupo es algo que me angustia. Además, si considero el problema de un nuevo destino a una distancia enorme de mi querida y añorada pareja, con la incertidumbre que se plantea para el futuro, las perspectivas me resultan aún más difíciles. En todo caso, sigo teniendo presente que soy afortunado.

Mañana en la escuela volverán a faltar dos profesores (de cuatro). La rutina es pura ilusión. Aunque esto importa ya bien poco.

*Martes, 30 de mayo de 2006*

Hoy hemos pasado el día en las pistas de atletismo de Sabiñánigo con los niños de tercero de Primaria a segundo de ESO de todo el CRA.

Los alumnos han realizado diferentes pruebas y, especialmente, han disfrutado de la experiencia de correr, saltar y lanzar en un entorno maravilloso.

En cuanto a las actividades, mi opinión es bastante subjetiva. Además del lógico componente social del encuentro y de los importantísimos factores relacionados con la actividad física (fomento de gusto por el ejercicio, ejemplo de modelos saludables de vida, afianzamiento y proyección de muchas actividades trabajadas en las clases, etc.), el atletismo lleva aparejados algunos valores de importancia máxima como la autoconfianza y el autoconocimiento,

el esfuerzo y la superación personal, que son positivos en cualquier ámbito.

También debo elogiar a los compañeros de Educación Física, cuyo gran esfuerzo en la planificación ha permitido que una actividad con tanta dificultad organizativa (muchos participantes, muchas pruebas, desplazamientos, etc.) haya transcurrido perfectamente.

### *Jueves, 1 de junio de 2006*

«Pero, cuando todos se mueran, o cuando yo me muera, ¿qué es lo que se siente?, ¿qué significa no sentir nada?, no entiendo qué significa no sentir nada».

Me gustaría poder comprobar qué hace esta niña dentro de diez años, cuando haya podido desarrollar una mente tan despierta como para tener pensamientos de este tipo a sus once años. Además, es la mejor lectora que voy a encontrar en mi carrera docente.

Su amiga estará llegando a Cuba. A su corta edad tiene una cantidad de experiencias, viajes, amigos, que también incitan a pensar en su bonito futuro. Recién apasionada de la revista *Muy Interesante*. Y con capacidad para localizar en un minuto un artículo que ilustre o aporte una frase a casi cualquier tema que estemos tratando en clase.

Él ha descubierto la lectura este curso y, además, es el mejor deportista de toda la comarca.

### *Lunes, 5 de junio de 2006*

Por fin he podido mostrar a Paula en qué consiste el día a día en Ansó. No mostrar el lado turístico del fin de semana, sino el ritmo lento, natural y armónico de un buen lunes como hoy. Cuarenta y cinco minutos después de acabar las clases, mientras acabábamos el postre, ya teníamos a varios niños abajo esperando para ir con la bici, arreglar varios pinchazos, salir a pasear. Hemos dado mil vueltas, descubierto y redescubierto otros tantos lugares. Creo que Paula empieza a intuir por qué he sido tan feliz este curso en Ansó.

El lunes pasado, subiendo un puerto con muchas pulsaciones y la mente aturdida, vi a unos tipos andando por la carretera con caballos, con un gallo, perros y una cabra. Lo conté a los alumnos. Hace dos días llegaron al pueblo. Salieron de un poblado navarro con destino a ninguna parte, con el afán de conocer y vivir. Hoy

nos han hecho una obrita de teatro-mimo-clown para todos los niños de la escuela. Y toda la tarde han estado jugando con los alumnos, montándoles en los caballos, contando historias de cómo viven, etc. Otra de esas anécdotas que te recuerdan que el mundo es mucho más rico y diverso de lo que solemos ver y creer.

Sigo apurando y disfrutando cada segundo que me queda en este lugar, aunque cada día con la certeza más clara de que, del modo que sea y cuando sea, he de volver aquí.

*Lunes 12 de junio de 2006*

Quedan ocho días para acabar las clases. Y parece que fue ayer. Tengo los sentimientos de los grandes momentos, de esos de los que después recuerdas con una viveza y precisión especiales.

Hace unos días comenté algunas sorprendentes habilidades de algunos niños para encontrar información de lo que estuviéramos tratando en clase en ese momento. Estos días, la querida Julia me está demostrando otra habilidad, consistente en diagnosticar el estado de ánimo de las personas de un solo vistazo: «Hoy José Luis está contento», o lo contrario, son palabras con las que iniciamos las clases muchas mañanas. Y siempre acierta, la traidora.

Me zambullo ya mismo en informes de evaluación, ERPAS (¿qué serán?) y boletines de evaluación, con la única esperanza de acabar pronto y de que semejante cantidad de papel deje a alguien contento y satisfecho.

*Miércoles, 14 de junio de 2006*

Ya he escrito alguna vez que según mi añorado tutor de COU, Javier Faci, cada generación era menos trabajadora. Estaba dispuesto a argumentarlo y defenderlo ante quien fuera. Decía que no tenía que ver con que cada curso era distinto y que él aún no era un viejo desconectado de la sociedad.

Según entrenadores deportivos, año tras año se encuentran con auténticas joyas y portentos físicos, pero niños y niñas de doce, catorce, dieciséis años se ríen cuando les hablan de cosas relacionadas con el sacrificio, la lucha, la superación, etc. Lo comparan con sacrificios, cargas de trabajo, esfuerzos y renunciadas de grupos de hace diez o quince años y les entra la risa.

Pienso que, en general, el estado de necesidad de las personas es el que marca su actitud y comportamiento ante la vida. Y entre

las condiciones fáciles para vivir hoy en día y los estímulos de elementos como la televisión las personas no tienen demasiadas ganas de pelear ni de mostrarse inconformistas.

Respecto al mundo real, estoy cansado del mundo del PA (progresista adecuadamente) y me siento inútil con un baremo que simplifica y resume el trabajo de mis alumnos con ese PA o con el temido NM (necesita mejorar).

*Viernes, 16 de junio de 2006*

Tres días de clase.

Lo más bonito de estos últimos días son las clases de Educación Física, donde con alumnos de seis a catorce años estamos recorriendo algunas bonitas zonas de nuestro entorno. Me gustaría que todo el mundo pudiera ver algunas imágenes de los lugares por los que vamos, las zonas que son capaces de atravesar niños de seis o siete años, los paisajes que recorreremos; no sé si lo estoy haciendo muy bien o muy mal, pero lo que sí aseguro es que difícilmente puedo quedar más contento de cómo están transcurriendo las sesiones y de lo que están aprendiendo los alumnos, que todo el día siguen practicando por el pueblo con sus amigos.

El domingo se celebra una carrera de orientación en Linza, muy cerca del pueblo. Este deporte reúne unas maravillosas condiciones desde el punto de vista educativo. Como en las clases habíamos trabajado algunas cosas de este deporte, y tratando de ampliar la experiencia a la «vida real», intenté que los alumnos de la escuela se animaran a participar. El resultado ha sido que, de unos veinte niños disponibles, el domingo participarán trece, lo que me parece una auténtica maravilla y me hace estar bien orgulloso de una escuela con tal nivel de iniciativa. En esa prueba trabajarán en equipo, harán grandes esfuerzos por interpretar el mapa, correrán un buen trecho, disfrutarán de la naturaleza y de un buen plato de migas al acabar. Creo que no se puede pedir más. Pienso en esto y recuerdo algunas frases que pronuncié en la oposición. Me anima comprobar que algunas cosas van adquiriendo forma y sentido.

Otro motivo de pena por mi marcha tiene que ver con el nacimiento del grupo de trabajo *Pintacoda*, donde, con muchos compañeros ejemplares, seguro hubiera aprendido a ser mejor maestro. Espero, al menos, mantener el contacto.

*Martes, 20 de junio de 2006*

Pienso en la suerte que tengo de ver a todos mis alumnos hasta el último minuto de clase del curso; incluso ya han avisado casi todos que vendrán los días siguientes a jugar a ping-pong, a leer o simplemente a dar un poco de mal.

Para este final de curso tenía preparada una sorpresa para ellos. Había preparado una especie de regalo para cada uno, pero por un fallo técnico probablemente no lo pueda entregar. Habían sido varias noches preparándolo y, sobre todo, guardaba una gran ilusión en dárselo. Estoy intentando solucionarlo, pero pinta mal el asunto.

Durante el curso he vivido y aprendido tantas cosas nuevas que estoy ahora intentando hacerme con todas ellas, bien sean materiales o ideas, porque sentiría mucho no poder apoyarme en ellas para hacerlo un poco mejor en los próximos cursos. Son libros que han marcado momentos magníficos, temas que han generado buenos trabajos, actividades de Lengua o de Educación Física aportadas por mis compañeros, cosas que los alumnos, queriendo o sin querer, me han mostrado, etc. Espero poder echar todo al baúl.

Comienzo a sentir cierta curiosidad e interés en mis alumnos del curso próximo. Incluso a veces me sorprende imaginando ya algunas caras y algunas situaciones.

*Jueves, 22 de junio de 2006*

Hace un año estábamos a punto de empezar las oposiciones. Hacíamos entrenamientos específicos de examen en la biblioteca, leíamos los temas mirándonos fijamente a los ojos, exponíamos frente a nuestros alucinados compañeros de piso, hacíamos series de velocidad en la escritura con un boli recortado para aminorar su peso (*boli-tuning*), recibía las últimas llamadas de las personas que sufrían conmigo y querían ayudarme, respirábamos los humos y el calor zaragozanos entre folio y folio, nos enfadábamos por asuntos intrascendentes como la limpieza o la compra.

Hoy, de alguna manera, se ha cerrado un primer bucle. El primer curso ha acabado. Entre medio hay muchas cosas y muchas personas. Me acuerdo ahora de fallos y de muchas anécdotas. Pero, sobre todo, me acuerdo de personas. La experiencia vivida ha sido un placer infinito. Por primera vez puedo pensar razonablemente que las diversas y titubeantes muchas veces decisiones que me han

llevado hasta aquí han sido acertadas y muy afortunadas. Acabo el curso sintiéndome muy feliz siendo maestro.

Mañana varios alumnos vendrán a la escuela para hacerme compañía y para ayudarme a recoger. Algunos han dicho que el curso ha pasado en un suspiro y otros que estaban un poco tristes como yo porque esto acabara.

Hoy, a las 9:30, he acudido a la escuela, he abierto la puerta, y he descubierto todos los agujeros que quedan a la vista cuando las voces de los niños ya no suenan. Soledad absoluta. He comenzado a recoger y organizar los materiales para que el próximo profesor no deba hacer de detective los primeros días, buscando cada cosa que necesita, y he puesto música.

Ha comenzado sonando *In my heart*, de Moby, que nos ha acompañado durante el curso en muchas actividades, como el teatro de navidad u otros momentos especiales. En ese momento ha aparecido el nudo. El famoso nudo en la garganta. Y con él he estado, con muchas sensaciones e imágenes pasando por la cabeza, hasta que ha venido Raúl, y luego Diego, y luego... a pasar un rato de la mañana y a hacerme compañía. Estos seis días que quedan hasta el próximo viernes son días de ordenar, de recoger, de tirar cosas hechas durante el curso, de evocar. Y el caso es que todo me produce pena.

La madre de una alumna muy querida me ha regalado, con una bonita dedicatoria incluida, el libro *O Catón, replegando as tradicions ansotanas*. Este libro supone algo parecido al broche final de mi estancia en Ansó. Va directamente al baúl del maestro (el que lleva en su cabeza y le acompaña a todas partes).

*Domingo, 25 de junio de 2006*

El pasado viernes llamé al director de mi nuevo destino para que me anticipara algunos asuntos. Es una cuestión extraña esa llamada, ya que supone un primer paso hacia un año lleno de nuevos descubrimientos y situaciones. El primer paso de un largo trayecto.

Lo más relevante se refiere a que tengo casi todas las posibilidades de ser tutor de 1º y 2º de Primaria. Además, sólo daría Educación Física a este grupo. Doble lectura negativa: por una parte hubiera preferido un grupo de mayor edad porque el día a día con ellos me resulta mucho más rico y gratificante; por otra parte, dar

mi especialidad a otras clases supone estar todo el curso con un único grupo, lo que creo que también redundaría en una menor riqueza de experiencias.

En la cara positiva debo señalar que seré tutor. Con la tutoría este año he disfrutado y aprendido muchísimo. Además, trabajar con los más pequeños me permitirá tener una visión ya completa de toda la franja de edad que abarca la Educación Primaria, lo que me parece muy positivo.

En la escuela hay unos treinta y cinco niños y en mi clase ocho: dos de primero y seis de segundo, entre los cuales hay un niño con discapacidad psíquica.

Esta semana voy a iniciarme en el juego. Debo acertar rápido alguna apuesta para facilitar mi vida en un pueblo. Incluso Paula comienza a estar de acuerdo conmigo. Sólo hay que ver la cara de los niños jugando por las calles o la posibilidad de disfrutar de vistas como las de hoy a diez minutos de casa.

*Martes, 27 de junio de 2006*

Hoy por la tarde he sido uno de los tipos más afortunados del lugar. A modo de despedida he recorrido algunos de los impresionantes lugares que la naturaleza me ha ofrecido este año. El sentimiento de felicidad, tranquilidad, armonía, ha sido indescriptible. Creo que todo el mundo debería tener la opción, una vez al menos, de estar en lugares parecidos y sentir cosas similares. Quizá la Educación Física tenga algo que ver con esto.

En la escuela ya está prácticamente todo recogido y ordenado, dispuesto para que, tras un respiro, de nuevo comience la historia y todos esos materiales sean un pretexto que dé pie a tantos descubrimientos, sentimientos y emociones.

Últimamente me llegaban voces que afirmaban no echar nada de menos a los niños, estar muy contentos porque, por fin, las clases estuvieran vacías. Hoy José Luis, un maestro con larga experiencia, me ha preguntado qué tal estaba. Le he dicho que un poco triste por el final de curso y me ha respondido con un gesto y dos o tres palabras. Es bueno y reconfortante encontrar maestros que sienten parecido.

*Domingo, 9 de julio de 2006*

Hace unos días compré tres tomos de iniciación a la filosofía

para niños. Estos libros me los recomendó Alfredo Larraz, maestro de Jaca y del que me gustaría haber podido aprender muchas más cosas. A través de preguntas sobre temas clave como la muerte, la vida, el bien y el mal, la felicidad, los autores van reconduciendo los procesos mentales del niño con nuevas preguntas que le obligan a encontrar otras perspectivas. Una iniciación al pensamiento, en resumen. Siento no poder utilizarlos en septiembre con mis alumnos ansotanos, porque sé bien el juego que hubieran dado y sé que a unos cuantos les hubieran gustado mucho. En todo caso, creo que se los haré llegar y confiaré en que el nuevo maestro les dé buen uso.

*Lunes, 17 de julio de 2006*

Visité Peñarroya de Tastavíns. Los sentimientos fueron muy variados, muy extraños. Me resulta difícil comenzar de nuevo con todo y alejado de todos.

Además, Jaime me criticó por no ser capaz de regatear con los propietarios el precio de mi futura casa. Solo me falta tener que regatear, como si todo lo demás no fuera ya suficientemente complicado. ¿En qué momento de Magisterio, o de las oposiciones, enseñarían a regatear precios? Al menos, visité la casa de Palmira Plá.

*Lunes, 7 de agosto de 2006*

Este fin de semana he vuelto, tras conocerlo en la semana del CRIET, a Albarracín y sus alrededores. Todo sigue siendo tan bonito, pero un poco más transitado y menos tranquilo. En pueblos como Orihuela del Tremedal o Bronchales pregunté a varios niños si eran del pueblo y todos me respondieron lo mismo. Hay que ver lo complicado que es en estas fechas encontrar un muchacho autóctono.

En cada pueblo intentaba acercarme a observar su escuela, como si de ese modo pudiera captar de alguna manera la algarabía de sentimientos, palabras y gestos que durante el curso se viven dentro de un edificio que ahora aguarda adormecido el nuevo curso escolar.

Especialmente bonitos me parecieron los de Orihuela y Daroca. El primero construido hace escasos tres años. Sus grandes cristaleras me hacían pensar en un maestro dando clase en una mañana fría de invierno

(en los casi 1600 metros de altura del pueblo) mientras por allí entraba generosamente el sol que calentaba a los aún somnolientos alumnos. La lástima, el patio: cristales rotos en el suelo, papeles, ventanas rotas, botellas, etc. Así celebramos ahora las fiestas de cada localidad. En Daroca la escuela estaba abierta. Sonaba un violín y supusimos que se emplearía como escuela de música para el verano. En todo caso, era muy bonito escuchar, a la luz del atardecer, una melodía tan dulce saliendo por las ventanas de una escuela que ahora descansa.

*Jueves, 10 de agosto de 2006*

Hoy he estado de nuevo en el pueblo que me verá por sus calles, al menos, los próximos dos años.

He vuelto a sufrir por el peligro que correré en los muchos viajes que haré por la carretera de Castellón. En todo caso, hay un tramo que casi es amigo y que tiene que ver con muchos viajes realizados en una juventud ya casi lejana.

También he cerrado el acuerdo por el que podré dormir bajo techo. Ya son muchos los caseros que he conocido, desde los que te cobran incluso las palabras que pronuncian, hasta Lorenzo y Petra, a los que daba clase de gerontogimnasia en Huesca y que estaban dispuestos siempre a ayudarte en lo necesario.

En esa casa ya imagino muchas lecturas, noches frente al ordenador, días con Paula robados al trabajo, soledad mientras miro por la ventana y noto el frío en la calle, niños que me visitarán, amigos que vendrán. Y también algún día cerraré su puerta, pasará al mundo de los recuerdos y comenzaré a recordarla con nostalgia y tristeza.

*Domingo, 20 de agosto de 2006*

Hay problemas en las oposiciones de educación.

Aún recuerdo cuando mi presidente de tribunal en las oposiciones de secundaria me decía que no me preocupara, que era mejor que no conociera los criterios de evaluación que iban a aplicar en una determinada prueba.

Para educación primaria, la primera prueba, la que elimina de un plumazo al 80% de opositores, es justo la más subjetiva, la que apenas permite diferenciar lo muy bueno de lo muy malo. Tribunales agotados, aburridos, adormecidos. Temario de hace mil años, con temas sin aplicación alguna, e incluso temas que tratan conceptos superados y que ya no existen. Sinsentidos eternos, injustifi-

cados, que se amparan en la dificultad de juzgar con total ecuanimidad a todos los aspirantes, o en la inercia de un procedimiento que lleva años así, o por qué sé yo. Cómo se puede consentir un procedimiento nefasto aplicado a unas pruebas en las que se deciden asuntos trascendentes:

- La vida de algunas personas que llevan años preparando una prueba, luchando por su vocación en ciertos casos.

- La educación de generaciones enteras, condenados a soportar a personas sin vocación ni preparación que ese filtro no es capaz de detectar; a la vez que no pueden beneficiarse de otros tantos que se quedan en el camino preguntándose incrédulos y aturridos en qué han fallado.

El asunto es complicado, pero muchos maestros coincidimos en que es fácilmente mejorable.

¿De quién depende?, ¿por qué no se introduce nunca un mínimo cambio en el proceso?, ¿por qué ni se estudia el problema?, ¿por qué los propios maestros lo admitimos como normal y no hacemos nada?

En cinco días estaré en Ansó. Y nadie sabe lo feliz que me hace ese reencuentro.



Peñarroya de Tastavíns  
2006-2007 y 2007-2008



*Lunes, 4 de septiembre de 2006*

Supongo que esta fecha será ya siempre especial el resto de mi vida.

Cuando era joven no estaba atento a lo que iba a pasar. A posteriori, meditabas y comprendías lo vivido, si lo comprendías. Ahora eso ha cambiado y, al comenzar un asunto como el de este nuevo curso y una vida diferente, los sistemas de percepción ya están alerta en previsión de sorpresas, imprevistos; teniendo ya claro que seguro que pasan cosas muy especiales.

Me molesta no poder expresarme con total claridad en algunos aspectos, pero de momento debo guardar respeto ante ciertos formalismos. Diré que las sensaciones el año pasado, en la primera reunión de Puente la Reina, fueron distintas.

Ayer mismo barajaba mil asuntos que deseaba comentar y hoy apenas sé qué puedo contar. En todo caso, durante este curso resultará dificultoso escribir aún cuando haya ideas abundantes, puesto que el ADSL no es rentable por aquí y la conexión vía satélite de la escuela te permite rezar quince padrenuestros mientras se carga cada página.

Ahora quedan por delante unas semanas de sacar cachivaches de las cajas, conocer niños, padres, comenzar las expediciones silvestres, aprender cada cuesta y cada curva sobre dos ruedas sin motor, remendar de vez en cuando alguna pequeña grieta en el corazón, que comenzaba a ablandarse y a hacerse bueno otra vez, si antes lo fue, tras dos meses con la gente que me quiere.

*Martes, 5 de septiembre de 2006*

Me resulta asombroso como un estado de ánimo cuyo origen no entiendo consigue impregnar y condicionar cada una de las horas del día.

En la escuela está comenzando un mes que supongo será caótico, puesto que no tengo todavía horarios definitivos, no conozco con seguridad a qué grupos daré clase, no tengo los libros de texto, no...

Además, cuento en la clase con un niño con importantes problemas de comportamiento y con un ACNEE (alumno con necesidades educativas especiales) con discapacidad psíquica. Esto me permitirá aprender mucho, seguro, pero de momento añade un poco más de intensidad al desbarajuste.

Voy a contar con dos o tres días, en el mejor de los casos, para trazar las líneas generales del curso antes de comenzar las clases.

Por otra parte, creo intuir un horario bien cargado de comisiones pedagógicas, comisiones de coordinación interciclos e inter-noséqué. Mi breve experiencia me dice que suele ser un tiempo no demasiado útil, del que podría sacar muchísimo mayor rendimiento y eficacia trabajando de manera individual.

He leído en *El profesor*, de Frank McCourt, una idea que me acompaña desde que soy maestro: me refiero a un sentimiento de ser un farsante, de no saber nada de mi trabajo y de ir tirando, con más o menos éxito, porque la gente no se da cuenta de semejante incompetencia.

Y un anticipo, una premonición, quizá una visión: igual que el año pasado, allá por marzo, ya comencé a sentir y sufrir por el momento en el que tuviera que marchar de Ansó. Ahora mismo ya estoy comenzando a temer el día, dentro de dos años, en el que se acabe mi estancia obligatoria aquí y, entonces, aparezca un dilema vital de solución improbable. Intento refugiarme en que si un problema no tiene solución deja de ser un problema, pero no acaba de tranquilizarme.

*Jueves, 7 de septiembre de 2006*

Hoy tenía pendiente probar la sofisticada máquina informática de la que disponía en mi clase. Su mensaje ha sido claro: 404 system error. Este año mi clase funcionará con el ábaco y los CD que aparezcan en clase los utilizaremos de posavasos.

Y las botellas. Hace dos meses en Orihuela del Tremedal contemplaba un patio de escuela asolado por las fiestas del pueblo recién sufridas, incluso con cristales de la escuela rotos. He visto

estampas similares en cada escuela visitada este verano. Como colofón, en mi visita a Ansó a finales de agosto observé lo mismo, pero con el sufrimiento añadido de que el lugar lleno de orina, cristales rotos, vasos con veneno a medio consumir, barras de servir aún llenas de botellas de todo tipo y cajas de «Don Simón», había sido el lugar en el que había trabajado todo un año y que con todo el cariño posible había tratado de cuidar cada día (el patio, las escaleras, el parque anexo). Incluso lo comenté con el alcalde, pero parece que todo se diluye en el «son jóvenes, es normal, ya lo limpiarán». Si ese estado asqueroso, roto y maloliente es el precio que han de pagar las escuelas a causa de permitir las gamberradas y falta de civismo de las personas en las fiestas, pienso que no tendrían que servir de escenario para los festejos. Parece que la diversión, la fiesta, que sean muchos o ser menor de 30 años, otorga vía libre absoluta para un comportamiento inadmisibles en ese espacio, mi lugar de trabajo, la escuela.

*Miércoles, 13 de septiembre de 2006*

Son las nueve y diez minutos de la mañana del que debería ser mi primer día de clase con niños. Pero no los veo. Las fiestas implicaron dos días extraoficiales (por llamarlos de algún modo) añadidos a las vacaciones de verano y ahora, finalizadas éstas, hay otro día extra para, parece ser, que los niños se recuperen.

No entiendo. Recuerdo toda mi vida yendo con mis padres a ver los fuegos artificiales el domingo en que finalizaban las fiestas del Pilar en Zaragoza. Suponía llegar a casa rondando la una de la madrugada y el día siguiente tener un poco de sueño añadido, pero de ahí a que el APA comunique oficialmente la ausencia de los niños...

Estoy incrédulo porque, sin conocer aún bien el asunto, me parece disparatado que los niños deban guardar un día de descanso tras las fiestas del pueblo. Me parece como si ya desde niños les lanzáramos un mensaje en el que pone que tranquilos, que aunque las fiestas son para cometer excesos, no pasa nada, se duerme un día más y arreglado. Llegar dispuesto a dar clase y «no, que no vienen hoy tampoco los niños», suena muy mal.

En cuanto a las cosas de este mundo, en el largo puente aproveché para visitar a un compañero del año pasado que me enseñó a

manejar unas cuantas herramientas para mi trabajo como maestro. Creo que ya expresé mi lamento por lo que dejaré de aprender junto a muchos de mis compañeros del año pasado. Además, acercarme otra vez al Pirineo me permite recordar paisajes, olores, personas, que han quedado ya marcadas para siempre tras un año tan importante.

*Jueves, 14 de septiembre de 2006*

Se suceden momentos llenos de simbolismo, perfectas muestras para comparar con lo sucedido el año pasado. Estoy comenzando a experimentar el aroma que va a tener mi vida como maestro. Un aroma, una sensación, que tiene que ver con el repetir, con el volver a empezar, con el recopilar y adaptar a una situación. Volver a conocer, volver a preguntar y volver a volver. Quizá ser maestro signifique la condena a un fatal y eterno *déjà vu*.

Hay una tarea que me ha resultado particularmente ardua: recoger documentos de la carpeta «2005-2006. CRA Río Aragón», copiarlos, pegarlos en la carpeta «2006-2007. CRA Tastavíns», y comenzar a cambiar nombres de alumnos. Sustituir nombres de niños con cara, niños que fueron mi compañía durante todo un curso, por nombres de niños fantasma todavía. Eliminar unos nombres, poner otros sabiendo que estos también serán mandados a la papelera de reciclaje tarde o temprano. Qué ingrata tarea.

*Viernes, 15 de septiembre de 2006*

En la escuela intento adaptarme a los niños de seis y siete años. A su nivel de comprensión, a su ritmo de trabajo, a su necesidad de orinar cada siete minutos. De cualquier modo, hoy he conocido al grupo de tercero y cuarto y he encontrado consuelo al poder mantener una comunicación más fluida y más natural.

Una norma de este centro consiste en que todos los maestros deben salir al recreo a vigilar, o a lo que sea. Esto responde a una especie de norma emitida por un inspector y que tiene que ver con las responsabilidades en caso de accidente de algún alumno. He consultado la posibilidad de hacer turnos para poder aprovechar ese tiempo en múltiples tareas: programar, hacer alguna tarea con algún niño en clase, estar con algunos alumnos que desean leer, etc. En ese debate y en similares suele salir la idea de que somos un CRA, que hay que tener uniformidad en todos los municipios del

CRA, que luego los padres, que los agravios con otros compañeros (en la unitaria de al lado, ¿con quién se turna el maestro?), etc. Yo lo veo por la otra cara. Entiendo esta uniformidad como un limitante, una manera de frenar iniciativas, un modo de igualar, pero tendiendo a hacerlo considerando como referencia el nivel más bajo, el de no buscar problemas. Pienso que algunos niveles de uniformidad rayan el absurdo. Y puesto a homogeneizar, podríamos preocuparnos de buscar un referente ejemplar. Seguro que así tampoco protestaban ni padres, ni inspectores, ni nadie. Y si protestaban, pues estaríamos avalados por una forma de proceder ética y profesional. De momento, quizá inocentemente, esto último es lo único que me importa en última instancia.

*Jueves, 21 de septiembre de 2006*

Hace ya casi un año que comencé a escribir este diario.

Me sorprende que alguien lea todas estas desbarajustadas palabras que se van amontonando y siento cierta vergüenza, que supongo tendrá que ver con el pudor de mostrar los interiores del cerebro.

El objeto inicial se refería a nuestro día a día escolar, a sus inquietos, a nuestros problemas y avatares. Pero ahora siento que este día a día es tan desconcertante que ya no sé si estoy hablando de la escuela, de mí, o de nada.

Mi estado de ánimo el año pasado era totalmente distinto al de este año. Pienso en las razones. No sé si tiene que ver con la escuela, simplemente con el paso del tiempo, únicamente con mi cabeza. Realmente lo desconozco. Lo que sí sé es que afecta a mi manera de dar las clases e intento evitarlo por todos los medios.

En clase me veo incapaz e inútil con un niño que necesita una atención exclusiva que únicamente llega en forma de ocho horas semanales con la maestra de pedagogía terapéutica. Veo que cada mañana únicamente he podido atenderle unos cuantos minutos y sus potenciales progresos se evaporan cada día. El resto de niños aún no tienen la madurez y autonomía suficiente para trabajar solos un pequeño rato y permitirme así atender preferentemente a su compañero.

He pasado la tarde intentando organizar las asignaturas para el curso. Retomo actividades del año pasado, copio propuestas (los

niños ya recitan esta semana su primera contraseña poética y tengo en mente algo relacionado con la lectura y los padres), surgen posibilidades por todas partes (mañana me guardan en la carnicería corazones y pulmones de vaca, riñones, hígado e intestinos variados; espero la participación en la clase de personas para temas de fauna, flora, tradición, Universo...). En Educación Física ya espero ansioso poder retomar algunas cosas tan bonitas y productivas como las aprendidas el año pasado con mis compañeros. Ya tengo mil carpetas creadas, multitud de archivos, directorios con una profundidad de las que atascan el ordenador.

El consuelo de poder refugiarme en la parte más personal de mi trabajo, en su dimensión creativa e íntima, es lo que me va suministrando mis dosis de felicidad.

*Lunes, 25 de septiembre de 2006*

El año pasado llegaba sin darme cuenta hasta Huesca y a partir de Ayerbe, especialmente en la Foz de Biniés, circulaba muy despacio, esperando la salida de un corzo, un jabalí, una gineta, una marta, un tejón, un erizo, o cualquier otro animal. Disfrutaba el trayecto.

Ahora ya sé que debo estar dos años sorteando los peligros de la carretera de Castellón. De los camiones que van y vienen y, sobre todo, de los abundantes coches que el domingo vuelven a la capital después de haber salido el viernes apresuradamente para dejar parte de su estrés en la playa o el pueblo.

Cuando uno hace el concurso de traslados, además de su trabajo, su siguiente lugar para vivir, etc., también pone en juego su vida. Y es que en esa carretera que tantas veces recorrerás en todos los sentidos posibles deberás ser afortunado cada día y que no resulte que tu coche esté donde no debe en el instante inoportuno. Cada fin de semana, diez o doce personas en vilo, pendientes del «he llegado ya, un beso y hasta mañana, que duermas bien».

El viernes hicimos una clase muy fructífera. Bajaron los mayores de quinto y sexto y repasamos muchas cosas del cuerpo humano, comparando lo que conocíamos de libros y láminas con los órganos de animales que pudimos traer a clase. Comprobando que sí, que parece que algunas de las cosas que cuentan los profesores ocurren realmente.

Lo más bonito de hoy se refiere a la contraseña poética. Hemos elegido una de Bécquer y todos se partían de risa y se apresuraban a aprenderla al darse cuenta que era una poesía de amor, bien aprovechable para una posible novia o para alegrar la comida a una madre o un padre. Hemos quedado en eso, en que los más atrevidos la recitarán a mitad de comida para comprobar qué efecto de sorpresa genera en la familia.

Leo en *El convoy de los 927 cosas* de pura ciencia ficción. Es la historia de muchos españoles refugiados en Francia tras el avance y éxito del bando nacional en la Guerra Civil, y de cómo muchos de ellos acaban siendo maltratados, tratados como delincuentes o esclavos, y son deportados al campo de concentración de Mauthausen, donde casi todos acaban sus días.

Los testimonios de los republicanos, anarquistas o comunistas españoles refugiados en Francia son terriblemente aplicables a nuestros días. Tal repetición de la jugada parece una broma, tan cerca en el tiempo, con distintos protagonistas. Los testimonios españoles narran su lucha por vivir, el desprecio del país de acogida, las terribles condiciones en los campos de refugiados, la humillación continua cada día. Y hoy todo es igual. Solo que ahora nuestro país es el que prepara leyes que le protejan de los inmigrantes indeseables y nosotros somos los que miramos para otro lado, refugiados en nuestro feliz día a día.

*Martes, 26 de septiembre de 2006*

Se agrava ese sentimiento que tuve el año pasado de ser el protagonista de ese número de circo consistente en mantener girando simultáneamente varios platillos sobre unas picas. Con criaturas tan pequeñas mi labor en período lectivo se resume en girar un platillo con suficiente fuerza para que dure un buen rato y corriendo volver a girar los otros platillos que están a punto de pararse. La cuestión es que estos platillos duran muy poco tiempo girando comparados con los más mayores del año pasado y, de momento, algunas clases están acabando con los platillos rotos por el suelo.

Las actividades duran mucho menos de lo que tengo previsto a priori y a ello se suma que los ritmos y los grados de comprensión de los alumnos son extremadamente diferentes. Así, me resulta muy complicado atender lo que cada alumno demanda en cada mo-

mento, plantear tareas apropiadas, ajustarme a sus niveles de atención, etc.

El jueves acudo a Fraga a las Jornadas Provinciales de Educación Física. Tengo una gran ilusión de reencontrarme con compañeros del año pasado y disfrutar un par de días de ese placer consistente en escuchar a otros en vez de hablar y hablar sin parar.

*Lunes, 2 de octubre de 2006*

Era mi intención escribir sosegado y con calma unas líneas a la altura de las circunstancias. Finalmente escribo cansado y con prisa.

Hoy el día ha sido agotador. El primer día de clase por la tarde no ha permitido un respiro. Cada vez las despedidas son más amargas, por lo que he tenido que emprender viaje desde Zaragoza esta mañana y no ayer por la noche. Esto significa empezar la semana con fatiga.

Al acabar las clases a la una, me he reunido con la maestra encargada de apoyarme con el niño discapacitado. Lo haremos así cada lunes tratando de preparar las tareas que realizaré con él cuando no recibo su apoyo.

Las Jornadas Provinciales de Educación Física de Fraga han sido un tremendo placer.

En primer lugar, reencontrarme con mis compañeros del año pasado fue una gran alegría. He dicho mil veces que el año pasado fui un privilegiado: quizá principalmente en lo relacionado con los compañeros de trabajo.

En segundo lugar, conocí a un maestro. De esos a los que uno mira, admira, lee, e intentar seguir en el día a día de la escuela. Ya tenía la suerte de recibir sus consejos electrónicos y postales de vez en cuando. Ahora la suerte ha sido conocerle personalmente.

Y, como colofón, disfruté de las palabras de Paco Lagardera, uno de esos nombres que sueles leer en artículos y libros. Escuchar a una persona ya con cierta edad hablar con semejante entusiasmo e ilusión, incitando constantemente a leer, aprender, luchar y mejorar, hizo que saliera de la ponencia con ganas de ponerme a trabajar inmediatamente, con ganas de ser mejor.

Fruto de esta charla acudí a la librería y compré dos libros recomendados por él: *Léxico de praxiología motriz*, de Pierre Parle-

bas (que creo será, ya lo es un poco, la referencia que guiará la Educación Física que daré en los próximos años), y *La naturaleza humana*, de Jesús Mosterín (qué vamos a enseñar si no sabemos siquiera qué somos).

Seré sincero y diré que la auténtica guinda del pastel fue conocer un poco mejor y poder compartir muchas palabras con la mejor referencia en Educación Física. Un lujo poder disfrutar de su inmensa generosidad al compartir sus cosas, su conocimiento. Una maravilla también observar muestras de su trabajo diario en clase («...hay que hablar de teoría desde la práctica...»), donde sorprende la dimensión que pueden adquirir algunas situaciones y propuestas hechas en la escuela por personas como él. Y, además, mientras tanto, es capaz de hacerte sentir necesario y útil, mostrarse agradecido, mientras lo único que uno buenamente hace, siendo tan poca cosa, es intentar poner el oído cerca y aprender. Por ello, Alfredo Larraz, muchas gracias.

*Martes, 3 de octubre de 2006*

Escuchar unas palabras agradables y bonitas ha sido hace cinco minutos todo un empujón para mantener la ilusión y darme cuenta de que, efectivamente, los niños son niños en todas partes. En una conversación rápida con una madre de un niño me ha comentado que están sorprendidos en casa con las veces que nombra la escuela al cabo del día: lo que ha hecho, lo que ha descubierto, lo que ha aprendido, lo que ha leído, los juegos, las bromas, etc.

Leo en el prólogo de *Cómo clonar a la rubia perfecta* (panorámica de la situación científica actual), a cargo de Manuel Toharia, que el espíritu científico, la curiosidad, el interés, la alegría y el gusto por descubrir, tiene su semilla en la infancia, y que los filtros de la escuela, la familia, el entorno general (televisión, Playstation...) se encargan de pisotearlo y tirarlo a la basura. Eso mismo leí sobre el espíritu filosófico, que al final es lo mismo que el anterior, en *El mundo de Sofía*: la sociedad va haciendo que nos conformemos con vivir en nuestro mundo, y ya nadie se arriesga a «subir trepando y asomarse al universo...».

Ayer volví a tener una de esas ilusiones mentales que me dejan maltrecho. Vivir con la incertidumbre constante de no saber qué soy ni por qué estoy aquí me resulta agotador. Es un zumbido

constante en el cerebro.

*Jueves, 5 de octubre de 2006*

Hoy han ocurrido algunas cosas que me sirven para ilustrar algo de lo que entiendo, y no entiendo, por escuela.

El asunto tiene dos episodios: el primero trata sobre el claustro o comisión, que no sé qué ha sido, de cada miércoles (día asociado al dolor pedagógico desde que hace tres años comencé a impartir Lengua en tercero de ESO a adolescentes peleones). El asunto a tratar era el reglamento de régimen interno del CRA. Tal como yo entiendo esto, el equipo directivo explica el documento, se da el visto bueno y posteriormente se establecen los cauces para que los padres lo conozcan (consejo escolar, APA...). Además, en lo que me atañe, se me antoja como un documento de talante meramente burocrático, puesto que en mi clase el reglamento de régimen interno intento que se denomine sentido común.

La reunión ha transcurrido rizando cada rizo posible, elucubrando sobre casos y situaciones particulares y con gran disparidad de criterios sobre el camino a tomar a la hora de abordar el documento. Unos abogaban por presentarlo detalladamente en la reunión de padres de cada clase, otros por exponerlo en el tablón de anuncios y había algunos que pretendían extraer algunas ideas concretas y exponerlas en clase a los alumnos junto a las sanciones correspondientes a cada infracción. Se hablaba incluso de que ese documento debía sentar las bases para el respeto al maestro, para que no se le tome por el pito del sereno.

Y mi cerebro, erre que erre, que ese documento será necesario e importante para el centro, pero yo en mi clase no necesito hacer un decálogo de normas y sanciones. Necesito sentido común y un día a día que me permita desarrollar algunos hábitos de diálogo, resolución de problemas, etc. Me recordaba esto, de nuevo, a *El florido pensil*, cuando el pobre niño debía decir que sí, que el espíritu santo era maravilloso porque, aunque no lo veía, lo sentía. Comenzar las clases por las normas y sanciones me parece toda una declaración de intenciones y motivaciones. El respeto entiendo que lo deberíamos pelear por otros cauces. En resumen, he intentado intervenir en una ocasión para expresar mi pensamiento pero lo he debido hacer muy mal o el mensaje era muy malo, porque el dis-

curso ha calado poco. Así pues, dos horas de sueño con mi cabeza esperando a que tocara un imaginario timbre de recreo.

Segundo capítulo: ¡ringggg, ringggg!, risas y gritos. Y pienso: ya está, comienzan las visitas. Me asomo a la ventana y allí estaban. Esperad, que bajo. Cinco o seis niños con un par de botellas llenas de saltamontes, mantis y otros insectos. «¡Mira!, ¡mira!, lo que hemos cogido, te lo traemos para que lo llesves a clase mañana y lo enseñes. Y también hemos visto un bicho como ese que nos enseñaste en un libro». He bajado ese libro y hemos tratado de localizar algunas especies.

Que unos niños se acuerden por la tarde de algunas cosas de la escuela, que vayan a ver al maestro para enseñarle hallazgos, que recuerden libros, que tengan ilusión y entiendan en alguna medida el tiempo del colegio como un momento emocionante para descubrir y explorar el mundo es lo que entiendo por escuela. Lo poquito que hago intento que vaya en esa dirección.

*Sábado, 7 de octubre de 2006*

Se aproxima el primer descanso del curso. Justo cuando empieza a haber algo de complicidad y cuando todos vamos haciéndonos a las nuevas vistas, olores y sabores.

Los pequeños detalles son lo que más añoro: el olor a Ansó, el edificio de la escuela, abrir yo mismo mi clase y entrar con todos los alumnos a la vez, gestionar personalmente mis espacios (mi clase, mi cuarto de material, la biblioteca), etc. Este curso, al haber una puerta única para entrar a la escuela y al estar en la cabecera del CRA, es todo diferente.

El jueves tuve la primera reunión de padres. Es un momento muy curioso. Para empezar, las familias te observan preguntándose qué tipo de persona habrá detrás de ese tipo, qué narices les habrá deparado este año el azar. Y uno intenta captar algún mensaje de aprobación. Algún mensaje que diga «vale, te damos el visto bueno, ya puedes empezar a trabajar con nuestros hijos». No es el objetivo de la reunión, claro, pero, tras hablar de agenda, horarios, hábitos, formas de trabajo en cada área, etc., queda esa sensación de duda acerca de lo que pensarán sobre uno esas personas con las que tienes una responsabilidad tan enorme.

Por otra parte, también quedan dudas sobre el calado del men-

saje que se intenta transmitir: ¿habré explicado bien aquello que me parece tan importante?, ¿estaremos de acuerdo en la manera de entender algunos puntos trascendentes en la educación del niño?

*Jueves, 19 de octubre de 2006*

Hace nueve días la lenta conexión parabólica a Internet cogió la baja. El problema no era grave y en unos días ya se ha recuperado. Por ello, puedo volver a realizar esta tarea que me libera momentáneamente de la soledad y del silencio continuo. Paso bruscamente del bullicio y el hablar ininterrumpido durante cinco horas, al silencio absoluto solo perturbado cuando, con bastante frecuencia, me hablo a mí mismo en voz alta.

El miércoles pasado estuvimos en Teruel visitando la exposición itinerante sobre Atapuerca y la propia ciudad. Es muy difícil encontrar actividades adecuadas para los alumnos, que discurren en el registro idóneo. A veces, la salida se adapta mejor a los profesores que a los mismos niños.

Sigo pensando en qué enseñar y por qué enseño. Hace poco se acercó un maestro de la escuela para pedirme los cuadernillos que yo trabajaba de refuerzo de Lengua y Matemáticas. Los de repetir y repetir secuencias, letras... Cuando le dije que no tenía nada de eso, que ni lo conocía, me miró extrañado y se fue. Yo me quedé pensando. Nadie me ha dicho qué demonios debo enseñar a estas criaturas casi recién nacidas, qué importancia conceder a cada aspecto. Seré más concreto: llevo un mes y medio haciendo juegos, escribiendo historias, leyendo libros y revistas, recitando poesías, repasando y comentando cada mañana las mejores noticias de la prensa, pero no hemos dedicado más de treinta minutos a otros contenidos considerados más tradicionales: página 15; ejercicio 3; escribe trescientas veces las letras R y S, luego haz un dibujo y píntalo.

En cualquier caso, veo cosas en el mundo, en personas pobres y ricas, cultos o no, que me hacen pensar en este momento que lo único que importa en la escuela es que los niños que de allí salgan sean buenos: buenos con las personas, con la naturaleza, con el mundo entero. Y todo lo demás me parece un pretexto para conseguirlo.

Además, también me consuela pensar que si yo no dedico dos semanas a hablar a niños de seis años sobre la polisemia,

tampoco es grave. Les quedan unos diez años en los que les repetirán hasta la amargura esta y otras palabras.

El alumno con discapacidad sigue generando un auténtico agujero negro en mi labor diaria. Me resisto a aceptar como normal que un niño pase más del cincuenta por ciento del horario lectivo totalmente desatendido y malgastando los mejores momentos de su vida para aprender y progresar. Es una terrible pena comprobar cada día, cuando marchan a casa, que solo he podido atenderle unos minutos.

*Martes, 24 de octubre de 2006*

Visité Ansó y traté de respirar todas las veces que pude para coger fuerzas y aguantar hasta la próxima vez.

Estoy en Alcorisa, en el CRIET. En tres días he estado en el Pirineo, en Guadalajara, en Zaragoza, en Peñarroya y en Alcorisa.

Estas semanas tienen un valor incalculable para los alumnos. En cinco días van a ir a Zaragoza, al Monasterio de Rueda, al teatro, al cine, van a conocer a muchos compañeros y maestros, van a llorar por la primera ausencia de los padres, harán sus camas, comerán solos... en definitiva, creo que es un lujo en su formación y aprendizaje para ser mejores personas.

El año pasado me quejaba amargamente por la imposibilidad de tener cerca un maestro experimentado del que aprender diariamente. Sigo pensándolo, pero he comprendido ya que son muchas las oportunidades que se brindan para recoger ideas, formas de hacer y de ser. Tantas que lo anterior ya no me preocupa demasiado. A través de blogs, cursos, jornadas y casualidades diversas he podido sacar tanto provecho que no queda sino intentar ser un digno destinatario y aprovechar los regalos ofrecidos. Y claro, estar en eterna deuda con mucha gente.

*Jueves, 26 de octubre de 2006*

La semana del CRIET se acaba. Ayer visitamos Zaragoza, donde vimos una obra de teatro. Por la tarde nos guiaron a través de los rincones del precioso Monasterio de Rueda. Toda la vida pasando muy cerca y tardo veintiséis años en ver semejante obra. Fue llamativa la actitud de los niños preguntando al guía sobre las cuestiones más curiosas y variadas. Pensamos que sería buena idea crear una escuela en un monasterio de ese tipo. Lecturas en el claustro, juegos en los jardines, etc. Si me toca la lotería (es com-

plicado sin jugar, pero...) o ahorro cierta cantidad de dinero, pienso hacerlo. Y una librería en la entrada.

Hoy hemos escuchado una charla de un saxofonista. Para los ignorantes musicales como yo ha sido un deleite escuchar su música. Para los niños, casi todos estudiantes de música en sus pueblos, una nueva experiencia que contar sobre esta semana tan especial. Y especial para mí es conocer de primera mano qué tienen los niños en sus cabezas en una experiencia que suele suponer en casi todos los casos la primera vez en la que salen de su casa tanto tiempo: los miedos y angustias de esa primera salida, la necesidad de unas palabras de ánimo y tranquilidad y los esfuerzos de todos por ir superando estos primeros obstáculos.

Este año se ha introducido en los CRIET la figura del profesor angloparlante: un nativo inglés que tiene como misión incentivar el uso del idioma (actividades de lectura, charlas informales, traducción de menús y demás cartelería, etc.). Otro lujo más que añadir a la semana.

*Lunes, 30 de octubre de 2006*

Para mis ya queridos alumnos de Peñarroya compré siete libros en un rastrillo benéfico de Zaragoza por once euros. Hará falta un poco de cola de carpintero, pero seguro que sus fotos y textos sobre animales nos ayudarán mucho y provocarán frecuentes exclamaciones de sorpresa. También he traído *El árbol sabio*. Don Gustavo, mi maestro de tercero, cuarto y quinto de EGB, nos leía un trocito cada día hace ya casi veinte años (¡madre mía!). Me gustaron tanto que mi madre los compró y los leí mil veces cada uno. Viajarán conmigo a Peñarroya e intentaré sembrar la misma semilla que don Gustavo ya cultivó hace tantos años. Cada día de escuela recuerdo a muchos de mis maestros.

*Jueves, 2 de noviembre de 2006*

Las fiestas en miércoles deberían celebrarse como San Claustro y Santa Comisión, mártires que lucharon contra las reuniones áridas y estériles del profesorado en este día intermedio de la semana. Dios las guarde.

Ya he dicho en alguna ocasión que ser maestro me permite avanzar en múltiples caminos y direcciones y que quizá sea este uno de los motivos principales por el que tanto me gusta el oficio.

Cuando hablo con Jaime sobre la tutoría y él expresa sus miedos y temores, siempre intento expresarle lo bonita que para mí resulta la experiencia: desde la necesidad de leer, de estar informado, de aprender en variados ámbitos, de proponer, de aconsejar o consolar, de conocer el mundo para luego poder explicarlo o incitar a su descubrimiento, y mil cosas más, hasta meter en una olla en ebullición un pajaraco encontrado atropellado y adecentarlo para seguir ampliando nuestra colección naturalista.

El martes a última hora nos fuimos de la escuela, subimos al mirador situado encima del pueblo, disfrutamos un instante del silencio, la brisa, el paisaje e hicimos un dibujo de aquello que nos pareció más bonito. Fue un rato muy agradable y volví a sentir algo parecido a lo que experimenté el año pasado cuando en el patio ansootano miraba a los alumnos, el paisaje, me miraba a mí mismo, y no entendía cómo podía ser tan afortunado.

Casi al acabar la tarde, mientras limpiaba la bici en la calle, se ha acercado un abuelo y ha comenzado a preguntarme y a contarme cosas. Se ha disculpado por haber interrumpido mis tareas. Qué lástima que haya sentido la obligación de pedir perdón varias veces cuando ha sido un regalo poder escuchar sus ideas y su descripción de la vida del pueblo, de sus habitantes. Incluso se ha ofrecido para mostrarnos fotos antiguas de la escuela. Otro placer ya extinguido en la ciudad.

### *Martes, 7 de noviembre de 2006*

Mando una nota para el Servicio Provincial de Educación. En ella les pido tres armarios con puertas de cristal para colocar dignamente la humilde colección naturalista que tenemos en curso. El viernes llamé a diferentes secciones hasta que di con los encargados de estas cosas. A varios les dio la risa floja ante mi petición y el último me dijo que no esperase estuviesen en la escuela antes de marzo. Quizá me costara menos aprender a soplar vidrio y el oficio de carpintero, pero tendremos paciencia.

Con los niños hemos acudido a la biblioteca para aprender a manejar una enciclopedia en el ordenador. Han buscado información para sus trabajos y han descubierto tantas cosas que ha resultado difícil mantener el rumbo recto en la sesión.

También he tenido una experiencia desagradable. Tiene relación

con la asignatura de Religión y con la de alternativa a la Religión. Me pregunto cómo en la escuela laica la alternativa está representada por la no Religión. ¿No debería ser la religión la alternativa?, ¿no parece evidente que la Religión incide sobre una dimensión de naturaleza diferente a la escolar?, ¿no se entiende el disparate que supone tener a los no religiosos con unos talleres-pasatiempos?, ¿no sería más lógico y mejor para todos sacar esa asignatura al tiempo extraescolar, de forma que acudan los realmente interesados?

Leo sobre ciencia y siento una envidia infinita al observar campos de estudio donde el progreso no depende de intereses políticos o la última ocurrencia (ambas cosas coinciden con frecuencia), sino que se avanza al ritmo de estudios, de evidencias, de trabajo objetivo y eficaz. Rápido o despacio, siempre se avanza. Aquí no: ahora la religión dentro, mañana fuera, pasado quién sabe.

Estos días buscamos noticias sobre fauna y medio ambiente para tratar por la mañana, de forma que las podamos relacionar con nuestro contenido actual de Conocimiento del Medio. Desgraciadamente no encontramos nada más que atropellos medioambientales y especies que languidecen trágicamente.

*Miércoles, 15 de noviembre de 2006*

Acabo de perder ochenta y cuatro folios de trabajo. Pensaré que hay cosas peores.

Hemos dedicado la reunión de la tarde a discutir las propuestas de mejora para la Ley Aragonesa de Educación. Ya es la tercera tarde que dedicamos a esto. En principio, me parece buena idea porque se genera un clima de diálogo y reflexión interesante, pero parece una manera manifiesta por parte de la administración de acallar posibles voces discordantes que se lamenten de la falta de consenso y debate social. Me temo que es una maniobra estratégica y no un deseo real de escuchar a padres, maestros, alumnos, etc. Considero humanamente inviable que sean capaces de tratar y luego interpretar las toneladas de información que les van a llegar. Son decenas de preguntas abiertas que abarcan asuntos de la mayor y la menor concreción imaginable. Y llegarán propuestas y opiniones de casi todos los centros educativos (miles de folios), de muchos profesores a título particular y de algunas otras instancias. A menos que pretendan aprobar la ley dentro de diez años.

Frecuentemente los debates se convierten en discusiones sobre casos particulares. Se echa en falta una opinión con autoridad para zanjar cuestiones donde acaba habiendo multitud de anécdotas, falta de generalización y desacuerdo total.

La vida de las personas establece continuamente interrogantes. Creo que tirando del hilo siempre se llega a las mismas cuestiones esenciales. La escuela no se escapa de esto. Hablamos de padres, de sus relaciones con la escuela, de horarios, de reconocimiento social, de estrategias óptimas para enseñar, de necesidades materiales y económicas, etc. Y llegados a un punto en el que surgen atascos y desacuerdos siempre considero la pregunta esencial: ¿para qué enseñamos? Yo no lo sé, pero todos deberíamos, en el peor de los casos, hacernos la pregunta. Hay tanta disparidad en las respuestas que los maestros daríamos, que la falta de entendimiento es inevitable.

Me entristece profundamente que haya maestros que no sienten pasión por lo que enseñan. Cualquiera puede enseñar a mis alumnos a sumar, a restar, los animalitos del bosque y la polisemia. ¿Dónde está el valor añadido (que feo suena este término económico) que debo aportar? Yo lo encuentro en la ilusión que intento transmitir, en las puertas que pueda abrir, en posibilitar encuentros, libros, descubrimientos. Cuento cada cosa que leo y me ven leer, cuento el placer sentido con el ejercicio, intento que aprecien mi sorpresa por la vida, por cada cosa pequeñita y maravillosa de la naturaleza.

El fin de semana compré los libros *Maito Panduro* y *Ojos de Nube*. Hay maestros de los que solo cabe mirar y aprender. Y escritores como Gonzalo Moure de los que disfrutar.

*Lunes, 20 de noviembre de 2006*

Leo que en España se construyen cerca de un millón de pisos cada año. No hace falta decir más.

Cada día estoy más contento con mis pequeños alumnos. Niños que conservan intacta la capacidad de sorpresa ante la vida y sus maravillas.

*Miércoles, 22 de noviembre de 2006*

El buitre ya está cocido y la cabra está ahora con la lejía. Los preparativos para la escuela van por buen camino. En unos días

aprenderemos sobre el esqueleto de estos animales.

Hoy varios niños están castigados sin salir a jugar. A la una he ido al Ayuntamiento y cuatro alumnos me han acompañado, sin escuchar demasiado lo de avisar a sus padres para que no se preocuparan. Los pobres han llegado cuarenta y cinco minutos tarde a comer. Sus padres han juzgado que con seis años no se debe hacer semejante fechoría, por lo que el peso de la justicia ha caído con intensidad sobre sus pequeños cuerpos.

Uno de estos alumnos, Cristian, encontró hace poco un artículo muy bonito en una revista y dijo con gran convencimiento: «¿ves, José Luis?, lo que tú dices: que en los libros podemos encontrar muchos tesoros».

*Viernes, 24 de noviembre de 2006*

Hoy hemos disfrutado enormemente de nuestras redacciones sobre los reptiles misteriosos, de sus lecturas en voz alta y de nuestra lectura diaria del libro que ya me leía mi maestro hace veinte años. Solo perturbada esta felicidad por la posibilidad de encontrar a la salida de la escuela la «terrorífica lagartija del tamaño de un burro».

Ayer, junto a la maestra de pedagogía terapéutica y la psicopedagoga, acudí al Centro de Educación Especial Gloria Fuertes de Andorra. El objetivo era conocer formas de trabajo y recibir ideas nuevas para poder aplicar en nuestra clase. También debíamos conocer criterios y referencias para decidir el futuro inmediato de un alumno con discapacidad: la escuela ordinaria con las adaptaciones oportunas o un centro específico.

Yo tenía claro hasta ayer que el lugar de este alumno no era la escuela ordinaria, considerando básicamente que en un centro de educación especial podrían darle una atención mayor y mejor que la escasa que yo le ofrezco cada día. Sin embargo, hoy pienso lo contrario. Gran ejemplo sobre el problema de la inexperiencia.

En el centro nos atendieron dos personas amabilísimas que nos explicaron cómo funciona la escuela, qué niños hay allí, qué futuro les espera, conocimos las instalaciones, etc. Una idea clave sobre nuestro caso consistió en que se debía mantener al niño en la escuela ordinaria el mayor tiempo posible. Básicamente hasta que hubiera indicios por parte del alumno o de los compañeros de que

la convivencia no era posible.

Nos señalaron que las auténticas prioridades educativas de este niño se referían a su autonomía personal (cambiarse de ropa, comunicarse de la mejor manera posible, respetar turnos y otros hábitos de carácter social, etc.) y que la escuela ordinaria era el medio idóneo para estos aprendizajes, dado que disponía a cada momento de ejemplos de los que aprender. En el centro de educación especial este aprendizaje por imitación era prácticamente inexistente.

La reunión concluyó con el acuerdo de que el niño asista a una sesión de evaluación para poder contar con datos objetivos que permitan un informe y unas recomendaciones más precisas.

Desde otro punto de vista, debo decir que la visita fue una difícil experiencia. Supuso un acercamiento brusco a un mundo que desconozco completamente. Entrar y observar a los niños, los distintos grados de discapacidad, los más pequeños, los más afectados, sus juegos, sus palabras, obliga a pensar en algunas cosas sobre la vida. En varias ocasiones salí de alguna clase con un complicado nudo en la garganta.

En cualquier caso, me quedo con el reconocimiento a los maestros que allí trabajan, en unas condiciones que a mí me resultan tan complicadas y consiguiendo auténticos milagros con sus alumnos.

*Lunes, 27 de noviembre de 2006*

Una vez más los gritos me sobresaltan, corro a la ventana y allí aguardan varios niños de edades variopintas, desde infantil a sexto de primaria. Apuran sus últimos minutos del fin de semana. Unos intentan pillar a un compañero y otros mantienen viva una hoguera a base de cardos y cáscaras de almendras.

Después de algunas bromas se hace muy tarde, y algunos padres se dirigen hacia casa recogiendo a los hijos desperdigados por el pueblo. Algunos miran con incredulidad al maestro que a semejantes horas habla desde la ventana con algunos niños.

Cuando se va ella, tan pequeñaja, me dice que mañana llevará a clase una revista en la que salen lobos. «Además, en la portada se ve la diferencia entre la huella de las patas traseras y delanteras». Una niña de primero atenta a libros y revistas para llevar a la escuela y completar lo que vamos aprendiendo cada día. Además, el «buenas noches, que duermas bien, José Luis». Maestro feliz.

Hoy hemos concluido nuestra unidad de Educación Física de patinaje. Los niños de segundo ciclo han hecho una especie de representación final a la que hemos invitado a toda la escuela y a las familias. Los niños han tenido sensaciones de nervios y ansiedad nuevas en muchos casos, pero finalmente han plasmado perfectamente el trabajo realizado a lo largo de las sesiones y que, junto con el trabajo hecho en el cuaderno y otras actividades alternativas, conforman el trabajo de la unidad. Mi sensación final es similar a la sentida con la gimnasia rítmica el año pasado: disfrute y felicidad de los alumnos, progreso motriz, notable trabajo en el cuaderno, implicación de las familias y del resto de la escuela.

*Lunes, 4 de diciembre de 2006*

Los niños de las otras clases se mostraron interesados en poder leer nuestros libros, poder llevarlos a casa también.

No presté demasiada atención al asunto pero, para gran sorpresa, el viernes a las 16:50, tenía una fila en la entrada de la clase con más de veinte niños esperando para elegir su lectura del fin de semana. Gran ilusión, pero también cierta confusión al comprobar lo fácil que resulta incitar a algunas cosas y lo poco que se hace en muchas ocasiones.

Los niños tienen dosis ingentes de ganas de conocer el mundo, de descubrir bonitas fotos, magníficos paisajes, impresionantes animales, trepidantes aventuras... por lo que muchas veces resulta tan fácil como decir «oye, ¿por qué no miráis esos libros y revistas?, seguro que os gustarán y os los podremos dejar una temporada».

También queda la pena de no contar con una instalación adecuada donde se pudiera aplicar un esfuerzo organizado y con mejores resultados.

*Jueves, 7 de diciembre de 2006*

La biblioteca de Colegio Público Miguel Servet de Fraga ha sido premiada con el primer premio en el Concurso Nacional de Buenas Prácticas para la Dinamización e Innovación de las Bibliotecas Escolares 2006. Además, la biblioteca del Colegio Público San Juan de la Peña de Jaca ha recibido el segundo premio.

Mariano Coronas y Alfredo Larraz son los responsables de las bibliotecas de estos centros. Ya muchas de las cosas que hago cada

día en clase tienen un poco de ellos. Les felicitamos y nos seguimos sintiendo afortunados de poder seguir aprendiendo de su labor.

*Lunes, 11 de diciembre de 2006*

Diciembre es el mes en el que compruebo que soy un muy mal maestro. Mi mesa es una montaña llena de libros, hojas sueltas, cuadernos sin corregir, notas con asuntos pendientes.

Además, en este tiempo discurre mi tercera unidad de Educación Física, que trata la expresión corporal. He escrito otras veces que el área que mejor conoces suele ser la peor parada en la lista de prioridades a atender. Y si se da el agravante de encontrarme ante un contenido poco dominado como la citada expresión corporal, el resultado me deja disgustado cada día. Evidentemente las clases funcionan bien, los alumnos realizan un importante trabajo... pero mi labor se parece poco a algo organizado, con una dirección e intención claras.

Conozco soluciones, lo que no es difícil (más trabajo...), pero aún así llega un punto donde intentar hacer una programación personal para Conocimiento del Medio, otra para el área de Lengua, otra para Educación Física para mi clase, otra para Educación Física para segundo ciclo, leer la prensa diaria (*El País, Heraldo de Aragón, Diario de Teruel, El Mundo...*) para que mis alumnos conozcan las noticias, intentar gestionar y animar el sistema de préstamo de libros que he improvisado... me supone una carga que llegados a este punto del calendario comienza a desmoronarse irremisiblemente. Y lógicamente debo leer, visitar, observar y estudiar para poder encontrar por ahí, por los rincones del espíritu, algo que ofrecer a los alumnos.

*Miércoles, 13 de diciembre de 2006*

Hace unos días escribía mi alegría y emoción por la respuesta de los niños ante la precaria iniciativa relacionada con el préstamo de libros y revistas. Más o menos, una biblioteca del cretácico (sesenta y cinco millones de años por recuperar...).

Hoy, una niña de tercero, con serios problemas de comportamiento y trabajo, ha venido a verme al acabar las clases para devolver la última revista leída y pedirme consejo para otro préstamo. Ha cogido un libro sobre fauna de la Península Ibérica, ha apuntado sus datos en la hoja correspondiente y, cuando se marchaba con

una inusual sonrisa, ha dicho el mágico «muchas gracias, José Luis, hasta mañana».

Hace unas semanas comuniqué a los alumnos de segundo ciclo la posibilidad de colaborar en la colección naturalista que tenemos en marcha en mi clase. Llegando ya las horas de los búhos, bajando de tomar mi ducha espiritual diaria, me he tropezado con los niños de cuarto. Tras evitar el atropello, me han indicado que han salido de excursión para buscar alguna huella o evidencia animal que aportar a la colección. Sorpresa y satisfacción por su interés, un par de preguntas, otras tantas respuestas, un «adiós, chicos, hasta mañana», y un «hasta mañana, José Luis, a ver si encontramos algo».

Hace un mes, tuvimos la fortuna de recibir una niña nueva en clase. Su llegada traía la dosis correspondiente de incertidumbre y la previsible vuelta a su país tras la navidad. Caminaba por la plaza cuando la he visto junto a su madre. Alguien ha parado en ese instante el tiempo y he entrado en la farmacia aún atontado por los pensamientos. Esta niña es alegría en movimiento y nos ha regalado muchas semanas de trabajo, curiosidad, sonrisas y compañerismo. Ella, su madre, la cabina y unas palabras enviadas hacia lejanos lugares. El saludo breve del que está en otra parte. Quizá angustia, soledad.

Peñarroya de Tastavíns, un maestro con dudas y demasiadas cosas por comprender, pero feliz.

### *Viernes, 15 de diciembre de 2006*

En la clase de segundo ciclo, con los que me voy compenetrando poco a poco, no hemos podido hacer hoy la sesión de Educación Física. No sé bien por qué, hemos empezado hablando de personajes como Caperucita y hemos llegado a temas como la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial, la vida en estos pueblos cuando los problemas eran grandes o mi trabajo en un comedor escolar. No es una programación muy ortodoxa, pero su interés y sus expectantes ojos bien valen un pequeño paréntesis. Por cierto, ayer me dio apuro concluir preguntando si no era este el oficio más hermoso.

Hace unos minutos he acabado mi parte para la obra de navidad. Los alumnos se encargan del gran esfuerzo de memorización e

interpretación y yo me encargo de tratar de tocar los sentimientos de las familias con unas cuantas fotos y palabras.

*Lunes, 1 de enero de 2007*

Comienzo a preparar cosas para el curso. Pronto me esperan lo diminutos hombrecillos del Matarraña y debemos tratar asuntos tan importantes como algunos juegos y deportes con raquetas, la composición de Marte, la poesía, el canto del cárabo o el número de estrellas del cielo.

*Lunes, 8 de enero de 2007*

«Marina, me da pena irme pero es mi pueblo (para Marina, mi mejor amiga)». No dejo de sentir un cosquilleo especial cuando recojo una nota así bajo un pupitre de la clase (el pueblo es Colombia).

Hoy nos hemos encontrado todos de nuevo. La vida atropellada deja paso al sencillo y pausado día de escuela. Me resulta curioso, o triste, conocer las respuestas de los chicos sobre sus vacaciones: todas giran en torno a los regalos.

Y otro asunto que me preocupa. Ya lo he rodeado por aquí alguna vez, pero me da miedo mojarlo, por lo que siempre me alejo. Hoy comenzamos a tratar cuestiones sobre el Universo. Me parece milagroso intentar tratar en clase cuestiones sobre las que científicos de élite aún no encuentran respuestas. Como toma de contacto he pensado en lanzar algunas preguntas a los alumnos para que trataran de aportar respuestas, ideas iniciales e incluso añadieran otras interrogantes por aclarar. El problema lo encuentro cuando muchos alumnos encuentran en Dios la solución instantánea para cada cuestión: «¿cómo pensáis que se creó la Tierra?: Dios, ¿y el Universo?: Dios, ¿y entonces qué había antes que Dios?: los padres de Dios». Y así sucesivamente (figurillas de barro que cobran vida, soplos de aire que crean las especies, etc.). Sin ningún deseo de polemizar con un tema tan sensible: ¿de qué modo abordar el asunto?, ¿cómo intervenir en un tema que tiene que ver de forma íntima con las familias, con su formación y con la educación aplicada a sus hijos?, ¿de qué manera debo analizar lo que los alumnos estudian en Religión, en cuyos textos encuentran respuestas totalmente contrarias al contenido científico del que se supone yo soy responsable?

*Miércoles, 10 de enero de 2007*

Quizá en el lugar adecuado algunos maestros deberían tener su Avenida de la fama y dejar allí impresa su huella en un molde de escayola, que cemento en nuestro país ya casi no queda. Por su compromiso, altura moral y sabiduría.

El jefe de estudios de la escuela de Ansó, Quico, me manda un correo y, como todos los anteriores, me provoca una enorme alegría. Hay veces que un «te echamos de menos» desencadena, además de pena, un torbellino de recuerdos, de sentimientos de deuda y gratitud. Espero, cuando menos, responder con decoro a algunas personas con las que he podido compartir caminos.

*Lunes, 22 de enero de 2007*

Hoy tengo muy fácil el escrito.

Torre de Arcas es un pueblecito cercano a Peñarroya de Tavavíns, cuya escuela perteneció a nuestro CRA durante un año y posteriormente se cerró por falta de niños.

Hace unas semanas que busco información sobre esta escuela, por lo que he podido revisar algunos documentos, consultar maestros y personas del pueblo que pasaron por sus aulas. Ayer acudí al pueblo para echar un último vistazo a algunos papeles y hablar con dos personas con las que el alcalde me concertó un encuentro.

Tras revisar esos papeles de la escuela, ya de noche, me dirigí a la plaza. Allí apareció una tremenda hoguera con la que se conmemoraba el santo del día y donde luego se asaría la cena. Era una noche importante, en la que todo el pueblo se unía en la celebración. En un momento me invitaron a pasar a la casa de Daniel y Josefina, un matrimonio de ancianos que debían ponerme al corriente de los asuntos más antiguos que aún se recuerdan sobre la escuela y el pueblo. Estaban cenando en una cocina pequeñita, a la luz y el calor de unos pocos troncos que ardían en la chimenea. Dejaron la cena a medias, colocaron cuatro sillas y avisaron a otras dos personas que quizá también recordarían algunas historias. Allí, frente al fuego, apenas sacando de vez en cuando algún tema nuevo, pasé casi dos horas, escuchando historias de hambre, de leche de los americanos, de estrecheces, de maquis, de guardia civil, de cuando el cura y el médico tuvieron que dar clase o cuando Doña Mari Nieves improvisó un altar en la escuela ante el problema creado por el rayo que carbonizó todos los santos de la iglesia.

Al acabar, de nuevo en la plaza, en plena felicidad por mi fortuna, me invitaron a cenar y allí, con todo el pueblo, seguí disfrutando de la amabilidad de estas personas.

*Miércoles, 24 de enero de 2007*

El curso pasado en la escuela de Lledó, perteneciente al CRA Algars, con sede en Cretas, los alumnos realizaron una especie de reportaje donde explicaban los principales elementos de interés de su pueblo apoyándose en una imitación de *Un país de la mochila*, de José Antonio Labordeta. Por ello obtuvieron un importante premio nacional promovido por RTVE.

Los alumnos cursaron una invitación para el polifacético Labordeta y éste se presentó la semana pasada en su escuela. Es reseñable que no hizo una visita relámpago, tan típicamente política, sino que estuvo buena parte de la jornada con los niños. Nuestra enhorabuena para la escuela, sus maestros y también para Laborde- ta, por su vida entera y su cercanía.

*Jueves, 1 de febrero de 2007*

Ante algunas quejas de padres por el escaso nivel de sus hijos cuando pasan al instituto, se plantea la realización de una especie de pruebas finales en cada ciclo, iguales en cada pueblo del CRA, con las que medir las competencias básicas de los alumnos en Matemáticas y Lengua. Algunas reflexiones sobre el tema:

- ¿No forma ya parte de nuestro trabajo la evaluación del grado de consecución de los objetivos curriculares? Si viene alguien de fuera y lo hace por mí, ¿no está insinuando que hago mal, o no hago, buena parte de mi trabajo?

- ¿Por qué Matemáticas y Lengua?, ¿se resume en esto el objeto de las treinta horas que cada semana paso con los niños en clase?, ¿son menos importantes las otras?, ¿debo así entenderlo en mi labor diaria?

- ¿De qué supuesto pedagógico arranca este asunto que pretende valorar mi calidad docente en función de cómo un niño acaba haciendo sumas y restas? Bien claro tengo que se parte de un supuesto pedagógico totalmente opuesto al mío. Es más, lo realmente triste es que pienso que no parte de ningún supuesto, de ningún pensamiento ni reflexión, sino de un arrebato porque los padres se quejan. ¿Dónde queda eso tan citado de educación en valores, so-

cialización, creación de hábitos, temas transversales, fomento de espíritu crítico, sensibilidad?

*Lunes, 5 de febrero de 2007*

Hoy lunes es día de hacer todo corriendo y tarde. Desde el año pasado comencé a quedarme algunas tardes, especialmente las de los lunes, jugando en la escuela con los alumnos que quisieran. La idea era aprovechar un rato de la tarde para practicar la actividad de ese momento de Educación Física (tenis, patines, bici, etc.). Con la ilusión que suelen tener por jugar conmigo, muchos consiguen el permiso paterno o juntan las ganas para dejar la Playstation un rato y ese momento se convierte en un tiempo donde juegan con muchos compañeros de su clase y de otras, donde van adquiriendo algunas estrategias nuevas para bienemplear su tiempo libre y yo conozco también algunas facetas ocultas de su personalidad. Sin apenas esfuerzo (solo el que supone estar allí con ellos) consigo que casi el 50% de la escuela aparezca por el patio para jugar. Lo mismo puedo decir con el préstamo de libros (todos mis alumnos participan y muchos a quienes no doy nunca clase también). Lo que quiero expresar es que asuntos que parecen tan importantes y de los que se suele hablar como causas perdidas (uso racional y sano del tiempo libre, afición por la lectura, etc.), quizá solo dependan de tomar cuatro sencillas decisiones y aplicarlas. Solo un poco de iniciativa y un poco de tiempo.

*Jueves, 8 de febrero de 2007*

Mi clase de primer ciclo no puede disfrutar de los materiales informáticos propios del proyecto «Ramón y Cajal». Nos apañamos para, al menos, contar con el cañón unas horas a la semana. Hoy hemos colocado una sábana cubriendo casi completamente una pared y hemos disfrutado de una gran película de un modo privilegiado.

Por otra parte, ya recogí la idea en el primer trimestre, pero esta semana la hemos seguido llevando a la práctica. Me refiero a una idea creo que leída en la revista *Aula libre*. Se refería a que en algunas actividades de biblioteca se decoraba la sala en consonancia con el tema como estrategia para crear un ambiente más sugestivo, favorecedor de la fantasía, de la imaginación, más propicio para disfrutar de la lectura. He intentado hacer lo mismo en relación con

la asignatura de Conocimiento del Medio. Hemos ido decorando la clase según el contenido que hemos tratado, por lo que tenemos media clase llena de animales y la otra media con planetas y materia oscura por todas partes. Además del precioso efecto visual y la motivación inherente, he comprobado que las imágenes colocadas son recursos extraordinarios en los que apoyar muchas explicaciones y sirven para recordar gran variedad de los aspectos que tratamos en clase (memoria visual...). Además, promueven muchas otras acciones espontáneas en los niños, como dibujos, historias fantásticas, etc.

Tenemos en marcha el tercer concurso literario semanal. Fruto de una actividad puntual decidimos en la clase hacer un concurso semanal de participación voluntaria (aunque participan todos) donde yo daría un tema y el lunes siguiente se leerían las historias escritas, eligiendo finalmente al autor de la mejor historia (bien escrita y leída, pocas faltas, coherencia sintáctica, que despertara algún sentimiento, nos hiciera reír o nos emocionara, etc.), que se llevaría algún tipo de premio, además de incluirse el relato en una especie de librito final. El asunto está marchando muy bien, por lo que redacté unas normas sencillas e intenté hacerlo extensivo a los otros cursos.

«El presente concurso se desarrollará cada semana a partir del día doce de febrero de 2007, si a los escritores acompañan las ganas y al jurado las fuerzas. Se dirige a todos los niños de la escuela de Peñarroya de Tastavíns, aunque podría extenderse a los otros pueblos.

Cada lunes el jurado propondrá un tema. A partir de ese momento, habrá justo una semana de tiempo (hasta el siguiente lunes) para desarrollar la historia. Con el tema propuesto cada escritor podrá hacer lo que le parezca oportuno: una historia real, una aventura relacionada con la ciencia (en honor al señor que da nombre a la escuela y al concurso), un relato fantástico, etc.

La historia se entregará en una hoja para que el jurado pueda valorarla con detenimiento y minuciosidad. La extensión máxima será de diez mil hojas y la mínima de dos palabras. Se podrá escribir con cualquier artilugio que sirva para ello: lápiz, boli, ordenador, etc. El material que no se entregue en los plazos señalados no se considerará.

El jurado, compuesto de ilustres personas de diferentes países representantes de todas las artes y las ciencias, juzgará con justicia y esmero cada escrito, valorando especialmente los siguientes aspectos: corrección ortográfica (es decir, que no haya demasiadas faltas), corrección sintáctica (o lo que es lo mismo, que las frases estén redactadas con sentido y coherencia), limpieza y presentación (piensen en los ojos del jurado), imaginación que el escritor demuestre, empleo de un vocabulario adecuado (palabras cultas, bonitas...) y, sobre todo, que la obra sea capaz de mover en el jurado algún tipo de sentimiento: que nos haga reír, que nos emocione, que consiga alegrarnos ese día...

Los escritores seleccionados cada semana recibirán distintas recompensas, siendo todas ellas magníficas, y que, sin duda, harán del escritor una persona millonaria y conocida en cada rincón del planeta. A estas recompensas hay que añadir un libro que recopilará a final de curso las historias seleccionadas, además de lo fundamental y más importante: la satisfacción personal de cada uno por participar en tan distinguido e importante concurso.

Si todo marcha bien, el jurado prevé ampliar las formas de concurso: dibujo, poesía, fotografía, etc., para lo cual se informará debidamente.

Así que... anímense, que escribir colabora en el desarrollo del cerebro, ayuda a la formación de la sonrisa y previene el reuma en los dedos de las manos.

Peñarroya de Tastavíns, 7 de febrero de 2007.

El Ilustrísimo jurado».

*Miércoles, 14 de febrero de 2007*

Ayer celebré la segunda reunión de padres del curso. Comentamos cómo marchaba el curso, actividades que funcionaban muy bien (biblioteca, sección de noticias, concurso de escritores...). Les informé de los temas restantes de Conocimiento del Medio, solicité ideas para desarrollarlos adecuadamente (posibles visitas, personas que puedan acudir a clase para algunas charlas...), hablamos de un par de excursiones pendientes (una tarde para observar la Luna y escuchar un cárabo; una visita al Mas del Buñol, en Valderrobres, donde veremos a cientos de buitres) y también señalé nuestra inmersión en el mundo de la Filosofía durante el tercer trimestre.

Algunas madres miraban, otras ponían intermitentemente caras de sorpresa, otras bostezaban y otras no vinieron. Variedad. No encuentro sintonía con las familias. Están contentas y esas cosas, pero no hablamos de los mismos asuntos. Ojalá me entendiera con ellas tan bien como con sus hijos.

*Lunes, 19 de febrero de 2007*

Pensaba escribir sobre Educación Física, sobre el nuevo currículo aragonés y el perjuicio, la herida mortal, que supone para nuestra especialidad. Pero no tengo fuerzas. ¿Qué puedo decir? Siento que las decisiones no se toman según criterios racionales ni razonables, sino que son fruto de pensamientos de vaivén, de política, de medidas populares. ¿Para qué, entonces, intentar razonar algún argumento?

En Fraga pude conocer de primera mano el modo en que el borrador de currículo aragonés de Educación Física se tiraba a la basura porque unos cuantos ideólogos de la educación de no sé qué dirección general o departamento del ministerio español correspondiente observaron tintes demasiado regionalistas.

Ese borrador era fruto del trabajo de toda una vida de una persona que es la primera referencia en cuanto a ilusión, trabajo y brillantez, en Educación Física y en educación. Ese borrador suponía un cambio radical en la concepción del currículo y, por fin, establecía unos criterios de clasificación claros, suponía un punto de partida real, coherente, concienzudamente pensado para lo que se haría después en la escuela. El profesor Paco Lagardera planteó en unas jornadas: «pensad qué queréis conseguir en ese niño cuando planteáis esa actividad; ¿qué intención perseguís?; ¿por qué de esta manera y no de otra?». En definitiva, ese embrión de currículo nos situaba ante la posibilidad de responder coherentemente, desde el soporte teórico que supone, a esta dimensión reflexiva que debe acompañar nuestra labor en la escuela.

En su lugar, se aprueba otra opción que no hace sino continuar con el modelo anterior (conservo la incomprensión hacia el mismo desde primero de Magisterio) que plantea una versión de la Educación Física difícil de desarrollar con sentido.

Hace un par de años en la escuela de idiomas nos propusieron una actividad consistente en charlar por parejas sobre educación.

Mi conversación se resume así: «What do you think about physical education? I think that physical education is a waste of time». Algo falla cuando gran parte de la comunidad educativa, desde padres a maestros, consideran que la Educación Física es una pérdida de tiempo.

Para acabar, una pregunta: ¿aumentar la carga semanal de asignaturas como Lengua o Matemáticas, en detrimento de otras como Conocimiento del Medio o Educación Física, habrá partido de un estudio crítico de la situación, de una reflexión sobre el concepto de escuela que queremos, de qué tipo de niños se pretende formar? Yo estoy casi seguro que no.

*Lunes, 26 de febrero de 2007*

Fernando es un niño de siete años. Para nuestro concurso semanal de escritores, esta fue su historia de la semana pasada:

«Cuando mi padre era pequeño vivía en la masía. Como en invierno se hace pronto de noche y no tenían tele ni radio me cuenta que les ponían una manta a cada uno para no tener frío, su abuelo cogía una tea encendida y se iban después de cenar a pasar un rato a otra masía. Allí los mayores jugaban a las cartas y hablaban y los pequeños jugaban. Otras veces venían los de las otras masías a la suya.

FIN»

Bien escrito y bien presentado. Un esfuerzo e interés, común en muchos compañeros, que anima y motiva para continuar con iniciativas similares.

He tenido que cambiar la dinámica de premiar a la mejor historia de cada clase cada semana. Por una parte, me estaba arruinando y, por otra, lo realmente importante: temía que la única motivación de los escritores consistiese en la recompensa material. Así, hemos decidido que la mejor historia se recogerá para figurar en la recopilación final y tomaremos registro de todos los participantes, de modo que en unos meses serán premiados aquellos que hayan mostrado una buena continuidad en la participación. Premiaremos la constancia y el simple gusto por escribir. Algo así pretendo.

*Miércoles, 28 de febrero de 2007*

Comenzamos un nuevo tema en Conocimiento del Medio. He pensado que será un tema donde las visitas y las salidas serán lo

principal. Haremos unas maquetas del pueblo y a medida que construimos elementos singulares (ayuntamiento, granjas, museo etnográfico...) los analizaremos y los visitaremos. Mañana acudiremos, para empezar, al Ayuntamiento, donde nos explicarán qué hacen allí, para qué sirve.

Además, el lunes hemos previsto nuestra observación astronómica. Nos desplazaremos por el monte unos minutos para llegar a una zona oscura y poder observar la Luna y algunas estrellas. También aprovecharemos para escuchar el famoso ulular del cárabo. Cuando era estudiante hubiera agradecido ver algunos ejemplos reales del proceso de comunicación con las familias. Esta es la nota que salió para cada casa:

«Estimadas familias:

Como se comentó en reciente reunión, estábamos a la espera de realizar una salida para observar la Luna, de acuerdo con el tema del Universo recién concluido. Puesto que hay luna llena este próximo sábado, hemos pensado realizar la actividad el lunes 5 de marzo. Quedaremos a las 18:30 en la plaza, al acabar las clases de catecismo. Si el tiempo no acompaña, ese mismo día por la mañana suspenderemos la salida y la pospondremos para el día siguiente. Además de la ropa de abrigo adecuada, es aconsejable que, quien pueda, lleve linterna y prismáticos.

Confirmadme qué familiares nos acompañaréis. Un saludo».

En Lengua, lo más interesante sigue siendo el asunto de las historias. Para este lunes, el título será «Comenzó el viaje» y se prevé un casi pleno en la participación. Los más complicados de engañar son los de tercer ciclo. Como tuve que estar hace poco una hora con ellos, aproveché para engatusarlos («es algo importante, sois un ejemplo para los pequeños, seguro que disfrutáis haciéndolo, etc.»). Para la próxima semana, ya he pensado enlazar con la idea de los comienzos de historias. Como en clase ya acumulamos bastantes lecturas este curso, seguro que proponerles como inicio para sus relatos uno de los comienzos de una de esas lecturas les resultará atractivo.

En Educación Física comenzamos con el atletismo. De momento hemos visto varios vídeos de récords y ejemplos de modalidades. Se han sorprendido viendo saltar nueve metros en longitud, lanzar la jabalina una distancia equivalente a un campo de fútbol

entero o han descubierto perplejos que los ciegos y otros discapacitados también pueden hacer estas cosas. Y de qué manera. A la vez, estoy retocando mi parte de trabajo para el grupo *Pintacoda*, mis añorados compañeros de trabajo pirenaicos.

*Viernes, 2 de marzo de 2007*

Hemos visitado el ayuntamiento de Peñarroya. Ha sido interesante, pero he acabado convencido de que para próximas visitas debo tratar previamente y con detenimiento algunas cuestiones con las personas que se dirigen a los alumnos: contenido de la charla, tiempo, espacios en los que estar, etc. Ni mucho menos deseo criticar a nuestros anfitriones, pero he percibido que, dadas las condiciones peculiares de un público tan menudo, es obligación mía controlar mejor algunos factores como los citados en beneficio de la actividad.

Aproveché la visita a Alcañiz ayer para comprar unos paneles de madera. Los emplearemos en Conocimiento del Medio haciendo unas maquetas.

Esta semana tres niños me han traído a clase algunos libros. Estos niños no son de mi clase, lo que aumenta mi satisfacción. Un libro de manualidades que utilizaba su madre cuando iba a la escuela y «quizá te gustaría verlo», decía Ainoa; una enciclopedia de animales dado que «tanto te gustan los animales», indicaba Jorge; y un libro de viajes por espacios naturales de Aragón de José María Cereza, que simplemente «te lo enseño porque es un libro bonito, con muchas fotos y que el autor ha dedicado a mi padre», comentaba Nacho.

*Martes, 6 de marzo de 2007*

Anoche salimos a las 18:30 de la plaza como estaba previsto. Resultó que la convocatoria inicialmente hecha a mi clase se extendió a toda la escuela y finalmente acudieron veintitrés de los veintiocho niños que asisten a la escuela, lo que me parece un gran éxito y una enorme alegría.

Los niños esperaban la salida mirando con los prismáticos, pasándolos de unos a otros, buscando pájaros u objetos lejanos para intentar afinar la vista y observarlos. La plaza del pueblo era un espectáculo. De camino al lugar de la observación el pretendido silencio se convirtió en un bullicio quizá excesivo; cerca del destino

tuvimos la enorme suerte de contemplar un grupo de cabras con varios machos luchando entre sí, a cabezazo limpio, en busca del liderazgo y de las mejores hembras. Un espectáculo que muchos niños contemplaron por primera vez y con el añadido de tener un montón de prismáticos disponibles para analizar mejor los detalles. Después más carreras, gritos y a esperar.

Esperamos a la Luna. Y la Luna no llegó. Es terrible que en una salida para ver la Luna olvidara precisamente comprobar a qué hora se asomaría por el horizonte. El caso es que tras esperar mucho tiempo tuvimos que irnos sin verla (salía a las 21:15). Una tremenda pena. A pesar de todo, los niños se lo pasaron muy bien, puesto que no tienen muchas ocasiones para jugar en el campo durante la noche, con linternas, estrellas y una hoguera dando un poquito de luz y calor. Un fallo que no debí cometer.

La maestra de pedagogía terapéutica se ha casado con otro maestro del CRA. Este último ha sido sustituido inmediatamente, pero la maestra, no. No sé qué demonios de perfil de plaza, de terminología, de plaza singular... el caso es que la Administración saca la plaza sin que sea obligatorio aceptarla y ningún interino ha estimado oportuno trabajar más de un mes (1600 euros, la experiencia, los puntos...). Consecuencia: las ocho o diez horas semanales en las que mi alumno discapacitado contaba con una persona que le atendía adecuadamente se diluyen entre papeles y burocracias. El alumno estará este tiempo desatendido, un poco más, y controlar su comportamiento, atención, aburrimiento o interferencias en las clases será un poco más complicado.

Nuestra colección naturalista sigue creciendo. Hoy con lo que parece ser un cráneo de gato, así como con dos viejos ejemplares disecados de oropéndola y cárabo. Estas piezas representan justo lo contrario de lo que pretendo con la colección, pero es inevitable que lleguen elementos de este tipo que afortunadamente representan una práctica ya en desuso. Tenemos la costumbre de enseñar en el resto de clases algunas de las cosas que van circulando por la nuestra. Básicamente porque a los otros niños les gusta, aprenden, y a mis alumnos les sirve para hacer un esfuerzo comunicativo y explicar los aspectos que caracterizan los elementos que enseñamos.

Nuestra historia de esta semana se apoya en otra de esas pe-

queñas joyas de *Aula Libre*. He leído a los niños siete comienzos de historias, han elegido la que más les gustaba y les he propuesto escribir esas cinco o seis líneas iniciales para luego dirigir la historia por el camino que eligiesen. Han elegido *El canto de las ballenas*, de Sheldon y Blythe: «La abuela de Lili comenzó así su (...) eran las más extraordinarias criaturas que jamás podrías imaginar». Intentaré conseguir el librito, leerlo, traducirlo al idioma de los duendes, y el lunes veremos en qué consiste realmente esta historia y en qué consisten sus relatos. Veremos qué diferentes son unos y otros y hablaremos sobre ello.

También hemos aprovechado unos minutos de proyector para enviar unas preguntas a un foro de Internet (<http://www.elornitologo.com>) sobre naturaleza. Espero contar con la generosidad de sus usuarios y mañana mostraré a los niños las respuestas que nos han ofrecido.

*Jueves, 8 de marzo de 2007*

Esta semana me propuse enseñar a los pequeños hombrecillos lo que era una encuesta. Nos pusimos manos a la obra. Diseñamos unas sencillas preguntas, le dimos la forma adecuada y hoy han asaltado a toda persona que se movía por las calles del pueblo con el fin de que respondieran a las cinco cuestiones planteadas. Han trabajado por parejas y para que volvieran a la escuela a la hora necesaria les indiqué que todos trajeran un reloj. Para muchos, llevar reloj era una novedad y han pasado el día preguntando a qué hora teníamos una clase, a qué hora empezábamos otra, etc. Mientras subía las escaleras al lado de Cristian, él iba a clase de catalán, me ha preguntado: «José Luis, ¿hasta qué hora dura catalán?», indicándole yo que hasta las diez y media. Entonces ha mirado su reloj y, con gran espanto, ha vuelto a preguntar: «¿hasta aquí?», mientras señalaba el correspondiente espacio en la esfera. A continuación, ha lanzado uno de los suspiros más significativos que yo recuerdo. Creo que ha comprendido justo en ese instante lo lentas que transcurrirán para él muchas clases hasta dentro de unos cuantos años.

De nuevo he sido premiado con dos regalos. Una niña de segundo ciclo, no demasiado trabajadora, ha bajado y me ha entregado unas hojas que han resultado ser ¡poesías! Me ha contado que le

gustaban y que había escrito unas cuantas, además de haber copiado otras que le resultaban especialmente bonitas. Las bajaba para que las viera. Lo hemos agradecido y las ha leído para todos nosotros. Ahora pienso que debería haber aprovechado para mostrarle algún libro de poesía que tenemos en clase. A ver si mañana aún llego a tiempo. Por otra parte, un segundo niño nos ha traído otro par de elementos para la colección naturalista. Comprobar el interés de los niños a través de acciones como estas hacia contenidos diversos que les acercamos en la escuela es un gran refuerzo para seguir intentando establecer puentes entre el tiempo escolar y el extraescolar, para, en definitiva, integrar y generalizar aprendizajes y hábitos en su vida.

*Lunes, 12 de marzo de 2007*

María es una niña de infantil. Apenas he entrado en su aula tres veces en todo el curso. Hoy por la mañana nos sorprendía su aparición en clase junto a su madre. Nos han dicho que venían a dejarnos unas cosas que María había encontrado en el monte el domingo y que había cogido pensando en nosotros, en darnoslas el lunes. Venía acompañada porque le daba vergüenza entrar sola. Le hemos dado las gracias y me he sorprendido de que una niña tan joven haya tenido ese interés y ese gesto tan bonito y llamativo.

Me disgusta no tener la libertad organizativa de la que disfrutaba el año pasado. Hace poco unos forestales dieron una charla a los niños de la escuela. La actividad me pareció un desastre, puesto que dentro del inagotable e incomparable baúl con el que cuenta una persona que trabaja en plena naturaleza se limitaron a traer cepos para atrapar diversos animales (explicando, eso sí, que estaban prohibidos) y a poner cuatro diapositivas de paisajes. El lenguaje durante la charla fue inaccesible para el auditorio (niños de tres a siete años) y los niños, que aún no cuentan con recursos para solicitar aclaraciones, pasaron ese rato cual vaca que contempla el paso del tren. Me planteo ejercer el mayor control posible en torno a las personas que se acercan a mis alumnos para contarles asuntos de la vida, pero no siempre es posible. Los elementos esenciales son: palabras sencillas, asuntos de nuestro interés, alegría y pasión por lo que se cuenta.

Para la historia de esta semana me he permitido una pequeña

licencia, un pequeño experimento. Hemos decidido que *La ciudad de los niños* será el título de la historia, y tras explicarles algo de ese libro y de cómo podrían tejer sus historias, he planteado que quizá sería bonito que alguna persona mayor de su entorno (familiares, vecinos, amigos...) participara también y nos brindaran su relato para ser leído en clase. Algunos se han sorprendido, pero seguro que más se sorprenden algunos adultos al ser requeridos como improvisados escritores. Veremos el resultado.

*Jueves, 15 de marzo de 2007*

Esta semana, en Conocimiento del Medio me propuse tratar algunos aspectos sobre las ciudades. Por ello, en primer lugar, comenzamos a conocer algunas de las más representativas. Con mi ordenador y con el proyector he ido realizando búsquedas de las ciudades previstas (Huesca, Teruel, Zaragoza, Lisboa, Dakar, Roma, Japón, Moscú, París, etc.). De cada ciudad buscábamos los datos más relevantes (habitantes, principales monumentos, historia, etc.) y algunas fotos representativas. En un instante conseguíamos la información y las imágenes, que yo iba guardando y los alumnos anotando en su cuaderno. Además, cualquier duda (como la de Fernando, que consultaba por el motivo de construcción de la Estatua de la Libertad) la resolvíamos en un segundo. Con *Google Earth* volábamos hasta el lugar de nuestro estudio, apreciando su ubicación en el mundo, su orografía, su tamaño relativo, e incluso pudiendo observar imágenes en directo desde algunas cámaras web. Por si el milagro tecnológico no fuera suficiente, mirábamos de reojo la ventana que teníamos minimizada con imágenes en directo del nido de águilas perdiceras (de las pocas que aún subsisten en España) del Parc del Garraf, atentos por si los padres llegaban con comida para el pollo, o por si éste se decidía a emprender su primer vuelo. El único inconveniente estaba representado por la desesperantemente lenta e inestable conexión.

Desde la dirección general de ajustes y recortes económicos del Departamento de Educación se nos ha informado hoy que los armarios solicitados para poder llevar a cabo nuestra soñada y pensada exposición naturalista no se ajustan al presupuesto. Que volvamos a rellenar la solicitud y la enviemos nuevamente por si en el nuevo ejercicio económico tenemos mayor fortuna.

*Viernes, 23 de marzo de 2007*

El miércoles visitamos el secadero de Jamones Peñarroya. Ya señalé hace unas semanas que pretendía acercar a los alumnos a diversos aspectos de su pueblo, como son algunas de sus empresas e instituciones. También indiqué la necesidad de planificar mejor la actividad, puesto que la persona que nos atiende no tiene la obligación de conocer nuestras necesidades, o simplemente le puede resultar complicado adecuarse al nivel de los niños.

Nos habíamos propuesto mejorar nuestro comportamiento respecto a visitas anteriores, por lo que quedamos muy satisfechos al comprobar cómo los niños esperaban pacientemente su turno para hablar, cómo escuchaban con mayor atención las explicaciones o cómo realizaban algunas oportunas preguntas. En estos indicadores sobre el comportamiento de los niños se aprecia una evolución clara de su madurez, tanto individual como grupal. Algunos escribieron breves notas en sus cuadernos, y con todo lo recogido, tangible o mentalmente, hemos realizado algunas actividades en clase para sacar mayor provecho a la actividad: procesos tradicionales para conservar los alimentos, efectos y diferentes usos de la sal, diferentes trabajadores en torno al jamón (criadores, transportistas, carniceros, trabajadores del secadero, etc.).

En la vuelta, ya cansados, seguimos el rastro de unos cerdos, aunque salvajes, investigamos sobre el autor de distintas huellas, observamos el vuelo majestuoso de los buitres y recolectamos algunas muestras para nuestro herbario, además de robar unas cuantas imágenes a la naturaleza.

El trimestre ya se acaba. Me acuerdo lo que hacía y lo que pensaba hace un año. Y casi sé qué pensaré el año próximo.

*Miércoles, 28 de marzo de 2007*

Ya son varias las semanas en las que me siento un maestro gris, apático y atolondrado. Falta chispa, orden, alegría. De todos modos, como ciclista que he sido, sé que el trabajo en los días grises es precisamente el que te permite, al final, llegar un poco más lejos. Por esto, cada día trato de dar un pequeño paso, algo que sumar, en espera de que los días favorables vuelvan.

Estos días los niños tienen un comportamiento que me preocupa. Son continuos los enfados y las quejas entre ellos. Tiene que

ver con el ámbito familiar y extraescolar, por lo que atenderlo es complicado. Un par de comentarios hoy me han enfadado especialmente y he tratado el asunto durante un buen rato. Al menos, me consuela que los niños han sido capaces de captar que mis palabras se referían a algo grave y preocupante.

Hoy hemos tenido la reunión de evaluación. «Fulanito lee bien, escribe regular, aprendió mal la lista de los verbos, falló en las tablas del siete y del ocho, etc.». Me queda la sensación de siempre, que hemos analizado una parcela minúscula, ridícula, de lo que supone, o podría suponer, la escuela para los niños. Quizá estas reuniones apenas respondan a la necesidad de justificar con unos cuantos papeles el trabajo que hacemos cada día.

*Viernes, 30 de marzo de 2007*

El miércoles vimos en la escuela *La historia interminable*, una película en la que las aventuras se desencadenan a partir de un libro, lo que supone un estímulo más hacia la lectura. Tuve ciertas dudas sobre la capacidad de los pequeños de seis y siete años para verla sin aburrirse o entenderla, pero no hubo ningún problema y todos salieron de la escuela esperando encontrarse con su dragón blanco de la suerte. Comprobar la ilusión y sentimientos que se desataron en sus mentes tras una historia fantástica como esta devolvió un poco de color al deslucido maestro gris en que andaba convertido estos días. Aprovechamos para realizar unas cuantas actividades de escritura con el pretexto de la película, describiendo en ellas a los personajes, los momentos que más les gustaron o inventando una historia que partiera de una situación similar.

A mí me encanta la película, la he visto muchas veces y su banda sonora me traslada en un instante a mi feliz infancia. Me gusta especialmente un recurso utilizado en otros libros y películas, consistente en establecer cierto juego comunicativo entre el espectador, un personaje y lo leído. Por ejemplo, me maravilló la ingeniosa relación que Jostein Gaarder establece en *El mundo de Sofía*, o el juego de Gonzalo Moure en *El oso que leía niños*.

Hoy he pasado por Beceite. Con este pueblo ya me une la relación de conocer a muchos de sus niños, puesto que estuve con ellos en el CRIET en el primer trimestre. También a sus maestros. He llegado hasta el pueblo únicamente por la ilusión de ver a alguno de ellos. Tras las pri-

meras casas ya sonaban algunas voces alegres. Al volver la esquina he visto a dos niñas y, cuando he pasado por su lado (iba de incógnito), les he gastado una broma relacionada con un concierto en el CRIET que dio para muchas risas y comentarios. En un momento han caído y han gritado «¡José Luis!». Así que he hablado un poco con ellas y les he dado recuerdos para sus compañeros.

*Martes, 3 de abril de 2007*

Creo que ya he nombrado varias veces unos estupendos libros sobre iniciación a la filosofía: *¿Qué es el bien y el mal?*, *¿Qué es la vida?*, *¿Qué son los sentimientos?* Forman parte de una colección centrada en la iniciación al pensamiento racional para niños y están realizados a partir de un trabajo en una escuela rural francesa. Ya hice algunas cosas con ellos el año pasado e incluso envié uno a una niña que mostraba sorprendentes inquietudes vitales. Estos días intentaré dar forma a algunas ideas para poder trabajar durante el trimestre en torno a este asunto. Principalmente he de considerar cómo lo presento, qué dinámica de trabajo seguiremos, de modo que se ajuste a las posibilidades e intereses de los jóvenes alumnos.

También trabajo en el asunto de las plantas. En este caso es sencillo, ya que solo he de aprender y recordar algunos conocimientos y mostrar a los niños los milagros y maravillas que encierran, de igual modo que los demás, estos fascinantes seres vivos. Bueno, y desenfadar a mi pareja porque tengo la casa llena de cacharros que he comprado para la causa: cincuenta kilos de tierra estándar, quince kilos de sustrato especial para cactus, varias macetas con distintos experimentos en marcha, algunos cactus, hojas secando bajo pesadas columnas de libros; además, tenemos invitadas a clase a algunas personas que nos ayudarán en algunos momentos y esperamos poder realizar buena parte de las sesiones en el monte, al lado de los árboles que debemos conocer y apreciar.

Hace unos días un compañero me envió la parte de trabajo que la sección pirenaica del grupo de trabajo Pintacoda había realizado en torno al atletismo, el contenido planteado para este curso. Automáticamente me sonrojé y me avergoncé de estar este año tan lejos de mis compañeros en cuanto a calidad del trabajo se refiere. Este trimestre debe ser mejor. Gimnasia rítmica

(el asunto de estudio de Pintacoda el curso pasado y una preciosa experiencia con mis alumnos ansotanos), orientación y bicicleta son buenos argumentos para enderezar el rumbo.

El Museo Pedagógico de Aragón ya ha presentado su primera publicación: *El libro de los escolares de Plasencia del Monte*, en edición facsímil. Hay alumnos de primaria que ya tienen opinión formada sobre su lectura. El libro que Simeón Omella imprimió hace setenta años y que muchos aún intentamos dar forma hoy: el libro de sus alumnos, sus preocupaciones y sus pensamientos.

*Miércoles, 11 de abril de 2007*

Nos hemos vuelto a mirar. Todos estábamos un poco despistados, con el cerebro aún sin engrasar, los dedos un poco torpes, los oídos desentrenados. Con unos cuantos chistes, tres o cuatro olvidos, algunas sonrisas y enfados, bastantes peripecias y aventuras de campamentos silvestres en el zurrón de los recuerdos, nos hemos colocado en disposición de abordar un trimestre que promete grandes cosas: la Luna y otros asuntos astronómicos, las plantas y sus flores, filosofía, bicis, carreras por el pueblo, buitres, el Salt del Matarraña, herbario, paseos campestres, abuelos que cuentan historias, microscopios, y tres o cuatro cosas más.

*Sábado, 14 de abril de 2007*

La semana pasada, nuestra propuesta semanal para la escuela consistió en la realización de una escultura. Aproveché en mi clase para explicar en qué consiste esta modalidad artística y para proyectar algunas muestras de distintas épocas. Conocieron esculturas griegas, romanas, renacentistas, a Botero, e incluso el increíble trabajo del hiperrealista Ron Mueck. Han realizado grandes trabajos, participando, de nuevo, muchos niños de otras clases y quedando nuestra aula con una interesante exposición de artesanía infantil (unido a los dibujos, los libros, la colección naturalista... la clase está ya repleta de los frutos de todo un curso).

En Lengua trabajamos en torno a la filosofía, que no es sino trabajar en torno a la vida. Es decir, no hacemos nada especial. Los primeros días los niños estaban un poco apáticos. Es un trabajo de complicada puesta en escena, pero poco a poco hemos modelado el asunto y, creo, el velero ya navega con viento a favor. Al propiciar muchos debates, relaciones con otros compañeros y preguntas a los

familiares, se establecen dinámicas sugerentes para ellos. Además, hemos creado el carné de periodista filosófico, con el que ya nadie se puede negar a responder a una pregunta o responder con un escaeto «no sé» o «porque sí». Lamentablemente, el carné no es tan poderoso y no todos dedican los minutos y pensamientos necesarios a los niños.

El miércoles acudió a la escuela Pilar Sarto, que trabaja en el equipo de orientación pedagógica de Alcañiz. Vino a tratar el asunto del maltrato y el abuso escolar. Yo no tenía demasiado interés en el tema, puesto que en los entornos en los que me muevo, y espero moverme, no lo entendía como un contenido importante. Tras escucharle, reconsideraré el asunto, entendiendo que nunca está mal escuchar ideas que suscitan reflexiones interesantes. Al margen de lo tratado, unas palabras me quedaron grabadas. Unas palabras obvias y evidentes, pero en las que aún no había pensado de manera adecuada: «recordad que estáis trabajando con lo más importante del mundo para los padres, sus hijos». Una idea de la que se desprenden muchas consecuencias trascendentes.

*Martes, 17 de abril de 2007*

Por fin la lluvia nos da un respiro para realizar la primera excursión campestre primaveral. Chovas, buitres, prismáticos, cabras, olores, cuervos, cornejas, enebros, pinos, huellas, sabinas, carreras, sonrisas, fotos, alegrías, enfados, silencios, brisa, sol, entre otras cosas, componen la recolección educativa de la tarde. Una buena tarde, como las de Simeón Omella en Plasencia del Monte (en mi humilde y personal versión, claro).

Al llegar al punto más distante de la excursión sí que he impuesto una necesaria actividad: cerrar durante treinta segundos los ojos, sentados en un lugar cómodo y tranquilo y sentir el silencio, los cantos, la brisa. Un momento de no escuchar gritos y voces, sólo al planeta que sigue, a pesar de todo, su giro eterno. No sé qué edad es la oportuna para aprender esto, pero, por si las moscas, lo intento ya.

Ayer apuraba los últimos segundos de la clase indicando las tareas para apuntar en la agenda, mareado entre docenas de papeles, cuando se acercó, me dio un abrazo, después un beso, dijo adiós y se fue a casa a merendar. Qué cosas.

*Jueves 19 de abril de 2007*

Ayer llamé al CRIET para decir que finalmente no acudía, que ya era bastante con visitarles hoy. Con cuatro palabras me convencieron y para allí marché, rumbo a Montalbán. Al llegar descubrí un entorno precioso y un centro de observación astronómica que un grupo de aficionados ha conseguido gracias a insistir durante diez años al ayuntamiento. Pude saludar a todos los niños, que me contaron cómo había ido el día: visita a Teruel, escalada en su rocódromo, visita al Museo Provincial, comida en el campo y observación de las estrellas en Montalbán. El que aún reniegue del milagro que significa el CRIET...

Allí vimos un documental sobre los satélites del Sistema Solar, nos enseñaron algunas constelaciones, me explicaron la maldita paradoja que representa ver siempre la misma cara de la Luna, observamos Venus, Sirio... y con el telescopio pude alucinar contemplando Saturno. Volvimos a ser un poco conscientes del milagro del mundo, de nuestra propia existencia. Allí estaba, con sus anillos, ajeno a nuestras tribulaciones terrícolas. Las exclamaciones de sorpresa y fascinación de los niños bien valían cualquier esfuerzo. Para colmo de envidia, los astrónomos que nos guiaban resultaron también aficionados a la botánica, la ornitología y la fotografía.

Esta noche vuelvo a ver a los niños. En este caso en Alcorisa. Muchos disfrutarán de su última noche allí, antesala de su paso al instituto, por lo que suelen mezclarse la alegría y la nostalgia en tremendas dosis.

Y esta noche, igual que las demás, volveré a mirar al cielo, volveré a pensar en mis sueños y, de nuevo, intentaré que las estrellas me anticipen una pequeña pista de nuestra verdadera medida.

*Viernes, 20 de abril de 2007*

Tras el ruido, he abierto la ventana del salón y me he encontrado una carta. Ya ven que brutos somos aquí: las cartas se lanzan a las ventanas, nada de buzones de correo.

La envían tres zagales de mi clase. Junto a unas divertidas líneas, en su interior incluyen sesenta céntimos de euro, a veinte por cabeza.

Este mes pasará menos apreturas. De las afectivas, claro.

*Jueves, 3 de mayo de 2007*

En clase hoy hemos tratado algunas noticias profusamente. La verdad es que casi no tengo fuerzas para hacerlo. Son siempre las mismas. Roban, sufren, mienten, derrochan, siempre los mismos. Los mismos atropellos, destrozos, extinciones, tragedias de siempre.

Acabo de despedir a las madres tras la última reunión del curso. Me resulta imposible poner de acuerdo a las familias cuando tratamos algo un poco alejado de lo normal. También hemos organizado una rápida exposición para que los niños mostraran a sus familias lo que hemos podido analizar durante el curso relacionado con el medio ambiente: las *egagrópilas*, algunas fotos, piñas comidas por ardillas, algunos cráneos de mamíferos, algunas garras de aves, unos pocos insectos, serpientes y sus mudas, cuernos, agallas de roble y carrasca, etc. Para ellos ha sido una actividad muy positiva.

Mientras escribía estas líneas me han visitado siete u ocho niños. Siguen contentos, me piden fotos, acertijos y hablan de lo bien que estuvieron en el CRIET. Poner toda la ilusión en la escuela me aporta grandes satisfacciones, pero tiene su lado negativo: cuando hay períodos difíciles el trabajo resulta arduo.

Cada año, el camino recorrido se guarda en un tarro en la correspondiente sección cerebral. Con la etiqueta que informa sobre su fragancia, sus imágenes, sus sonidos. Este curso, aún sin acabar, ya empiezo a apreciar las características que tendrá la mezcla. Será una mezcla muy extraña: con grandes espacios dulces y con otros bien amargos. La tristeza será un ingrediente que impregnará toda la receta. Tengo algunas ideas que escribir, pero debo pensarlas mejor. Quizá deba esperar a ser viejo para contarlas.

*Lunes, 7 de mayo de 2007*

Hace unos días unos niños vinieron corriendo a buscarme diciendo que habían encontrado *egagrópilas* de búho en el patio de la escuela, en pleno partido de fútbol. Yo me reí y no les hice mucho caso, pero me arrastraron hasta allí y con aires triunfales me mostraron esas bolitas de pelo y huesos de una probable lechuza. Quedaron orgullosos de sus capacidades de rastreo pero, sobre todo, quedé y quedaron felices por ser capaces de descifrar parte del ignorado y estimulante lenguaje de la naturaleza.

Otra niña me vio leyendo unos libritos sobre botánica y se

mostró interesada por una guía sobre flores de montaña. Hasta el punto que trajo a clase el dinero para que se lo comprase. Este sábado acudí a la librería, tras el monumental atasco de la desmesurada y desfigurada Zaragoza y le compré el libro. Le incluí una breve nota consultándole si será capaz en unos cuantos años de admirar en la naturaleza todas las referencias que aparecen en el libro. Quizá descubra un nuevo camino.

El jueves visitaremos el Mas del Buñol, un lugar creado por dos aventureros con ilusión y un espacio único en Europa en el que observaremos aves carroñeras a unos pocos metros en completo estado salvaje. Por la tarde comeremos juntos donde podamos y daremos un paseo por las inmediaciones de Valderrobres.

Además, he invitado a dos personas para ese día y el siguiente: mi hermano Pablo traerá su telescopio y su microscopio. Con unas cebollas, un par de escupitajos y un poco de pan de rana, trataremos de escrutar el universo de lo pequeño, de lo diminuto, la dimensión en la que comienzan las cosas y los sueños. Un espacio que, como tantos otros, solemos obviar y despreciar.

Ricardo Pérez, por otra parte, es un joven ornitólogo que trabaja en el centro de interpretación de la naturaleza del Galacho de Juslibol. Con afán divulgativo ya ha pasado por algunas escuelas tratando de acercar a los niños algunos pequeños milagros que nos rodean. Vendrá pertrechado con plumas de mil especies, con fotos y con ganas para salir al campo y compartir con los niños unos momentos de aprendizaje y placer.

La prensa para secar hojas ya está construida. Unas cuantas maderas, tuercas, tornillos y varillas roscadas de acero fueron suficientes para que las manos expertas de mi casero produjeran el instrumento con el que construiremos nuestros herbarios.

Ya tenemos cita con la Luna. Se disculpó por su retraso y prometió cumplir su horario dentro de dos semanas. Entonces volveremos a visitarla y volveremos a mirar el cielo en busca de algunas respuestas. O simplemente miraremos, sin esperar nada.

*Viernes, 11 de mayo de 2007*

La clase de primer ciclo de Peñarroya vive estupendos días, con los niños en el mejor momento de forma del año, contentos y felices con la escuela. El curso se nos hará corto. Ricardo y Pablo nos

ayudaron a encontrar nuevas lucecitas en la oscuridad.

Por lo demás, siguen pasando cosas extrañas. Por fuera y por dentro.

*Lunes, 14 de mayo de 2007*

Comenzando por lo mundano, hoy hemos sufrido el terrible robo de nuestros gusanos de seda. Unos gusanos que habían viajado conmigo miles de kilómetros por no dejarlos solos dos días y así evitar su muerte por inanición. Esos gusanos han desaparecido. Quedan sus hojas y su caja. Considerando que nuestros gusanos no eran escaladores ni osados aventureros del espacio exterior, sino que su instinto gusanil les obligaba a permanecer junto a la comida, ¿alguien entiende quién sustrae, y por qué, veinte gusanos de seda de una clase?

Hace unos meses comenté mi sorpresa cuando la mayor parte de los niños de la escuela, creo que todos, no acudieron a las clases el día siguiente (no recuerdo si fueron dos los días), a la conclusión de las fiestas del municipio. Parecía que los niños tenían que curar los excesos propios de las fiestas adultas. Un extraño reposo infantil. Ayer algunos niños comulgaron y buena parte de ellos han guardado también hoy fiesta. Discrepo absolutamente del mensaje para los niños que subyace en estas curas de reposo tras sus celebraciones, paganas o no. Faltar un día o cinco no tiene apenas incidencia, pero el ejemplo me parece desolador.

Hoy he tratado en la escuela un problema que ya resulta recurrente. El asunto tiene que ver con los juegos de los niños en el recreo y con poder ampliar sus opciones con el material de Educación Física. La mayor parte de los alumnos suelen jugar a fútbol, lo que excluye sistemáticamente a muchos compañeros no interesados en el asunto y empobrece el tiempo libre de todos. Muchos de los que juegan a fútbol cambian automáticamente si se les facilita otra actividad. El meollo del asunto, o una parte, tiene relación con la naturaleza de un CRA, con cómo gestionar la necesaria, o legal y oficial, homogeneidad entre los pueblos que lo forman, a la vez que se respetan e incentivan las iniciativas y peculiaridades de cada uno de esos pueblos y de los maestros que allí trabajan. La conclusión tras mi breve experiencia dice que se suele apostar por asegurar esa uniformidad en detrimento de los otros aspectos, de

forma que muchas iniciativas caen en el olvido en aras de no suponer una nota discordante dentro de la orquesta. Creo que este procedimiento castiga buena parte de las inquietudes de los maestros y limita extraordinariamente su capacidad de acción. La unidad del CRA me parece estupenda, pero orientada a rentabilizar recursos materiales y humanos para salvar el problema de la despoblación rural y a cohesionar a un alumnado distante de pueblos cercanos; no dirigida hacia la obligación de hacer en cada pueblo las cosas del modo más parecido posible.

El jueves acudieron Ricardo y Pablo a nuestra clase. Comenzamos la mañana emprendiendo viaje al Más del Buñol, el observatorio de aves necrófagas situado en Valderrobres. El viaje fue realizado gracias a la ayuda de las familias. Salirme del guión tan claramente con la excursión, con los invitados, las actividades, me tenía preocupado. Ya en el observatorio las primeras exclamaciones de sorpresa de los niños me tranquilizaron. Todo iba bien. Fueron dos horas intensas donde miraron, escucharon las silenciosas explicaciones de la naturaleza, fotografiaron y rellenaron su cuaderno de campo. Al salir iniciamos la excursión a una pequeña chopera junto al Matarraña. Comimos, algunos más de lo necesario, y jugamos a toros, a investigadores y a cuarenta juegos más. Ya Ricardo y Pablo eran personajes muy queridos y sufrieron en primera persona la desbordante energía de los niños. Por supuesto, la oportunidad de aprender lo que el lugar deparaba no se desaprovechó y nuestros invitados nos acercaron a algunos de nuestros vecinos, como el andarríos, el martín pescador, el milano negro, el alcaudón. Además nos mostraron la increíble riqueza presente en un trocito de agua (caracolas de río, renacuajos, ditiscos, los insectos que recogen burbujas de aire para respirar bajo el agua, larvas de diferentes especies...). Todo ello aderezado con el implícito beneficio que supone cualquier salida para lo relacionado con la autonomía personal y las relaciones entre los compañeros. De vuelta, al encuentro de los padres, nuevas sorpresas ante las vistas de algunos animales, más juegos y a descansar a casa con un amplísima sonrisa.

El viernes, las primeras dos horas se dedicaron a la poesía con un señor que vino a hacer actividades surgidas desde la asignatura de Catalán. A tercera hora, de nuevo con nuestros acompañantes, repasamos las fotos del día anterior. Lo hicimos en compañía de los

alumnos de tercero, a quienes invitamos. Sirvió para repasar algunas cosas aprendidas, reírnos por algunas imágenes o volver a admirar algunos grandes milagros. Ricardo se sorprendió de las falsas creencias y mitos presentes en las cabezas de los alumnos de tercero: desde sapos que escupen, hasta culebras malas malísimas, casi acercándonos a las ranas que se convierten en princesas. Ese desconocimiento profundo degeneraba en algunos casos en una actitud violenta desmedida hacia el entorno, con la convicción de tener que aniquilar a todo bicho que asomase el hocico. Ricardo y Pablo se esmeraron en desmontar algunos de esos mitos, pero quedó la triste sensación de no poder luchar con la mayor parte de esas tan arraigadas como infundadas creencias. Aquí sonó la representativa exclamación del niño que gritó «¡pues vaya, todo lo que sabemos es mentira!».

Por la tarde hicimos dos talleres. Con Ricardo, taller ornitológico, con *egagrópilas*, plumas, libros y muchas palabras por el camino. Con Pablo, taller microscópico, donde conocieron esa herramienta milagrosa y aprendieron a hacer preparaciones. A través de la lente observaron desde glóbulos rojos a una sección de pulmón o unas células vegetales extraídas previamente de una cebolla. En suma, una invitación y un acercamiento a la ciencia, al mundo que les rodea, a la vida. Finalmente, cánticos a los visitantes, fotos, abrazos, besos, promesas de otra visita y agradecimiento por su generosidad.

La sensación final es realmente positiva, habiendo indagado en una dimensión de la enseñanza aún poco conocida por mí, inestable, pero esperanzadora y llena de posibilidades. Seguramente constituirán parte de los recuerdos que los niños guardarán de este curso.

Hoy en Lengua hemos comenzado nuevo tema filosófico: la muerte han elegido. Ya me siento con fuerza para abordarlo (hace poco tiempo mi querida abuela dejó de estar en el mundo de los vivos), así que no he puesto reparos. He introducido el capítulo, por lo que comenzaremos un tema tan curioso sobre el que todos sabemos lo mismo: nada.

*Jueves, 17 de mayo de 2007*

Creo que en un mes formaré parte del tribunal evaluador en la

oposición de primaria. Acabar un curso tras nueve meses de soledad, comiendo solo, cenando solo, pensando solo, riendo solo, sintiéndome solo (esto es lo único importante), no ayuda a sentirme contento conocer que estaré otro mes en Teruel capital, a tres horas del hogar familiar más cercano. Además, me da también un poco de vergüenza evaluar algo tras una dilatada experiencia de dos años. Diría al inspector, o a quien corresponda, que no me considero capacitado, pero no me haría excesivo caso, supongo. Creo que en Cataluña los novatos como yo no pueden ser candidatos para el tribunal de oposición. En todo caso, será curioso pasar por el proceso después de tan poco tiempo y observar los detalles (injusticias, cansancios, nervios, presidentes de mirada fulminante) desde el otro lado. Cargo ya con un pesadísimo sentimiento de responsabilidad.

El viernes viajaremos al Museo Pedagógico de Aragón. Será para nosotros como el día del Más del Buñol para mis alumnos: probablemente uno de los recuerdos más bonitos del curso. Imagino que un poco colorados de vergüenza, con ese sentimiento de farsantes que igual nos acompaña toda la vida.

Lunes, 21 de mayo de 2007

El viernes fue un buen día. Asistimos a la inauguración de la exposición *Escuelas. El tiempo detenido*. Vimos nuestros textos en los paneles que cubrían las paredes del Museo Pedagógico de Aragón y nos ilusionamos con ser parte activa de ese entramado de ilusión que cada día, poco a poco, va generando la escuela. La felicidad también de encontrarme, de modo demasiado efímero, con Jaime, con el que voy encontrando pequeños o grandes proyectos comunes para mantenernos cerca. La felicidad de estar acompañado por Paula, a la que cada día quiero más y mejor, lo que resulta demasiado problemático para un maestro rural de destino incierto. Me produce gran sorpresa y sonrojo comprobar nuestros nombres y palabras entre las páginas del catálogo de la exposición, con semejantes autores tan cerca: Julio Llamazares, Miguel Mena, Mariano Coronas o Enrique Satué. Me produjo pena no poder saludar o conocer a escritores que no pudieron asistir a la inauguración.

En la escuela he de utilizar los últimos recursos y trucos que aún tengo guardados a estas alturas de curso. De momento, comen-

zaremos unas sesiones con la bici y esta tarde llenaremos la clase de cactus, pinos, sandías, rosales, melones, uña de gato y tomates.

*Domingo, 27 de mayo de 2007*

Me hace enorme ilusión mantener contacto con mis alumnos. Lo hago con algunos a los que simplemente ayudé hace ya cinco años a esconder algún trozo de comida en el comedor del colegio Doctor Azúa. Y lo hago también con los siguientes alumnos. Envié a Raúl, un alumno ansotano, un CD con cantos de pájaros que yo tenía por participar en un programa de censos de aves. Él me contesta agradeciéndome, contándome algunas peripecias propias de la profusa en anécdotas vida de un niño de once años y me envía una foto de una abubilla que consiguió captar hace unos días. Me ha encantado comprobar su interés.

En clave navegante, esta semana los niños de mi clase visitaron el blog de Ricardo, nuestro amigo ornitólogo que nos visitó hace unos días. Como nos gustaron algunos de sus artículos, los niños insistieron en dejarle un comentario.

El martes, a las 9:25, yendo hacia la escuela, coincidí con un niño y su madre.

—Hola, ¿qué tal, José Luis?, ayer vimos una máquina con una pala para arrancar árboles. Eso está mal y es triste porque los árboles son importantes.

La madre mira con cara rara al niño y con perplejidad al maestro.

—Y, José Luis, también vimos unas cagarrutas en el campo, cerca de nuestro campamento. Pero no eran de nutria, porque no olían a pescado.

La madre mira esta vez perpleja al niño y atónita al maestro, mientras suspira «ay, Dios mío». El maestro mira para otro lado. Es una simple anécdota, pero sirve para ilustrar la importante influencia y, por tanto, responsabilidad que tenemos en los niños y su interés e implicación cuando conectamos con ellos en temas concretos.

En clase cada niño plantó el viernes una semilla elegida entre un montón que conseguimos reunir: tomates, calabazas, girasoles, caléndulas, azulejos, etc. Resignado por la limitación en el gasto escolar, asumo la compra de asuntos como la tierra, las macetas,

algunos DVD o libros. Nos sorprendemos cada día con el crecimiento de nuestro pequeño pino piñonero, con la capacidad reproductiva de algunas suculentas, o con la sobriedad vital de la uña de gato. Al respecto, la señora que nos mostró el Museo etnográfico Lo Masmut nos dijo, mientras miraba una de estas plantas situada sobre una roca en la entrada del edificio: «mi madre ya me decía que las personas son como las plantas: unas tienen todo y apenas les da para vivir, mientras que otras, como esta uña de gato, son capaces de aferrarse a la vida en el suelo más estéril imaginado».

Otro niño de segundo ha concluido *En el reino de la fantasía*, un libro enorme que comenzó tras observar la lectura de su hermano mayor. Le ha costado varios meses porque, además, consultaba en el diccionario cada palabra no comprendida. El viernes lo llevó a clase, lo mostró, lo explicó y lo recomendó a los compañeros. Además, les indicó que la biblioteca alberga otros libritos más flacos y asequibles con las aventuras del ratón Gerónimo Stilton y se ofreció voluntario para acompañarles y mostrárselos.

Hace pocos días se discutió por estos lares la conveniencia del CRIET. Se argumentaban, por una parte, los apuros de los tutores para cumplir el programa curricular y se abogaba por incluir en esas semanas de CRIET contenidos ordinarios de cada asignatura para compensar el agobio posterior. O reducir el tiempo de estancia: dos semanas en vez de tres. Por otra parte, otros aducían que la estancia en el CRIET suponía un momento único del curso, quizá lo más valioso pedagógicamente hablando y que bienvenido el apuro curricular mientras las causas sean esas tres semanas de vida. No hubo un acuerdo debido, creo que en gran medida, a que las posturas surgían de unas concepciones educativas totalmente opuestas.

*Miércoles, 30 de mayo de 2007*

Hemos comenzado la jornada continua propia del final de curso. Significa que las cinco horas y media lectivas diarias se reducen a cuatro horas, siendo ahora la duración de las clases de cuarenta y cinco minutos. Mi opinión no es favorable a esta organización temporal: las lentas dinámicas de los niños de primer ciclo (sacar libros, recoger, apuntar en la agenda, etc.) hacen inservibles estas mini clases. Por ello mi recurrente sensación de ir dejando por el

camino multitud de cabos sin atar se agrava terriblemente este mes.

*Viernes, 1 de junio de 2007*

Ella me sorprende cada día pidiéndome un trocito más de la poesía *El Árbol* de R. Tagore. Y mi buen alumno, todo un reto este curso, me ha dejado atónito hoy cuando ha llegado a clase habiendo leído ochenta páginas de un libro que acerqué hace unos días a la escuela. Después ha acabado con las treinta restantes, ha quedado satisfecho y ha cogido otro para leer los próximos días.

Hace un rato he acabado mis labores agrícolas. Si sale algún tomate u otro fruto serán los más caros de la temporada, dado el despliegue de medios utilizados para hacerles crecer sin disponer de huerto. Aunque tierra hemos movido como si lo tuviéramos. El caso es que andaba trasplantando brotes y he guardado unos cuantos para mostrar en clase mañana en relación con el tema botánico que estos días estudiamos: hoy hablábamos de las hojas, la fotosíntesis que algunas plantas hacen en el tallo o las diferentes formas y funciones de las raíces. Y, mientras observaba una plantita pendiente de trasplantar, me preguntaba cómo no había mostrado aún en clase ninguna a los niños. Las limitaciones al pensamiento que impone el uso exclusivo del libro de texto (una especie de listado de dogmas laicos, o no, que obligan a un desmesurado esfuerzo creyente) están bastante alejadas de nuestra clase, pero siempre queda esfuerzo por realizar para hacer el aprendizaje más cercano a la realidad y surgido desde la experiencia práctica. He dado una vuelta virtual por la mente de los niños, por sus oídos obligados a escuchar cada día cuatro, cinco o seis horas explicaciones de adultos desconectadas de cualquier vínculo con algo tangible y real. Pocos adultos seríamos capaces de un acto de abstracción y atención de tal calibre. En definitiva, creo que todo esfuerzo que pueda hacer por acercar el mundo, el de verdad, a los niños de mi clase constituirá un aspecto beneficioso para ellos. Mañana aprovecharemos una bombilla ya jubilada.

*Miércoles, 6 de junio de 2007*

Hoy hemos celebrado el Día de la Ciencia en el CRA. Este, como todos los demás «Día de...», me genera escepticismo. Me temo que lo celebrado estos días suele ser más propio de tratar los otros trescientos sesenta y cuatro días restantes del año, cosa que no sue-

le ocurrir. Mejor celebrar los no cumpleaños, como hacía el personaje de Alicia en el país de las maravillas. En todo caso, sí parece que un día como hoy supone un buen punto de partida dado el interés y curiosidad que despiertan entre los niños los experimentos y actividades realizadas.

Como ejemplo de lo que pretendo decir: cuando los correspondientes grupos de niños (desde infantil hasta sexto de primaria) iban pasando por mi clase para realizar los talleres de los que yo me encargaba respondían primero algunas dudas que les planteaba. A la pregunta «¿qué es la ciencia?» han respondido mayoritariamente la palabra magia. Este creo que es el efecto conseguido si las actividades de un día como así se quedan en simples experimentos que los niños no asocian con situaciones y contextos reales de aplicación, lo que, por otra parte, supone un proceso costoso y largo.

Algunas de estas ideas me llevan a meditar sobre la formación científica (en sentido amplio, no solo aplicado a las áreas tecnológicas y biológicas; quizá sea suficiente con decir formación) requerida en un maestro de primaria. Suele ocurrir que, dado el menor nivel y la menor especificidad de los contenidos impartidos en la etapa, desde el exterior y también en el propio interior de la escuela se acepta como normal que el maestro tenga un dominio general y básico de lo que enseña. A la escasa exigencia que el temario a impartir genera en el maestro hay que unirle el problema de la poco exigente formación inicial. Aunque probablemente sean las dos caras de la misma moneda.

Me despediré con algunos de los científicos que mis alumnos han sabido citar como referencias importantísimas al tratar este tema: Edwin Hubble, Jane Goodall, Carl Sagan, Stephen Hawking, Galileo Galilei, Copérnico, Miguel Servet, o Santiago Ramón y Cajal. Añadiré yo otro: cada uno de los niños que mantienen viva su curiosidad ante la vida y su espíritu de descubrir el mundo. Creo que no consiste en otra cosa la ciencia, ese ámbito formado por personas adultas que han podido mantener muy viva, a pesar de todo, la actitud de indagar en la realidad.

*Miércoles, 13 de junio de 2007*

He estado en Teruel. Toma de contacto con mi labor de miembro del tribunal de oposiciones. Hace dos años pensaba que el pro-

ceso no podía ser peor, más injusto, subjetivo e incoherente. Me retracto. Han conseguido un proceso absolutamente inconcebible, difícilmente asumible por el tribunal y los opositores. En cualquier caso, por la necesaria discreción evitaré hacer juicios concretos hasta que concluya el asunto dentro de poco más de un mes.

Y, mientras todo esto ocurre, los vencejos continúan trazando sus líneas infinitas bajo el manto gaseoso y azulado de la vida. Menos mal.

*Viernes, 15 de junio de 2007*

Mañana viajaré a Jaca para celebrar la última reunión con mi grupo de trabajo. Les daré las gracias y plantearé mi compromiso para el año próximo de asistir a las reuniones trimestralmente, al menos. Mantener el contacto con maestros con conocimientos, cariño y dedicación en torno a la Educación Física es un privilegio.

En la escuela ya ha comenzado la orgía burocrática de informes, certificados, libros de escolaridad, informes de evaluación, etc. Más valdría hacer estos documentos en el ordenador. Así, cuando recuperáramos la cordura podríamos seleccionarlo rápidamente y mandarlo todo al carajo. Quizá algún inspector sea amigo de los insectos papirófagos y desee proveerles de comida abundante.

La primavera ofrece decenas de situaciones vivas a las que atender desde la escuela. Los pollos acaban de comer, las hojas están en la prensa y los tenebrios andan en plena metamorfosis. Cosas de la vida. Mientras, los alumnos las miran.

*Martes, 19 de junio de 2007*

El viernes pude disfrutar de la compañía de mis compañeros del grupo de trabajo. Este año el atletismo ha sido el objeto de análisis; su aplicación en las clases, en concreto. En esta reunión pusimos en común lo realizado, juntamos todo el material elaborado y comentamos cómo habían funcionado algunas sesiones en la escuela.

El sábado, tras algunas extrañas y complicadas peripecias matinales, el coche se desvió ligeramente hasta acabar llegando a Ansó cuando caía la tarde. El sentimiento que allí se genera es uno de los más intensos y especiales que ahora mismo puedo evocar. Comencé a pasear observando las calles, tejados y rincones de los que formé parte hace tan poco, en los que ocurrieron tantas cosas. En la

panadería, las primeras palabras amigas diciéndome que me recordaban a menudo y poniéndome al día de la vida del pueblo. A la salida, ya cargado con el mejor pan del mundo, el inevitable y doloroso acercamiento a la escuela, la visita del milano real, nuestro compañero de recreo, el sobrio saludo a la gente mayor, de gesto siempre serio, y los niños. Saludé a muchos alumnos, que me pusieron al día de sus juegos con la barca en el río, las noticias de sus compañeros, sus viajes, las ranas y tritones rescatados y todos esos asuntos que hacen que la vida de un niño feliz sea algo fascinante. Tras un buen rato nos despedimos y emprendí viaje.

Y ya en la escuela, los niños han seguido poniendo el color: Sandra, a quien desafortunadamente no doy clase, me ha hecho un par de regalos por mi cumpleaños. Leí unas líneas de mi maestro particular hace unos meses en las que afirmaba que cuando alguien te escribe te da el mejor de los regalos, el de ocupar su tiempo, sus pensamientos y sus palabras en ti. Algo así ha ocurrido; y por ello agradezco tanto el regalo de esta niña.

Y en similar línea de felicidad, Pilar Plana, la maestra de Barbastro a quien di clase de gimnasia, me ha vuelto a escribir. Tras casi cuatro años, Pilar me felicita puntualmente el cumpleaños y las navidades y se interesa por mi vida. Pilar es otra persona de la que tendré siempre presente su ejemplo y reservaré un hueco bien espacioso en el lugar donde habitan los sentimientos de agradecimiento y gratitud.

*Jueves, 21 de junio de 2007*

La puerta se cerró. Por fortuna, se abrirá en unas pocas semanas.

Hoy, último día, hemos aprovechado las energías que nos sobraban y hemos leído de tirón el primer libro de las aventuras del ratón Gerónimo Stilton. También he repartido unos pequeños regalos relacionados con los concursos literarios y artísticos que hemos ido realizando durante el curso: algunos libros, unos documentales de naturaleza, etc. Y, por supuesto, las mochilas han marchado para casa repletas de papeles, cargadas de kilos y kilos de ideas traducidas al mundo tangible por medio de un humilde lápiz.

Se han mezclado besos con abrazos y miradas anhelantes de un nuevo tiempo de juego y alegría. Nos hemos despedido con la sensación de haber pasado un buen año juntos y con curso próximo ya

en el horizonte cercano.

Hace unas semanas comencé a pensar qué plantear a los niños para el verano. He redactado un sencillo documento que entregaré a las familias el próximo lunes cuando vengan con los niños para recoger los informes de evaluación y para despedirnos tras este tiempo juntos. En él se recogen propuestas leídas a algunos compañeros y que intentan posibilitar que el niño siga trabajando aspectos como el pensamiento y la comunicación a través de herramientas variadas y adecuadas para el tiempo de vacaciones. También les entregaré un montón de fotos que ilustran algunos de los muchos momentos especiales disfrutados este año.

*Lunes, 25 de junio de 2007*

Hoy he recibido a las familias para comentar las sugerencias de trabajo veraniego, dar las últimas informaciones del curso y desearles buen verano. Niños vergonzosos en presencia materna, unos besos, unos propósitos de buena voluntad, ganas de disfrutar los días que se aproximan y una sorprendente amalgama de disposiciones familiares hacia los niños y el tiempo que tendrán que dedicarles para leer, escuchar, acercar

*Viernes, 29 de junio de 2007*

¿Qué es la Educación Física?

¿Por qué está incluida en el currículo? ¿Qué aporta a los niños?

Una evaluación descafeinada, sin un referente o nivel mínimo al que deban llegar los alumnos, ¿puede relacionarse con un área que aporte algo valioso a los niños?

¿En Educación Física podemos referirnos a contenidos claros, inequívocos, necesarios, o realmente todo depende de cómo duerma esa noche cada maestro?, ¿todo sirve?, ¿todo depende de...? Entonces, el contenido estructural esencial del área, sus fundamentos epistemológicos... ¿son diversos y ambiguos?, ¿existen?

¿La elevada consideración de la educación y los alumnos exige un control exhaustivo de las personas que ostentarán en el futuro responsabilidad en las escuelas?

¿Quién es responsable de las personas que acaban frente a los niños?

El proceso selectivo del que formo parte me duele en el alma. Observo un proceso aberrantemente injusto, sin capacidad discri-

minatoria aceptable. Soy incapaz de ejercer mi labor con justicia y me parece que todo es demasiado importante como para hacer las cosas tan mal.

*Martes, 28 de agosto de 2007*

Antes de dormir cumplo el ritual y miro algunas páginas. Mal. Encuentro la noticia de la muerte de la maestra Palmira Plá.

Apenas sé sobre ella y sobre la educación. Apenas sé nada. Apenas sabía de su casa en Cretas, el pueblo de mi amigo Jaime.

Hace pocos días acabé de leer Por escribir sus nombres, la novela de Paco Ponzán y Palmira Plá. También la leyó Paula y enseñada me comentó sobre el valor de esa maestra luchadora.

Como aprendices de maestros, sentimos profundamente la muerte de esta persona de referencia para aquellos que intuyen que esta profesión significa poner muchas cosas en juego.

*Viernes, 31 de agosto de 2007*

Leo la revista *Muy Interesante* desde hace muchos años. Como la hemos utilizado en la escuela durante estos últimos tres cursos, tanto la versión adulta como la junior, pensé hacer unas fotos con los alumnos, escribir un breve relato y enviarlo para la sección «El lector del mes», calificativo con el que hemos sido elegidos para el número 316 de septiembre. Quizá el mayor honor sea el roce de nuestra foto con la página contigua, en la que aparecen las luminosas palabras de Antonio Muñoz Molina. En la sección que nos muestra se puede observar una clase sonriente, preocupada por conocer el mundo y contenta por los descubrimientos que cada día realizamos. Para nosotros será una feliz manera de reencontrarnos en un nuevo curso.

*Jueves, 6 de septiembre de 2007*

Algunas veces surgen voces sobre los valores morales que se imparten en la escuela, el adoctrinamiento, la mención explícita en las clases de algunas ideas «no curriculares». Estos días el debate en torno a cuestiones como las anteriores parte de la asignatura de Educación para la Ciudadanía. Sin entrar en este conflicto concreto, sí diré que me sorprenden profundamente las voces que piden una educación aséptica que considere exclusivamente los contenidos puramente curriculares. El tópico de «que le enseñen Matemáticas, que ya lo educaré yo». Esta mañana, mientras permanecía

sentado y en silencio en medio de clase, observaba algunos cuadros, algunas normas escritas en varias hojas, un par de figuras, pensaba en diferentes decisiones tomadas durante otros cursos, en maneras de ser y de hacer de diferentes cargos relacionados con la escuela... y tenía bien claro que esa escuela aséptica, deseable o no, es imposible. Cualquier acción escolar está cargada de ideología, desde el menor detalle hasta la imposición más tajante de la administración.

En el CRA no tenemos maestro de Religión. No hay interesados. Corren rumores sobre la llegada de un cura para impartir la asignatura. Mientras, la escuela estará más cerca del laicismo real y su horario se utilizará para otros menesteres más mundanos.

Los primeros días en la escuela tienen una cara muy agradable: la visita tímida de muchos niños que se asoman a este nuevo y eterno comenzar. Algunos abrazos que me sorprenden. Me cuentan su verano, me enseñan sus peñas para las fiestas e incluso me llevan a algunos huertos donde aparecen los espectaculares frutos que surgieron de las plantitas de melón, tomate y sandía que cultivamos durante las últimas semanas del curso. Las orgullosas miradas ante sus huertos bien merecen los kilos de tierra movidos esos días y el continuo ir y venir de macetas.

Una nueva sensación para el alma (o las sinapsis del cerebro, o lo que sea): la de entrar a mi clase del año pasado sabiendo que no será la mía. Un espacio tan íntimo que, de repente, se ha convertido en ajeno. Aún percibo con frecuencia el olor de mi clase ansotana.

*Lunes, 10 de septiembre de 2007*

Pronto empezaré con mis clases. Hoy y mañana son fiestas patronales y el miércoles y jueves las familias han decidido, igual que el año pasado, no llevar a los niños a clase para que se recuperen de las fiestas. Yo, igual que el año pasado, me quedo perplejo por esta decisión y por formar parte de la escuela que lo asume como normal o aceptable. ¿De qué se han de recuperar los niños de seis, siete, ocho, nueve, diez, once años? ¿Qué ejemplo se les está dando?

*Jueves, 13 de septiembre de 2007*

Ya está abierta la carpeta «2007-2008». Me pregunto en qué archivos guardaré los sentimientos, cuántas imágenes almacenaré sobre la felicidad, qué espacio ocupará la nostalgia, si tendré espacio

suficiente en la memoria para todos los niños o si un virus acechará los buenos propósitos y grandes ideas que ahora surgen. ¿Podré este curso descargarme alguna certeza sobre la vida, dudando que las haya, o tendré que pagar algún costosísimo canon de derechos de autor por ellas?

Yo no soy maestro. Un día aprobé un examen y, tras varias peripecias, mañana estaré de nuevo frente a un grupo de niños para mostrarles algo que desconozco perfectamente. Siento ahora grandes dudas acerca de lo que he de hacer en esta clase. Partiendo de mi ignorancia profunda acerca de las preguntas más elementales, ¿qué puedo pretender aclarar a los alumnos? En todo caso, tengo ilusión por estar con los niños y poner en práctica muchas ideas que tengo escritas en la memoria y en unos cuantos folios. De momento, es lo único que puedo ofrecer.

El primer día de clase pondremos en común algunas de las tareas realizadas durante el verano (cartas, diarios, lecturas...), contaremos anécdotas, escribiremos las primeras palabras y veremos las primeras fotos del año: aquellas que nos muestran la necesidad de levantar la mirada hacia la ventana y contemplar la misteriosa danza de la naturaleza y de nuestro planeta.

*Miércoles, 19 de septiembre de 2007*

Los primeros días de curso transcurren entre esfuerzos organizativos, rellenando horarios y cuadrantes, entregando hojas y fichas variopintas, etc. Mientras, espero el momento para programar de la mejor manera posible áreas como Educación Física y Artística, Lengua y Conocimiento del Medio. Esta tarea programadora ya acumula los días de retraso que se cuentan desde que comenzaron las clases, lo cual me produce una gran preocupación y plantea la necesidad urgente de trabajo personal.

He jugado por primera vez a juegos de azar de manera voluntaria. El concurso de traslados se acerca irremisiblemente y la ciudad amenaza con engullirme con sus fauces de hormigón.

Una de las actividades iniciales del curso ha consistido en repasar y comentar algunos de los deberes veraniegos (diarios, cartas, libros, etc.). Para mi sorpresa, un buen número de niños han desestimado la realización de estas tareas y, sin embargo, han aparecido con un montón de cuadernillos de sumas, restas, multiplicaciones,

caligrafía, etc. Creo intuir las motivaciones familiares que dar lugar a ello, pero de ninguna manera puedo entenderlo.

Ayer acudí a Torre de Arcas de nuevo. El pueblo que se prestó a abrirme su escuela, algunos de sus documentos, los relatos de los mayores... para que yo pudiera realizar el texto de *Escuelas. El tiempo detenido* del Museo Pedagógico de Aragón. Les llevé el libro con manifiesta vergüenza y volvieron a recibirme de modo magnífico. Encontré a unas pocas personas en la oscuridad de su plaza, aquella en la que brilló la tremenda llama de la hoguera el día del patrón o en la que las niñas preparaban la leche en polvo para los compañeros bajo la vigilancia de los militares. Tras la charla, de regreso ya, volví a sentir y a estremecerme con la sensación de silencio, de quietud, de emociones retenidas en el eco de cada paso, rodeado por el olor a monte, a madera, a oscuro futuro.

*Lunes, 24 de septiembre de 2007*

Ayer estrenamos blog. Será *Palabras mágicas*. Inicialmente iba a ser *Pequeños lectores*, pero surgió una última propuesta que gustó a todos. Al igual que para otros asuntos (biblioteca, colección naturalista, noticias, etc.), hay tres niños encargados del blog que velarán por el cumplimiento de las normas que hemos establecido. Mi intención es bien sencilla: acercar a los niños una nueva posibilidad de experimentar la escritura con el añadido que el manejo de la herramienta multimedia supone (manejo del programa, gestión de imágenes...). Espero que signifique una posibilidad de comunicación de los niños con otros compañeros o colegios. Y espero también que allí aparezcan sus intereses, sus impresiones sobre las lecturas, o sus comentarios sobre el trabajo escolar. El mundo a través de sus ojos, en definitiva.

Creo haber entendido, no se encuentran muchas noticias sobre este asunto, que esta semana se presentará en la ONU una propuesta para establecer, como ya ocurre con los que escapan de guerras o fundamentalismos religiosos, el derecho de asilo a los inmigrantes que huyen de sus países por cuestiones de hambre. Me imagino la respuesta en un mundo, Occidente, donde los países blindan su legislación frente a los desgraciados que en el viaje desesperado no pierden la vida. Hace poco los niños me preguntaban por qué sí son aceptados con agrado los extranjeros que vienen a pasar sus vaca-

ciones, si los que lo necesitan precisamente son los otros. Tengo que aprender a contestar preguntas que no tienen una respuesta digna.

*Miércoles, 26 de septiembre de 2007*

La escuela comienza a andar, lenta pero avanza. Primeros e importantes problemas y miedos, pero los parches parecen buenos, de momento. El sábado hice la primera compra de palabras. Las había de diferentes colores, sabores, tamaños y orígenes, así que la selección llevó un tiempo: una colección de varios libros: *Planeta Tierra*, *Rocas y fósiles*, *Océanos y mares*, *Clima*, *Sistema Solar*, *El cuerpo*, *Diccionario por imágenes de las artes*, *Los enanos amarillos* (su autor es Jostein Gaarder, autor del célebre *El Mundo de Sofía*). Queda de este modo gastado el presupuesto anual asignado para libros en mi clase.

El blog de los niños, *Palabras mágicas*, da sus primeros pasos, sus primeros hechizos. Cada comentario que hemos visto en el primer artículo escrito ha desatado un estallido de aplausos y alegrías, veinte o treinta mil sonrisas, grandes intenciones para volver a escribir cómo se ve el mundo a los ocho o nueve años.

*Viernes, 28 de septiembre de 2007*

Respecto a las noticias, libros, blogs, fotos y demás zarandajas usadas con fines educativos no sé precisar con exactitud su valor y efecto pedagógico (quizá sí, o quizá es imposible definirlo con exactitud), pero sí podría afirmar con rotundidad que generan un continuo debate, diálogo, escucha de opiniones, revisión de las propias. Soy capaz de conocer con buen nivel de profundidad las certezas de los niños, sus sentimientos, sus impresiones acerca de un amplio y variado espectro de contenidos y ámbitos, sus miedos y alegrías. Esta mañana, de un modo bastante espontáneo se ha generado una especie de debate en la que han aparecido temas como la pena de muerte, la inmigración o la educación cívica. Y aquí ha sido donde han surgido algunas afirmaciones que me han dejado tan perplejo como triste y preocupado: palabras con una carga de racismo notable, con evidente falta de empatía, con absoluta falta de respeto y consideración hacia otros. Han sido frases memorables que me hacen sospechar que se han gestado en mentes adultas y no

en las de estos niños.

Aquí se plantea el recurrente debate de las relaciones entre la familia y la escuela, sobre cuándo una se entromete en las funciones y competencias de otra. Sería sencillo si fueran parcelas mínimamente independientes, pero son lo contrario: lo ocurrido en una de estas esferas afecta irremediablemente a la otra. Y creo haber planteado una buena evidencia: ¿cómo encajar en la escuela ideas familiares que no tienen cabida en un modelo pedagógico que plantea principios básicos de acción como la tolerancia, el respeto o el conocimiento? Pronto tendré la reunión de padres inicial. Creo que, dada la gravedad de algunas ideas y sus consecuencias para la convivencia escolar, es mi obligación abordar estos problemas. Aunque asumiendo que, con seguridad, apenas tendré efecto alguno y que no tengo la menor idea sobre el modo en que plantear el problema.

El blog escolar *Palabras mágicas* se ha revelado como un recurso utilísimo. Unos cuantos niños tienen unas ganas de escribir que supongo no habían tenido nunca; el ambiente creado por el blog y la responsabilidad de saberse leídos por otros provoca también una escritura muy especial, con intensos sentimientos en juego, con gran reflexión sobre qué se va a contar. Ha sido muy emocionante percibir la alegría de algunos al recibir los comentarios, escuchar como autónomamente daban sentidas gracias por las palabras de los visitantes, tener que emplazar hasta mañana (falta de tiempo, claro) a unos cuantos que querían escribir ya el tercero de los artículos. Familiares, amigos del portal [www.elornitologo.com](http://www.elornitologo.com) que hemos visitado algunas veces desde clase, e incluso el biólogo argentino Hugo Paulini han regalado unas palabras a los niños.

Este buen funcionamiento inicial me ha descubierto variadas posibilidades de esta herramienta (comunicación con otras escuelas, participación de las familias, participación de personas relacionadas con los temas que tratamos en Conocimiento del Medio, complemento de temas tratados en el aula por medio de inclusión de enlaces, noticias relacionadas, fotos, etc.) y dos grandes problemas: la falta de conexión a la red en casi todos los hogares del pueblo limita enormemente el desarrollo de muchas ideas y, por otra parte, la ya señalada falta de un ordenador en mi clase. Con la can-

tividad de empresas que se desprenden de aparatos en aceptable estado (más aún para los que nada tenemos) he pensado ejercer algún tipo de acción mendicante o abrir una cuenta en el blog (unos cien visitantes diarios a razón de cinco euros representan un estupendo ordenador de sobremesa) al estilo del americano que empezó cambiando un bolígrafo y acabó consiguiendo una casa.

*Martes, 2 de octubre de 2007*

Reunión de padres: diría que la reunión en la que más ilusiones, ideas y convicciones traté de mostrar fue justo la peor, la que me ha dejado más cabizbajo.

*Miércoles, 3 de octubre de 2007*

Tras mucho desorden, atascos y otros obstáculos escolares, acaban de partir veintiocho cartas y varias fotos en sendos sobres hacia Las Palmas de Gran Canaria y hacia Argentina. La escuela que puede y sabe mirar fuera del edificio es aquella en la que creo.

Los aviones comunes nos han regalado otra foto para recordar: una bandada inmensa posada a dos metros de las ventanas de la escuela cogiendo fuerzas y organizándose para emprender su viaje hacia África.

*Miércoles, 10 de octubre de 2007*

El agitado discurrir del comienzo escolar me impide contar con el tiempo y el sosiego para escribir ordenadamente, si alguna vez lo hice, para escribir algo con lo que yo mismo esté de acuerdo.

Entro en clase y observo una pizarra perfectamente pulcra en la que se enumeran los mejores y más famosos milagros de la Virgen del Pilar dispuestos a ser aprendidos para el día siguiente por los niños junto con el resto de las tareas escolares. Una pedagogía crítica, científica, rigurosa y honesta, no comprende este tipo de contenidos. Sin ningún ánimo de polemizar ni molestar, me parece tremendo y terrible; los milagros y hechos contiguos constituyen elementos de una naturaleza totalmente ajena a la escolar (la naturaleza escolar que me han enseñado y yo entiendo) y deberían integrarse en el espacio adecuado para ellos (a mi juicio, el privado).

Algunos compañeros pronosticaban que cada curso el trabajo me resultaría más sencillo por el acopio de material realizado el curso precedente. Nada más lejos de la realidad, más bien al contrario de momento: algunos recursos y experiencias previas facili-

tan la labor, pero lo importante en cada área, en la escuela, en mi día a día, prefiero reservarlo a descubrir cada año nuevas posibilidades y nuevos conocimientos. Siendo preciso, poco tiene que ver con mis preferencias, más con las consecuencias naturales de mi manera de estar en clase.

Cada día que lo oigo pienso que me gustaría comentarlo: en estos cuatro años en la escuela se ha repetido casi a diario una referencia continua de los niños hacia la serie *Los Simpsons*. Cualquier referencia social, cultural, biológica, deportiva... enciende la chispa en la mente de un niño para encontrar rápidamente una analogía con algún hecho o capítulo de esta serie. Podría decir que esta serie acapara el 90% de las referencias que utilizan los niños para abordar y acercarse a los temas más variados. En primer lugar me pregunto si esto ocurre a otros docentes en otras clases (quizá sea algo excepcional), pero, en todo caso, me hace preguntarme con preocupación si no representa un evidente signo de carencia de experiencias vitales, de juegos y batallas infantiles, de libros, revistas, historias de los abuelos, etc. El universo de muchos niños parece reducirse en un porcentaje muy grande a la televisión y parece que el dudoso privilegio no es cosa solo de los niños de la ciudad donde la televisión hace frecuentemente las veces de cuidadora. Es curioso y motivo para considerar que la citada serie comenzó a emitirse en horario para adultos.

*Viernes, 12 de octubre de 2007*

El grupo de trabajo Pintacoda vuelve a estar en marcha y vuelven a recordar al exiliado. A ver si puedo devolver parte de todo lo que recibí.

En el blog escolar se sigue creando un magnífico clima para la escritura.

*Lunes, 15 de octubre de 2007*

«Empiezo a pensar por qué existimos. Cómo se hicieron las personas. Por qué morimos, cómo se formó el Big Bang. Yo creo que existimos porque lo hizo Dios. ¿Cómo se formó el Universo? ¿Cómo empezaron a existir los animales? ¿Cómo se formó el Sol y las nubes?».

Estas palabras surgieron espontáneamente el otro día en clase, junto con otras hondísimas y sentidas reflexiones de muchos niños.

Fue una hora plena de emociones, de interrogantes con mayúsculas, de niños hablando y mirando en las profundidades de sus conocimientos, de sus dudas, de sus necesidades de conocer para responder cuestiones de tal envergadura. Las palabras escritas parten de un niño de nueve años que aceptó voluntariamente la propuesta de llevar sus reflexiones al papel como recurso para meditarlo mejor, para tratar de poder expresar esa sustancia tan complicada que eran las ideas en ese momento. Veo en esas palabras muchas cosas pero, sobre todo, veo un pensamiento elaborado, complejo y profundo que plantea un punto de partida excepcional para el maestro que tenga intención de colaborar de algún modo en que el mundo de los niños sea un poco más amplio, claro y bello cada día. Creo que esos pensamientos muestran una puerta abierta de par en par por parte de los niños para quien desee entrar y acompañarles en muchos descubrimientos.

Por otra parte, en nuestro blog *Palabras mágicas*, Sandra, alumna de la escuela hasta el año pasado, nos hace un regalo en forma de artículo sobre las impresiones de los primeros días de instituto. Una gran lectura para sus compañeros de la escuela que le agradecemos enormemente.

*Viernes, 19 de octubre de 2007*

El oleaje continuado que sufre un maestro es buena prueba para comprobar su tenacidad y resistencia. Mis resultados no son excesivamente positivos, siendo mecido con facilidad por los altibajos de la marea. Compañeros, niños o familias van acercándose y alejándose, rozando, acariciando o desgastando. Me desconcierta cómo un mismo hecho puede ser a la vez soberbio y detestable según los ojos que lo observen o cómo algunos esfuerzos entregadísimos pueden suscitar la más absoluta de las indiferencias. «Hay gente para todo», o «cada uno ve y construye su propio mundo» son dos de las frases con las que algunos amigos me han ayudado a interpretar las relaciones humanas.

Después de cenar repaso el periódico. Busco noticias para los niños, atractivas y que les acerquen a nuevas situaciones, a nuevos pensamientos y reflexiones. Parece que me he equivocado de medio de información una vez más: un novio que descuartiza a su novia y se la come en varios días, tras freírla; Paris Hilton que viaja a

Ruanda para dejar «huella en el mundo»; una pareja en crisis que entabla a escondidas sendas relaciones cibernéticas con la que resulta ser su compañero en la vida real, tras lo cual se separan definitivamente; guerras variadas por el planeta, con inocentes colaterales; los EEUU que lanzan un misil de cinco metros por error, cae en una granja y piden perdón, etc.

Aún se salvarán para la escuela las noticias sobre un nuevo esfuerzo, uno más, del colegio de educación especial Gloria Fuertes de Andorra, el champiñón gigante de doce kilos encontrado en Orihuela del Tremedal, la panorámica impresionante de la pared helada en la Patagonia o la denuncia desesperada y desesperante de un pobre hombre ante la miseria humana, tras recoger, junto a otros miembros de la federación de pesca y del club de pescadores, más de 500 kilos de basura en las inmediaciones del pantano de Arguis.

*Viernes, 26 de octubre de 2007*

Ayer, en el horario reservado a claustros y reuniones diversas asistió al centro la directora del equipo de orientación psicopedagógica de Alcañiz, Pilar Sarto. La reunión giraba en torno a las tutorías y a las relaciones con las familias. En primer lugar, se agradece volver a encontrar a una persona muy agradable de escuchar, que ofrece ideas claras, respuestas certeras, que ofrece muchas cosas, en definitiva. Estar allí sentado escuchando con gusto me hace viajar hasta las clases con Fernando Gimeno, con José Luis Bernal, con Enrique Lizalde, con José Antonio Casajús, con Alejandro Legaz y tantos otros. Realizamos algunas representaciones de tutorías individuales para analizar posteriormente aspectos positivos y negativos. Mi conclusión es tan obvia que me da vergüenza estar generalmente tan alejado de ella: el objetivo del maestro en esas reuniones es sacar algo positivo para el niño y la familia. Frecuentemente acudo a estas reuniones con un gran enfado por la falta de colaboración de la familia en cuestión, por su falta de implicación y ello frecuentemente se traduce en poco avance. La asertividad y la empatía quedan al servicio de sacar algo positivo, avanzar, al menos, un centímetro cada mes. Sentido práctico.

También ayer me encontré con Julio Roperó, el maestro y director del CRA Algars. Le conozco poco, pero pronto se aprecia en sus palabras, en sus ojos, en sus gestos, la ilusión de los maestros

que aman la escuela y sus pequeños inquilinos. Entre cuatro fríos hierros, música infernal y olor a sudor improvisamos una charla donde nos contamos algunas de nuestras emociones e ideas sobre la escuela. Me habló del blog que también mantienen los niños en el CRA Algars; en este caso lo manejan autónomamente los alumnos, en buena medida debido a la excelente dotación informática que me contó ya poseen gracias al mucho pedir (¡hasta dos equipos modernos por aula!, cámara digital al servicio de los niños, etc.), y se orienta fundamentalmente a estrechar las relaciones entre los miembros de la comunidad educativa de cada pueblo que integra el CRA: una herramienta tan eficaz como barata (económicamente, pues la implicación es otra cosa). El blog del CRA Algars y *Palabras mágicas* ya son blogs amigos.

También soy consciente de la escasa presencia de la Educación Física en este diario. En cualquier caso, la Educación Física sigue suponiendo un momento muy feliz cada día, el momento en el que los niños se muestran de manera más real, cercana e íntima, en el que expresan sentimientos y emociones que quizá solo puedo comparar a los que he encontrado tras una lectura emocionante, una historia escrita de manera especial, o el descubrimiento de una evidencia (foto, pluma, cagarruta, vídeo, hueso, huella, explicación...) del colosal mundo que está tras las ventanas que nos mantienen calientes. Hoy los niños de primero y segundo han acabado un trabajo iniciado hace varias semanas con los patines: es magnífico comprobar su enorme progreso diario o cómo un niño con apuros, de repente, del mismo modo que el joven vencejo se convierte en un instante en el rey del cielo, comienza a patinar y su cara dibuja una tremenda sonrisa de alegría, placer y satisfacción. Una de esas pequeñas niñas no había progresado nada. Más de doce sesiones para apenas dar temerosos pasos agarrada a mi mano. Por diversas causas alargué la duración de la unidad un par de días. Menos mal. Hoy ella, sin mediar avisó, ha comenzado a patinar. Y su sonrisa la pueden imaginar.

*Miércoles, 31 de octubre de 2007*

Seré repetitivo: cada día la vida me tiene más intrigado. Cada momento me parece algo más incomprensible. Cada mañana miro, ¡y me veo!, con mayor extrañeza frente al espejo.

Seguimos tratando en la escuela el asunto de la inmigración: aquí no ofrezco diferentes puntos de vista, enfoques, y perspectivas. No puedo nada más que maldecir a todos los que colaboramos para que las víctimas de las guerras y el hambre se sigan pudriendo en esos lugares terribles y transmitir mi respeto y admiración por las personas que en vidas tan cortas, en unos pocos días, cada día, muestran más valor y coraje que el que aquí mostraría en mil años esta sociedad autocomplaciente y aletargada.

El tiempo se escapa por las rendijas de las ventanas en la escuela. Desearía hacer tantas cosas que muchas clases resultan atropelladas y los papeles, libros, noticias e ideas, se amontonan encima de la mesa cada día al acabar la jornada. He decidido, al estilo de algo similar hecho en Ansó, proponer algunas actividades a partir de las cinco de la tarde algunos días. Voluntarias, por supuesto. Aprovecho para mostrar algunas cosas que no deseo queden en el olvido y ocupamos así estas raquíticas tardes que el cambio horario nos ofrece. Hoy hemos comenzado por un documental: *El latido del bosque*, una obra que causó sensación en su día por las técnicas y materiales de filmación empleadas, pudiendo introducirse el espectador en la vida íntima de unos de los últimos alcornocales vírgenes andaluces, con protagonistas como los trabajadores del corcho, la gineta, el ratón de campo, el águila culebrera o la culebra de herradura. Se han quedado varios niños de mi clase y otros de las otras clases, e incluso alguna niña ya de secundaria. Un rato precioso, un placer para la vista y los oídos.

Al mediodía hemos recibido la *Muy Interesante Junior* de noviembre. Ya hay muchos interesados en hojear y ojear sus páginas. También hemos recibido una carta. Era de uno de los amigos virtuales de la escuela. Estas personas, que nos conocen por diversas razones, reservan un buen rato y lo emplean en escribirnos unas líneas y mandarnos algún material aprovechable. En este caso, recibimos un buen puñado de plumas de rapaces y una carta explicándonos algunas cosas sobre la naturaleza. Estas personas contribuyen a que cada día en la escuela encontremos un buen motivo para volver al día siguiente y descubrir algunas cosas sobre nosotros, sobre la vida.

También hemos leído un buen pedazo de *Palabras de caramelo*. Los niños están encantados y disfrutan cada imagen y senti-

miento que surgen del libro; se enfadan cuando lo cierro y les indico que continuaremos otro rato. Me parece que todo se reduce al tiempo dedicado, a querer dedicarlo. De este modo resulta muy sencillo. Son días felices en la escuela.

*Martes, 6 de noviembre de 2007*

La situación amenaza con engullirme finalmente. El año pasado solicité estar en esta clase de segundo ciclo para afrontar el reto de trabajar con un grupo en el que había habido algunos problemas otros años. Este hecho apenas me ha influido en el devenir de las clases, está bien controlado, pero la clase es muy numerosa, la mayor del CRA con catorce niños, lo que significa que muchas iniciativas que he puesto en marcha en estos meses iniciales me están desbordando y suponiendo un esfuerzo importante que no sé si podré mantener el curso entero.

Quizá me haya equivocado y debería haber calibrado mejor el tiempo, las fuerzas y las características de la clase.

Se puede añadir el concurso de traslados en la lista de preocupaciones. Acaba de publicarse hoy la convocatoria. Tras llevar un año posponiendo el momento para pensar en él, ahora no se me ocurre nada distinto a seguir retrasando la decisión hasta el último día que la convocatoria permite. ¿Qué hacer si las ganas de estar con alguien son tan desmesuradas como las ganas e ilusión por vivir en un pueblo pequeño donde tener una vida sencilla, humilde, alejada de ruidos y pendiente de las pequeñas cosas de este mundo, sin necesitar demasiado?

En *Palabras mágicas*, al estilo de lo visto en otros blogs, los niños han escrito un artículo con sus impresiones sobre la lectura del libro *Palabras de caramelo*. Me ha sorprendido muchas de estas opiniones: por su profundidad, sinceridad y emotividad. Esto es una muestra de algunas actividades que exigen que el niño escriba con su corazón, con su cerebro y ¡con ganas! Me refiero evidentemente a actividades alejadas de las tradicionales y rutinarias que forjan personas que odiarán la lectura y la escritura y que dan pie a esas citas en las que algunos afirman haber tenido una infancia productiva y feliz... «¡a pesar de la escuela!». En la sección de enlaces, ya tenemos dos colegios con lo que estamos iniciando una interesante amistad.

El viernes Paula me sugirió una gran idea: recibir a los niños cada mañana con una canción. Va sonando desde que entran a clase y supone

una especie de ritual durante el que tranquilamente sacan sus materiales y se preparan para afrontar la jornada. Se evitan líos, los niños autónomamente se van organizando y, especialmente, se comienza el día con paz, armonía, belleza y aportando un granito de arena en desarrollar su sensibilidad. De momento, ha generado un buen resultado, por lo que continuaremos este pequeño hábito escolar.

En Educación Física, tras la unidad de patinaje, hemos comenzado con otra relacionada con la expresión corporal, pero la falta de preparación, personal y de las clases, está haciendo que nada salga como debiera.

*Viernes, 9 de noviembre de 2007*

«¿Estás contento?». Es la frase con la que me recibe cada mañana cuando me ve. Quizá sea el más inteligente de todos y se preocupa realmente de lo más importante.

La relación con los niños mejora sensiblemente cada día: las confianzas, las alegrías y penas, los descubrimientos vividos juntos, van forzando unos lazos cada vez más cercanos y estrechos. Los niños han sido durante casi dos años las personas con las que he compartido los buenos y malos días, con las que se acumulan ya varias lecturas emocionadas, miradas cómplices y relucientes ante distintos milagros, carreras, griteríos de esos que uno oye a los que están descubriendo la vida cada segundo. Sienten que cada día estoy más contento y me encuentro mejor con ellos y yo recibo cada instante una muestra de su afecto y alegría: en forma de magdalena, de comentario espontáneo o de sonrisa.

Hoy nos hemos reído con *El secuestro de la bibliotecaria*, un librito que el blog escolar nos permitió descubrir. En Educación Artística, tras analizar y copiar algunos autores y cuadros surrealistas, cada niño se ha puesto el vestido de pintor surrealista, se ha sumergido en su época convulsa entre ambas guerras mundiales, y ha tratado de expresar una idea, sentimiento, sueño o pesadilla, mediante el empleo de diferentes símbolos y la desfiguración de la realidad. Han surgido ideas geniales y brillantes que me han llevado a lamentar la ridícula hora semanal que podemos dedicar a estos menesteres.

Para finalizar con el cuerpo humano, toca el capítulo de la reproducción. Enseñar algunas cosas invita a varias reflexiones: ¿Có-

mo el ser humano, tan inteligente y racional, ha jugado a dotar e impregnar de prejuicios esta parte de la naturaleza tan normal y natural del ser vivo, presente en páginas contiguas a las del sistemas digestivo, respiratorio, o endocrino? Es sorprendente cómo los niños construyen su representación del mundo en temas como este: llena de eufemismos, aspectos oscuros, vergüenzas, represión y temores. La mayoría descubría hoy la mayor parte de los contenidos, pero ya llevaban introducida en el código genético cultural esa re- tahíla de pudores en torno a este ámbito.

En este tema siempre se produce un desarrollo de la clase muy especial. Para empezar, una mayor atención. Primero motivada por el halo que envuelve el tema, pero después por algo que me parecía un interés real en torno a un tema que posiblemente era para ellos el más desconocido de todos los relacionados con nuestro cuerpo. También resulta muy sorprendente el recelo que algunos niños manifiestan cuando se sugiere compartir algunos de estos conocimientos con la familia, indicando simplemente que sus padres se enfadarían si les contaran estas cosas. Aún más chocantes resultan los casos en que directamente el niño señala la desaprobación familiar ante la presencia de tales contenidos en el aula. Considérese este divertido ejemplo recién ocurrido:

Un niño, tercero de primaria, cerraba el libro al comenzar el tema aduciendo que su padre no le dejaba estudiar «esas cosas de los penes y las vaginas», que «eso estaba muy mal en la escuela». A los dos días el mismo niño montaba un gran revuelo en la entrada a la escuela. Otro alumno me indicó que la razón era una revista de chicas desnudas que el niño llevaba. Me acerqué pensando en algunas páginas con mujeres en bañador y me sorprendí al encontrar en sus manos una revista de porno duro, con acrobáticas posturas sexuales en la portada. El niño se partía de la risa, disfrutando del jaleo originado y, cuando se la quité y le pedí explicaciones, indicó que su padre las escondía debajo del colchón de la cama. El padre contrario a los penes y las vaginas.

Los niños finalmente, aún ajenos en su mayoría a buena parte de los prejuicios adultos, al margen de inercias con origen en el reciente y puritano pasado español, acaban adueñándose de la situación y poniendo cordura:

«José Luis, he ido a comprar a la tienda y le he preguntado a X

si había hecho el amor con Y. No me ha contestado, pero se ha puesto muy rojo, así que supongo que sí que lo habrá hecho. También le he preguntado a mi abuela al llegar a casa: me ha dicho que claro, que por eso estaba yo allí y que todo el mundo en el pueblo, los mayores también, hacían el amor, que es una cosa normal».

*Martes, 13 de noviembre de 2007*

Me pregunta: «José Luis, si el periódico es algo serio y trata temas importantes, muy graves algunos, ¿por qué entonces en el periódico siempre hay un capítulo con anuncios de chicas y de chicos desnudos que dicen algunas cosas un poco...?» Buena pregunta, señor Niño, yo no sé la respuesta. Bueno, sé que el dinero es importante y que muchas empresas y personas dedican a este fin económico su vida y sus esfuerzos. Más allá, si hay cerca algún periodista, redactor, director, etc., le pido que me ayude a dar una respuesta decorosa a este niño. De paso, también me servirá a mí.

Un repaso de algunas noticias con trascendencia en la escuela:

«El número de niños con sobrepeso se ha triplicado en los últimos veinticinco años. Más de quinientos expertos debaten sobre las causas y soluciones a este problema en el VIII Congreso Nacional de la Sociedad Española para el Estudio de la Obesidad». Supongo que con el estudio de las causas acabarían pronto. Que midan dónde vive la gente actualmente, que cuenten los pasos que da un niño hoy en la ciudad, que se acerquen a un recreo de una escuela para observar los almuerzos y, para acabar, que vayan al Corte Inglés para comprobar qué traerán este año los reyes a los niños. *Heraldo de Aragón*, 24 de octubre de 2007. «Tres de cada cuatro jóvenes, asiduos a la comida rápida, que toman a diario. El 33% afirma que nunca o casi nunca incluye en su menú mensual comida sana. El 10% dice que no desayuna nunca en periodo lectivo, un 16% nunca o casi nunca consume fruta, y el 87% no consume verduras a diario. El 23% toma dulces todos los días, y el 30% bebe diariamente refrescos y bebidas azucaradas». En *Heraldo* también, hace dos o tres días.

«Eudald Carbonell vaticina el colapso del Homo Sapiens durante este siglo. En su libro *El nacimiento de una nueva conciencia* prevé la muy posible desaparición de buena parte de la especie humana durante este siglo. Afirma que no se trata de futurología (es un reputado pa-

leantropólogo, codirector de la excavación de Atapuerca), sino de estimaciones objetivas en base a "la desigual distribución de los recursos en el mundo, a la crisis ecológica, al crecimiento de la población mundial (...) El camino emprendido lleva a la especie a la autodestrucción"».

Al margen de lo agoreras que puedan parecer a algunos las citadas afirmaciones, existe consenso científico en torno a la base del concepto, al problema gigante al que nos enfrentamos y sus consecuencias terribles. Recordaré algo escrito hace unas semanas, donde S. Hawking señalaba, tan tranquilo, la necesaria búsqueda de otro planeta ante la certeza de que este va a resquebrajarse sin tardar mucho.

Las funciones de la escuela son varias:

- Reproducir modelos sociales y culturales imperantes.
- Ejercer la función crítica ante fenómenos ocurridos en el entorno.

- Promover nuevas situaciones sociales, culturales... de mayor justicia, más conformes con la razón.

Lo anterior ha estado escrito en los apuntes de todos los maestros en alguna asignatura como Didáctica General, Teoría e Historia de la Educación u Organización Escolar. Me pregunto:

¿Qué hacer como maestro ante el panorama que ofrece el mundo en instantáneas como las anteriores?, ¿qué papel representar? Llegados al año 2134, echando la vista atrás, ¿qué papel habrá desempeñado la escuela en relación a los hechos importantes sucedidos este siglo?, ¿habrá promovido actitudes críticas, rebeldes, inconformistas?, ¿habrá colaborado mansamente entregando la dosis correspondiente de morfina a cada cerebro que descansa sobre una de sus sillas?, ¿habrá enseñado la propiedad conmutativa, que en el bosque hay animalitos y que los humanos nos comunicamos mediante el lenguaje (receptor, emisor, canal, código)? Creo que la escuela debería estar cerca de los grandes cambios que ocurren en nuestros días y definir una posición firme y crítica.

*Sábado, 17 de noviembre de 2007*

Visitamos el CRIET el jueves. Cenamos con los niños y los maestros. Los niños son felices allí, como siempre. Los maestros nos recibieron magníficamente, también como siempre. Para nuestra sorpresa, estaba Abel Hernández, llegado desde Los Monegros, desde Perdigue-

ra, para reencontrarse con compañeros del curso pasado y con muchos de sus antiguos alumnos. Cinco horas de coche un día normal de trabajo para esos reencuentros. Abel y yo compartimos muchas ideas, ilusiones y sueños. Tiene mucho que enseñarme sobre alegría, optimismo, generosidad y cercanía. Al acabar el bingo y la discoteca, mientras se acercaba el momento de dormir, varios niños comenzaron a llorar y a pedirle que volviera a ser su maestro. Abel salió con el corazón encogido y yo, mero espectador, sentí una mezcla de pena y alegría, siendo la última causada por observar a un maestro comprometido con su trabajo y a unos niños que le responden, a su modo, en consecuencia. Me siento afortunado por haberle conocido.

Ayer y hoy disfrutamos un curso de formación con Alfredo Larraz. Qué decir. Cómo explicarlo. Las palabras de Alfredo son luminosas, tranquilizadoras, plenas de ilusión y de motivos para emprender caminos. Creo que todos hemos sentido la necesidad de darle las gracias por el rato compartido y todos hemos salido de allí con ganas de retomar las clases el lunes, o ya mismo, y tratar de ser mejores maestros, de parecernos un poco más a todo lo que hemos aprendido los dos días, de intentar hacer mejores a nuestros alumnos. Todos esperamos ya la llegada de la siguiente entrega del curso dentro de un mes.

*Martes, 27 de noviembre de 2007*

Hace dos semanas aprendí algunos juegos y algunas buenas razones sobre por qué jugar y qué hacer mientras se juega. Cansado de niños que juegan mecánicamente al fútbol (y de los desgraciados a quienes no gusta, que vagan por el patio cada recreo) y que representan continuamente los enfados, escupitajos, burlas al oponente y malos gestos de sus héroes televisivos futboleros, probé a aplicar uno de estos juegos en el recreo (además, no tenemos que utilizar ese material de Educación Física que tenemos prohibido para evitar su desgaste). Tras un día de tanteo, el segundo día la pista de fútbol estaba vacía y en el lugar donde jugábamos a Kamikaze se amontonaban casi todos los niños de Primaria. Numerosas conclusiones.

Hoy reunión bibliotecaria. Un grupo de madres aventureras y yo en una de mis propuestas también aventureras. Libros, lectura, interés, curiosidad, descubrir, conocer, son algunas palabras clave

de este asunto, pero no sé bien cómo darle forma. Tengo intención de mostrarles algunas propuestas, algunas direcciones pensadas y, entre todos, moldear un tiempo que dedicar este curso a los niños desde este ámbito: madres lectoras, talleres de poesía, recopilación de contenidos de la tradición popular, etc. Siento no poder disponer de un medio plazo razonable en el que exprimir algunas ideas similares.

En clase continuamos leyendo. Hoy hemos empezado y acabado *El oso que leía niños*, también de Gonzalo Moure, todo un filón de buenas lecturas, de aventuras, de palabras para sentir muchas emociones. Algunos están descubriendo gran placer en los libros y nos acercamos, poco a poco, a lecturas de mayor nivel, más conscientes y profundas. En otros casos el proceso es más lento, las lecturas que atraen no siguen similar evolución, pero el buen clima hacia los habitantes rectangulares de las estanterías ya está creado.

*Viernes, 30 de noviembre de 2007*

Ha sido una semana espectacular en la escuela. En lo bueno y en lo malo. He tenido oportunidad de sentirme como el peor maestro del mundo, como un auténtico desperdicio y de sentirme realmente bien, como hoy cuando hemos realizado la primera actividad con los libros y las lecturas como protagonistas y las madres como colaboradoras magníficas. Se ha creado una situación maravillosa en clase, con catorce cabezas de niños atentísimas y silenciosas ante las palabras dulces, cariñosas, maternales, que surgían de las páginas de dos interesantes libros.

*Martes, 4 de diciembre de 2007*

El viernes acudieron dos madres a la escuela. Previamente habíamos tenido una reunión para establecer qué podíamos hacer durante el curso, si parecían bien algunas ideas planteadas, etc.

Lo mejor para empezar es dar el primer paso, así que acordamos hacer una actividad inmediatamente, este primer trimestre, de forma que en el segundo pudiéramos caminar con mayor seguridad y certeza. Y nos pusimos en acción: dos grupos de niños, dos libros (*Diario de Ana Frank* en versión infantil y *África, pequeño Chaka*) y dos madres que habían preparado la lectura. Cuando comenzaron a leer me di cuenta de que todo saldría muy bien. Recordé la voz susurrante y aterciopelada de mi madre leyendo un cuento por la noche y comprobé

que la cara y atención de los niños era la lógica. En unos veinte o treinta minutos acabaron las historias y realizamos unas actividades con las que intenté aprovechar la predisposición de los niños. Para el próximo viernes lectivo dos nuevas madres nos acompañarán para que cada grupo conozca el otro libro.

El blog *Palabras mágicas* ha recorrido un buen pedazo de curso y es definitivamente una gran herramienta de trabajo. Hemos pensado realizar una publicación escrita partiendo de los textos del blog. Además, contaremos con aportaciones de las otras clases para que la revista sea un trabajo de toda la escuela. De este modo esperamos sacar algunos euros para comprar material escolar al que no podemos optar de otro modo y, especialmente, acercaremos algunas de nuestras historias y experiencias a la mayor parte de los habitantes del pueblo que no disponen de conexión para visitar el blog.

En lo que a la Educación Física se refiere, también hice un punto y aparte y comencé a realizar algunas tareas que ya deberían ser la norma. En definitiva, pensé que la falta de tiempo que implica la tutoría no podía seguir siendo la excusa para desatender sistemáticamente la especialidad. Por ello, aún sin la debida elaboración, comencé en clase una unidad de danza. En las sesiones que ya llevamos realizadas he podido percibir el buen funcionamiento de las situaciones de aprendizaje propuestas. En la unidad, partimos de una traducción de una obra francesa que describe el trabajo con todo lujo de detalles e incluso plantea una pieza musical concreta para cada actividad. El resto de las facilidades tienen que ver con las añadidas por los compañeros del grupo de trabajo Pintacoda.

*Lunes, 10 de diciembre de 2007*

De nuevo es Navidad en la escuela. De nuevo nos afanamos en la preparación del festival. De nuevo siento que he de hacer un esfuerzo importante que no se traduce necesariamente en beneficios pedagógicos. Complejidad organizativa, grandes tiempos perdidos, contenidos importantes que quedan relegados, etc. Además, el desbarajuste final del trimestre, con las evaluaciones, alcanzar los puntos programados en cada área, concluir los procesos y unidades iniciadas.

Han llegado a clase dos ordenadores como respuesta a la solici-

tud que realicé hace unas semanas. Uno lo cede la comarca del Matarraña y el otro el Servicio Provincial de Educación de Teruel. La respuesta afirmativa que nos han dado y, especialmente, la celeridad en el envío me han sorprendido y son de agradecer, pero el color amarillento de las carcasas y los 6Gb de disco duro no prometen unas brillantes prestaciones y posibilidades de trabajo.

*Viernes, 14 de diciembre de 2007*

Hoy hemos celebrado en el CRA la reunión dedicada a analizar las actuaciones con los alumnos que requieren algún tipo de atención especial. En esta reunión se expone qué se ha hecho durante este tiempo con el alumno en cuestión y posteriormente cada persona que entra en el aula (tutor y especialistas) describe su situación particular. Estas reuniones suelen hacerme sentir mal, puesto que no consigo encontrar soluciones para los importantes problemas que allí se tratan. O peor, puede resultar que sí se vislumbren posibles soluciones para algunos casos, pero la falta de tiempo, de recursos, de competencias en determinados ámbitos, no permitan aplicarlas. Por otra parte, también vuelve a ser muy patente la disparidad de concepciones sobre la escuela, sobre los niños, sobre la evaluación, sobre la educación. Ya sé que la variedad de criterio y opiniones enriquece, pero hay aspectos en los que la disparidad de opiniones afecta de modo manifiesto a la toma de una decisión.

Hace un par de días cambié la disposición de la clase. Ahora los niños se sientan en tres grupos, teniendo cada uno las mesas unidas en forma de cuadrado. Esta aparente tontería surge por tener en clase el mayor índice de enfados de Europa y una preocupante incapacidad para tolerar molestias causadas por los compañeros. Con la citada disposición pretendo cambiar también numerosos procedimientos de trabajo y fomentar en la mayor medida posible unas relaciones equilibradas entre los niños. Al estar juntos en grupos de cuatro o seis resulta bastante sencillo realizar numerosos trabajos de manera colectiva, de modo que tengan que poner en juego, entrenar o intentarlo, diferentes habilidades sociales.

El blog *Palabras mágicas* generó la idea de realizar una revista. Manos a la obra, explicamos la idea a las otras clases para que participaran de algún modo, realizamos un concurso para seleccionar una portada y todo está ya listo para que nuestro diario trimestral

vea la luz. Pretende ser una buena manera de explicar a los vecinos sin conexión qué hacen los niños en la escuela, de motivar a estos últimos gracias a un material que es fruto de su buen trabajo y de recaudar unos pequeños fondos para comprar libros y otros materiales para la clase. Esto último no acabo de tenerlo claro, su idoneidad o legitimidad. Veremos.

El concurso semanal de historias ha comenzado a todo ritmo, aunque aún debo animar a algunos niños perezosos. Tras las dos primeras semanas hoy me he dado un atracón de lecturas para valorar los trabajos presentados y me he sorprendido por la dedicación y calidad de los escritos. He leído textos realmente ingeniosos y elaborados. No deja de ser una muestra pequeña de las grandes posibilidades del trabajo escolar que piensa en unos alumnos contentos y felices, con ganas de hacer y conocer.

Hoy hemos acabado hablando en clase sobre Sócrates. No sé qué sendero nos ha llevado hasta él. Les he explicado que el pobre hombre se bebió la cicuta, el veneno al que estaba condenado, aún sabiéndose inocente, como muestra de su inquebrantable apoyo a la justicia, a la que había defendido toda su vida. Les he explicado también que se casó con Jantipa, arquetipo de mujer de mal carácter, gruñona y maleducada, para precisamente practicar con ella el arte de la paciencia y la dialéctica, puesto que tal mujer siempre creaba un ambiente de crispación y argumentos extremos. A todos les ha hecho gracia la peculiar vida de este filósofo griego.

*Martes, 18 de diciembre de 2007*

Tras sumergirme en distintos asuntos escolares y dudar seriamente de ser capaz de llevarlos a buen puerto, sólo quedaba aplicar el máximo esfuerzo para intentarlo. Al margen de las horas de comida y del rato diario para el ejercicio físico (éste aún es irrenunciable), todo el tiempo del día lo dedico desde hace ya varias semanas a la escuela. En todo caso, echo de menos un poco de pausa, una lectura sosegada y un poco más de tiempo para pensar mejor algunas cosas.

Especialmente feliz me tiene la Educación Física. Una vez que mi labor llegó a límites desastrosos, me comprometí a cambiar el rumbo de la manera que fuera necesaria y ahora puedo decir que, de nuevo, es una asignatura con la que estoy disfrutando

y a través de la cual los niños están aprendiendo contenidos importantes.

Este fin de semana recibimos la segunda entrega del curso de Alfredo Larraz sobre la Expresión Corporal. En primer lugar, como ya expresé tras la primera parte, debo indicar la cantidad de sentimientos, emociones, ganas de trabajar, ganas de aprender y mejorar, de amor por la escuela, que algunas personas pueden hacer surgir en unas pocas horas. Durante las dos jornadas vivimos algunos momentos mágicos al observar producciones realizadas en Jaca. Cada vez encuentro más sentido a lo que hago en clase. La Educación Física da pie a algunas de las experiencias más memorables de la etapa escolar de los niños.

*Jueves, 20 de diciembre de 2007*

Hoy he asistido a mi primera comida navideña como maestro. Busco una música adecuada para la representación que los niños harán mañana en el salón de actos del pueblo. Necesito unos efectos para acompañar unos encantamientos sobre leche merengada, árboles con helados, gitanos que cantan «sarandonga» en castellano y en inglés y que deben estar escondidos en alguna recóndita y endemoniada carpeta en las tripas de Windows (los sonidos, me refiero). Y necesito una música para acompañar un momento emotivo. Ésta última la acabo de encontrar: será *La última rosa del verano*, la melodía que acompañó hace setenta años a Ramón Acín, el maestro de Huesca. Mañana sonará en Peñarroya de Tastavins a las siete y media de la tarde.

Estamos a punto de finalizar la impresión de la revista *Palabras mágicas*. Hemos hecho cien ejemplares y cada niño distribuirá tres o cuatro entre sus familiares y amigos. Creo que los niños están muy orgullosos de este material y yo, al ser la primera cosa escrita de la que soy responsable, también. Es una publicación de treinta y dos páginas realizadas de manera íntegra por los niños y de un modo voluntario al 90%. La hemos realizado siguiendo los consejos de los amigos del CRA Algars (con más tradición en estos asuntos), haciendo un montaje sobre láminas A3 e imprimiéndolo posteriormente, de modo que el formato es realmente el de una revista. Por cierto, para sondear los ánimos, hoy he anunciado que la semana próxima borraría el blog escolar *Palabras mágicas*, puesto que ya

hacía varios días que nadie escribía nada, y todos han preguntado alarmados qué rayos estaba diciendo, que de eso nada. Así pues, el asunto va bien.

*Jueves, 27 de diciembre de 2007*

Ya han pasado unos pocos días y estoy repuesto. Únicamente eran heridas superficiales, algo de fatiga, etc. Ya estamos preparados para el segundo trimestre, hemos comenzado a pensar, a buscar actividades y alegrías.

He insinuado muchas veces que quizá lo más bonito de mi oficio sea la variedad de asuntos en los que puedo sumergirme, las personas que puedo acercar a la escuela, los lugares a los que puedo hacer viajar a los niños. Carlos Lastanao es un naturalista sorprendente, un tipo genial que pone su empeño en aprender, estudiar, conocer, divulgar el mundo que sus ojos le muestran. Ayer pudimos disfrutar de un paseo a su lado, escuchando sobre flora, fauna, geología, paleontología, historia y, al llegar a su casa, de su inefable colección de cráneos, plumas, moldes y huellas del reino animal. Antes de irnos, como muestra de su empeño en colaborar con los niños, de ayudarnos a que cada día la escuela sea una gran exclamación de sorpresa y descubrimiento, me entregó una caja llena de tesoros que seguro harán que el día ocho todos los niños estén encantados de estar allí y muy agradecidos con este nuevo amigo escolar.

*Viernes, 11 de enero de 2008*

El día veintidós de febrero se celebrará en Huesca el XI Seminario Internacional de Praxiología Motriz. En el mundo de la Educación Física, la praxiología representa una corriente importantísima que en la actualidad permite la constitución de un área curricular con un cuerpo epistemológico real y auténtico, un área con sentido y utilidad, en definitiva. De hecho, muchas prácticas en la escuela aragonesa ya están impregnadas de los principios y fundamentos de la praxiología motriz y, por desgracia, se quedó a las puertas de nacer el curriculum aragonés que giraba en torno a la misma.

En las jornadas hablarán ponentes como Alfredo Larraz, Francisco Lagardera y Pierre Parlebas, una de las más importantes referencias en nuestro ámbito de trabajo.

En la escuela el tiempo ha doblado la velocidad y mis energías

han menguado sustancialmente. Esta primera semana he procurado crear algunas sorpresas y alegrías, pero no he conseguido los efectos pretendidos y el grupo no ha funcionado como yo desearía. En todo caso, en lo positivo puedo contar que cada día tengo más claro qué es importante y qué es accesorio.

*Viernes, 18 de enero de 2008*

Esta semana, en Conocimiento del Medio contaba con los *tablet* de tercer ciclo para abordar el tema del entorno político. Estaba organizado el préstamo con el tutor de este ciclo y tenía muchas ideas en mi cabeza para llevar a cabo. Hoy la ley me ha dado un nuevo estacazo señalándome que no, que la normativa indica que estos ordenadores son de uso exclusivo para quinto y sexto y que es preferible que estén sin utilizar varias horas a la semana a que otros niños de la escuela puedan beneficiarse de su uso. Es la ley de evitar el desgaste de los materiales, evitar su uso para que no se rompan o estropeen. Supongo que a los que hacen estas leyes no les importa que mi escáner esté roto tras su uso intensivo en las escuelas en las que he trabajado, o que cada día podamos actualizar el blog, utilizar el cañón, bucear en el amplísimo océano de Internet, porque cada día acudo con mi portátil a la escuela y lo pongo al servicio de lo que sea necesario. Los que hacen estas leyes supongo que se preocupan de sus cuentas económicas, su respeto a la normativa y los protocolos y finalmente guardan pocas energías para ocuparse de las necesidades de una clase.

Tras varias peticiones infructuosas, hace unas semanas nos enviaron desde el Servicio Provincial de Teruel un ordenador que respondía a mi demanda de un equipo con unas características dignas para trabajar: puerto inalámbrico para poder navegar (la instalación telefónica no llega a nuestra clase), procesador de textos, editor de presentaciones, memoria para manejar contenidos multimedia, etc. Un ordenador normal y corriente, en definitiva. Llegó un equipo con un disco duro de cuatro gigas, con un sistema operativo obsoleto, y que no reconoce un *pendrive* ni buena parte de los CD que le introducimos.

Un sentimiento me preocupa últimamente: me da la sensación de haber envejecido este curso diez o quince años profesionales. Pelear frente a contratiempos variados no me había pasado excesi-

va factura nunca, pero estos meses la fatiga se acumula de un modo veloz, y peor: pierdo ilusión en cada revuelta del camino y no sé exactamente si envejezco prematuramente, los avatares son especialmente pesados, o las provisiones del zurrón eran más cortas de lo previsto. Aún guardo fuerzas, pero temo tener que dar clase en la parte final de mi vida sin energía para luchar contra los que no piensan en la escuela.

*Viernes, 25 de enero de 2008*

Me resulta difícil no interpretar cada acontecimiento del día en relación a la escuela y a mi oficio. Hoy he visto el documental *La pesadilla de Darwin*, sobre el lago Victoria, en Tanzania, y sobre cómo empresas occidentales están esquilmando los recursos del lugar y condenando a sus habitantes a la miseria mientras ellas optimizan su balance de resultados.

También hoy, en Afganistán, un periodista ha sido condenado a muerte por contravenir preceptos del Corán en algunos artículos. Juicio a puerta cerrada y sentencia mortal.

¿Para qué estoy en la escuela?, ¿para educar a personas que continúen nuestro febril sistema de explotación del planeta y de sus habitantes desgraciados? ¿No somos facilitadores de una estructura que seguirá tirando cincuenta kilos de magníficas albóndigas cada día en cada comedor escolar (el Departamento de Sanidad obliga a tirar los excedentes), exhibiendo escaparates con bolsos de 2100 euros, creando faraónicos proyectos de ocio y consumo, haciendo uso de productos que suponen la ruina de países pobres y la explotación de sus trabajadores?

Nuestros niños ven cada tarde las telenovelas, se educan a diario con los principios de los programas del corazón, juegan con sus nintendos y tiran los viejos juguetes comprados el mes pasado. Los adultos, a su vez, hacemos del deporte, del trabajo, del programa de televisión, de las compras, de la cena de nochevieja, nuestros grandes problemas del día.

Tengo un gran lío y creo haberme expresado con absoluto desorden, pero finalmente me siento mal: creo que vivo en una injusticia tan desmesurada, tan grande, que apenas la vislumbramos.

¿Todo lo escrito se puede interpretar y analizar simplemente como fruto de un pesimista?

*Miércoles, 30 de enero de 2008*

Un niño nos ha contado que ayer, mientras se disponía a dormir, estuvo un rato haciendo posturas raras en la cama: el pino, volteretas y esas cosas. «Claro, como ya me he leído todos mis libros y de clase no nos dejáis coger esta semana, pues no sabía qué hacer antes de dormir...». Inmediatamente permití a este y al resto de niños coger libros de clase. La cosa venía por no haber cuidado bien algunos ejemplares, por tener las estanterías descuidadas y por mostrar un poco de desgana con la lectura. Así planteé que, con tal interés, era mejor dejar unos días de reflexión.

Por la mañana hemos visto dos medias películas: *La Princesa prometida*, con sus fantasías, ingredientes de lectura, aventuras, y *Sopa de ganso*. El otro día, mientras hacía mi ejercicio diario y veía esta maravilla de los hermanos Marx, pensé que quizá algunos fragmentos gustarían a los niños, además de que así se acercarían al cine clásico. Tenía dudas, porque en algunos casos los equívocos, juegos de palabras, dobles sentidos, quizá no estuvieran a su alcance, pero el resultado ha sido impresionante: eliminando algunas partes más lentas o complicadas, les he explicado el argumento, la guerra entre Freedonia y Silvania y han visto más de media hora de película entre risas y sorpresas continuas. Un feliz hallazgo.

Al maravilloso momento de Educación Física durante la mañana le ha sucedido un momento oscuro y lamentable. La burocracia que me incita a echarme al monte y no volver a oír hablar de la administración. Cuando el trabajo me hace perder el tiempo de esta manera me planteo si merece la pena. Menos mal que siempre quedan las mañanas con los niños.

*Lunes, 4 de febrero de 2008*

Hoy reunión de personas que trabajamos en torno a la biblioteca escolar y la lectura. Hemos repasado las actividades del primer trimestre: las madres que acudieron a leer a clase se han mostrado muy contentas, felices con la atención y la acogida de los niños. Los niños les han dejado una pequeña nota preparada expresándoles qué había significado para ellos. Por ejemplo, dos muestras de los sentimientos de los niños hacia la actividad:

«Me gusta mucho que vengan las madres a leer libros porque aprendemos algunas cosas que no sabemos y nos divertimos

muchísimo. Los libros que leen son muy, muy bonitos. Además, José Luis compra otros libros muy bonitos. El libro de *África, pequeño Chaka* decía cosas que no sabía».

«Tenéis que venir a leer. Merecerá la pena, nosotros lo pasamos genial, además que aprendemos cosas. Esperamos la colaboración de más madres para poder descubrir libros y sus sorpresas. Por favor colaborad».

Después, propuestas para el segundo trimestre: nuevas colaboraciones de las madres en clase, selección de los libros a leer y acuerdo para comenzar también con la recogida de elementos de la tradición popular en el pueblo y en el entorno de cada niño. Ambas ideas en marcha.

Por otra parte, con el dinero de la revista distribuida en el primer trimestre, seguimos comprando libros.

«José Luis: yo pienso en muchas injusticias que me hacen sentir triste, pero... yo no puedo hacer nada. Uno solo no puede hacer nada, ¿no?». Todo comenzó con *Imagine*, de John Lennon, pero podía haber comenzado de cualquier otro modo. Con Miguel Labordeta, quizá. Yo le dije que ya hay bastantes personas en el mundo que no luchan por nada. Que para cambiar algo siempre hay un primero que comienza a andar el camino. Y que, al final, en el peor de los casos, acostarte cada día habiendo trabajado por hacer mejor este mundo es ya suficiente.

Por lo demás, todo a medio acabar, a medio empezar, a medio pensar. Todo aún por hacer.

*Viernes, 8 de febrero de 2008*

El nuevo currículum impone treinta minutos de lectura diaria obligatoria. No parece raro. Es más raro que obligue a establecer dentro del horario escolar qué período se dedicará cada día a este menester. En la escuela se lee todo el tiempo. Se leen treinta minutos y se leen tres horas cada día. Una imposición de este tipo, que a mitad de curso obliga (a los que vayan a acatar la ley) a replantear todo el horario y las programaciones de todas las asignaturas, parece improvisada y parece no contar en absoluto con la situación de las aulas y con los profesionales que en ellas trabajan. Por otra parte, si quieren crear algo bueno relacionado con la lectura, las imposiciones no parecen la mejor opción. Me temo que nada tiene esto que ver con formar lectores críticos.

Por otra parte, también trabajo con otros maestros en la adecuación del currículum oficial de Educación Física a nuestra escuela y a los distintos ciclos. Creo que con semejante marco legislativo un observador externo a la escuela pensaría que los maestros de Educación Física somos unos inútiles. El trabajo de concreción en el que participo es de mayor esterilidad que los trabajos que hacíamos en Magisterio para los profesores menos implicados. Es un cortar y pegar constante, ajeno a todo principio pedagógico. Para empezar, los bloques de contenidos surgen de varios criterios de clasificación diferentes y, por tanto, dan lugar a grupos de contenidos que se solapan y se confunden, por lo que programar con rigor a partir de los mismos es imposible.

Cada día aumenta mi sensación de formar parte de un imparable entramado al servicio de la economía y el modelo consumista occidental. Quizá sean desvaríos. Me siento como una especie de peón que pone algunas tuercas a los robots que luego harán el trabajo sucio para que todo siga tal cual. Y es un problema, porque esta idea choca con esa otra que yo tenía en la cabeza sobre una educación crítica, inconformista, que educa personas libres que tienen un pensamiento formado e independiente. Están llegando cada vez más señales a la escuela sobre una administración y su legislación muy preocupadas por los plazos, los papeles y los formalismos, pero que muestran un desinterés formidable por lo que a mí me parecen los asuntos realmente importantes: lo que se hace cada minuto en clase con los niños.

Leo palabras de otros maestros... y creo que no quiero estar treinta años sufriendo. ¿En qué consiste finalmente mi trabajo?

*Lunes, 11 de febrero de 2008*

El viernes retomamos la lectura de las madres como actividad de acercamiento a la lectura. Todo fue perfecto. A los niños les encanta escuchar historias que surgen de los libros y son tamizadas con la voz de sus madres.

Por otra parte, siguiendo con el intento de que los niños vean la realidad y no el ultrafiltrado de la misma que suponen los libros y las fichas que les solemos mandar (y que suele concluir en un producto bien alejado de dicha realidad), intentando pelear

por su curiosidad, sorpresa y esas cosas que suelo nombrar, el martes recibimos un paquete de una empresa dedicada a la cría de setas. Se trata de un paquete relleno de paja (como sustento orgánico), con la humedad adecuada y que contiene los micelios de las setas de ostra que comienzan a crecer a los pocos días. De este modo podemos tratar numerosos aspectos del reino de los hongos refiriéndonos directamente a nuestros accidentales compañeros y comprobar diariamente su crecimiento, además de acabar llevándolos a casa para cocinarlos al gusto de cada uno.

*Miércoles, 20 de febrero de 2008*

El lunes, los compañeros del grupo de trabajo Pintacoda celebramos una reunión en Jaca. Aproveché la fiesta turolense para acudir a la cita. Una reunión de maestros en la que no se hacen listas y listas de objetivos, contenidos, metodologías o criterios, sino que representa un tiempo productivo de aprendizaje, resulta cada día más llamativa y sorprendente.

*Jueves, 28 de febrero de 2008*

Ya tengo destino provisional desde hace unos días. «Destino profesional para una vida provisional» fue el encabezado de un mensaje que envié hace poco. Lo que más me interesa es conocer si seré tutor o especialista en Educación Física. Sentiría mucho no ser lo primero, pero deseo poder hacer un curso digno de Educación Física sin tardar demasiado; más tras ampliar las perspectivas en las últimas semanas con experiencias como la del seminario recién concluido en Huesca sobre praxiología motriz o el curso de Alcañiz que permiten recargar la ilusión y ver sentido donde antes había oscuridad.

Mañana comienzo la jornada con los niños de infantil. Es un placer. Una hora en la que aproximadamente hago lo que quiero y les puedo contar lo que me apetece. Ya con mi clase, acabaremos de ver el último fragmento de *Nómadas del viento*, hablaremos un rato sobre algunas dudas medioambientales y conocerán al tan humilde como magnífico *Fringilla coelebs* o, lo que es igual: al pobre pinzón común que ahora duerme intentando recuperarse del probable atropello de esta tarde.

*Lunes, 3 de marzo de 2008*

Me desconcierta observar la quietud absoluta donde antes había

ágil movimiento, donde antes se mezclaba con pasión esa especie de receta milagrosa y fascinante que es la vida dando lugar a algo maravilloso.

Escribo, aunque no estoy seguro, simplemente como respuesta a cierta necesidad interior de contar. De contar para entender y para comprendernos. Tanto como entender y comprender no: más bien para calmar el desasosiego de lo contrario.

El sábado finalizó el curso de Educación Física organizado por el Centro de Profesores y Recursos de Alcañiz. Este último fin de semana el ponente, Alfredo Larraz, trató el tema del curriculum aragonés de Educación Física y expuso su idea de programación. Hace dos años, en Ansó, pensaba cada dos días que mi oficio era el más hermoso. Por diversas circunstancias, ahora no pienso tantas veces esto. El sábado, de nuevo, durante el curso, volví a sentir que mi trabajo era un privilegio y que la escuela es una buena razón para invertir una vida si esta quiere ser plena. Todos los asistentes quedaron igualmente ilusionados.

*Jueves, 6 de marzo de 2008*

Tomo prestada la idea del infinito valor de la Educación Física para educar a los niños a través de experiencias reales, no de experiencias artificiales, para señalar la idea central de lo que sigue.

Deseo señalar simplemente dos actividades muy concretas realizadas en el aula:

En primer lugar, el blog escolar *Palabras mágicas* ha recorrido un camino durante estos meses como para hacer una valoración excelente. Además, no sustituye otras actividades, sino que constituye un trabajo que prácticamente en su totalidad está hecho de manera voluntaria por los niños en tiempos de ocio o en huecos libres durante la jornada escolar. En el primer trimestre generó la revista que tantas satisfacciones reportó. Además, desde hace unos meses los niños han gestionado sus turnos para escribir, han elegido sus temas, buscado la información, corregido sus escritos, se han ayudado entre sí y me han pedido ayuda cuando la han necesitado. Así pues, lo hecho este segundo trimestre tiene aún mayor valor y hay algunos artículos realmente meritorios. Por otra parte, también los niños de infantil y primer ciclo han podido plasmar allí algunas de sus experiencias.

En segundo lugar, hace algunas semanas y con la colaboración de Abel Hernández, el maestro de Perdiguera, promovimos el contacto epistolar entre nuestras clases. Nosotros escribimos la primera carta y hace dos días llegaron sus respuestas. El momento en que cada niño recogía su carta era magnífico: aplausos, emoción, nervios, risas, incluso amor. Leímos cada una, en unos minutos pidieron comenzar a responder de nuevo y los sobres se fueron llenando de palabras, de folletos, de sentimientos, de fotos, de preguntas, de dibujos y respuestas. Al final, los niños venían hasta mi mesa con auténtico interés por corregir su escrito y acabarlo de la mejor manera posible; la mayor parte de las cartas constituían un valioso ejemplo de lo que eran capaces de hacer, lo cual trasciende y supera completamente las actividades que suelen considerarse propias de las asignaturas de Lengua o Conocimiento del Medio. La vida real llevada hasta la escuela nos permite plantear actividades de gran calado para los niños.

*Lunes, 10 de marzo de 2008*

Con el aforo completo, cubiertas todas las plazas ofrecidas en la convocatoria, acaba de ser clausurado este encuentro entre Jaime y el que escribe. El objetivo era tan sencillo como poner en común algunos cursos y experiencias últimamente vividas y marcar unas líneas comunes de trabajo para intentar ser mejores maestros y aportar a nuestros alumnos lo que esté en nuestras manos.

La primera sensación es la del mundo recién vislumbrado de la praxiología, que nos ofrece muchos caminos para avanzar: revisamos apuntes de la carrera, algunas publicaciones y ponencias y decidimos establecer un calendario para confeccionar algunas herramientas necesarias, principalmente para sistematizar nuestro trabajo diario y para diseñar una programación anual para cada curso de primaria lo más racional y coherente posible.

Un dato curiosísimo: muchos de los contenidos revisados de apuntes de la licenciatura han cobrado sentido hoy mismo. Es decir, en el tiempo en que estudiábamos la carrera no solo no entendíamos el contenido concreto de la asignatura en cuestión, sino que directamente estábamos perdidos y no sabíamos ni de qué hablábamos (ahora somos conscientes de esta ignorancia, aunque la nota de la asignatura fue notable o sobresaliente), por

lo que me parece digno de reflexión este hecho, tanto para el profesor (¿es posible sembrar intencionadamente una semilla cuya germinación se sabe que ocurrirá al cabo de 5 años?) como para los alumnos. Por otra parte, también pienso en los niños: si esto puede ocurrir con estudiantes universitarios en su quinto año de carrera, implicados en su aprendizaje, que lo hacen voluntariamente y con gusto... ¿En qué quedan muchos contenidos que lanzamos a los niños de Primaria? En conclusión, y en cualquier caso, es reconfortante poder sacar un rato para trabajar con Jaime en ilusiones compartidas.

La vida del maestro está unida a la carretera y sus peligros. Nuestra compañera Marisa tuvo un accidente la semana pasada al salir de la escuela de Beceite, así que le enviamos ánimo y deseos de recuperación.

Y para acabar, una idea recién leída y que me produce mareo: no existe ni un átomo en nuestro cuerpo de aquellos que lo formaban hace unos años. Desde lo más íntimo, desde el mundo cuántico, somos seres absolutamente distintos.

*Jueves, 13 de marzo de 2008*

En la clase de Alternativa a la Religión hace unas semanas, tras valorar el trabajo que hacemos en ese tiempo (cincuenta minutos cada semana con tres niños), decidí probar algo que acababa de leer: algo parecido a religión comparada o filosofía de las religiones. Un único objetivo: intentar dar un poco de luz a una materia que representa un auténtico agujero negro en la mente de los niños.

Hoy una niña con raíces profundamente religiosas me contaba que había preguntado a su abuela acerca del lío de dioses y religiones repartido por el mundo, sobre la increíble existencia de tantas y tan variadas. La respuesta de la abuela fue tajante, elevando a la religión propia como la buena y desechando de un plumazo las demás, que se convertían así en meras religiones subordinadas. Por una parte, me consuela poder tener alguna relación con esas pequeñas bombillas que se encienden, de repente, en la mente de los niños para cuestionarse y comprender el mundo; por otra parte, es desoladora la capacidad de los adultos para cortar violentamente esta necesidad interrogativa de los niños para convertirse en adultos liberados de ataduras irracionales.

*Jueves, 27 de marzo de 2008*

Tenía hasta hace unos segundos una torre de quinientos periódicos en el sillón. He decidido tirarlos. Llevaban algunos allí varios meses esperando a que les extrajera (quizá pudiera decirse «extirpara» en este caso) algunas noticias para analizar en clase con los niños, y otras para mí, como documentos adjuntos a los acontecimientos que la raquítica memoria intenta retener. Llegan a casa cuando no tengo tiempo de revisarlos en la escuela. El asunto es que he comenzado a pasar páginas y no hago sino comprobar que es siempre lo mismo: los mismos problemas, los mismos atropellos, los mismos beneficiados. Cada tres o cuatro ejemplares se salva una noticia de un escritor, de ciencia, de naturaleza... así que han ido todos a la basura. Cuando una página muestra las penas de la mayor sequía en cien años y en la otra sale un político alabando el mayor despilfarro de agua de la historia en un proyecto faraónico, dan ganas de cerrar esta ventana a información tan contradictoria.

Han llegado a la escuela tres niñas de Marruecos, una de ellas a mi clase. Es su primer contacto con la cultura occidental, por lo que la comunicación oral entre nosotros está casi completamente impedida. En todo caso, me encanta esta situación por el reto y motivación que supone y, más aún, en cuanto a la dosis de integración y respeto que exige a nuestras mentes, tantas veces anticuadas y propias de la época de las cruzadas. Cada cinco minutos me imagino en un mundo nuevo, medio solo y teniendo que aprender, ipso facto, árabe. No parece sencillo.

*Lunes, 31 de marzo de 2008*

Este tercer trimestre constituye un buen momento escolar puesto que facilita las excursiones, tratamos asuntos relacionados con animales, plantas, el universo y, en definitiva, contenidos atractivos para los niños y para el maestro.

En la línea de intentar acercar la realidad hasta la escuela y mostrar algunas maravillas próximas y generalmente ignoradas, el domingo, nuestro amigo Carlos Lastanao, el naturalista sorprendente al que es un placer escuchar, me entregó insectos palo e insectos hoja para nuestra clase. Estos animales pertenecen a la orden de los fásmidos, o lo que es lo mismo, fantasmas (por su increíble

capacidad de camuflaje). Hoy los niños los han conocido y he aprovechado para abordar otros contenidos relacionados.

Últimamente muchos de los asuntos que tengo preparados para la escuela no acaban resultando como tenía previsto y me queda la sensación de que no han sorprendido o despertado el interés de los niños como era de esperar. Parece que cada día resulta un poco más complicado encontrar esta inquietud y curiosidad. Ocurre con el blog, con libros, revistas, cosas de animales, fotos, etc.

Y nuestro problema respecto a los enfados. Hay niños en permanente estado de nervios, de enfado, siempre con malas respuestas y gritos para los compañeros. Cuando estas actitudes se suceden en una jornada me agotan y me hacen sentir profundas ganas de marchar a casa. Parece lógico pensar que estos modelos de comportamiento se adquieren en el ámbito familiar. En todo caso, la convivencia de la clase se ve seriamente perjudicada. Al final, un niño me ha dejado estupefacto cuando en medio de clase, mientras unos compañeros estaban despistados de la explicación, se ha dirigido a ellos con tono amenazante gritando: «al final cobraréis». Lo inquietante ha sido la naturalidad y firmeza de sus palabras.

*Jueves, 3 de abril de 2008*

Hace unos días repartimos las revistas realizadas en el segundo trimestre. Estas publicaciones supusieron la opción de autofinanciar con un trabajo escolar las iniciativas que estaban en el aire al comenzar el curso y que no contaban con excesivo apoyo: ordenador para nuestra clase, dotación de libros para la biblioteca, materiales para el proyecto de las madres lectoras, etc. En todo caso, tuve muchas dudas en mezclar una actividad de los niños con un asunto económico pero, a la vista de las necesidades y las ventajas, repartimos las revistas entre los niños pensando en recibir un euro y medio de cada una. El medio euro sufragaría aproximadamente lo invertido en fotocopias y con el euro esperábamos comprar seis o siete libros para la clase cada trimestre. El problema lo encuentro cuando cada día recibo a través de los niños más quejas de los familiares por el precio e incluso los hay que no han creído necesario ni quedarse un solo ejemplar como recuerdo de aquello que un día hizo su hijo. Esta actividad, como otras, requiere cierto esfuerzo que parece compensarse al ver el resultado, la motivación de los

niños por escribir o las felicitaciones que les dan los vecinos del pueblo, pero cuando parece que nado contra corriente y que lo considerado como algo magnífico en la formación de los niños es entendido por el resto de implicados como una miserable pérdida de tiempo, ya no sé bien qué dirección tomar.

Hoy hemos abordado un punto que el curriculum deja a decisión del claustro: las asignaturas suspendidas con las que un alumno necesariamente deberá repetir. Evidentemente han surgido opiniones que valoraban la importancia que cada uno atribuye a cada asignatura. Yo he manifestado que consideraba la Educación Física tan importante como cualquier otra, si no la que más. He sido el único con esta opinión y el resto de maestros la colocaban en las posiciones y prioridades tradicionales. ¿Qué hacemos dedicando tanto tiempo a hacer de esta y otras asignaturas algo digno, algo importante para la vida de los niños, si finalmente todo se resume en saber Matemáticas y Lengua?

*Viernes, 11 de abril de 2008*

El estudio del Universo nos conecta sin remedio con las grandes preguntas. La grandeza de sus cifras, hallazgos y evidencias, nos sitúan en una minúscula y ridícula situación. En relación a sus implicaciones escolares (y en todas las demás), creo que son los mejores ingredientes para fabricar caras de estupefacción, caras de «ohhhhh, madre mía». Además, si en este tema contamos con recursos como científicos de primerísima fila que, además, poseen el magnífico don de la capacidad divulgativa, imaginen el resultado. Por eso el tema está gustando tanto en clase y varios niños ya tienen claro que dedicarán su vida a la astronomía. Un placer para el pensamiento, para encontrar nuestra verdadera medida y, de paso, disfrutar del milagro que no es religioso: el de estar aquí en medio de todo este jaleo.

La semana próxima volveremos a salir al encuentro de la Luna. Quedaremos una tarde, Pablo nos prestará su telescopio e intentaremos que este año nuestro satélite no escape y nos permita admirar sus hipnóticos cráteres. El maravilloso señor Carl Sagan afirma que «mirar al cielo produce la más intensa sensación posible de sentido cósmico». Eso intentaremos.

*Martes, 15 de abril de 2008*

Hemos recibido para la escuela un ingente cargamento de libros, fruto de la autofinanciación emprendida en clase. Además, se han juntado con un par de cajas donadas por una cliente de la tienda de mis padres (donde tan pronto nos consiguen libros como un par de bicis para alumnas inmigrantes recién llegadas), por lo que las dos primeras horas de clase han sido hoy una gran fiesta lectora. Y creo que este año ya he conseguido que la actitud general de los niños hacia los libros y la lectura sea de curiosidad e interés, lo que me resulta enormemente satisfactorio.

Antes del recreo también ha dado tiempo a continuar el torneo de ajedrez que tenemos en marcha (otra aventura para hablar buen rato: cinco partidas de ajedrez simultáneas, con dos jugadores y un juez en cada mesa, con un silencio sepulcral y todos los niños atentísimos y concentrados). Después del recreo hemos tenido una clase de Educación Física buenísima, con un excelente trabajo motor y un gran trabajo por parejas que implicaba aspectos cognitivos como observación, crítica y reflexión conjunta.

Ha sido una gran mañana.

*Jueves, 17 de abril de 2008*

*Fenti*, así pronunciado o de manera similar, significa en árabe «¿me entiendes?», o algo parecido.

Pensaba escribir de unos libros y cuatro peripecias escolares, pero tengo una nueva sonrisa y siendo que escasean no es cuestión de obviarla. Subía a por el pan a última hora de la tarde y como suele ser habitual he llegado tarde. Pan congelado otra vez. Ya de vuelta he visto un grupo de niñas en una callejuela y me he acercado a saludarlas. Eran las tres niñas árabes recién llegadas hace unas semanas y dos niñas de mi clase. Una de las primeras, de primero de primaria, ha venido corriendo y me ha dado un gran abrazo mientras me decía «hola, José Luis». Me he quedado un tiempo para observar cómo jugaban. En primer lugar era sorprendente cómo se entendían entre todas. Y más sorprendente aún era comprobar la cantidad de juegos que conocían y enseñaban las niñas de Marruecos: en esos treinta y pico minutos he visto cinco o seis juegos diferentes, con sus retahílas, sus cancioncillas, su teatro previo a la acción, etc. Quizá no conocer videoconsolas ni las series televisivas de moda, ni tener juguetes nuevos cada día, se traduce en una riqueza sobresaliente en torno a los juegos

populares. Como colofón, muchas de esas retahílas o fórmulas previas las decían en castellano, catalán o en su lengua materna. Un regalo para los oídos acostumbrados a peleas irracionales por los idiomas y la inmigración. Por ejemplo, en un juego de pillar, inicialmente han asignado colores a los participantes y contaban hasta veinte en castellano y cuando me he despedido me han sujetado de la mano mientras gritaban en catalán para que no me fuera. Finalmente mi amiga me ha dado otro estupendo abrazo y se ha despedido hasta mañana.

Me he reído muchísimo, he aprendido unas cuantas cosas y he disfrutado con unas niñas recién llegadas que me maravillan con su esfuerzo por aprender y la naturalidad de su integración en el grupo de compañeros.

Ayer un niño subió a casa para que le prestara un libro de astronomía para principiantes que compré hace poco. Este niño ha quedado hipnotizado por la belleza y fascinación del tema espacial, por lo que la astronomía es uno de sus principales intereses estos días (esta mañana explicaba a un compañero cómo una estrella puede acabar siendo una nube de neutrones que, por otra parte, no sabía qué demonios eran). El caso es que mientras yo buscaba el libro se ha quedado observando unas pocas fotos en la estantería (padres, novia, grupos de mis antiguas clases de gerontogimnasia...) y me ha preguntado: «José Luis, ¿y no les echas de menos viviendo tanto tiempo solo?».

Ayer vimos la página [www.alucine.com](http://www.alucine.com), llena de datos científicos sorprendentes, y surgieron dudas: «si es verdad que en el movimiento de traslación la tierra avanza a treinta kilómetros por segundo (que ya cuesta creerlo), ¿cómo es posible que no oigamos el terrible ruido provocado por tal velocidad?» Hoy, al llegar a mi casa por la tarde, un niño se ha acercado y me ha dicho que no nos habíamos acordado en clase de resolver la duda. Así pues, mañana lo intentaremos.

*Lunes, 21 de abril de 2008*

Tras escuchar con sorpresa en estos dos años las noticias de robos que se sucedían en las escuelas de los alrededores, hoy, finalmente, nos ha tocado a nosotros.

Esta mañana al llegar hemos comprobado que la puerta de acceso desde el patio estaba abierta. Al bajar las escaleras, sintiendo

que algo raro pasaba, también hemos visto rota la puerta del despacho. Al asomarnos, el panorama era de película: ficheros por el suelo, informes rotos, la caja del dinero vacía, todas las puertas de armarios salidas y con documentos colgando y un ordenador portátil, una cámara de fotos y otra de vídeo ausentes.

Robar está mal, lo sabe casi todo el mundo, pero robar en una escuela me parece terrible, algo que de no ser ateo convencido creería que conduce directamente al peor de los infiernos.

En todo caso, es para pensar puesto que las escuelas rurales tienen una dotación tecnológica cada vez mayor y más atractiva para los ladrones (portátiles, cámaras, proyectores, etc.), mientras que las medidas de seguridad son nulas: puertas que se abren con un golpe, edificios solitarios (en las épocas de frío, en los pueblos pequeños a partir de las cinco de la tarde no queda ya nadie prácticamente en las calles), ningún sistema antirrobo.

La mañana ha transcurrido con la policía judicial y la guardia civil por la escuela. Un enorme desastre.

*Lunes, 5 de mayo de 2008*

Ya entrados en mayo, todas las ideas que han ido brotando durante el curso y que aún no he podido llevar a cabo se van amontonando y exigiendo su hueco en el espacio escolar. Al comenzar el curso y cada trimestre surgieron propósitos diversos y ahora intento organizarme para cumplir aquellos que realmente aportarán algunas cosas a los niños. Además, se dan circunstancias que no facilitan lo anterior, como unidades de Conocimiento del Medio (fauna, botánica...), Educación Física (bicicleta), Lengua (filosofía) que exigen una preparación más costosa que las anteriores.

Mayo también me está permitiendo echar la vista atrás y ver ya cierto camino recorrido, de modo que es posible evaluar algunas de las acciones ya desarrolladas: la biblioteca, la revista trimestral, el blog, las madres lectoras. Creo que la sensación con la que acabaré este curso respecto a mi trabajo no será tan buena como esperaba al comenzar con estas y otras ideas.

*Jueves, 8 de mayo de 2008*

Quizá este curso haya sido Educación Física el área en la que mayor progreso he tenido como maestro. Me resulta difícil mostrar con cierta claridad qué ha representado realmente este trabajo, su-

brayar lo que puede aportar esta área que los propios maestros aún consideran intrascendente.

La última unidad de aprendizaje del curso y de mi estancia en Peñarroya de Tastavíns será la de bicicleta. También será la última que impartiré en algunos años tal y como las he entendido, a grandes rasgos, hasta ahora. Los dos próximos cursos trabajaré en un centro de educación especial, así que en dos meses habrá que vaciar la mochila y prepararla para un nuevo viaje que, a priori, se presenta lleno de dudas, pero también de motivación por aprender y trabajar del mejor modo posible.

En todo caso, seguro que mi perspectiva de la escuela se habrá enriquecido sustancialmente dentro de dos años y, por tanto, la mirada ante la vida también habrá ganado importantes recursos para observar con algo más de sentido.

*Lunes, 12 de mayo de 2008*

Dentro del juicio constante al que estoy sometiendo las circunstancias que rodearán mi vida el curso próximo, agrupándolas en el conjunto de las buenas o en el de las malas, me alegra enormemente que no ser tutor significará un distanciamiento en el trato diario con las familias.

Hoy comenzábamos la unidad de bicicleta en Educación Física. Envié una nota en octubre avisando a las familias sobre el contenido del curso en esta asignatura, enfatice la importancia de que materiales como los patines o la bicicleta estuvieran decorosos para su empleo o que me avisaran para buscar una solución en caso de que no tuvieran medios para conseguirlos (si he conseguido bici en una semana para las dos niñas recién llegadas, cualquier otro problema se hubiera podido solucionar). Lo mismo hice en la reunión del primer trimestre y algunos rieron por mi aviso con más de seis meses de antelación. Finalmente, hoy he pasado cada una de las dos horas de clases de Educación Física del día hinchando ruedas, reparando pinchazos, corrigiendo alturas del sillín, engrasando cadenas, apretando tuercas, ajustando frenos, ajustando correas del casco, etc. Ni el 10% de las familias se han tomado la más mínima molestia para que sus hijos, y los demás por extensión, tuvieran las mejores clases posibles o incluso las mínimas condiciones de seguridad. Varios niños han venido directamente sin el material, por olvido o por ausencia del

mismo y otros con unas bicis desastrosamente grandes o pequeñas, hasta el punto de imposibilitar completamente la actividad.

*Jueves, 15 de mayo de 2008*

Hoy, en clase, hemos acabado el libro de Ricardo Gómez, *Ojo de Nube*. Es uno de los mejores libros que he leído en clase. Los últimos días hemos hecho períodos de lectura de hasta más de una hora, en los que los niños se mantenían ensimismados escuchando, haciendo preguntas, elucubrando sobre lo estaba por llegar. Constató que muchas iniciativas han acabado ganando sentido y valor, como esta de la lectura en voz alta. Muchos niños solicitan ya el espacio de lectura diaria o me reprochan su ausencia los días en que no lo hacemos.

De igual modo, el trabajo con las noticias del día ha comenzado este trimestre a dejar ver su cara más valiosa. Cada día les muestro una selección de asuntos que suceden en el mundo y espontáneamente van opinando y, en muchas ocasiones, surgiendo apasionados debates, como el de ayer al tratar sobre la reciente inauguración de la planta de tratamiento de purines en Peñarroya y que algunos niños veían con malos ojos al suponer una mayor carga económica para los ya apurados ganaderos. Igual que antes, varios niños suelen pedir este apartado, indicando que les gusta mucho y que suelen aprender sobre asuntos que no aparecen frecuentemente en sus libros de texto, además de permitirles entender palabras y comentarios que después escuchan a sus familiares o en los medios de comunicación.

Por último, he de contar que hace dos días recibimos en clase una carta de Pablo, mi hermano. La enviaba a los niños de clase para contarles algunas cosas, enviarles un par de regalos (un póster y una de sus fotos más bonitas) y avisarles que les visitará cuando acabe los exámenes. Les ofrecí la posibilidad de responderle (voluntariamente) y unos cuantos (la mitad aproximadamente) han traído hoy sus cartas para corregir y enviar. También deseaban leerlas antes a los compañeros. Cuando uno de los niños leía la suya yo he pensado en todo lo realizado durante estos dos años, lo escrito, lo pensado y lo leído, concluyendo que quizá algo tuviera sentido, puesto que la carta estaba escrita por un niño de tercero, de ocho años, con una calidad lingüística y una madurez dignas de felicidad.

*Miércoles, 21 de mayo de 2008*

Las generosas lluvias han dejado un monte magnífico, lleno de cantos y sonidos variados, de aromas, fragancias embriagantes y de hilos de agua que la montaña deja caer una vez saciada. El cauce vuelve a contemplar al río avanzando con fuerza sobre él. Es una fortuna estar cerca y poder sentirlo.

Varias familias han mostrado su descontento por el trastorno que ha supuesto la comunión en la vida de sus hijos, que se muestran alterados, nerviosos, con peor comportamiento, etc. A sus lamentos unen la justificación basada en el «todos lo hacen», «por los abuelos», «qué pensaría la gente en un pueblo tan pequeño». Pero, si las convicciones religiosas son nulas en muchos casos y el caos generado es tremendo y tiene consecuencias muy negativas en el comportamiento y el rendimiento general del niño, ¿por y para qué? En cualquier caso, casi todos los niños ya están provistos de múltiples cacharros que les mantendrán entretenidos un buen rato cada tarde y les privarán, en buena medida, de disfrutar de la libertad y posibilidades que su pueblo les brinda.

Una niña se llevó ayer un atlas de astronomía que rondaba por clase desde hace semanas y hoy me ha sorprendido trayendo varias hojas en las que había copiado los datos que más le habían sorprendido: formas y tipos de galaxias, fechas de los próximos eclipses de Sol y Luna, etc. Esta niña, bajo la óptica de la enseñanza tradicional, está muy cerca de repetir curso. No tiene ningún problema en sus aptitudes, al contrario ¿Dónde se puede encajar su comportamiento, que da evidencias claras de curiosidad, de ganas de aprender, de escribir y de mostrar?

Otra niña se llevó también ayer uno de los últimos libros comprados. Hoy ya lo había leído y deseaba contar el resumen a los compañeros. Durante un buen rato ha contado con pelos y señales lo que las páginas le habían mostrado, encantada de haberlo leído. Este caso es similar al anterior: candidata aventajada para el suspenso en Lengua y, del mismo modo, con muchas virtudes magníficas que no quedarán reflejadas en un examen de mínimos del ciclo o en unos criterios de evaluación o de promoción.

*Martes, 27 de mayo de 2008*

Es la última semana del curso con jornada de mañana y tarde. Durante las últimas semanas inevitablemente miro y pienso bajo el prisma

del que observa que concluye su primer ciclo de dos años en un mismo lugar. No sé si por justicia con el lugar o por qué, muchos de esos pensamientos de estos días se tiñen de nostalgia y cierto miedo: dos años viviendo en Peñarroya representarán ya para siempre una parte importante de mi vida.

No es difícil echar las cuentas del tiempo que he pasado con los niños. Seguro que cientos de horas más que con mi familia. Además, he vivido por primera vez la experiencia de acompañar a un grupo durante dos cursos seguidos. Los momentos más bonitos que algunos guardaremos en la memoria tienen más relación con situaciones de complicidad, de cercanía, de empatía, que con lo puramente curricular.

Ahora intento preparar este último mes de curso. Me tocará dar clase de «psicomotricidad» a los niños de infantil. Serán cuarenta y cinco minutos a la semana. Quizá sea interesante reflexionar sobre cómo esos niños de tres, cuatro y cinco años pueden contar con una única hora semanal de algo parecido a Educación Física, si es justamente el momento evolutivo en el que nuestra área adquiere pleno sentido.

*Jueves, 29 de mayo de 2008*

Hoy ha sido un día desastroso en la escuela.

«Niño X, lee tu escrito sobre del tema que surgió ayer tras ver el vídeo», «no lo he hecho», «¿por qué?», silencio. «Pues hazlo tú, niño Y», «me he olvidado el cuaderno», «¿no estaba apuntado la agenda?», silencio. «Yo también me he olvidado el cuaderno» (Añade el niño W). «Y yo» (añade el niño Z).

Ahora multiplíquese el fragmento anterior por tres o por cuatro y entiéndase en el contexto de varias horas de clase durante la mañana. Mi carácter en clase es absolutamente tranquilo, pero hay una situación que me enfada y me hace sentir absolutamente impotente: la de niños que reiteradamente, semana tras semana, olvidan su trabajo y, aún peor, su material de clase. No alcanzo a comprender cómo demonios una familia no puede dedicar un minuto cada día a comprobar que su hijo de ocho, nueve o diez años ha realizado sus tareas y que ha metido en la mochila el material correspondiente para cada día. No digo estar a su lado, animar, hacer juntos, motivar, leer, sino simplemente vigilar y comprobar durante un minuto. El problema que se genera para seguir lo programado, para el

resto de compañeros, para el propio niño (en plena formación de hábitos de trabajo y responsabilidad), es enorme. Me parece una falta de respeto mayúscula hacia todos. Y ya no sé qué más puedo hacer.

Como contrapunto, el monte sigue estando precioso, con olor, sonido y color insuperables.

*Lunes, 2 de junio de 2008*

Hemos realizado la primera excursión en bici por el entorno. Tras unas sesiones iniciales hechas en el patio y en las calles del pueblo, hemos ido hasta la Ermita de la Virgen de la Fuente, que estos días muestra un paisaje realmente increíble.

El grupo se ha comportado a la perfección y creo que todos han acabado satisfechos. Esta unidad, al igual que las actividades del bloque de los deportes y actividades individuales, exige una importante presencia de valores como el esfuerzo, la autosuperación o la colaboración, tan valiosos en cualquier otro ámbito.

*Jueves, 5 de junio de 2008*

Hay algunas frases que identifican a uno, que le sirven para analizar, interpretar y entender la mayor parte de las situaciones que le suceden. Conozco a varias personas que han hecho de unas pocas sentencias una especie de resumen de su modo de comprender el mundo. Una especie de esencia del ideario vital. Sin quererlo, hay cierto pensamiento que cada vez me asalta con mayor frecuencia e intensidad: la vida es un espejismo. Vivimos anclados en el convencimiento de mil certezas, del presente infinito e inmutable; cuando repentinamente algo se desmorona, deja a la vista la escasa consistencia que tenía nuestra manera de entender ese presente e incluso la propia vida.

Conforme se acerca el final de este curso y el comienzo del próximo, algunas personas se han ido interesando por mi destino. Muchas se han sorprendido por mi trabajo en un centro de educación especial y algunas se han referido a lo difícil que resultará, a los problemas que encontraré o a lo complicado que sería para ellos. El caso es que me han obligado a pensar más en el asunto y la conclusión final, con la cautela de hablar con total desconocimiento y casi nula experiencia, es que cada día estoy más convencido de que estaré bien. Intento cada día acercarme más a lo

estrictamente necesario, a lo primordial para vivir y abandonar lo accesorio, todos los adornos y necesidades que nos intentan imponer y nos imponen. En ese sentido, creo que esta futura experiencia me pondrá cerca de personas que me harán vivir muchas situaciones relacionadas con eso, con aspectos vitales e insustituibles, alejadas de lo más superficial.

*Viernes, 6 de junio de 2008*

Hay varias circunstancias por las que no estoy especialmente feliz en Peñarroya y por los que tengo ya ganas de marchar a otro lugar. Una de ellas es mi probable falta de masculinidad, de virilidad u hombría. El curso pasado un compañero de trabajo le dijo a uno de sus alumnos que los ciclistas, dado que se afeitan las piernas, eran «maricones» y, siguiendo el silogismo, yo probablemente lo fuera. También algunas familias al observarme salir a correr por el monte o en bici, con la ropa pertinente a la actividad, indicaron a sus hijos que igual era marica. Y finalmente hoy un niño de clase ha llegado preocupado al comenzar la mañana y me ha dicho que un tipo del pueblo de dieciséis años iba diciendo ayer que su maestro era maricón. Quizá deba dejar asomar los pelos del pecho por el cuello de la camisa, acudir al trabajo cada mañana vociferando o acudir cada sobremesa al bar para jugar al guiñote y beber coñac. Y jugar al fútbol, deporte de hombres donde los haya. Hay que estar por encima de estas cosas, es evidente, pero agotan y debilitan la moral.

Hoy hablaba con la psicopedagoga adscrita al centro y con una compañera del CRA sobre los modelos familiares en torno a la educación de los niños. La primera contaba asombrada que en sendas charlas realizadas en otros pueblos, las familias se mostraban totalmente impotentes ante las peticiones de los niños en la comunión: televisión para el cuarto, videoconsola, ordenador para jugar, móvil para comunicarse con el vecino que vive enfrente. A los pobres les hace ilusión, decían las familias y, además, como todos hacen lo mismo, no le voy a decir yo que no.

En la misma línea, todas las familias que han hablado conmigo últimamente sobre problemas académicos de sus hijos comienzan buscando justificaciones en los despistes del niño, en la comunión y los regalos, etc., y concluyen afirmando que realmente no le de-

dican demasiado tiempo, que no pueden estar con él cada día leyendo, repasando, aprendiendo, ayudando. Al llegar a este punto, ya no sé bien qué decir. En una charla de hace un tiempo, la psicopedagoga nombró algo que me gustó mucho: no se puede pretender modificar o incidir en la conducta de los niños únicamente con razonamientos y argumentos de adulto; los hábitos del niño se forjan en el día a día, en acompañarle a leer cada tarde, en ayudarle a organizar sus deberes y comprobar su agenda, en hacer juntos una excursión el fin de semana. No en el «haz eso porque es tu obligación» o en el «como no hagas eso...». Tengo una gran relación con mis alumnos que estoy seguro se debe simplemente a haberles dedicado más tiempo del que obligatoriamente me correspondía: a hacer una excursión una tarde con ellos si se terciaba, a quedarme dos horas al salir de clase jugando en el frontón o a quedarme muchos días ayudando para completar un artículo del blog. No hay más misterio que el tiempo dedicado.

Hace dos semanas una niña no sabía ir en bici. Incluso hubo un pequeño enfado de su madre al animarla para que consiguiera otra bicicleta de la talla adecuada para su hija. Finalmente, con algunos problemas, la niña está progresando muy bien en la unidad y hoy su madre ha venido muy contenta para pedirme que le preguntara a su hija por el fin de semana, pues había participado en una excursión por la vía verde de Cretas. La madre estaba encantada de la autonomía mostrada por la niña, por lo feliz que había quedado y por el estímulo encontrado para incidir sobre algunos problemas de autoestima y relaciones con los compañeros. Finalmente, conseguir la bici mereció la pena.

*Miércoles, 11 de junio de 2008*

Tiempo de balances y decisiones escolares. Y personales.

El sistema educativo es, en ocasiones, un corsé de duras correas, un sistema de reproducción de contenidos y modelos. En muchos casos, una fábrica de robots.

Contenidos mínimos: sabe qué es un poliedro, sabe la lista de las preposiciones y los adverbios. Pasa al siguiente nivel. Como en la videoconsola.

Esto me genera unos dilemas sensoriales. Hace cinco minutos he ayudado a un alumno con un artículo para el blog y compro-

baba de nuevo que esta persona, condenada a repetir curso según los indicadores oficiales, es probablemente la más brillante en Lengua: en escribir, en imaginar, en expresar, en mover sentimientos con sus historias, en querer a los libros. Pero repetirá por no saber la lista de adverbios. ¿Qué hacer? Actuar conforme a criterios más flexibles y abiertos únicamente retrasaría y aumentaría el batacazo futuro, una vez que el sistema la reconduzca por los caminos de la repetición y la memorización eterna e infinita.

¿Quién recuerda los poliedros que estudió en cuarto de Primaria?

*Lunes, 16 de junio de 2008*

Ahora hace un año aproximadamente que compré *Las pequeñas memorias* de José Saramago. Estaba aún encandilado por el placer encontrado en la lectura de *La caverna*. Como el curso finalizaba, llevé la idea de las memorias a mi clase (con idéntico título que el libro) y los niños realizaron un trabajo muy interesante.

Hoy hemos medio acabado los contenidos «normales» con cierta prisa y con el recuerdo nostálgico de mi profesor de Física que pasaba dos meses y medio entre bromas, juegos y anécdotas y las últimas dos semanas de trimestre andaba apurado para completar el temario, llenando impecablemente pizarras y pizarras de teoremas y símbolos imposibles. Así, tras la citada conclusión del trabajo ordinario, he retomado la idea de *Las pequeñas memorias*.

No he desaprovechado la ocasión para nombrar a Saramago, alguno de sus libros y las historias que cuentan. Los niños han conocido, por ejemplo, al alfarero Cipriano Algor y su inadaptación a la vida en la ciudad y al gran centro comercial (al final siempre hablamos de nosotros mismos). Todos conocen a futbolistas variados y múltiples personajes de la prensa rosa, así que no parece desmesurado que les suene también un Premio Nobel de literatura de una talla cultural y humana extraordinaria.

La actividad de las memorias pretende suscitar una escritura real en la que hablen de experiencias auténticas que han vivido en primera persona, una valoración crítica de un período extenso en el que han cabido muchas cosas. También busca la colaboración con los compañeros para sacar adelante un texto común consensuado, el aprendizaje resultante de comprobar de primera mano otras for-

mas de pensar, de expresar y de escribir. Finalmente, supone para todos dirigir la mirada atrás, ver qué ha pasado durante el último año y traducirlo a palabras.

La niña marroquí de mi clase, aún con la comunicación muy dificultada, me ha dicho que a las doce y media se tenía que ir a casa. Sin justificante ni adulto de por medio, no me ha quedado otro remedio que acompañarla rápidamente mientras un compañero vigilaba mi clase. Pensaba que tendría que acudir al médico o algo similar. Al llegar a su casa me ha dicho que esperara. Un poco sorprendido, así he hecho. A los cinco minutos ha bajado con su madre (sólo se ha asomado hasta la penumbra del portal) con un impresionante cuenco de cuscús para que repartiéramos entre los maestros. Es una estupenda imagen final para hacernos pensar sobre las situaciones de intolerancia que hemos vivido durante el curso.

*Martes, 17 de junio de 2008*

Hoy es mi cumpleaños. Esta mañana me ha llamado mi padre para comprobar, como cada día, que no me había dormido y que estaba dispuesto para acudir a trabajar y ha olvidado, como cada año, felicitar-me. Es pecado menor, es obligatorio perdonarle.

He decidido pasar la tarde trabajando en una de las últimas cosas que haré en la escuela de Peñarroya de Tastavíns.

*Jueves, 19 de junio de 2008*

Pablo ha llegado hoy a Peñarroya: hoy y mañana me acompañará a la escuela para pasar un rato con los niños hablando de pájaros, huellas, estrellas, libros, ajedrez y, como todos esperan, jugando a toros. Trae sus instrumentos variopintos: los prismáticos, moldes de huellas de jabalí y garduña, una colosal muestra del huevo de una majestuosa ave, una selección de fotos interesantes para comentar, unas garras que cazaron muchos ratones e incluso un ala que permitió surcar silenciosamente el cielo durante muchas noches.

Hoy he dado la última clase de Educación Física al grupo de primer ciclo. Es un grupo estupendo. Hemos hecho una excursión hasta el río. Allí hemos dejado las bicis aparcadas y hemos paseado por el cauce. También ha habido algún remojón de pies, algunas salpicaduras, sonrisas y alegría abundantes. Al volver, cuesta empi-

nadísima de por medio, un pequeño esfuerzo y de nuevo en la escuela, cerrando así una unidad que deja una gran sensación a los niños y al maestro. En clase ha habido que escurrir un poco los calcetines y limpiar el barro de la ropa, pero esa es otra historia.

*Miércoles, 25 de junio de 2008*

Quizá sea este el último artículo del curso. El curso próximo habrá mucho que contar, puesto que empieza una nueva vida en la que hay que volver a aprender casi todo.

El viernes, justo antes de emprender viaje, entregaré a los niños de mi clase de Peñarroya el regalo que les he preparado. Como hace dos años en Ansó, una composición con imágenes que representan el tiempo que hemos vivido juntos.

*Martes, 5 de agosto de 2008*

Guardo la dirección de correo electrónico de muchos niños a los que he dado clase y hoy casualmente he visto el pseudónimo o nombre de guerra con el que se identifican los que tienen su cuenta en Hotmail. Es inevitable sentir escalofríos al leer alguno. Me ha dejado especialmente maltrecho el del niño que al lado de su nombre añadía «AUPA GÜESKA». Ha habido grupos en estos años

Zaragoza. Jean Piaget  
2008-2009 y 2009-2010



que han descubierto conmigo el correo electrónico, Internet, etc. En estos casos, siempre he planteado reuniones con los padres para que estuvieran al corriente de las posibilidades de estas herramientas e incluso hemos hecho actividades para que ellos también aprendieran a manejarlas y así no quedaran descolgados de las aficiones y habilidades de sus hijos. Viendo lo que muchos niños manejan, cuentan y hacen en *messengers*, *fotologs*, *blogs*, *myspaces*, etc., creo que muchos padres quedarían asustados de lo que se cuece en algunos de esos lugares.

*Domingo, 31 de agosto de 2008*

Mañana se inicia la cuarta etapa escolar. Parece que comenzará tranquila a la espera de los tramos decisivos. El equipo está con la lección aprendida: hay que esconderse al principio para que no te vigilen demasiado después. Y buscar colaboración para los momentos clave.

*Jueves, 4 de septiembre de 2008*

Tras tres días de trabajo, la novedad aparece en casi cualquier elemento de la escuela. Ando despistado y desorientado y siento cierta angustia con origen en varias causas. De cualquier modo, estoy contento por el ambiente de trabajo e implicación que se respira en la escuela.

Lo grave radica en que las dudas y despistes se han de disipar en dos días, puesto que el lunes ya acuden los niños a clase. ¿A alguien más le parecen insuficientes cinco días de trabajo para organizar el curso?

Comparto la tutoría de un aula con una compañera. Serán seis niños los que cruzarán sus vidas con la mía, a los que trataré de

ayudar y los que me transformarán en otro diferente.

*Lunes, 8 de septiembre de 2008*

Hoy ha sido el primer día en la escuela con los niños. Soy tutor del aula de los alumnos con mayor autonomía, que pueden trabajar elementos curriculares ordinarios. Con ellos estaré siete horas a la semana. Otras dieciséis horas dedicaré a las dos horas semanales de Educación Física de cada una de las ocho aulas. Una de piscina y otra en la sala.

Este mes, como ejemplo del sentido común que reina en el centro, estaré con mi grupo de tutoría y las horas de Educación Física las dedicaré a estar con la tutora de cada grupo conociendo a los alumnos y el trabajo que hacen en el aula. Ya he aprendido que en educación especial conocer a los alumnos tiene un sentido muy profundo.

Hoy he estado en la primera de las clases con la tutora. Y ha sido difícil. Simplemente el estar. Me he dado cuenta que los pocos esfuerzos que haya podido hacer estos años en mi trabajo son una auténtica birria comparados con la labor, el entusiasmo y la dedicación que se ha de invertir aquí cada minuto.

*Jueves, 11 de septiembre de 2008*

Últimamente son muchas las personas que me preguntan qué se hace en la escuela con niños con un grado de discapacidad muy elevado. Evidentemente mi formación y experiencia en este ámbito es casi nula, pero creo que supone una gran referencia pensar en las dos claves que se nombraron en la reunión inicial de curso: comunicación y autonomía. El proceso educativo en educación especial se centra en estos aspectos, que son los que abrirán diferentes opciones en la vida de los niños conforme vayan creciendo. Además, me ayuda a situarme en este desconcertante trabajo pensar que esos dos conceptos son aplicables a cualquier alumno: desde el mayor hasta el menor nivel de discapacidad, todos los alumnos pueden avanzar en su capacidad comunicativa y en su autonomía personal.

En todo caso, comenzaré mis clases de Educación Física dentro de tres semanas y no sé casi nada sobre qué actividades u objetivos plantear.

Cada niño representa una situación excepcional en cuanto a necesidades y peculiaridades y me da la sensación de que trabajar

adecuadamente con uno ya me llevaría el curso entero. Al respecto, hoy han acudido al centro dos profesionales de la ONCE para darnos información sobre la sordoceguera. Conforme iban hablando y se comenzaba a intuir el trabajo a realizar sentía que los recursos personales con los que cuento se iban haciendo cada vez más pobres e inservibles. Varios «ay, madre» han merodeado por los pensamientos en diferentes momentos.

Llegados a un punto de la reunión me he alejado de las palabras, las he dejado en segundo plano y he intentado recrear mentalmente algunos sentimientos o emociones de un niño que no ve ni oye, transitando unos segundos por ese universo oscuro y silencioso. Ponerse en el lugar del niño tiene un especial valor y significado en estos casos.

*Domingo, 14 de septiembre de 2008*

Por la ventana se ve una maravillosa luna llena. También se ven unos preciosos tonos azules en el cielo y algunas nubes rojizas que constituirían una memorable visión si no estuvieran interrumpidas por interminables edificios.

En medio de este nuevo atardecer, en el silencio que ya es compañero fiel, intento ordenar los últimos papeles recibidos, las últimas ideas y los últimos desbarajustes de una vida desordenada.

Había algunos temas de los que me hubiera gustado escribir, aunque no sabía bien cómo darles forma. Ha comenzado a sonar *To the unknow man*, de Vangelis, y se han revuelto los sentimientos. No sé si será especialmente bonita, pero en mi caso está unida a un tiempo que consigue evocar con increíble viveza (igual que *Ask the mountains*, de Enya, o *Alpha*, también de Vangelis). He viajado al instante hasta Peñarroya; por la tarde, en el salón de casa, tras llegar de dar una vuelta por el monte o con la bici, en penumbra y tumbado en una manta en el suelo. Algo de trabajo encima de la mesa, varios periódicos con noticias por recortar, un libro para la noche en la mesilla, algunos niños que pasan por la calle y me llaman, el olor de la casa, el inminente sonido del teléfono... Peñarroya.

Los niños que van andando o en bici a la escuela, los niños que pasan gritando por la calle y me llaman para enseñarme algo o para que juegue con ellos, algunas familias, mi clase llena de papeles,

láminas y cacharros, los ritmos rurales diarios, las calles silenciosas en otoño e invierno cuando los últimos niños y trabajadores llegan a sus casas, las calles ruidosas de alegría de niños que juegan en primavera y verano, la oscuridad cuando llega la noche, el olor del amacener y la naturaleza por la mañana en el paseo hasta la escuela, las últimas miradas a las montañas en ese mismo paseo un instante antes de entrar a la escuela, los niños que corren en el patio para enseñarme una mariposa, una araña, un águila culebrera que nos sobrevuela majestuosa, abrir la escuela por la mañana con unos pocos niños ya esperando, cerrar la escuela al acabar el trabajo e ir a casa ya de noche escuchando al mochuelo... cosas que echo de menos de la vida que acabo de cambiar por otra.

*Martes, 16 de septiembre de 2008*

El desdichado zarcero accidentado en la ventana de una de las aulas, un pajarico de unos pocos gramos que está en plena migración, se acercó para decirme que tranquilo, que también pasan por aquí de vez en cuando esquivando coches y edificios. Lógicamente, lo enseñamos en las clases, lo curamos, le dimos una buena ración de larvas de mosquito y pudo continuar su increíble viaje.

Lo que he leído sobre evolución y psicología parece demostrar con rotundidad que los sentimientos que despiertan los niños en los adultos tienen relación con la conservación de la especie. Esa ternura que generan las crías de los humanos no es sino un mecanismo evolutivo para asegurar la perpetuación de la especie a través de la protección de los adultos. Una mera fórmula. Cuatro reacciones químicas que activan unos lugares concretos del sistema nervioso...

Conocer esta explicación de nuestro comportamiento, averiguar que no tenemos apenas control del mismo, sino que está determinado completamente por un mecanismo evolutivo, bien pudiera generar cierta frialdad: una explicación tan asépticamente científica sobre unas sensaciones y sentimientos tan personales representan una extraña combinación. Pero no, los logros de la evolución son mucho más poderosos que nuestros azarosos y variables pensamientos.

Cada día que pasa me encuentro más tranquilo en la escuela, más contento con los niños. Voy aprendiendo sus expresiones, sus

gestos, sus sentimientos y emociones y ellos van conociéndome también a mí. Y, enlazando ahora con los párrafos anteriores, un niño que se acerca, tira de ti, te da un beso y se va, o una mano que se mueve dubitativa por el aire hasta rozar y agarrar la tuya, o unas miradas iniciales sorprendidas y curiosas que concluyen en una sonrisa que alegra el mes entero, seguirán significando, aquí o allá, algunas de las razones por las que ser maestro se encuentra entre las ocupaciones más bellas del planeta.

*Jueves, 18 de septiembre de 2008*

Otra de felicidad pedagógica. Ayer, una niña a la que podemos adornar con adjetivos como buena, educada, inteligente, curiosa, trabajadora y guapa, me escribió una carta. Esta niña tiene seis escasos años y yo sólo le di clase de Educación Física durante el curso pasado. En todo caso, nos llevábamos muy bien y fue un placer enorme tenerla como alumna. Me tomo la libertad de transcribir su escrito, que me encanta (me parece un honor que una niña de esta edad me escriba después de tres meses sin verme). Creo que sirve para ejemplificar la importancia y la riqueza, no solo a nivel pedagógico, de las relaciones que se establecen entre el maestro y sus alumnos:

«Hola, José Luis:

¿Cómo estás? Te echo de menos. Ya me han traído la bici de la comarca que gané en el concurso. Es roja y muy grande y no toco el suelo.

¿En Zaragoza ya ha empezado la escuela?, ¿has ido a la Expo? Yo sí y es muy chulo. Este verano me he acordado mucho de ti por todo lo que me has enseñado de deporte.

Pronto empezaré el cole y no sé qué maestro o maestra nos habrá tocado.

Un beso».

Este trabajo es un jaleo para las emociones.

*Sábado, 20 de septiembre de 2008*

El documento donde escribo las entradas del blog suele ser un desastre desordenado donde voy añadiendo ideas, enlaces por visitar, libros, fragmentos llamativos, temas que desearía tratar, citas, etc.

Acabo de hacer una pequeña limpieza y he comprobado que,

entre otros, dejé sin abordar dos importantes cuestiones el curso pasado: la primera consistía en haber realizado un artículo en catalán, como dedicatoria a la tierra en la que viví y trabajé durante dos años, y también para Jaime, por ser su lengua materna y, por tanto, a través de la que entiende el mundo; la segunda se refería a Ana Pelegrín, una maestra de la que me habían hablado algunos compañeros como una persona especialísima, sabia, sensible, entregada a asuntos como la poesía y la expresión corporal. Lamentablemente, sobre esta señora voy a hablar fuera de tiempo, puesto que falleció hace unos pocos días. En todo caso, no quería dejar de nombrarla y de citar algunos de sus libros: *Poesía española para jóvenes*, *Poesía española para niños*, *Huerto del limonar*, *Poetas del 27*, *Raíz de amor*, *Cada cual atiende su juego*.

*Martes, 23 de septiembre de 2008*

Comienzo el cuarto año como aprendiz de maestro y me encuentro con un cansancio sorprendente. Otros cursos me cargaba de ideas e intenciones y, pasadas unas semanas, comenzaba a dudar si podría desarrollar ese trabajo durante el curso. En este caso, la carga viene impuesta por las nuevas circunstancias y he observado algunos síntomas de fatiga que me preocupan.

Por otra parte, no dejan de repetirme el «tú tranquilo, no te preocupes, que tienes cara de susto». Será la impresión de mi cara, pero el sentimiento real no es el de miedo o similar. Al contrario, tiene que ver con sentirme poco o nada formado y preparado ante las nuevas situaciones que se presentan y con la autoexigencia de realizar dignamente mi trabajo. Tener una cara seria es agotador por la cantidad de aclaraciones que implica.

Esta semana he comenzado con las clases de Educación Física y me resulta desalentador no tener apenas nada organizado, no saber en muchos casos qué hacer. Hasta un determinado nivel de desarrollo en los niños, adaptar las ideas que tengo en la cabeza y que he consolidado los cursos pasados no resulta excesivamente difícil, pero hay otros casos en los que las adaptaciones ya no son posibles y exigen un planteamiento totalmente diferente que actualmente me desborda.

Añádase a esto que la bibliografía sobre Educación Física en educación especial es poco abundante. Apenas *El juego y los alumnos con discapacidad* y los títulos del maestro Alfonso Lázaro del CPEE Glo-

ría Fuertes de Andorra son los que he podido utilizar de momento.

Lo más lógico parece, dicho lo anterior, dejar de teclear y ponerme a trabajar.

*Jueves, 25 de septiembre de 2008*

He acudido a la tienda ciclista habitual a cambiar la cadena de la bici. Todo normal hasta que al salir me ha dicho el dueño: «... y ánimo, hombre, alegría la cara que se te ve hecho polvo». Ha sido la confirmación: mi cuerpo ha adquirido una configuración externa de la que no tengo conciencia. El problema es que tantos ánimos me han dado últimamente para mi aparente melancolía y decaimiento que lo mejor será, he pensado, adquirir realmente la condición melancólica y triste. Quizá resulte peligroso contradecir tu propia apariencia.

En la escuela sigo interpretando el número circense de los platos chinos. Ya lo he representado otras muchas veces y podría decirse que soy especialista, pero ahora tengo la mitad ya por el suelo. Tras un mes rebosante de información y novedades, espero poder comenzar la semana próxima a orientar el trabajo a realizar con cada grupo. La principal dificultad está representada por las necesidades tan específicas que tiene cada niño, que exigen una gran individualización de las actividades y, por tanto, una programación cuya complejidad se multiplica por mil. Además, algunos requieren una atención constante, por lo que las sesiones de grupo en las que hay trabajar con seis niños también me generan inquietud.

*Domingo, 28 de septiembre de 2008*

He atravesado varias etapas sobre la consideración de mi profesión que creo pueden generalizarse. A grandes rasgos, puedo decir que la consideración de los estudios de magisterio cuando uno está en la universidad es lamentable, paupérrima. La concepción de los estudiantes de otras carreras, e incluso de muchos de la propia, se refiere a unos estudios menores, muy asequibles, para personas con no demasiadas expectativas de éxito en la vida. Algo de andar por casa y para esforzarse lo justo, en definitiva.

Poco a poco, uno va estudiando, formándose, conociendo, leyendo, y llega un día en que entra en una escuela, comparte la vida con los niños, con sus las familias, y comienza a pensar que no,

que quizá esto sea más importante de lo que parecía en principio. Luego conoce a algunas personas que dedican su vida a la escuela, a la educación, a los niños, lee a grandes sabios que confían sus esperanzas de un mundo mejor a los maestros y a la escuela y, finalmente, se convence de que, como he dicho otras veces, está dedicado a uno de los oficios más bellos e importantes que existen.

Hecho este preámbulo, es deseable el respeto máximo y escrupuloso por parte de esas otras profesiones que se creen con el derecho de menospreciar, juzgar o exigir las responsabilidades que les parecen oportunas. Esta mañana escuchaba *No es un día cualquiera*, en Radio Nacional, cuando han entrevistado al pediatra Ignacio de Arana. Hablaban sobre obesidad infantil, hábitos saludables, etc. Cuando la periodista le ha indicado si no es suficiente con el ejercicio que hacen en «gimnasia» en la escuela, el entrevistado ha contestado que «muchas veces en gimnasia se limitan a cubrir el expediente para que los padres queden tranquilos», entre otras palabras.

Quizá debieran aprender en primer lugar, tanto una como otro, que «gimnasia» no existe, que supone un desprecio por las connotaciones que arrastra del pasado y que la denominación desde hace más de quince años es Educación Física. Además, el segundo podría tener la humildad de no juzgar con semejante desprecio a todo un colectivo en el que hay muchas personas que, como acabo de escribir, dedican su vida a educar niños, a hacerlos mejores, a ayudarles en su descubrimiento del mundo, a acompañarles con dedicación en un tramo fundamental de sus vidas, quizá para que luego lleguen a ser médicos. Quizá pudiera interesarse por las funciones de la asignatura a la que se refiere con ligereza, que poco tiene que ver con ese hacer niños flacos. Resulta muy poco afortunado culpar a un colectivo tan pequeño y con tan pocos medio de un problema social tan extendido y complejo.

Escribo hastiado por el desprecio que frecuentemente manifiestan hacia la educación otros profesionales.

*Sábado, 4 de octubre de 2008*

El viernes me indicó un compañero que una madre había solicitado a través del cuaderno de comunicación entre la familia y la escuela que le explicáramos cuál es la diferencia entre la fisioterapia y la Educación Física que recibe su hijo.

No pudo ser esta señora más certera en su pregunta, en tanto constituye una de mis principales interrogantes en este inicio de curso. Con los niños con mayores problemas motrices, en algunos casos con una limitación de movimiento casi absoluta, me surgieron desde el primer día importantes dudas sobre mi labor. En la bibliografía que he podido leer hasta el momento, la Educación Física, en un extraño giro epistemológico que no consigo aclarar, pasa a denominarse psicomotricidad y, en ese instante, comienzo a leer sobre contenidos y conocimientos que se me hacen no solo desconocidos (lo cual tiene rápido remedio), sino profundamente ajenos. Me refiero a que llega un punto en el que lo leído se refiere a rehabilitación, terapia y parcelas similares en las que desconozco absolutamente todo y, además, no me parecen objeto de mi trabajo.

En relación a lo anterior, existe una especie de debate que ya he escuchado en distintos ámbitos en este primer mes de trabajo: en educación especial, ¿los especialistas de Educación Física, Música o cualesquier otra especialidad, no deberían estar formados, en primer lugar, en educación especial? Mi falta de experiencia haría que responder fuera una osadía, pero, en cualquier caso, la duda se plantea.

A la familia en cuestión le respondí con la mayor sinceridad posible indicando los campos que me son propios y que intento desarrollar en mis clases: mi formación apunta, en resumen, a abordar la educación de los niños a través de las conductas motrices (aspectos cognitivos, sociales, puramente motrices, etc.) y que este era mi planteamiento de partida, bien lejano de la terapia rehabilitadora de la fisioterapia. Evidentemente, al encontrarnos con limitaciones de movimiento, las posibilidades de la Educación Física se van reduciendo y se necesitan mayores adaptaciones en las tareas propuestas, acercándonos mucho, para mi confusión, a lo terapéutico (propiocepción, estimulación sensorial, etc.), pero pudiendo plantear aún muchos objetivos que nos son propios.

Un buen lío de tremendas repercusiones profesionales y personales.

*Lunes, 6 de octubre de 2008*

El Servicio Provincial de Zaragoza ha estimado oportuno no pagarme septiembre hasta el mes próximo, así que durante octubre

me alimentaré por medio de fotosíntesis y no gastaré ni en pensamientos. La burocracia es capaz de todo.

Cuando el inicio de curso es costoso y la ciudad difícil de asumir, mantener vivo este diario resulta complicado muchos días. A pesar de todo, no sé por qué, siento la necesidad de seguir escribiendo. Con estas dificultades a cuestas, ha llegado hoy un comentario de Pilar, la señora a la que di clase de gerontogimnasia hace cinco años en Huesca, donde dice que me ha encontrado buscando información sobre *Pirineo de boj*, de Enrique Satué, que se alegra de haber llegado hasta aquí y que le gustaría saber de mi vida. Me pregunta también si me acuerdo de esas clases. Cómo no me voy a acordar de esas clases, de ellas y de Huesca.

*Miércoles, 8 de octubre de 2008*

Al margen de la desbordante cantidad de trabajo, reuniones y coordinaciones por hacer, voy asentándome a buen ritmo y las clases de esta semana ya se han parecido a lo que entiendo por unas clases decorosas. Las posibilidades de trabajo son mayores que las intuidas al principio y la clave parece encontrarse en la capacidad de probar, adaptar, pensar y trabajar del maestro. Nada nuevo, pero en mayor medida.

Esta semana he tenido dos encuentros con sendos maestros que me han sido tremendamente provechosos. Especialmente, una maestra espectacular en su trabajo diario me indicó que quizá la vía por la que estaba leyendo y avanzando no era la mejor, que ella entendía su clase como la de unos niños de educación infantil (por la edad que tienen) que requerían algunas adaptaciones en el proceso educativo. Nada más. Se parte desde la educación. Al contrario, la perspectiva que me estaba devorando partía (en mi opinión, claro) de la patología, la discapacidad y desde allí se desplegaba un programa de psicomotricidad muy cercano a lo terapéutico y rehabilitador, cuyos principios y teoría desconozco totalmente. Quizá ambos enfoques compartan muchas actividades, pero desde perspectivas muy diferentes. Esta vía que la maestra me mostró y me animó a seguir allanó buena parte de las dificultades en las que estaba tropezando. «¿Tú qué has hecho estos años?», «pues haz eso, adaptándolo, y adelante». Por eso ya llevamos unos días con clases en las que se aprende, se disfruta y en las que siento que puedo

aportar algo a los niños.

*Jueves, 16 de octubre de 2008*

Sigo haciendo unas clases demasiado improvisadas. Encuentro a diario decenas de asuntos por abordar. Todos imprescindibles, lo que resulta desconcertante e implica enormes dificultades para atenderlos satisfactoriamente. Hoy me he iniciado en el teatro de luz negra. Hacía tiempo que lo deseaba, desde que lo conocí en la escuela de Hecho. El resultado no ha sido espectacular, pero creo que encierra muchas posibilidades artísticas y creativas y, además, con relativa sencillez organizativa y económica.

*Martes, 21 de octubre de 2008*

El lunes deambulé por el centro urbano buscando información sobre material fotográfico. Fue muy confuso vivir unas situaciones tan radicalmente distintas en un tiempo tan breve. Conforme paraba en semáforos, esquivaba oleadas humanas y observaba edificios gigantes no dejaba de establecer comparaciones con las situaciones del día anterior, con las casas derrotadas, con la sencillez del tiempo, con la dureza de la vida, con la soledad absoluta.

Y vuelta a la escuela, a recuperar el ritmo frenético, la sensación de total descontrol. Hoy contaba a un compañero que jamás había sentido tal sensación de incompetencia, de no saber hacer apenas nada y de hacer mal lo poco que supuestamente sí sé hacer. Por otra parte, el ejemplo y la enseñanza ofrecida por unos compañeros entregados por completo a la escuela, con una vocación e implicación absolutas, me exigen cada día seguir trabajando con ánimo y mayor dedicación.

*Lunes, 27 de octubre de 2008*

Hoy ha sido el mejor día de escuela en lo que va de curso. Las clases van mejorando conforme aclaro mis ideas: qué puedo hacer con cada grupo, qué ritmos seguir, cómo mantener o captar la atención, etc. En lo que concierne a Educación Física he planteado una división entre los grupos que pueden participar en actividades dirigidas y los que no. De este modo, con los primeros puedo plantear una programación cercana a mi trabajo pasado, aún considerando las abundantes limitaciones motrices, y con los segundos, la mayoría, he decidido comenzar a plantear actividades relacionadas con el acondicionamiento del espacio. Esta última vía busca un de-

terminado tipo de manifestaciones motrices como efecto del establecimiento previo de distintos materiales en la sala. No me resulta fácil de encajar con la idea de Educación Física que tengo en la cabeza pero, de momento, me parece la opción más realista y funcional. De todos modos, el optimismo del día se ha de entender dentro de un marco en el que aún no sé qué hacer con muchos niños, la actividad y el dinamismo de las clases son mínimos y tengo pendientes decenas de tareas importantes para mejorar las sesiones (mejoras de orden comunicativo, fundamentalmente).

El fin de semana permitió observar el espectáculo de los quebrantahuesos con su imponente silueta y profunda mirada roja, recorrer las comarcas de la Jacetania, Alto Gállego y Sobrarbe, quedarme helado al comprobar que el pueblo observado desde lo alto era Jánovas y volver a Ansó y reencontrarme con los niños que me ayudaron a empezar a ser maestro. Anduve por la mañana con ellos, comí a su lado y pasé buena parte de la tarde escuchando sus noticias sobre la escuela y el pueblo o respondiendo sobre mi vida; también alguno preguntaba cuándo iba a volver a trabajar allí. Quedé muy sorprendido al verles tan mayores y tan cambiados.

Antes de marchar, visité la panadería y cargué el coche mientras los niños aprovechaban el polvo de la carrocería para pintar sus cosas y me miraban atónitos preguntando para qué demonios quería tal cantidad de panes. Les expliqué que en Zaragoza ya casi nadie hace pan de verdad, pero siguieron mirándome con cierta perplejidad.

*Jueves, 30 de octubre de 2008*

Sigo avanzando en la escuela, sintiéndome cada día un poco más cómodo, pero igual de inútil e incompetente. El tema de la comunicación genera la mayor parte de mis problemas y errores. Al existir dificultades de comunicación oral en la mayor parte de los grupos, cada tutor emplea distintos sistemas de comunicación alternativos o aumentativos: signos, pictogramas, pulsadores, sistemas informáticos. Mi inexperiencia, el poco tiempo que paso con cada grupo y el desconocimiento de estos sistemas hacen que los utilice de forma poco ajustada a las necesidades en la mayor parte de los casos.

Probablemente, a una persona ajena a la educación especial que

entrara en un centro específico le llamaría la atención la gran cantidad de pictogramas que acompañan muchos elementos del centro: relacionados con el calendario, con el menú diario, con distintas rutinas, con normas de clase, etc. Estos pictogramas constituyen uno de los sistemas de comunicación aumentativa que se utilizan en los centros y ayudan a los niños a comprender multitud de conceptos en cualquier ámbito (contenidos, normas, hábitos, etc.) y a relacionarlos con su grafía.

*Miércoles, 5 de noviembre de 2008*

Con el paso de los días he ido aprendiendo y adaptándome a las nuevas exigencias del trabajo. Encuentro ya recursos suficientes para avanzar con muchos grupos, pero aún quedan parcelas importantes en las que no sé qué puedo hacer, me siento profundamente inútil y la falta de recursos me crea una inquietud difícil de digerir.

Esta semana he mantenido una reunión con el responsable de las actividades extraescolares, puesto que existe interés en la mayor coordinación posible entre la Educación Física del centro y las extraescolares relacionadas. Esta coordinación representa un objetivo que siempre se plantea en mil documentos para quedar bien, pero nunca hasta ahora la había llevado a efecto de forma real. Como todos los demás aspectos organizativos del centro, parece funcionar a la perfección. Los monitores que impartirán las actividades son personas con experiencia en la actividad física con discapacitados y con una gran formación. Además, han mostrado interés por integrarse en esta forma de trabajo coordinado y por compartir las ideas que surgen de los distintos profesionales implicados.

Una maestra me dejó la pasada semana *Kathrin habla con sus ojos*, un libro que explica la vida, las ilusiones y problemas de una niña con dificultades motrices y comunicativas que emplea sistemas de comunicación alternativos y que está escrito con la colaboración de la propia niña. Al entregármelo me dijo: «para que entiendas mejor cómo es la vida de algunos de estos niños». Añadiré una frase expresada por la niña y que ocupó ayer mis últimos pensamientos antes de abandonarme a la cada día más necesaria

<sup>8</sup>PIEE: Siglas correspondientes a «Proyecto de Integración de Espacios Escolares», que persigue la utilización de espacios escolares de los centros docentes, para actividades educativas que no forman parte del currículo oficial de los centros, frecuentemente fuera del horario lectivo.

oscuridad de los sueños: «No ser capaz de reírse sería peor que no ser capaz de hablar».

Ayer recibí dos nuevas cartas de los niños de Peñarroya, en una nueva evidencia de que las muescas que cada grupo de niños imprime en la vida del maestro van mucho más allá del veintiuno de junio.

*Martes, 11 de noviembre de 2008*

Las circunstancias para escribir son desastrosas, o quizá optimas, a saber.

Esta semana han comenzado en la escuela las actividades extraescolares gestionadas por el Proyecto de Integración de Espacios Escolares (PIEE)<sup>8</sup>: actividades deportivas, ludoteca, danzaterapia, etc., por lo que existe un trasiego constante de niños cada momento de la jornada escolar. Todos los niños comen en la escuela, lo que favorece su inclusión en diferentes actividades. Repasando los distintos modelos de gestión de estas actividades que he conocido, el que estos días observo representa un modelo ejemplar y supone un importante apoyo de las actividades curriculares lectivas.

Por otra parte, mañana acudo con mi clase a una exposición de insectos de la sala Joaquín Roncal. Aprovechamos para salir a comer por la ciudad utilizando el transporte urbano y así incidir en aspectos de la autonomía personal muy importantes para los niños. Esta salida es muy diferente a todas las que he hecho otros años e implica buena cantidad de inquietudes y nerviosismo para que todo salga aproximadamente según lo previsto y no haya problemas (médicos, en primer lugar). También es difícil ajustar la idoneidad de los contenidos de la salida al nivel de los niños, lo cual supone otra preocupación.

*Lunes, 17 de noviembre de 2008*

En algunos de los trabajos que he tenido he sentido duramente el peso de la inexperiencia, el sabor amargo de los primeros lances en los que la falta de conocimientos, las dudas y los nervios te juegan malas pasadas y te hacen sentir profundamente incapacitado para ese trabajo, además de provocar una gran preocupación e inquietud que acaban afectando al resto de ámbitos durante un tiempo.

En todos los casos, poco a poco, no sé si por el esfuerzo personal o por el simple paso del tiempo, la situación se ha reconducido

y he logrado sentirme cómodo en mi labor. He disfrutado con mi trabajo (alguien me recordaba hace poco que esto representa la clave, o al menos un buen indicador, de que el proceso marcha bien) y las personas con las que he trabajado han acabado, en general, satisfechas (aceptando que siempre hay personas con las que no se logra conectar). Este tiempo me ha mostrado que no soy una persona de inicios espectaculares (especialmente con adultos, que suelen interpretar de variopintas formas mi talante inicial tímido, serio y expectante), sino que las alegrías, satisfacciones y demás aspectos positivos suelen llegar poco a poco, conforme va aumentando el conocimiento y la compenetración con el grupo, conforme el trabajo va dando lentos pero dulces frutos.

Recuerdo como ejemplo significativo a Alicia, una señora que pertenecía a un grupo de gerontogimnasia de Huesca y que me hizo pasar una mala temporada. Para mí, todo eran dudas sobre qué hacer en las clases, qué objetivos plantear, qué no debía hacer, cómo manejar al grupo, etc. Y en tales circunstancias esta alumna acabó una de las clases criticándome a voces y expresando su disgusto con poca cortesía. Entonces, y probablemente ahora ocurriría lo mismo, esta querida señora me dejó hecho trizas, sintiendo que no servía para aquello, para nada quizá, y con una terrible presión e inquietud durante cada sesión posterior. Con el paso de las semanas Alicia acabó convirtiéndose en una estupenda alumna encantada de estar allí y finalmente sintió mi marcha al cabo de dos años.

Hasta la fecha, el presente curso sigue este proceso personal señalado para los trabajos nuevos y extraordinariamente difíciles: el del arduo comenzar. Habiendo vivido otros inicios similares, quizá la calma sería la emoción más ajustada a la realidad, pero ocurre todo lo contrario: siento tal falta de recursos que dudo profundamente sobre el futuro que se acerca. Ya han transcurrido más de dos meses de curso y sigo sintiendo a los diez minutos de muchas clases ese pensamiento resumible en «la fastidiaste, esto que has planteado no tiene ningún sentido aquí; quedan cincuenta minutos de clase, tú dirás qué hacemos coherente y digno ahora».

Además, los otros inicios difíciles, las otras incertidumbres desconcertantes, los he vivido en entornos naturales maravillosos con una evidente potencia para dispersar torbellinos mentales y provocar paz espiritual. Ahora, cuando pido auxilio al paisaje, ape-

nas me ofrece un chorro de humo negro, una paisaje enladrillado, un pitido estridente o un cielo triste.

*Lunes, 24 de noviembre de 2008*

De nuevo estoy enfermo. Es la enésima vez en lo que va de curso que dejo de acudir al trabajo por enfermedad, lo que aumenta mi sensación de falta de control del trabajo que tengo entre manos y mi sensación de incompetencia. De hecho, creo que ya he faltado más días durante el presente curso que durante los tres años anteriores juntos. Analizando las causas, se puede considerar la perspectiva budista de la salud, relacionada con el equilibrio vital, un tanto desajustado últimamente, y también se puede observar, en sentido más tradicional, las horas diarias que paso a remojo en la piscina de la escuela.

Aprovechando los lúcidos momentos de fiebre, sigo indagando y creo estar ya casi convencido de que la conciencia, nuestro hipotético concepto de uno mismo y del mundo, es una pura quimera, una mentira, una ilusión. De hecho, espero el momento en que aparezca una pequeña grieta o algún agujero diminuto en la realidad que demuestre el engaño. Un resquicio del que tirar como si de una pared empapelada se tratase y que acabe mostrando algo con sentido al otro lado; no sé qué tipo de realidad, pero otra, pues estoy seguro que esta no puede ser la auténtica: es excesivamente extraña y hay demasiadas partes que no encajan. Una realidad cierta no puede generar y mantener tantas dudas.

*Viernes, 28 de noviembre de 2008*

Los centros de educación especial suelen tener algún centro de educación ordinaria de referencia en el que realizar distintas actividades conjuntas. Incluso, como en el caso de la escuela en la que trabajo, directamente son instalaciones contiguas que facilitan la conexión. Así, hay alumnos en situación de educación combinada que realizan asignaturas en ambos centros, niños que realizan actividades extraescolares en la escuela ordinaria, recreos compartidos en ambos lugares o clases que colaboran en diferentes actividades de integración y sensibilización.

Ayer precisamente pasaba una clase del otro centro para compartir el tiempo de recreo. Era la primera vez que pasaban: niños de infantil, una cantidad ingente de ellos hasta el punto de parecer una

especie de invasión de alienígenas bajitos y silenciosos, expectantes y curiosos. Cuando los vi, me planté delante de su fila, les cerré la puerta del pasillo que debían atravesar y les indiqué fingiendo enfado que por allí estaba prohibido pasar. Rápidamente mostraron una cara a medio camino entre la sorpresa y el susto, mientras los cincuenta o sesenta ojos del grupo miraban alternativamente a su profesora y a mí. Hecha la broma, les pregunté si querían ver la sala de Educación Física que teníamos y me respondieron que sí, lógicamente. Al entrar se sorprendieron de nuevo ante algunos materiales y, aquí el motivo de esta entrada y de la cavilación, cuando les dije que jugaran un rato si les apetecía, comenzaron a correr como posesos, a saltar sobre las colchonetas y a moverse compulsivamente dentro de la piscina de bolas. Todo en medio de un griterío fantástico y de un desbarajuste general. En el momento preciso, la maestra les indicó que hicieran una fila para marchar, la formaron y desaparecieron en busca de otro espacio que colonizar.

Y allí me quedé pensando en medio de la sala vacía, con el alllido lastimero de un par de pelotas que habían sido retorcidas hasta la luxación, tras semejante espectáculo de movimiento y sonido. Después de tres meses en este centro, la Educación Física no es la asignatura en la que de distintas maneras los niños plasman ese movimiento por el que aún siente tantísimo placer y que surge de un modo espontáneo, sino que muchos niños, por distintas razones (escasas experiencias previas, alteraciones cognitivas, nivel motriz precario, relaciones poco funcionales con los compañeros...), no manifiestan un impulso natural hacia el juego y el movimiento, lo que condiciona y dificulta absolutamente el sentido de las clases y del trabajo del maestro de Educación Física. En muchos casos mi papel consiste en animar a los alumnos e incitarles al movimiento, lo que resulta impensable en una escuela ordinaria.

Por otra parte, tras tres meses de fallos e inquietudes, he acabado perdiendo la conciencia de lo que sé hacer y, especialmente, de lo que sabía hacer. Me cuestiono si realmente en el pasado hice en realidad algo provechoso o la incompetencia presente es trasladable a los cursos precedentes. Los recuerdos son muy puñeteros y existe evidencia de que están absolutamente modelados por la mente y las experiencias posteriores; quién sabe.

En pocas horas saludaré a los niños con los que he compartido

los últimos dos años de vida: los niños de Peñarroya que aún me envían sus cartas.

*Lunes, 1 de diciembre de 2008*

El sábado visité Peñarroya de Tastavíns. Fue una tarde maravillosa. En las calles del pueblo se mezclaron los encuentros donde los niños mostraban sensaciones de indiferencia, de vergüenza o de cálida bienvenida. La hospitalidad y amabilidad de algunas personas me hicieron sentir vivamente parte de ese lugar. A menudo, cuando recorro lugares por los que mi vida ha pasado, me siento como un extraño, como un turista estúpido que pasea por donde ya no le corresponde y que, desde la calle, mira atontado a través de las ventanas de una casa en la que un día vivió. Odio esa sensación, y por eso siempre me debato entre las ganas enormes de volver y la vergüenza de no pertenecer ya al lugar. Y el eterno alimento de la nostalgia: recorrer un espacio que encierra anécdotas, aventuras y emociones en cada uno de los milímetros que lo componen: una excursión con los niños, un recorrido con la bici, la emoción de un amanecer, una charla con un compañero, la soledad y el silencio de las tardes de invierno, las lecturas que me acompañaron...

*Miércoles, 3 de diciembre de 2008*

Mi abuelo nació en Villarroya de los Pinares, Teruel. Con él y con mi abuela pasé muchos días de mi infancia en su casa situada en el campo, en las afueras de una ciudad aún habitable: el paraíso para perseguir lagartijas, buscar renacuajos, coger los huevos de las gallinas recién puestos, comer higos subido en el árbol, observar el sigilo de los gatos cazando ratones, descubrir los nidos de los abejarucos o jugar con el barro; la lista es interminable; lastimosamente muchos de estos placeres no están hoy al alcance de los niños. Una de mis actividades preferidas consistía en escuchar los cuentos que él sabía. Cuentos que alimentaban cálidamente no sé qué parte del corazón y que tejían en mi memoria imágenes y pensamientos sugeridos por su cadenciosa voz. Cuentos repetidos una y un millón de veces, cuentos conocidos letra por letra, pero que conseguían sorprender, mantener en vilo o hacer sonreír cada vez que eran contados.

Estas narraciones fueron grabadas por un estudiante para un trabajo universitario en 1985, lo que me permitió dar con ellos y

recuperarlos unos años después, en 1998.

El primero se titula *El medio pollico* y supongo que será un cuento popular de amplia difusión, puesto que también es conocido en pueblos del Matarraña (*El mig pollet*).

Pronto serán contados en la escuela.

*Martes, 9 de diciembre de 2008*

Después de tres años de experiencia tengo claro que la pertenencia del maestro al lugar donde trabaja es fundamental o, si se prefiere, valiosísima. Llegar a clase sintiéndote del mismo lugar que los niños, conocer las tradiciones en las que los alumnos participan, ser consciente de las preocupaciones y dificultades de los habitantes del pueblo, poder compartir una tarde de juego, conversar por la mañana de camino a la escuela con los niños y sus familias y otros mil argumentos apuntan hacia las favorables opciones que se generan. La ampliación de las posibilidades pedagógicas (el simple hecho de conocer un camino para hacer una excursión, o poder incidir en la flora y fauna local, por ejemplo), o el aumento de la confianza y la complicidad con el maestro, justifican sobradamente el valor de esta vida integrada en el lugar de su escuela.

Esta vida es hoy cada vez más complicada: las escuelas rurales sufren la despoblación que afecta a casi todos los pueblos (lo que implica menos servicios y, por tanto, condiciones menos favorables para establecerte; las relaciones sociales también quedan muy condicionadas), el aumento del número de maestros por centro (tutores, especialistas...) dificulta el alojamiento en poblaciones pequeñas (las casas del maestro son lujos ya casi desaparecidos), el sistema de traslados supone un continuo movimiento de maestros que difícilmente echan raíces en los pueblos más alejados de las ciudades.

En todo caso, los perjudicados son los niños, que crecen sin disfrutar de un proyecto pedagógico de medio o largo plazo y con maestros muy alejados de sus vidas.

Esta reflexión ha surgido tras un encuentro con un maestro que me ha señalado lo terrible que resulta vivir en un lugar donde los niños te conocen y frecuentemente te cruzas por la calle con alumnos y sus familias.

*Domingo, 14 de diciembre de 2008*

Desde hace unas semanas, cada jueves se desarrollan reuniones entre los tutores de cada aula y el resto de personas que entran en su clase: fisioterapeutas, logopedas, Educación Física, etc. Durante las mismas, el tutor expone información detallada de sus alumnos, mientras que el especialista explica su trabajo con cada niño y los objetivos que plantea en cada caso.

En la última reunión celebrada, un tutor me recomendó la película *El aceite de la vida*. La acabo de ver y creo que ofrece una visión útil para los que deseen conocer algunas características de las llamadas «enfermedades raras». En este caso denominada Adrenoleucodistrofia, que forma parte de las crueles enfermedades que conducen a la degeneración progresiva del sistema nervioso.

Tengo algo que escribir pero no encuentro las palabras. Ser maestro de niños que tienen discapacidades y algunas enfermedades asociadas está suponiendo un reto profesional de cuya superación tengo enormes dudas, pero, además, supone vivir experiencias muy intensas y especiales en el plano personal. Esta intensidad, las novedades en todos los sentidos, están haciendo que estos primeros meses de curso constituyan un tiempo extrañísimo, de sensaciones difíciles de interpretar, de nervios como nunca antes (y lo escribe un nervioso), de desorientación.

*Miércoles, 17 de diciembre de 2008*

Acabaré el dos mil ocho con la sensación de fatiga y agotamiento mayor desde que intento ser maestro. El recuerdo de otros cursos tiene que ver con meses de mayo y junio llenos de alegría y energía. Sin embargo, esta vez experimento, sin llegar a los cuatro meses de trabajo, una necesidad de descanso y desconexión nunca antes sentida. Me disgusta esa necesidad de vacaciones, me parece una evidencia indeseable.

Tras este tiempo y con el primer trimestre ya finalizado, percibo nítidamente algunos progresos experimentados (desde la simple adaptación a un entorno tan diferente y especial hasta el planteamiento de sesiones con cierta coherencia y adecuación a los alumnos), pero sigo haciendo sesiones tan ridículas e improcedentes como la primera semana de curso.

Quizá el año finalice la semana próxima con un encuentro clandestino de Educación Física, con dos asistentes apuntados por el

momento. Otro obstáculo que añadir al curso: el alejamiento de compañeros de Educación Física con los que aprender. Igual que escribo aquí sin saber bien por qué, simplemente porque existe un impulso y una necesidad de hacerlo o, quizá, porque la vida se ve de otra manera cuando es contada, también siento la necesidad de avanzar y ofrecer algo mejor en el trabajo.

*Domingo, 21 de diciembre de 2008*

Los festivales navideños suponen un gran alboroto en la escuela durante muchos días y mi opinión hacia ellos no era demasiado favorable, pero he ido conociendo distintos modelos y enfoques que me han hecho cambiar sustancialmente la opinión. En concreto, observar las producciones realizadas por los grupos de alumnos de Alfredo Larraz en Jaca en torno a la expresión corporal obliga a considerar las posibilidades que tal momento ofrece. El problema auténtico lo he observado cuando la celebración se considera una obligación impuesta por los padres, por la tradición o por el pueblo y se preparan actividades repetitivas que no aportan nada a los niños e incluso hacen perder tiempo de trabajo en otras parcelas. La opción opuesta significa entenderlo como una oportunidad para trabajar contenidos variadísimos con el añadido que supone el festival en cuanto a motivación, alegría o responsabilidad. Así, contenidos de expresión corporal, de dramatización o de trabajo internivelar (trabajo cooperativo entre alumnos de distintas edades) encuentran un momento óptimo para su desarrollo.

Han pasado unos pocos minutos desde que ha concluido el festival de este año y creo que en educación especial las consideraciones anteriores aún tienen mayor sentido: trabajo de autonomía, superación de miedos, aceptación de responsabilidades, acompañamiento y ayuda de compañeros más jóvenes o afectados, gestión del tiempo y el espacio, control de las emociones, aceptación de espectadores y comportamiento adecuado, son unos pocos ejemplos de los muchos elementos que durante unas decenas de minutos los niños ponen en juego. Y, por supuesto, la alegría que se vive durante ese tiempo es magnífica. La alegría es probablemente lo único importante en la vida y si se refleja en la cara de los niños supone un motivo suficiente para hacer casi cualquier cosa.

Durante el ensayo de la mañana ha ocurrido algo fascinante para un maestro de pedagogía terapéutica, así que directamente milagroso para un despistado y novato maestro de Educación Física como yo. En un momento dado, he acercado el micro hasta una niña a la que nunca había oído emitir palabras, solo algunos sonidos, y ha dicho un claro y nítido «hola». Su maestra se ha acercado y ha comenzado a nombrarle diferentes palabras que la niña ha ido repitiendo con asombrosa claridad: «hola, adiós, quiero chocolate, feliz navidad, etc. ». Así durante diez o quince minutos. Escuchar esta especie de milagro comunicativo espontáneo y repentino ha ido provocando caras de emoción y asombro en los que estábamos en la sala y en el resto de personas que han llegado corriendo. Imagino que acontecimientos como este serán los que me acompañarán en forma de recuerdos memorables.

*Miércoles, 24 de diciembre de 2008*

Siento cierta alegría por haber superado cuatro meses de curso difícilísimos. Estoy feliz por ello, por sentirme cada día más contento y compenetrado con los niños y por tener el privilegio de trabajar al lado de maestros ejemplares para los que los alumnos son la prioridad y todo lo demás va por detrás. Pensando en aquellos que señalan mi pesimismo vital, he aquí un gran ejemplo de fortuna y alegría.

Este diario sigue siendo un instrumento privilegiado para compartir ideas, libros, esperanzas y angustias. Por ello, y por las perspectivas de la realidad que automáticamente se amplían al escribir sobre ella, espero seguir escribiendo durante el dos mil nueve.

*Viernes, 16 de enero de 2009*

Este año, este curso y esta ciudad no favorecen especialmente la lectura personal, pero los libros siguen engrosando atropelladamente la biblioteca. *Mal de escuela* es una obra del escritor francés Daniel Pennac; un libro que trata, aproximadamente, sobre las desventuras juveniles en el tortuoso camino escolar a pesar de las cuales se descubren interesantes caminos y florecen estupendas vidas conforme pasan los años y los problemas se reconducen.

Y una película, *Las normas de la casa de la sidra*. Creo que algunas miradas cómplices que se dan entre los niños del orfanato encenderán alguna lucecilla en el interior del maestro que la vea.

Supongo que existirá algún nombre para la enfermedad consistente en desear justamente lo que ya pertenece al pasado y para no valorar lo que se vive en el presente. Y que, siguiendo la lógica, pasará a añorarse en unos meses. Es la mía y sus dolores son tan nítidos que hacen creer en el engaño.

Hay algunas clases que me dejan sin absolutamente ningún recurso, simplemente sin saber qué hacer frente a un grupo de niños con un buen montón de minutos por delante. En Educación Física no he realizado en todo el curso ninguna progresión coherente en las clases, sino que cada sesión ha significado intento para comprobar si un contenido concreto podía funcionar con el grupo. Aunque he ido afinando ligeramente en la adecuación de estos contenidos a cada grupo, realmente sigo sin ser capaz de establecer algún hilo conductor que dé significado y continuidad a distintas sesiones. Una unidad de aprendizaje con varias sesiones que se suceden y dan sentido al conjunto es actualmente una ilusión. Con algunos grupos, como los formados por los niños más pequeños y afectados, las dificultades de programación son aún mayores.

En este probar, muchas veces un material determinado es el que desencadena las ideas y las alternativas. Por ejemplo, en los últimos días he probado actividades con globos. Pensé que sus movimientos lentos facilitarían tareas que de otro modo los niños no pueden realizar. Como otras veces, en varias clases durante el primer minuto ya he constatado que aquello no iba a funcionar. Por miedo, falta de interés u otros motivos desconocidos, los alumnos apenas han hecho algo de lo que había previsto antes de empezar. Y entonces comenzamos otra clase donde los minutos avanzan con retorcida lentitud.

*Domingo, 1 de febrero de 2009*

Durante la semana recién concluida algunos niños de la escuela acudieron a participar en los Juegos Escolares de Aragón. Estos juegos establecen un calendario de actividades a lo largo del curso en el que los diferentes colegios van participando. Para los centros de educación especial se plantean juegos y deportes ordinarios y también actividades adaptadas que permiten la participación de niños con distintas discapacidades motrices o cognitivas. Algunas de estas actividades adaptadas incluso se han desarrollado oficialmente y supo-

nen una práctica reglada competitiva, como es el caso de la *boccia* (similar a la petanca). Al margen del tiempo de práctica real en estas actividades y de los aspectos más específicos relacionados con la actividad, en las dos sesiones ya desarrolladas creo haber podido comprobar que buena parte del sentido de la actividad viene dado por las diferentes relaciones sociales que allí establecen los niños, por los procesos psicológicos que ponen en marcha para adaptarse y adecuarse a un espacio, una actividad y unas personas diferentes y por todos los aspectos secundarios que intervienen en cualquier salida escolar, considerando que probablemente en educación especial adquieren un protagonismo aún mayor por su relación con los aspectos comunicativos y de autonomía personal.

Comenzamos febrero dejando atrás el ecuador del curso. No dejo de repetir mentalmente los meses ya transcurridos y de sorprenderme por ello. Cinco meses que gráficamente se representan con una gigantesca y ondulada montaña rusa.

*Domingo, 8 de febrero de 2009*

La semana concluida ha sido empleada en la escuela para realizar las reuniones de evaluación con el tutor de cada aula. Ha resultado un trabajo muy complicado y laborioso; realmente los objetivos que he podido plantear en Educación Física son muy mejorables, son un desastre probablemente, pero hay una parte muy positiva consistente en lo mucho que he aprendido en las charlas con cada tutor.

*Domingo, 15 de marzo de 2009*

Convirtamos en imagen el trayecto que recorre el maestro desde su casa hasta la escuela cada mañana. Observemos cada uno de los elementos de la imagen: qué sentimientos se reflejan en su cara, cuánta luz hay en el ambiente, qué elementos aparecen en el paisaje, a qué huele en esos instantes, qué indumentaria viste, a qué velocidad avanza hacia su destino, qué medio de transporte utiliza, qué caras muestran las otras personas con las que comparte instantánea...

Puedo describir con fidelidad absoluta mis cuatro experiencias docentes a partir de estos trayectos realizados cada mañana desde el lugar de dormir hasta el lugar de trabajar: recuerdo unos trayectos oscurísimos, casi negros y con caras temerosas. Recuerdo tra-

yectos verdes y sonrientes, en compañía de alegres caminantes, paseos empedrados hasta mi clase con olor a madera. Recuerdo también otros desplazamientos más empinados, con solicitud de mayor esfuerzo, acompañado de niños y de gorriones, golondrinas y vencejos que anunciaban el prometedor comienzo de la vida un nuevo día. Ya comienza a formar parte de la memoria un nuevo camino extraño, confuso, en el que no acierto a observar las montañas, el cielo amplio o los pájaros, y en el que comparto trayecto con algunos niños que se apresuran, aún dormidos, hacia su escuela cercana mientras sus padres apuran el primer cigarro del día.

Quizá sean esos niños lo más significativo de mi última foto. Son niños que se dirigen a una escuela contigua a la mía y que cada día han de cruzar veinte carreteras, ir acompañados de un adulto para evitar peligros, caminar por una estrecha acera que cede el espacio urbano al dominante automóvil y observar antes de comenzar su jornada un lienzo compuesto por edificios enormes, tiendas, coches y asfalto.

Pienso en los niños que me acompañan en cada una de las cuatro imágenes y creo que una diferencia sorprendente media entre las vidas de unos y otros. Me permitiré indicar, al menos, que hay algunas maneras de comenzar el día más afortunadas que otras.

*Viernes, 27 de marzo de 2009*

Antes de comenzar este curso no sabía prácticamente nada sobre el autismo. Ahora, tras siete meses en un centro de educación especial, sé dos cosas: trabajar con niños autistas es terriblemente difícil y profundamente sorprendente.

Durante la formación universitaria, apenas estudié generalidades sobre este trastorno: el frecuente retraso mental asociado, los problemas comunicativos y emocionales o la necesidad de rutinas claras y elementos anticipatorios. La comunicación es probablemente el asunto más complejo: podemos observar niños que se comunican con normalidad a través de dispositivos electrónicos, otros que lo hacen a través de fichas estructuradas en tableros de comunicación o los que manejan el lenguaje oral con mayor o menor funcionalidad.

En este campo de la comunicación he conocido sorpresas mayúsculas: el niño que, tras varios meses sin emitir palabra algu-

na, comienza a repetir las palabras que su tutor le indica a través del micrófono, el niño que responde la fecha cada mañana a través de su artilugio electrónico navegando entre carpetas y subcarpetas hasta llegar a la respuesta correcta o el niño que repite sistemática e infinitamente las mismas fórmulas gramaticales y las mismas palabras cada día.

Por otra parte, los alumnos con la capacidad comunicativa más restringida son los que plantean un mayor reto pedagógico: por una parte es difícilísimo transmitirles las actividades, las intenciones, el sentido de las tareas y, por otra parte, resulta frustrante (más aún sin contamos con inexperiencia) captar sus mensajes, puesto que un lloro o un grito puede significar desde «el agua está fría», hasta «no me encuentro bien porque tengo miedo», pasando por «no quiero hacer esta actividad y preferiría hacer mis tareas rutinarias».

Quizá la cara más mediática del autismo sea la representada a través del cine por personas con autismo que tienen muy desarrolladas algunas capacidades. La realidad se muestra con mayor aspereza, pero no es infrecuente encontrar algunas facultades inusualmente elevadas, generalmente relacionadas con la memoria. En concreto, podría contar el caso de un niño que me preguntó el primer día de curso mi dirección (calle, portal, puerta), plaza de garaje, marca y modelo de coche, etc. Al cabo de varios meses, en febrero creo, escuché algunas palabras de una conversación entre adultos y al acercarme me indicaron que, si quería, preguntara a este niño por mis datos. Él repitió escrupulosamente la información que le había citado unos meses atrás. De igual modo con el resto de trabajadores del centro y con otro buen puñado de datos de diversa y sorprendente índole.

Estos grupos resultan desconcertantes y trabajar contenidos propios de Educación Física con rigor está representando, hasta la fecha, un imposible.

La ONU ha declarado el día dos de abril Día Mundial de Concienciación sobre el Autismo. Estamos llegando a un punto en el que cada día es el «Día» de cincuenta mil causas y asuntos, por lo que, a mi juicio, se pierde buena parte del sentido. En todo caso, leer la noticia me ha permitido describir someramente esta realidad que tan cerca vivo este curso.

*Viernes, 3 de abril de 2009*

Existe un pueblo aborigen australiano que considera un sinsentido celebrar cada cumpleaños. «¿Dónde está el mérito de ser un año más viejo?», preguntan. Cuando el occidental despistado les pregunta qué celebran entonces ellos, contestan: «hacemos una gran fiesta cuando podemos celebrar que somos mejores».

Doce y media de la noche. Comienza el tres de abril. A saber qué deparará. Llevaba setenta minutos en la cama, pero no era buen momento para conciliar el sueño. Creo que escribir será lo mejor. Para quienes puedan tener dificultades en entender el sentido de un diario como este: qué mejor argumento que tener que levantarme de la cama de propio para escribir, para entenderme y para sentir el efecto narcótico de cada palabra susurrada en la oscuridad del salón.

Mañana concluirá el segundo trimestre del curso. Entre dudas y tropezones han pasado ocho meses. Si algo define mis últimos meses son las nuevas sensaciones. No juzgaré ahora si buenas o malas. Nunca, por ejemplo, había sentido la necesidad de viajar buscando serenidad y ahora la siento en el interior del tuétano de cada hueso, allí donde se forma la sangre que luego fluye por el corazón y el cerebro. Siento la inaplazable obligación de subir muy alto, muy solo, hasta la cabecera de un valle lleno de aire limpio, sentarme y dejar pasar el tiempo.

A los ya numerosos problemas que tengo para adaptarme y hacer lo mejor posible mi complicado trabajo de este curso, he de sumar el de la salud: ya he superado con creces este año el número de días ausente en el trabajo por enfermedad durante los cuatro cursos anteriores. Estas ausencias me generan una enorme ansiedad, puesto que siento que estoy fallando a mi obligación con las aulas en las que ese día trabajo (con los niños y con su tutor), y significan, por otra parte, un obstáculo importante para la necesaria continuidad en el trabajo cotidiano (aunque solo falte un día, al volver ya he perdido cosas importantes). Finalmente, no aporta nada positivo a la imagen que ofrezco al resto de compañeros.

*Lunes, 20 de abril de 2009*

Desde hace semanas apenas escribo sobre cosas de la escuela. Es probable que la intensidad emocional del año escolar me haya

dificultado notablemente escribir sobre ello. Es posible que la terrible desorientación de estos meses pasados no haya permitido hablar de casi nada con criterio o con ilusión. Dos cambios sustanciales están ocurriendo:

Tras ocho meses de clases (¡ocho meses sin saber qué hacer!), estoy comenzando a atinar en las sesiones. Al menos, voy atisbando qué puedo hacer con cada grupo, lo que significa que la clase funciona y yo vuelvo a recuperar el placer en mi trabajo. En ocasiones, lo aprendido en este tiempo significa aceptar con calma el exiguo margen de acción que algunos grupos permiten y trabajar pacientemente sobre tal margen. En algunos casos comienza a surgir cierta complicidad que otros años ha constituido el origen de un buen porcentaje de la felicidad escolar.

Por otra parte, una persona especial ha comenzado a trabajar en mi colegio. Con quien he compartido ya un tercio de vida trabaja ahora en la sala contigua. Supongo que se está gestando una historia curiosa que tendré que contar si alguien me consulta acerca de mi trabajo una vez esté jubilado, mientras repaso las tomateras, observo el nogal y recojo los huevos de las gallinas.

*Lunes, 11 de mayo de 2009*

*Piagetenses* es el blog de la escuela de educación especial Jean Piaget de Zaragoza. Aquí los alumnos, de momento los más mayores, van contando algunas peripecias de sus vidas. Un nuevo pedazo de escritura que refleja la vida.

Hace tres días salieron los listados de los tribunales para la oposición de maestro de primaria en Aragón. Hace dos años prometí solemnemente preferir la cárcel o varios meses sin sueldo ni empleo a volver a semejante situación. Sentía curiosidad por comprobar si sería capaz de mantener el sagrado juramento, pero no ha habido lugar. Tendré que esperar otros dos años para poner a prueba mis principios.

*Jueves, 14 de mayo de 2009*

Comencé el curso desorientado, cada alumno me sorprendía e incluso alguno me asustaba, no sabía nada de sus vidas, de sus maneras de entender, de expresar, de sus modos de mirar y de sentir, no sabía de un sistema de trabajo que exigía grandes dosis de cooperación e ilusión, no sabía...

Ahora, cuando observo algunos avances notorios en algunos grupos o con niños concretos, me planteo si realmente es un avance, o simplemente he aprendido a mirar, a interpretar sonrisas, detalles, pequeños movimientos o intenciones que meses atrás me resultaban inaccesibles y desapercibidos.

Hemos alcanzado situaciones de buena conexión entre alumno y maestro que echaba íntimamente de menos, pero por caminos diferentes. Hemos alcanzado el mismo punto que otros años, hemos sentido cosas parecidas, aún sin existir comunicación oral, estando la motricidad alterada o los sentidos limitados.

*Martes, 26 de mayo de 2009*

Coscorrón es una palabra maravillosa, plena de sonoridad y de sentido que, además, forma parte del vocabulario gestado en etapas infantiles de la vida, entre juegos, carreras, moraduras y bocadillos de queso con tomate. Hoy ha aparecido esta palabra y me ha recordado la importancia de la seguridad en determinadas prácticas de Educación Física. Afortunadamente, ha aparecido en mi propio cuerpo. En los tiempos modernos al coscorrón se le llama traumatismo craneoencefálico leve. Coscorrón escolar gordo, al fin y al cabo.

Hace unos días pensaba en mis años de estudios universitarios, en sesudas clasificaciones y organizaciones conceptuales, en hondas reflexiones, en decenas de trabajos y cientos de hojas llenas de letras y letras que intentaban abarcar y delimitar el hecho pedagógico. Y pensaba todo esto durante los casi cuarenta y cinco minutos de sesión de piscina en los que me dediqué a dar infinitas vueltas a la misma con un niño en brazos mientras le daba besos en la mejilla para que se calmara y se relajara mínimamente.

También durante la animada semana pasada acudieron a la escuela unos alumnos de otro centro zaragozano que, junto a su terapeuta, nos enseñaron a jugar a *boccia*, deporte similar a la petanca adaptado a las personas con graves limitaciones de movimiento. Resultó impactante observar a los participantes jugar y tomar absolutamente todas las decisiones relativas al juego. Y verles sonreír satisfechos tras cada jugada, especialmente teniendo en cuenta que el aplauso recibido no era gratuito, sino que se debía a una acción que auténticamente habían desarrollado ellos, lo que constituye un

pequeño tesoro en el universo de la educación especial.

Y despedida con los libros: la biblioteca escolar comienza a tomar forma. Con ideas prestadas de unos y otros se va poniendo en marcha un espacio que acaba de nacer, donde no hay apenas ni muebles y que en poco tiempo ha de convertirse en un lugar de referencia en el colegio, en un pequeño rincón que genere importantes recursos pedagógicos para cada una de las aulas.

*Domingo, 31 de mayo de 2009*

El miércoles pedaleaba cerca de la ciudad cuando, a lo lejos, observé un animal. Un poco gordo para ser un gato, poco estilizado y torpe en sus movimientos. Unos segundos más tarde estaba junto a él. Era Tastavín, un cachorrillo perruno abandonado que deambulaba por la cuneta con miedo y desorientación. Paré y entonces observé otras cinco cabezas que se asomaban por encima de las hierbas circundantes.

Tastavín vino en bici hasta casa, haciendo quince kilómetros metido en el maillot con la cabeza asomando por el cuello. Sus hermanos vinieron en coche después. Y por los pelos, pues un zorro estuvo a punto de cumplir con el principio natural según el cual los más débiles sirven de sustento para los más fuertes.

Consideración perruna primera: los niños de la escuela disfrutaron infinitamente cuando el jueves bajé a los seis cachorros al recreo. Las muestras de sorpresa, cariño, alegría, las caricias, se sucedieron ininterrumpidamente. Por otra parte, la evidencia de inconsciencia, o la de creerme aún en la escuela rural. Seis cachorros no desparasitados, de procedencia desconocida, junto a niños de salud delicada en algunos casos, alérgicos en otros, no resulta lo más sensato. Un pequeño tirón de orejas, una enfermera preocupada y un rato feliz.

Consideración perruna segunda: es difícil de entender la falta de escrúpulos de los que abandonan seis cachorros en un campo o de los que para quedarse finalmente uno matan a golpes a los otros cachorros de la camada. Tener un poco de cuidado, una sencilla esterilización o tomar unas ligeras molestias en regalarlos no cuesta nada.

*Sábado, 13 de junio de 2009*

Con los últimos suspiros de energía del día puedo teclear que

ha sido una semana memorable en la escuela. Tiene especial valor esta afirmación al considerar que esta era la semana de reuniones de evaluación, entre otras tareas. Cuando me jubile, si tengo la suerte de ello, recordaré este tiempo como aquel en que tuve la fortuna de compartir trabajo con muchos de los mejores y más involucrados maestros que puedes encontrar en el intrincado itinerario profesional.

La suerte de un trabajo en el que todo el mundo hace horas extras a cambio de nada (material, se entiende), por auténtico amor a la profesión y a los alumnos.

*Jueves, 18 de junio de 2009*

La semana pasada quedé con dos niños de la escuela para hacer una excursión a los Galachos de Juslibol. Pasamos la tarde juntos y la excursión permitió pasear con el pequeño Tastavín, tirar piedras para hacer «la rana» en los lagos, jugar con palos, merendar bajo la sombra de un álamo y todos esos asuntos tan serios que un niño debería poder hacer cada día. Durante las tardes de las dos últimas semanas he preparado las reuniones de evaluación de cada aula. Al reflexionar, pienso en los niños, pero especialmente en mi trabajo, en mi intervención, y llego a la conclusión de que no sé hacer casi nada, que lo conseguido tiene siempre más relación con la maduración del niño, con el hecho de conocernos mejor (aquí el mérito es simplemente para el tiempo y su implacable avance) o con otros factores. Me doy cuenta de que lo que hago bien es estar con los niños, pasear y jugar con ellos, acompañarles a los Galachos de Juslibol y hacer que vuelvan contentos a sus casas. Y no sé si esto es importante o no, si forma parte de mi trabajo, pero definitivamente es lo que mejor sé hacer. Para realizarlo a diario necesito un pueblo.

Haber adquirido algunos recursos me está permitiendo acabar el curso en buena forma y necesitar menos las vacaciones de verano de lo que necesité las de Navidad o Semana Santa. De forma sobresaliente y excepcional, conocer mejor a los maestros y al resto de profesionales con los que comparto escuela está significando un hecho de riqueza infinita. Mi experiencia previa se resume en tres años, lo cual puede resultar exiguo, pero creo poder afirmar que difícilmente volveré a estar en otro centro donde todos y cada uno

de los maestros sean ejemplos de dedicación y amor por su trabajo como aquí ocurre. Y donde, cuando hay que tomar una decisión, lo natural resulta considerar a toda costa las opciones de mayor beneficio para los niños.

Siento por primera vez el placer de reuniones de evaluación de varias horas en las que se analizan desde mil ángulos cada uno de los detalles que rodean a cada niño, de tutores que escuchan con interés qué se hace en Educación Física e incluso desde qué concepción parte dicho trabajo. El placer de una labor difícil donde cada segundo está invertido en aportar beneficios a los alumnos.

Hoy los niños me han hecho sentir contento nada más entrar a la escuela, me han dado esas muestras de cariño que hacen de este trabajo una experiencia conectada de manera tan especial con la vida y con las emociones. Por la noche me han llamado dos niñas de Peñarroya para felicitarme y decirme que se acordaban de mí. Espero verlas pronto.

*Jueves, 2 de julio de 2009*

El curso escolar ha concluido. Junio ha sido un mes de gran aprendizaje y mucho trabajo. No sé aún qué pensar: revolotean experiencias memorables y emocionantes junto a otros aspectos en los que he fallado estrepitosa y dolorosamente. La imagen de lo que ha supuesto la escuela este año se resume en treinta o cuarenta personas que se juntan el último día para despedir el curso y que son sorprendidas con la proyección de un audiovisual en el que se muestran muchas de las imágenes de los momentos más especiales vividos en nueve meses con los niños. Algunas lágrimas y la sensación de la fortuna que supone compartir trabajo, esfuerzo, e ilusiones con personas tan excepcionales. Un curso inolvidable, en todo caso.

Ya hace tres años que acabé tristísimo mi curso en Ansó, dos que finalicé aliviado el primer año en Peñarroya y uno que concluí confundido el segundo año en Peñarroya de Tastavíns. Ahora ha terminado el cuarto año como aprendiz de maestro. Seguiré buscando los abetos, las hayas y durmiendo todos los días que pueda bajo las estrellas. El tiempo corre demasiado. Buen Verano.

*Domingo, 26 de julio de 2009*

Jaime me regaló *Quieto*, el libro donde Màrius Serra describe

las experiencias con su hijo, un niño con parálisis cerebral. Es recomendable para los interesados en el tema de la discapacidad (o los que quieran asomarse a uno de sus rincones más difíciles), pues aborda un aspecto que me parece especialmente complejo y singular: cómo los padres afrontan el cambio tan grande generado en la vida por un niño que «funciona al quince por ciento de rendimiento», como expresa el padre. En mi año de «bautismo especial», estas relaciones entre padres e hijos, las distintas maneras de gestionarlas, han dado lugar a grandes sorpresas, ejemplos magníficos en la mayor parte de los casos.

Espero contar pronto cómo algunas personas, buenas personas al margen de sus obligaciones oficiales, están ya colaborando y cavilando para fabricar bicis especiales en las que puedan montar, disfrutar y aprender niños especiales.

Vaya. Ayer acabé el libro y ahora estaba tecleando las anteriores líneas cuando ha sonado el «pip-pip» de la bandeja de entrada. Encuentro un mensaje de Jaime donde me cuenta que Lluís Serra, el niño protagonista de *Quieto*, murió ayer. Dejo de teclear.

*Jueves, 3 de septiembre de 2009*

Hace dos días pasé por el centro donde estudié EGB, BUP y COU. Qué complejidad de siglas, ahora que lo pienso. Como estaba animado y veía la vida con entusiasmo entré, saludé al director del centro y me asomé al recreo. Qué sensación: un espacio en el que estuve cada mañana durante dos lustros visto ahora con los ojos de los casi treinta años. Todo estaba igual, pero era diferente. Era un lugar visto con ojos que habían reído y llorado abundantemente desde la anterior mirada, así que todo se mostraba distinto. Observé por primera vez que era un recreo horrendo, feísimo, en cementado y rodeado de edificios y tráfico gris.

El lunes por la tarde bajábamos el perro Tastavín y yo a dar una vuelta por el barrio, a olisquear y a realizar meditaciones profundas sobre la vida, cuando tres jóvenes de unos doce años pasaban por la puerta del centro en el que trabajo. Creo que ya he escrito que en este centro trabajan algunos de los maestros más luminosos de este brazo de la galaxia. El caso es que los jóvenes iban diciendo cosas como «mira, un colegio de subnormales», «eh, mira, soy mongolo, jojojo», y otros enunciados similares mientras reían y hacían aspa-

vientos variados. Los mozos tenían un aspecto sano, limpio, iban bien vestidos y hubieran pasado por buena gente si hubieran permanecido callados. Los llamé y les pedí disculpas por haberles escuchado, escuchar lo de otros está mal, pero que no me parecían apropiadas sus palabras, que los niños que allí estudiaban no habían elegido nacer ciegos, sordos, con piernas que no les obedecen o con cerebros que se van apagando poquito a poco, aún manteniendo risas radiantes y hermosas. Que quizá ellos, sanos y fuertes, lo que debían a esos niños era respeto, ayuda en caso necesario y dar gracias cada instante por no tener ningún problema como ellos. Me miraron muy atentos y bastante incómodos, pensé que quizá había removido algo en sus cabezas, pero pronto vi que se alejaban haciendo chistes similares y riendo. Quedamos, mi amigo perro y yo, contrariados. Pensábamos que algunas mentalidades ya se habían extinguido o que, al menos, ya no se daban en las generaciones más jóvenes. Pensamos qué hubieran sentido sus padres si les hubieran visto por un agujerico, si se habrían avergonzado o no. Tastavín, el perro, que cada día reclama más derecho a expresar sus opiniones, dice que no entiende cómo aún quedan personas jóvenes que viven tan alejadas de lo que significa la integración y que son capaces de referirse a las personas discapacitadas con esa falta de consideración tan desmedida, dolorosa y terriblemente humillante. Dice que será porque no han tenido nunca la suerte de conocer a Natalia, a Santi, a Ainhoa, a Ana, a Enrique, a Jesús, a Alejandro... y a sus familias maravillosas.

*Lunes, 21 de septiembre de 2009*

Hoy trataba un asunto con dos compañeros de trabajo cuando he indicado varias veces seguidas que la realidad de nuestro centro era la de aulas con muchas «sillas». Esta última palabra se utiliza frecuentemente para designar a los niños que van en silla de ruedas. En un momento dado, un compañero me ha interrumpido y me ha indicado que no había muchas «sillas», sino que había muchos «niños con silla». Llevo un rato pensando si lo que estaba empleando era un simple atajo del lenguaje o si realmente era una muestra de falta de respeto (sin intención, claro) camuflada bajo inocente apariencia de abreviatura hacia el discapacitado que va en la silla. Sobran ejemplos en los que el lenguaje representa los pasos

que aún quedan por dar hacia el respeto y la consideración de las personas discapacitadas. En todo caso, para evitar posible mala interpretación, intentaré referirme a los niños y no al objeto a partir de este instante.

A partir del jueves se celebran en Sabiñánigo las XXII Jornadas Provinciales de Educación Física. Este año tratan, curiosamente, sobre discapacidad. Al desarrollarse en una provincia diferente a la de mi centro de trabajo, el Departamento de Educación del Gobierno de Aragón no ha permitido mi asistencia. Ni siquiera ha considerado el paupérrimo respaldo curricular y teórico con el que cuenta el maestro de EF en educación especial. Ni siquiera ha considerado que soy sentimentalmente oscense. La administración se rige por las normas y las normas no tienen corazón. Ni sentido común, en abundantes casos.

La Niña de la Alegría es una niña a la que le encantaban los acertijos y demás asuntos del ingenio. Hoy me envía una carta en la que me propone una especie de jeroglífico con mensaje cifrado incluido y un enigmático «sé que ahora estás leyendo la carta». Supongo que veo una parte de mí reflejada en los trazos de su bolígrafo, en trayectos de su pensamiento. Me veo frente a ella y sus compañeros hablando de acertijos y «ovejas que iban hacia Villavieja», de retratos con personajes insólitos, de osos blancos que no eran necesariamente blancos.

Por circunstancias varias, esta semana representaré de nuevo el papel de tutor. Aún no sé bien qué haré dentro de nueve horas, pero sé que acabaré la mañana con una sonrisa.

*Martes, 29 de septiembre de 2009*

La semana pasada pude asistir finalmente (la burocracia a veces se enreda a sí misma) a las jornadas de formación sobre Educación Física y discapacidad celebradas en Sabiñánigo. Al margen de las ideas recogidas, especialmente en torno a la integración (ahora, inclusión) de niños discapacitados en escuelas ordinarias, dos aspectos captaron mi atención intensamente. El primero se refiere a Isín, un pequeño pueblo pirenaico que como tantos quedó abandonado hace medio siglo. Hace unos años, unas pocas personas presentaron un proyecto a la fundación Benito Ardid que, tras aprobarse, permitió recuperar las ruinas del lugar y convertirlas en un «pueblo»

dedicado a la atención y el tiempo libre de personas con discapacidad. Además, se respetó la arquitectura y costumbres del lugar en la mayor medida, e incluso se cuenta con los antiguos habitantes para algunos actos y celebraciones. En segundo lugar, una idea para la reflexión: una ponente de la Universidad de Barcelona defendió que la verdadera inclusión se alcanzaría cuando no existieran escuelas específicas de educación especial y todos los niños con discapacidad estuvieran integrados en la escuela ordinaria junto con el resto de alumnos. Indicó que, por supuesto, con los recursos materiales y humanos necesarios. Pensé intervenir, pero tuve un poco de vergüenza y me guardé mis dudas. Realmente no sé si estoy de acuerdo. Probablemente estoy más en contra que a favor. Pienso en algunos niños con discapacidades severas, en la atención excelente que reciben en un centro de educación especial, en el ambiente general de alegría con que viven los alumnos en mi centro y no tengo claro si estarían mejor integrados en un centro ordinario. En todo caso, contemplo esa situación inviable a medio plazo por la cantidad de recursos que implicaría y, especialmente, por la revolución organizativa que exigiría en los centros. Más aún, por el cambio de mentalidad social necesario. En todo caso, los grandes cambios suelen resultar imprevisibles para los poco visionarios. Aún así, ¿cómo sería la organización de la clase bajo esta percepción?, ¿pasaría el alumno cada curso junto a sus compañeros o repetiría indefinidamente?, ¿compartiría intereses, vida, con sus compañeros?, ¿qué ocurriría cuando llegara el momento de pasar a secundaria?, ¿permanecerían indefinidamente en primaria (donde algunos creen que nada es aún importante ni tiene el toque solemne de la secundaria)? Y tantos otros interrogantes.

*Martes, 27 de octubre de 2009*

Acabo de responder a una compañera de trabajo un correo en el que nombro ese texto precioso de Mariano Coronas llamado Carta a los maestros que empiezan. Le digo que recuerdo un fragmento donde se puede leer algo similar a que llegará un momento en que el maestro se sentirá con pocas fuerzas, lo que significará que ha ido entregando cada año sus energías a sus alumnos. Y le digo esto a mi compañera para mostrar la sorpresa que supone un centro del que me iré con mucho más de lo que tenía al llegar. Quizá no con

más fuerzas, pero sí con infinitos ejemplos de dedicación, bondad y cariño. Como le digo para despedirme, es una especie de milagro cósmico encontrar a tantas buenas personas juntas con una implicación tan grande en un trabajo tan bonito.

Cada día que pasa me sorprende por la perfección con la que puede funcionar una escuela y cada día constituye un aprendizaje privilegiado en la labor de ser maestro.

Por otra parte, aunque un poco menos, sigo siendo un absoluto inútil que apenas sabe qué está haciendo o qué debe hacer. Un maestro que aún se ve en apuros a mitad de clase y sigue pensando algo similar a: «desastre, esto tampoco ha funcionado. ¿Qué demonios hacemos ahora?».

En lo concerniente a la otra parte de la vida, estos días las arañas se encuentran atareadas en su faena de lanzar hilos al viento y dejarse mecer en su extremo en busca de un incierto viaje. Representan una metáfora maravillosa.

*Martes, 3 de noviembre de 2009*

No recuerdo si el curso pasado tuvo valor para describir la primera clase. Ahora, con la calma que aporta el tiempo, incluso resulta graciosa y se puede contar: tras unos días de adaptación dentro de las aulas con los niños y los tutores, esa mañana comenzaba la Educación Física del curso con un grupo de siete niños de entre nueve y doce años. Hasta el momento, lo que mi formación me ofrecía respecto a los niños con trastorno de espectro autista consistía en dos o tres ideas superficiales. Así, con una sesión preparada entre mares de dudas, acudí a buscar a los alumnos a clase, recogimos el material necesario y salimos al recreo. A partir de ese instante, mis fallos y sus consecuencias se sucedieron sin interrupción: desarrollar la sesión en un espacio abierto sin ninguna referencia clara, plantear el trabajo en un lugar que para ellos significaba «recreo», ausencia de anticipadores, falta de rutinas, exceso de material, etc. El jefe de estudios, en actitud previsor y inteligente, nos acompañaba, así que le tocó recoger niños por el recreo para reagruparnos e intentar algo parecido a una sesión de Educación Física. Tras las persecuciones y los apuros variados, el tiempo marcó el final de la sesión y el comienzo de un lento aprendizaje.

Siempre he tenido muy presente esa sesión, supongo que formará ya siempre parte de mis recuerdos de maestro, junto con el día que me dormí y todos pensaban que estaba muerto, el día que los alumnos hicieron una clase memorable tratando asuntos filosóficos, el momento de la despedida de los niños de Peñarroya, el día que Pablo acudió a la escuela con el microscopio, los días que Paula hablaba con mis alumnos en el pueblo, y otro buen puñado de situaciones emocionantes. En concreto, la semana pasada la volví a recrear porque con la misma clase, con un par de cambios que facilitaban las cosas, tuvimos una sesión magnífica. Noventa minutos de trabajo con pleno sentido, con actividad motriz, con emociones, con interacción entre compañeros, con presencia de importantes elementos cognitivos relacionados con el cálculo de distancias, trayectorias, relaciones causa-efecto, etc. Una sesión feliz para los alumnos y muy feliz para el maestro.

También hubo una situación difícil con un niño. Nueva para el profesor y tremendamente angustiada para el alumno. El autismo significa muchas veces comportamientos extraños de los que el niño es consciente, pero que vive con desasosiego al no poder gestionar. El aprendizaje pretende en estos casos aportar herramientas para que los niños conozcan esta faceta de su comportamiento y aprendan a manejarla. Sobre ello, son ilustrativos y aleccionadores los libros escritos por personas con autismo, pues permiten conocer de primera mano cómo vivieron esas personas el proceso desde niños, cómo sentían sus limitaciones o dificultades y cómo aprendieron a resolverlas.

*Sábado, 7 de noviembre de 2009*

Hace unas semanas, durante una cena, varias personas se interesaron por mi experiencia en educación especial y plantearon sus ideas y dudas sobre la misma. El desacuerdo fue absoluto y lamenté profundamente la ausencia de algunos compañeros de trabajo brillantes que seguro hubieran sabido dar mejores y más firmes argumentos ante algunas propuestas absolutamente inaceptables y, en cualquier caso, inviables. Las desavenencias giraron en torno a tres aspectos:

- Les parecía una estupidez el cambio terminológico llevado a cabo en los últimos años en torno a la discapacidad. Relacionaban

este hecho con la absurda corriente de lo políticamente correcto y les parecía estúpido, por ejemplo, que a algunos sonara mal «sub-normal», frente a síndrome de Down, o minusválido, frente a discapacitado. Indiqué que los cambios en los comportamientos, en el respeto, en la consideración hacia cualquier realidad inevitablemente se acompañan de cambios terminológicos que evidencian la diferencia conceptual surgida. Más aún, que algunos términos cargan con unas connotaciones negativas y unos prejuicios que exigen la sustitución si se pretende el respeto. Y, más aún, sugerí *La seducción de las palabras*, de Alex Grijelmo, donde podrían sorprenderse con la carga implícita del lenguaje y sus términos. Mi argumentación no tuvo ningún éxito.

-En relación al citado empleo de términos peyorativos asociado a comportamientos irrespetuosos y, en ocasiones, humillantes, señalé que una parte de la población muy grande y sorprendentemente joven, aún mantenía un alejamiento y una desconsideración muy grande hacia el ámbito de la discapacidad. Esta idea surgió tras citar la anécdota descrita por aquí hace unas semanas en la que unos chicos de trece o catorce años caminaban por delante de mi centro de trabajo haciendo burlas y supuestas imitaciones de los niños que allí estudiaban. La respuesta argumentaba que los jóvenes suelen ser crueles por naturaleza y que estos hechos no representaban un problema real, sino que eran meras bromas entre jóvenes. ¿Es así?, ¿son esos jóvenes transmisores de las concepciones e ideologías familiares?, ¿ser adolescente implica ser cruel y maleducado?, ¿serán seguramente esos chicos personas educadas y respetuosas cuando dejen de ser jóvenes? Ahora se es joven, según dicen, hasta los treinta y cinco o los cuarenta años, así que muchos colectivos tendrán que esperar bastante, en el mejor de los casos, para obtener su pretendido respeto.

-Por último, lo que me parece más importante, pues apunta hacia el núcleo del problema, hacia la consideración íntima y filosófica que tenemos las personas sobre la discapacidad y creo que también hacia la vida: el derecho que tienen los discapacitados a contar con ciertos recursos que tienen el resto de las personas o con ayudas especiales que únicamente disfrutaban ellos. Llegados a este punto en que cada uno tiene que mostrar sus pensamientos abiertamente, es cuando surgen las ideas más variadas y alejadas: «no me

parece bien que sea un colectivo receptor de tantos recursos, pues lo tengo que pagar yo con mis impuestos», «además, si no pueden aprender casi nada ni progresar», «¿por qué tienen que tener más derechos que yo o mi hija para acceder a puestos de trabajo?», etc. Como se aprecia, estas ideas surgen directamente de la concepción que las personas tenemos de la sociedad, de la consideración hacia colectivos desfavorecidos, de sus ideas filosóficas sobre la vida, por lo que son muy difíciles y delicadas de abordar.

Acabé la cena sintiendo profundo malestar por haber sido tan inútil en la transmisión de mis ideas y ciertamente desorientado por la distancia existente entre las ideas de una parte (¿importante?) de la sociedad y el trabajo que realizan las personas vinculadas a la educación especial.

*Miércoles, 11 de noviembre de 2009*

Mañana a las nueve y media estaré delante de seis niños.

Estoy relativamente tranquilo porque conozco mejor a Ramón Acín, a su nieta, a Paco Ponzán, a Ferrer i Guardia, a los Carrasquer, a Evaristo Viñuales, a doña Palmira de Queretes, a Katia y Sol. Porque he escuchado a Antonio Bernat, Víctor Pardo, a Pilar Moreno y a otras personas que directamente te hacen ser mejor persona y desear volver a la escuela para dar clase y hacerlo mejor que el día anterior. «Liberar las miradas y emancipar las conciencias» era una de las frases que se pudieron escuchar. Sé que mañana seré ya mejor maestro. Deberíamos poder escuchar a alguna de las personas nombradas cada día: «cuéntanos ahora lo de la caja de música», «cuéntanos qué decía doña Palmira de sus niños de Caspe», «cuéntanos cómo vivía Ramón Acín en Huesca», «cuéntanos el paralelismo con las ideas filosóficas griegas». Qué placer estar allí escuchando.

Con estos pensamientos felices y aires de libertad correteando entre las ideas acudo hoy al encuentro con el mundo de los sueños. Finalmente, en su centenario, ¡viva Ferrer i Guardia y su pensamiento!

*Sábado, 5 de diciembre de 2009*

Estoy experimentando la situación profesional más desbordante que he vivido hasta la fecha y que implica llegar a las doce de la noche de cada día habiendo realizado un esfuerzo físico, mental y

emocional que me deja apenas unas pocas fuerzas para alcanzar la cama y esperar el comienzo de un nuevo día.

La exigencia tan alta en una escuela modélica, mi lenta adaptación a la difícilísima educación especial y otros pocos problemas que yo mismo apporto me obligan a enfrentarme a un reto constante y que creo supondrá un punto de inflexión extraordinario en mi formación como maestro.

Mientras tanto, los fines de semana y descansos van llegando como salvavidas en los momentos en que las piernas ya apenas me sujetan, no me queda voz para hablar y la cabeza apenas puede encadenar dos o tres pensamientos.

*Domingo, 10 de enero de 2010*

Hace tres días comencé una sesión comentando a la auxiliar que acompañaba al grupo mi sorpresa absoluta por el torbellino de emociones, situaciones extrañas y variadas, nudos en el estómago y palabras entrecortadas que suponía trabajar en ese centro. Ella simplemente sonrió. También hace unos días una compañera me dijo que nadie está preparado para trabajar en educación especial, que lo único útil consiste en una actitud de aprendizaje constante y convencimiento para implicarse hasta las entrañas y trabajar más de lo habitual. Y quizá se entiendan mejor estas dos anécdotas al considerar que durante los últimos cinco días de trabajo han ocurrido cosas como que un niño como un ratón, de cinco años, me pidió a mitad de sesión y absolutamente serio si le podía dar cerveza; otro niño sufrió una crisis epiléptica en mitad del recreo; una de las clases consistió en estar continuamente levantando niños del suelo, pues tenían más ganas de dormir que de moverse; en varias ocasiones mantuve charlas con compañeros en las que por los temas peliagudos tratados estuvimos conteniendo las lágrimas durante un tiempo; rellené un informe que servirá a un médico para decidir si debe dar medicación a un niño con posible hiperactividad; con varios niños sin comunicación oral mantuve una conexión especial en la piscina, donde la comunicación se resolvió con la mirada, las sonrisas y las caricias; recibí golpes variados, cientos de besos, muchos abrazos y decenas de bromas; tuve miles de reuniones para tratar distintos casos individuales y plantear mis objetivos con los alumnos de dos clases. Y algunas otras cosas para finalmente llegar

al viernes, acudir a la cama a las nueve y considerar seriamente si tendré fuerza para llegar a final de curso.

Todo esto tras considerar que nuestra conciencia, el yo, nosotros, no es, parece ser, sino un estado funcional concreto de un conjunto de neuronas cerebrales que actúan acompasadamente.

*Viernes, 15 de enero de 2010*

Han pasado fatigosa y a la vez rápidamente cuatro meses y ahora avanzamos por el que deberá ser un trimestre en el que ya estarán bien asentados los cimientos. Sin embargo, siento que estoy igual que el primer día, que cada sesión es un reto inabarcable, que no sé bien qué haré con esta clase o con aquella, que los compañeros ayudantes en la sesión no encontrarán sentido en lo que hacemos. Lo realizado en el primer trimestre y en el curso anterior no son sino intentos desesperados de salvar el día o la semana. Al no haber un soporte administrativo y curricular para el área de Educación Física en educación especial, al no tener la formación necesaria para atender a necesidades y niños tan diferentes, al no haber apenas bibliografía específica, no soy capaz de articular y cimentar una asignatura coherente que me permita una progresión seria y rigurosa. Por eso siento cada semana, cuando llega el domingo y pienso qué puedo hacer, que vuelvo a construir un castillo de arena provisional para cinco días, que será derribado de nuevo el viernes y que no me ofrecerá demasiada ayuda sobre qué hacer la semana siguiente. Dicho de manera más clara (cada día mi lenguaje se está enredando al mismo ritmo que mis pensamientos): cada lunes vivo la misma incertidumbre e idéntico desasosiego que el anterior. Mi trabajo de hoy no me sirve apenas como apoyo para el de mañana. Y esto resulta absolutamente frustrante.

Y ahora seguiré pensando qué hacer dentro de diez horas.

*Miércoles, 20 de enero de 2010*

Ya es de noche y estoy en un pequeño rincón oscuro del recreo de un colegio en un extremo de la ciudad. Frente a mí se muestra un gigante urbano de luz y ruido, arriba aparece una magnífica luna creciente inmersa en sus ocupaciones cósmicas. Desde mi cobijo puedo contemplar a un grupo de diez músicos que ensayan con instrumentos de percusión; su sonido es contundente y agradable. En una de las pausas les dedico unos aplausos y saludo a uno de ellos.

Es un alumno de la escuela que tenía ilusión por que fuera a verle. De lunes a viernes vive en la residencia del centro, está apuntado a esa actividad fuera del colegio y cada miércoles acude a ensayar con sus compañeros. Mientras le observaba y la Luna nos miraba de reojo, ha surgido una sonrisa impropia de este lugar. Ha sido una sonrisa rural, así que he marchado contento a casa.

Al acabar la clase de la tarde, el alumno Harry Potter ha entrado a su clase para recoger los bártulos y ha exclamado con su acento maño: «¡madre, qué bien me lo he pasao hoy!». Me he quedado pensativo y ya en casa he recordado un asunto relacionado: estos días tengo reuniones con las tutoras de cada clase para exponerles los objetivos individuales programados para cada alumno. Para una de las clases estimé la opción de plantear con algunos niños un objetivo tan sorprendente como «conseguir que alcancen la mayor felicidad posible durante las sesiones». Lo consulté con la tutora y le pareció totalmente oportuno. Algunas discapacidades motoras o cognitivas implican consecuencias muy negativas en la vida de los niños (dolores, deformaciones, visitas frecuentes a médicos y largas estancias en hospitales, escasez de juegos y experiencias agradables que sí son frecuentes en los niños sin discapacidad, etc.), por lo que teniendo en mi mano la opción, pensé que tenía sentido plantear formalmente en los objetivos individuales o de aula esa búsqueda de bienestar. A menudo se considera la Educación Física una asignatura sin valor, vacía, débil. Yo lo contemplo al revés: ¿no parece una herramienta formidable aquella que permite ofrecer, además de otros elementos pedagógicos, ese tiempo de felicidad?, ¿no es acaso lo más importante de lo que puedo plantear en mis objetivos anuales?, ¿por qué esto no es transferible a la escuela ordinaria, donde mis compañeros probablemente se reirían si les mostrará un objetivo de tal naturaleza? La Educación Física, que incide con frecuencia en la dimensión más personal e íntima de los alumnos, genera alegría, motivación y satisfacción en los niños, lo que resulta un apoyo para conseguir algunos objetivos, pero también representa una finalidad con sentido propio. ¿Por qué no aprovecharlo?

*Miércoles, 3 de febrero de 2010*

Ya hace unos años que el tiempo me parece una patraña, un

burdo espejismo que a casi nadie puede engañar. Ahora, más aún, siento una extraña confusión por la que acontecimientos pasados y presentes se entremezclan en la memoria y acaban formando parte de una misma sustancia.

Hace unos pocos instantes andaba en el pequeño cubil de la calle María Moliner de Zaragoza, en la casa donde el aceite fluía directamente desde la campana extractora de la cocina, estudiando sobre el tablero de conglomerado el temario para intentar ser aprendiz de maestro y hace unas centésimas de segundo he recibido una carta escrita por una niña a la que di clase hace ya tres años y que se despide apuntando al futuro y preguntándome cuándo Paula y yo vamos a tener un hijo. Ya van casi diez años en este asunto de las escuelas y sus niños, soy otro totalmente diferente a ese de antes, el de hace unos ridículos segundos; probablemente no quede nada de él, ni siquiera uno de los átomos que entonces danzaban; sin embargo, aún no sé hacer casi nada y probablemente nunca sabré hacerlo.

Enero ya ha finalizado. Añoré Ansó desde noviembre, ocho meses antes de marcharme de allí; sentí Peñarroya desde el instante en el que dejé la escuela, comprendiendo que con esos chicos y ese pueblo había aprendido a vivir durante dos años. Y sí, ya estoy añorando la escuela Piaget: quizá por sus desconcertantes situaciones, o por sus profesores maravillosos o por haberme mostrado cómo un buen equipo puede conseguir unos resultados magníficos con los niños, cómo una escuela puede convertirse en un lugar lleno de ilusiones, proyectos, esfuerzo, sonrisas, logros, arte, generosidad. Es un lujo formar parte de este equipo de compañeros y siento también que la conexión que ya he establecido con casi todos los niños es un auténtico regalo que trataré de mantener cuando me dirija a otro lugar.

*Lunes, 22 de febrero de 2010*

Martinillo es un muchacho de edad intermedia. Llegó a un centro de educación especial tras diversos conflictos en su colegio ordinario. Martinillo tiene algunos problemas de conducta difícilmente asumibles en una clase con veintitantos compañeros más y sin demasiados apoyos para el tutor.

En el centro de educación especial pasó las primeras semanas

agazapado, pero pronto comenzaron a surgir problemas relacionados con su conducta: enfrentamientos con adultos, peleas con compañeros, pasotismo absoluto en momentos puntuales, estados de nerviosismo, etc.

Martinillo tiene un buen nivel cognitivo, por lo que se puede dialogar y razonar con él. Poco a poco nos mostró que el camino para transitar con él poco tendría que ver con la confrontación, sino que implicaría buenas dosis de paciencia, empatía y afecto.

De forma recurrente surge en educación el dualismo entre los que observan la labor del maestro como estrictamente transmisora de conocimientos y los que la contemplan en una dimensión mucho mayor donde los límites de la implicación personal son muy difusos. Los Martinillos demuestran cada día que una escuela donde el afecto y la implicación personal no están presentes es una escuela con una gran carencia, donde muchos niños no podrán ser tratados como necesitan.

Martinillo acude cada día a clase con la necesidad de recibir el afecto que no recibe en otros lugares, con la urgencia de conocerse, de entender su papel con sus iguales y con su familia. Llega con el recuerdo fresco de las últimas fechorías contempladas a sus amigos del barrio, con algunas dosis de tristeza e incluso de violencia. Por eso, darle una palmada o un abrazo al verle, preguntarle por sus cosas y buscar su sonrisa o su complicidad suele ser una buena manera de acercarse a él.

En el universo asombroso de la educación, donde tantos personajes llamativos habitan, siento especial sintonía con los Martinillos y los Oliver Twist de cada escuela, niños aturdidos por circunstancias diversas cuyos actos claman cada instante por su necesidad de atención y cariño.

*Sábado, 6 de marzo de 2010*

Cada barrio debe tener su dosis de césped y de bancos para que los niños puedan correr si la videoconsola se ha estropeado. Mi parque, anexo al rumor sordo de la autovía y sembrado de excrementos perrunos, sirve esta primavera para que una pareja de ánades reales pase un tiempo en su estanque. Allí estaba yo observando sus paseos, acicalamientos, inmersiones, cuando tres cachorros de humano de unos cinco o seis años se han acercado

hasta su posición. «Patos, se acabó vuestra calma esta mañana», he considerado con esperanza de equivocarme. Justo entonces han comenzado a gesticular y gritar a pleno pulmón: «¡patos asquerosos, inútiles!» Imaginen a tres niños gritando estas palabras con todas sus fuerzas a uno de los pocos ejemplos de vida silvestre que pueden observar en su ciudad. «Es terrible y desolador», he pensado. ¿Por qué les dirán asquerosos?, ¿por qué inútiles?, ¿acaso les conocen?, ¿por qué del desconocimiento surge ese odio, esa estupidez atroz y dolorosa?, ¿por qué no les han enseñado a maravillarse con ellos?

El jueves, niños y mayores disfrutaron del espectáculo de Slava Polunin en el teatro. Allí sentimos la mayor vergüenza de los últimos años escuchando a otros tres niños de cuatro o cinco años insultar a los actores con crueldad y mala educación alucinantes ante la pasividad absoluta de sus padres: «os odio, cabrones, os mataré», fueron algunas de sus expresiones. Por otra parte, al acabar la obra, sentimos la necesidad de acudir a la salida de actores, esperar a la niña de rasgos esquimales que aparecía en varios momentos de la obra e irradiaba armonía y belleza con su sonrisa magnífica y regalarle un retrato humilde de la radiante Lilium martagon del valle de Bujaruelo.

Ayer, en Barcelona, visitamos a Alejandro, un alumno del curso pasado que este año ha tenido que viajar allí con su familia por cuestiones de trabajo. Ya he comentado alguna vez que en mi escuela los tutores realizan un trabajo tan exhaustivo y minucioso que acaban conociendo de un modo muy profundo a cada uno de sus alumnos: procesos cognitivos, hábitos, comunicación, juego, alimentación, emociones y mil aspectos más son abordados en el trabajo diario, por lo que, en muchas ocasiones, los vínculos afectivos con los niños y la cercanía a sus familias son enormes. Alejandro no sabía nada, así que cuando llegamos a su escuela y le dimos la sorpresa comenzó para él un día desbordante de alegría y felicidad junto a una tutora a la que quiere apasionadamente. Como pasamos el día con su familia, pude conocer a sus padres y a sus dos hermanos, que me regalaron uno de los ejemplos más hermosos, si no el que más, de familia unida, educada hasta el límite, cariñosa y, en concreto, de tres niños fantásticos en todos los sentidos.

Qué niños tan distintos nos encontramos a cada paso.

*Lunes, 15 de marzo de 2010*

El sábado, mientras engullía un trozo de queso y una seta, tuve una revelación y pedí urgentemente un bolígrafo a la camarera para escribir en el mantel varias razones por las que yo era maestro y algunas ideas clave para indicar en el preámbulo del proyecto curricular. Tras varios años de profesión y semanas de reflexión, comenzaba a ser muy preocupante no saber exactamente por qué soy maestro.

Comienza uno de los momentos más bellos del ciclo anual, donde la vida se renueva y se muestra exuberante. Pollos que piden comida desesperadamente, jóvenes con miradas curiosas, pasos tambaleantes, hojas que nacen y se estiran en buscan de luz. Cada año igual, y cada año igualmente fascinante.

Ya casi es abril. Ya han transcurrido siete meses de curso. Hace un año y medio pensé que sería incapaz de llegar hasta aquí. Pensé que me perdería en el camino. Ahora me siento afortunado e incluso siento gran pena por abandonar en poco tiempo este centro.

*Miércoles, 17 de marzo de 2010*

Les contaré por qué dicen que este oficio es a veces muy complicado. Expondré una de las razones que yo conozco:

Contexto: clase de Educación Física con uno de los grupos de la escuela de mayor nivel. Totalmente autónomos y con una dinámica de trabajo muy buena durante el curso. Son seis alumnos. Comenzamos un nuevo contenido porque el trabajado hasta la fecha no ha evolucionado como esperaba. También hoy está con nosotros una alumna en prácticas recién iniciadas.

Les recojo en clase, les pregunto por la semana y por su vida, acudimos a la sala donde recogemos el material y de allí a nuestro rincón de recreo. Nada más salir, sin haber dado aún diez pasos, un alumno se cae y yo salgo corriendo como un rayo. Es la primera crisis epiléptica que me toca gestionar. Las enfermeras estaban muy cerca, así que la actuación ha sido rápida y eficaz. El alumno se va dormido en camilla y el resto vuelven de donde les había mandado a dar un paseo durante el percance. Uno de ellos llega con un enfado importante por un asunto aparentemente nimio: su comportamiento durante el resto de clase será ya difícil de gobernar. Dos alumnos menos. Además, otro alumno se dejará llevar por

el anterior, así que tampoco trabajará demasiado y su comportamiento será malo. Tres alumnos menos. Quedan tres alumnos para una actividad pensada para seis. Los tres que faltan son precisamente quienes debían marcar el ritmo de la actividad y arrastrar a los otros. Además, el ambiente está muy alterado por la combinación entre hormonas ya adolescentes y la joven alumna de prácticas, lo que añade mayor complejidad en el manejo de los comportamientos desajustados. Así, la actividad languidece, introduzco algunas modificaciones que no resuelven nada y se da otro problema con un auxiliar que acaba colocando la guinda final al pastel. Intento apurar varias opciones pero la sesión acaba en caos ridículo sin sentido que me da vergüenza observar.

Acabamos en la sala, tumbados y esperando que pasen diez minutos horribles, con la sensación de haber realizado la peor clase de los cientos de ellas que ya habré hecho, con vergüenza de que se asocie una palabra tan bonita como maestro a una sesión tenebrosa como esta.

*Sábado, 10 de abril de 2010*

Un buen puñado de acontecimientos especiales han hecho que la vida parezca más un sendero zigzagueante que una carretera recta.

En la vida escolar, que es buena parte de la vida, la muerte de un alumno de la escuela ha marcado trágicamente este mes y el curso entero. Su salud era débil, pero cuando un niño deja de estar en este mundo es siempre un hecho inconcebible. Yo estaba con ella tres horas a la semana. Sus padres, de los ejemplares, señalaban que estaban tranquilos porque habían vivido cada día como un regalo, habían disfrutado y aprendido mucho juntos, habían conocido a personas maravillosas gracias a su hija, la pequeña les había aportado muchísima felicidad y ellos habían hecho todo lo que estaba en su mano para dar la mejor vida posible a la niña.

Tras el anterior párrafo, lo que sigo escribiendo no tiene valor alguno. Entiéndase de ese modo lo posterior.

Cuando van a cumplirse cinco años desde que conseguí la oportunidad para aprender a ser maestro y después de repetir miles de veces mi pertenencia espiritual a las montañas y a la escuela rural, mi incapacidad fisiológica y filosófica para la vida urbana ac-

tual, después de cientos de meditaciones, enfados y argumentaciones, el destino provisional para el próximo curso es Ansó. Para quien lleva cuatro años diciendo a la gente que es ansotano (habiendo vivido casi toda su vida en la ciudad) debería haber sido una alegría leer en la pantalla de este monitor tal destino, pero no fue así: tras el enorme descanso sentido una vez tomé la difícilísima decisión de concursar y presenté la documentación necesaria para ello, el sentimiento experimentado al comprobar mi nuevo destino resultó una mezcla extraña que apenas supe manejar apagando el ordenador, poniéndome las zapatillas y yendo a correr hacia las pequeñas montañas que me suelen ofrecer cobijo cuando necesito alejarme de la ciudad. Igual que otras veces, hasta que mi corazón alcanzó unas pulsaciones que impedían pensar, sentir, disfrutar o sufrir. Dejar atrás una vez más la ciudad quizá sea de valientes, como algunos dicen, quizá de estúpidos inconscientes, como otros afirman. En cualquier caso, la decisión significa demasiadas emociones revueltas como para poder asumirla con calma y rapidez. Lo peor es que, maldición, hace sufrir a quien no debe.

*Viernes, 23 de abril de 2010*

Acabaremos el curso en buena forma.

Todas las clases de cada uno de los días de esta semana han sido buenas clases, lo que no había ocurrido aún. Así pues, mañana será un gran viernes al que llegaré habiendo entregado casi todas las fuerzas con que contaba al empezar la semana.

También cada noche de la semana los sueños, los que se producen mientras dormimos, me refiero, han elegido como protagonista principal a la escuela: creando algunas ilusiones, experimentando algunos conflictos, repasando alguna actividad realizada o previendo ciertos contenidos complicados.

Programar los contenidos no es sino organizar de qué manera la energía que uno tiene el domingo acaba siendo repartida a cada uno de sus sesenta alumnos durante la semana. Ser maestro no es sino participar en primera línea del intercambio de energía que gobierna el funcionamiento de nuestro planeta y de la vida en el mismo. Así, uno llega al viernes ligero, absorbido, deshinchado, pero con la sensación bien presente de una semana donde hemos bailado en siete u ocho fiestas, hemos metido los pies en el lago de un parque,

hemos subido a las montañas más altas de la ciudad, hemos visitado una casa-cueva y, una vez más, hemos sido espectadores privilegiados de la vida floreciente de nuestros alumnos.

*Lunes, 26 de abril de 2010*

Trabajar en un centro de educación especial no solo ha supuesto una ingente cantidad de nuevos conocimientos, lecciones o amistades, sino que ha cambiado completamente la concepción previa que tenía de los distintos tipos de discapacidad. Como sucede en toda escuela y, supongo, con todo maestro, unos cuantos niños frecuentan con asiduidad mis pensamientos, pues reúnen distintas cualidades que me llaman la atención. En este caso, en la escuela Jean Piaget ocurre que muchos niños representan hermosos ejemplos de valores como la superación, el esfuerzo o la alegría.

Hoy deseo escribir sobre una de esas niñas. La llamaremos Sonrisas. Sonrisas tiene unos pocos años, siete u ocho, se desplaza en silla, pues tiene una afectación importante en la movilidad de brazos y piernas, posee un nivel cognitivo muy bueno y le encanta jugar y bromear. Quizá lo que mejor caracterice a Sonrisas sea su espíritu de superación, su atrevimiento para probar todo tipo de actividades y para superar difíciles retos. Sonrisas es un ejemplo magnífico para comprender que el mayor condicionante en nuestra contradictoria área de trabajo no es el apartado motriz, sino el cognitivo.

Sigo con Sonrisas. Imaginen su cuerpo (el suyo, el que sujeta los ojos que están leyendo esto ahora mismo) pesado, entumecido, con escasa movilidad. Imaginen ahora ese cuerpo en uno de esos viajes espaciales que por unos cuantos dólares permiten sentir la ingravidez. ¿Pueden imaginar el cambio sentido, la libertad de movimientos recuperada? Ahora imaginen un cuerpecito en una silla durante todo el día, la dependencia casi absoluta para la mayor parte de las tareas del día. Ese cuerpecito, con la ayuda necesaria, desarrolla los contenidos de Educación Física en sala de manera perfecta, pero lo que quiero es que imaginen la sesión semanal en la piscina: Sonrisas se pone unos manguitos de flotación y comienza a realizar su particular viaje ingravido. Puede flotar y mantener la posición sin mediación del adulto, realiza algunos desplazamientos y, en resumen, adquiere un gran control corporal y experimenta

un abanico magnífico de sensaciones. Sonrisas, como todo animal parlanchín, tiene algunas frases que suele repetir: «quiero más», «otra vez», «ahora yo», y que dan ejemplo de su carácter.

En la piscina, Sonrisas está aprendiendo a bucear. «Coge aire, cierra la boca, aprieta los labios, no respires, muévete cuando quieras que te saque, muy bien aunque esa tos ocurre porque has tragado agua, ¡insensata!...». Sonrisas sale casi siempre tosiendo y echando agua por la boca y la nariz, pero el primer oxígeno que inspira no lo utiliza para los pulmones y todo ese asunto del intercambio gaseoso, sino para pedir «¡otra vez!». Ahora Sonrisas se ha empeñado en superar retos más difíciles, como cruzar la piscina buceando o aguantar buceando mientras la sumerjo para que toque con su cuerpo el fondo de la piscina y la vuelvo a subir. Hace unos días, tras dos intentos y sendos tragos de agua que le obligaron a visitar el baño muchas veces durante la mañana, Sonrisas tocó por fin el fondo con su cuerpecillo. Al salir, cogió una buena cantidad de aire que esta vez utilizó para gritar con su voz atrevida: «¡lo conseguí!». Querida Sonrisas, lo conseguiste y me regalaste uno de esos momentos poéticos que ya tengo guardado en el baúl de las experiencias extraordinarias que mi trabajo me brinda.

El próximo día quizá intente demostrar por qué es verdad que lo más importante en la escuela suele suceder al margen de lo oficial y curricular.

*Martes, 11 de mayo de 2010*

Durante la parte final del curso estamos realizando numerosas salidas fuera de la escuela. En Educación Física se justifican en torno al contenido de actividades en la naturaleza, pero realmente se refieren a otra cosa. Si fuera minucioso con los nombres, estos contenidos quizá podrían llamarse simplemente actividades de la vida.

Con los grupos de mayor edad y más autónomos, las salidas nos están permitiendo conocer y disfrutar las pequeñas islas de naturaleza que el progreso, el crecimiento y los constructores consideran oportuno no encementar. Así, los tres parques más grandes de la ciudad, los montes semiesteparios del norte de la ciudad y el Galacho del Ebro a su paso por Juslibol, constituyen los destinos para estos grupos. En ellos hemos podido observar y aprender so-

bre orientación, geología, botánica, fauna, informática, alimentación, actividad física, sentimientos o si lo prefieren: carboneros, cedros, cotorras argentinas y sus nidos enormes, abubillas, ánades reales, gorriones, urracas, tejos, planos de la ciudad y el monte, pitos reales, eucaliptos, moreras, dinámica del río y de la erosión, enfados, galletas, sonrisas, cientos de fotos. Y mucho más.

Con los más pequeños y menos autónomos las salidas se dirigen hacia el entorno cercano de la escuela, de forma que la logística de la actividad es asumible y, especialmente, generamos el conocimiento de un entorno importante y significativo para los niños dada la proximidad a su colegio. Estas salidas varían sustancialmente según el grupo. Así, han podido acabar con cinco niños con los pies a remojo en un lago de un parque ante la mirada extrañada de los paseantes, con niños aprendiendo habilidades funcionales relacionadas con jugar en una zona de columpios, o con niños pequeñitos con visión y oído afectados sintiendo cómo es una hoja de un plátano de sombra, cómo huele el romero o una piña, cómo pinchan las acículas del pino, lo áspero que es el tronco de un ciprés o la suavidad de una rana.

En la escuela lo más importante suele ocurrir al margen de los libros, los decretos, lo obligatorio y lo oficial. Al compartir estas actividades con los niños, un maestro despistado y desastroso como yo tiene la suerte de acompañarles en una parte significativa de sus vidas a través de los debates, emociones, descubrimientos y curiosidades que se suscitan. Finalmente siempre queda la doble sensación, muy subjetiva y difusa, de que la huella de estas actividades es muy profunda y, por otra parte, de que lo único que hago durante las mismas consiste en acompañar, estar con ellos o, en el mejor de los casos, guiar.

Mis alumnos del próximo curso quizá puedan disfrutar de dos visitantes espectaculares en la escuela. Si es así, sus ojos se abrirán como platos hablando sobre libros, cine, arte, libélulas y estrellas.

*Miércoles, 19 de mayo de 2010*

Hace ya cuatro años cerré la puerta de la escuela de Ansó, puse un cartel avisando a los veraneantes que ese era un lugar sagrado, que tuvieran cuidado con ensuciarlo o estropearlo y me guardé las llaves, una verde y otra morada, en el bolsillo. Esas llaves han via-

jado en este tiempo por varios municipios, pues no las entregué en la escuela con la remota esperanza de volver a trabajar allí otra vez y, finalmente, el uno de septiembre de 2010 volverán a introducirse en la cerradura de la escuela de Ansó para permitirme ser maestro, de nuevo, en ese lugar.

Hace años que volver a una escuela rural integrada en la montaña ha sido el mayor objeto de mis desvelos y el motivo recurrente e infinito de las desavenencias con mi compañera de viaje. Ha implicado preocupaciones y mil emociones enfrentadas. Finalmente tomé la aventurada decisión de concursar en busca de la mejor de las vidas posibles que seré capaz de tener; tal decisión supone el primer paso. Ahora solo me queda una faena en esta extraña vida que intento vivir y es que la compañera de viaje me acompañe en el salto al vacío esperando que se abra el paracaídas o disfrutando del vuelo hasta el suelo si falla incluso el sistema de emergencia.

Dos días después de conocer oficialmente que volveré a ser maestro ansotano los sentimientos se amontonan: vértigo por la arriesgada decisión, ilusión por un camino nuevo que se abre, tremenda tristeza por hacer sufrir a quien quiero, incertidumbre. La llave verde y la llave morada volverán a dar paso a la estancia donde comencé a ser maestro por primera vez.

Hoy en la piscina las compañeras se han llevado a cambiar a todos los niños y me he quedado con ella yo solo. Es una niña pequeña, flaquísima como el hueso de pollo que ofrecían a la bruja Hansel y Gretel para que no les comiera, y que tiene muy limitada su movilidad y su comunicación. Esta niña, que llamaremos Saltarina, disfruta como nadie con el movimiento que le proporcionamos los adultos, más cuanto más rápido y trepidante es el movimiento. Siempre pienso que es una niña muy enérgica y atlética en un cuerpo que no le corresponde. Nos hemos quedado solos, en silencio absoluto y con luz tenue. A través de la intuición y la práctica he aprendido en estos dos años que la comunicación a través del contacto físico puede acercarnos a algunos niños hasta un punto inalcanzable de otro modo. Con una mano en la cabecita de Saltarina y otra sobre su pequeña espalda nos hemos ido meciendo sobre el agua. Ella sonreía y con el movimiento de sus labios me decía que eso le gustaba y que quería más. Así, durante cinco o seis minutos hemos seguido moviéndonos muy despacio,

disfrutando de una conexión sencilla y especial. Apenas se movían las olas, que nos devolvían el reflejo plateado de su sonrisa.

*Viernes, 28 de mayo de 2010*

Aunque creo que ya he dicho algo parecido otras veces, lo repetiré: de los veinte meses que debía trabajar en el colegio Jean Piaget ya han pasado diecinueve y me parece imposible haber llegado hasta aquí después de haber experimentado un comienzo tan difícilísimo. Más aún, de estar ahora tan feliz y sentir la inmensa fortuna de lo vivido.

La semana pasada algunos maestros se manifestaron a favor de la autonomía de los centros para decidir entre jornada continua o no. El tema trascendió y los medios de comunicación, tras el rastro de la polémica, dieron cuenta de ello durante unos días. Justamente en medio de las noticias sobre el asunto, en nuestra escuela celebramos un acto que podría parecer en honor de la deseada jornada continua: en concreto, trabajar durante dos días de forma continuada. A favor de este tipo de jornada he de señalar la alegría y felicidad extrema de los niños. En contra, el cansancio de los adultos implicados fue también extraordinario. La actividad consistió en una acampada de todo el ciclo de chicos mayores de la escuela (treinta alumnos) en el precioso y arbolado recreo del centro. Así, tras la jornada lectiva del jueves realizamos distintas actividades por la tarde y la noche, durmiendo finalmente todos en las tiendas de campaña. Al día siguiente despertamos y continuamos con las dolorosas clases del viernes.

Después de haber escrito decenas de veces sobre hechos especiales ocurridos en mi peripecia como aprendiz de maestro, quizá sea esta una de las experiencias más singulares. Todos los adultos que participaron lo hicieron de forma voluntaria, lo cual es llamativo (más si cabe dada la gran exigencia que la mediación implica en un centro de educación especial y el enorme esfuerzo personal que suponía pasar tanto tiempo en la escuela sin acudir al hogar familiar); para los niños, que generalmente disfrutaban de menos posibilidades de tiempo libre que los chicos de su edad, significó una experiencia preciosa, de la que hablaron semanas antes de la cita y siguen hablando aún. Ver jugar y participar en actividades a treinta niños juntos fue precioso, pues las clases son de seis o siete niños y

nunca el recreo había vivido tal intensidad de risas, gritos y alegría. La emoción de montar las tiendas, de cenar junto a los amigos, de dormir y despertar a su lado, de compartir tantos sentimientos especiales. En definitiva, una actividad que no se ve todos los días, que entraña cierto riesgo (¡asumible!) y buen esfuerzo y que dio lugar a un día muy especial para los niños y los mayores.

*Miércoles, 16 de junio de 2010*

Es miércoles y, al margen de un buen puñado de papeles, quedan dos días para cerrar un círculo y comenzar a dibujar otro. Siete horas compartidas con los niños y nos despediremos. En tres meses retomaré la fascinante labor de ser tutor de niños de nueve y diez años, una edad maravillosa para estar a su lado.

*Domingo, 27 de junio de 2010*

Faltando tres días para concluir este curso, las emociones se amontonan. En los últimos meses varias personas me han preguntado ante distintas situaciones especiales si no me emociono. Siempre les respondo que en esta escuela es casi obligatorio controlar mínimamente los sentimientos, pues los momentos en los que un nudo se instala en algún punto del sistema digestivo son constantes. En concreto, durante los últimos días lectivos muchos grupos, niños de forma individual o compañeros se han acercado para entregarme algún regalo o alguna palabra de despedida. Por ejemplo, recuerdo la última clase con el grupo de chicos más mayores del colegio, siete variados y muy majos jóvenes, donde, tras repasar algunas fotos que mostraban fragmentos felices del curso, una chica pidió la palabra y dijo a los compañeros que les daba a todos las gracias por la ayuda que le habían prestado durante este curso y lo bien que se había sentido con ellos. Los compañeros la escucharon atentos y guardaron un llamativo tiempo de silencio.

En cuanto a las palabras escritas, algunas clases me han entregado cartas y álbumes con fotos en los que reflejan de distintas maneras el camino que hemos compartido este tiempo. Acabar una etapa tan difícil, decisiva e impactante de mi profesión recogiendo el cariño de tantos niños y muchos adultos ejemplares es algo muy sorprendente. Como he repetido tantas veces en los últimos días, he hecho un trabajo que no se puede valorar como suficiente de ninguna manera, pues mis carencias y limitaciones han sido enormes y

lo único que he hecho bien ha sido acabar cada día de estos dos cursos exhausto, sin muchas más fuerzas por entregar. Estoy convencido de que he recibido de los niños, los compañeros y las familias mucho más de lo que yo he podido darles.

Ayer, sábado, llegué a las calles de Ansó con una sensación terriblemente confusa y contradictoria. La sensación de volver a un lugar cinco años después. Cinco años después volver al lugar en el que empecé a ser. Por una parte, fue un reencuentro ilusionante donde conocí a unos cuantos niños con los que compartiré muchas horas de trabajo, bromas y descubrimientos. Y, por otra, la extrañeza y el vértigo por cada paso que doy y que no sé exactamente dónde me lleva.

Cómo contarles el escalofrío sentido al llegar ayer, asomarme tras la curva y ver la escuela bajo la sombra de la montaña; caminar hasta ella, rodearla, acariciar sus paredes, asomarme por una de sus ventanas a la clase en la que tantas cosas ocurrirán y donde ya tantas sucedieron.

*Viernes, 2 de julio de 2010*

El curso ya ha finalizado y con él una experiencia increíble. Los mejores compañeros de trabajo que tendré nunca me despidieron de una forma que estoy seguro no merezco. Buena parte de lo que soy ya les pertenece, puesto que ellos me lo han regalado con ejemplos constantes de trabajo, inteligencia y sensibilidad.

Ahora me despido durante unos días, pues voy a seguir maravillándome con este planeta tan extraño en el que aparentemente vivimos.

*Martes, 3 de agosto de 2010*

Siento tristeza y miedo ante la inminente llegada del uno de septiembre. No sé si cuando lleguen los niños a clase sabré ser maestro. No sé si sabré qué contarles. No sé si nos miraremos y nos entenderemos.

*Viernes, 6 de agosto de 2010*

Ayer cenaba en Huesca, la ciudad que siempre siento con alegría y optimismo, observando el juego de unos niños en la plaza. Eran niños variopintos, chicos y chicas, gordos y flacos, pequeños y mayores. Jugaban como se suele jugar cuando se es niño y te lo permiten los mayores. Pensaba en el poco hueco que vamos de-

jando a los niños en las calles para sus juegos. Los coches, tiendas, aparcamientos y terrazas de bares van ganando el espacio que pierden los pequeños, que incluso se encuentran con calles en las que una trágica señal les indica que allí está prohibido jugar. Qué signo tan terrible. Así, cada día es más difícil verles jugar en las calles y plazas haciendo gala de la creatividad y espontaneidad que aún no les han robado la televisión, las videoconsolas y los *disneischanel*s; aprovechando bancos, farolas, fachadas, pivotes... para imaginar porterías, escondites, principios y finales para mil carreras.

Todo lo anterior andaba pensando mientras cenaba y sonreía viendo a los seis o siete muchachos oscenses hasta que la pelota con la que jugaban se les escapó hacia el lugar en el que estábamos. A nuestro lado cenaba una pareja cuyo integrante masculino aprovechó la circunstancia para señalar al niño que venía a recoger la pelota: «como vuelva a venir la pelota por aquí te la rajo, gordo». Dicho, además, con voz amenazante y altiva. Al instante me sentí tan mal como una persona que es muy feliz con los niños puede sentirse; no le respondí por no crear una situación incómoda y porque de nada hubiese servido. Aunque, de cualquier modo, lo hubiera hecho con agrado, pues imaginé el daño que puede hacer a un niño unas palabras de ese estilo proferidas ante sus amigos.

Una sociedad que cada día respeta menos a los niños, a los ancianos y a la naturaleza entera es una sociedad enferma, decadente, atontada y aletargada, desmemoriada e irresponsable.

*Miércoles, 11 de agosto de 2010*

En Ansó ya hay un buen número de niños de ocho y nueve años expectantes ante el comienzo del curso, con ganas e ilusión por aprender y por trabajar. Ya dije que ando nervioso ante el compromiso. No sé si estaré a la altura. En el intento de hacerlo bien tengo un buen aprovisionamiento de ideas y proyectos. Ya tenemos varios libros ansiosos de ser abiertos en esa escuela para mostrarnos sus palabras e imágenes, un mapa mundial fabuloso para viajar por sus países cuando el maestro diga tonterías o resulte demasiado aburrido, otro mapa de Aragón en tres dimensiones, toda una joya donde sortear valles y montañas en unos pocos segundos, y un planisferio celeste para aprender sobre los marcianos que tenemos sobre nuestras cabezas.

Ayer dijo un astrónomo en Benasque que el Big Bang es una patraña, que las claves de la expansión del Universo están en la energía oscura y que el origen del mismo deja de ser un problema cuando se maneja la hipótesis del Multiverso frente a la de un único Universo. También citó investigaciones sobre la densidad del vacío. A ver cómo demonios explico esto a los niños.

*Miércoles, 18 de agosto de 2010*

Envalentonado tras leer el argumento a una persona de prestigio, todo un médico, me dispuse a llevar el argumento a un amigo. Error. Exceso de vanidad y de riesgo por mi parte. Incursión en la conciencia social a pecho descubierto y sin las debidas medidas profilácticas. Revolcón lógico. Hace tiempo, quizá desde que intento ser maestro, que me pregunto por qué la formación inicial de los profesores disminuye y pierde calidad, paralelamente a su consideración social, a medida que avanza por las etapas formativas. Así, tenemos a la señorita de la guardería, qué maja y qué besos le da, al maestro de primaria, qué paciencia tiene el hombre con tanto crío, al digno profesor de secundaria que ya se gana bien el jornal intentando enseñar asuntos trascendentes a adolescentes ajenos a su necesidad de formación en esta etapa que ya es muy seria y, finalmente, al profesor de universidad, que dará una clase apañada después de prepararla durante unas cuantas horas. Por el camino, los profesores de formación profesional, música, escuelas de idiomas, etc., que se encajan como pueden en la estantería oportuna. «Hombre, no me compares, que el profesor de secundaria enseña unos contenidos mucho más profundos y difíciles». Yo pensaba que tendría peso lo de «el médico escribe que planteamos al revés la educación, que las fases más críticas del desarrollo, cuando más repercusión y trascendencia tendrá lo que se haga con el niño, suceden precisamente cuando éste es más pequeño». Error, de nuevo. Una concepción social muy extendida considera que la educación oficial consiste exclusivamente en transmitir datos, por lo que enseñar la «a» es más fácil que enseñar a dividir, que es más fácil que enseñar logaritmos, que es más fácil que enseñar trigonometría cósmica. Así, el maestro de primaria dispone, con suerte, de cinco días al empezar el curso para conocer al claustro y realizar varias reuniones de organización general, conocer su lugar de tra-

bajo (que puede ser un lugar al que va a llegar ese día por primera vez en su vida), pedir materiales, programar el curso entero; el profesor de secundaria disfruta de algún día más de preparación y el universitario empezará sus jornadas lectivas cuando algunos de los anteriores ya necesiten un descanso. También la relación entre horas lectivas y horas no lectivas para programación va tendiendo desde el infinito hacia el cero conforme se es un profesor más «importante». Si alguno por el camino sufre alguna crisis de identidad docente, como mis ejemplares compañeros del Piaget, creyendo que sus alumnos, o su compromiso profesional, les exigen veinte o treinta horas extraordinarias semanales, pues adelante, él sabrá, maestro desviado de la norma (¡deberían ser la norma!). Por supuesto, en ningún caso quiero criticar a los profesores de secundaria y más allá, solo les utilizo para establecer una comparación con las etapas inferiores; ojalá tuvieran mejores condiciones de trabajo que redundaran en el beneficio de los alumnos.

Bien, el médico nombrado se refiere constantemente a ejemplos como el anterior en los que la sociedad muestra su desconsideración hacia el niño pequeño y sus necesidades. El niño no produce, no es aún un animal económico, productivo, dejadle que vaya creciendo y entonces ya tomaremos en serio su situación. Esto último lo digo yo, claro. La conversación con el amigo con quien intentaba compartir este asunto derivó hacia la economía. Aprendí muchas cosas sobre la emisión de deuda, los juegos de los inversores según se encuentren más o menos animados esa mañana, el gran entramado mundial que para rodar exige el arrinconamiento y sometimiento de los desheredados (no es que sean olvidados, sino que es completamente necesario pisarles para que la maquinaria de los países ricos no se detenga). Finalmente, entendí que debo volver a la trinchera, no salir a la ligera y ser feliz en el mundo de los niños de primaria donde aún tiene sentido hablar de ingenuos valores que luego, en la vida real, deberán desechar. Ya saben: la justicia, el respeto, el cariño, la bondad, etc.

El doctor dice cosas en su libro que me encantan. Es un libro para papás primerizos. Yo no tengo hijos, pero tampoco tengo huerto y me conformo leyendo los libros de agricultura de Mariano Bueno. Ya quisiera yo recoger tomates con un hijo (plantados ambos por mí, claro). El caso es que defiende un buen puñado de

ideas de índole pedagógica que pueden ser bien útiles para los maestros (muy interesante el capítulo sobre premios y castigos, por ejemplo). En esencia, y así lo hace saber el autor, su idea básica consiste en dar todo el amor posible al niño y establecer las mejores condiciones posibles para su desarrollo y crecimiento feliz, fundamentalmente a través del afecto y el sentido común:

«Es imposible malcriar a un niño por hacerle mucho caso, cogerlo mucho en brazos, consolarle mucho cuando llora o jugar mucho con él».

«¿Qué necesitaría esta madre para comprender que su hijo sufre de verdad? ¿Qué lllore sin parar todas las horas que está en la guardería? Nadie llora tanto. Ante las mayores desgracias y calamidades, el ser humano llora un rato y luego sigue adelante. La gente no llora todo el rato ni en los funerales, ni en los hospitales, ni en la rcel, ni en el campo de concentración. El que dejen de llorar no significa que hayan dejado de sufrir». «Así, todo nuestro sistema educativo está cabeza abajo. Cuanto menor es la edad del alumno, menos calificaciones y experiencia se exigen al maestro y menos se le paga. Tendría que ser justo al revés: las cuidadoras de una guardería tendrían que estar mejor cualificadas y mejor pagadas que los profesores de universidad, porque un bebé puede sufrir mucho con una mala cuidadora, pero un joven de veinte años puede pasar olímpicamente de una mala profesora de Física».

Y si el médico, Carlos González con *Bésame mucho*, finalmente te acaba llevando a leer un libro de José Luis Sampedro, *La sonrisa etrusca*, su historia de amor en la vejez, qué decir: ha ganado otro lector, aún sin hijos ni tomates.

Ansó  
2010-2011 y 2011-2012



*Miércoles, 8 de septiembre de 2010*

Ya es miércoles. Ya estoy donde tan cansinamente he decidido estar. Durante el primer día de soledad inevitablemente se deslizó por la cabeza un pensamiento en forma de «pero, a estas alturas de la vida, qué necesidad tienes de semejantes vaivenes».

La escuela ya ha comenzado. Y es tan diferente a lo que había programado en mi cabeza que ando un poco sorprendido.

*Lunes, 13 de septiembre de 2010*

Como en las otras escuelas rurales por las que he pasado, al especialista en alguna asignatura como Educación Física le suele tocar ser tutor de una clase, dando Matemáticas, Conocimiento del Medio... y, además, dar la especialidad al resto de aulas de la escuela. Esta semana, cuando me he presentado en las clases de mayores de la escuela (una con chicos de quinto y sexto y otra con alumnos de primero y segundo de ESO) he pensado promover una pequeña reflexión sobre el sentido y el papel de esta asignatura. Ya saben, la Educación Física es frecuentemente la hermana desgraciada de la familia, con poca presencia y menos voz. Los chicos han dedicado unos instantes a pensar para qué servían las Matemáticas, la Lengua o la Educación Física. El experimento estaba amañado porque el profesor sabía con certeza las respuestas que iba a escuchar: «la Educación Física... ¿para qué sirve?... para poco... para jugar... para relajarte y despejar la cabeza»; les resumiré mi argumento de inicio de curso: si las Matemáticas tratan con los números, el lenguaje con las palabras y la importancia de cada uno de ellos es indiscutible, la Educación Física trata con nada más y nada menos que el cuerpo. Mientras nadie demuestre un milagro de separación mística de cuerpo y alma, todos debemos durante nues-

tra vida acarrear este conjunto extraño de materia (que nos transporta, nos permite ser acariciados, nos permite acceder al entorno...), por lo que su atención y trabajo no parece algo descabellado; al contrario, más bien un asunto trascendente.

En clase ya he hablado a los niños cincuenta o sesenta veces del colegio de educación especial Jean Piaget. Ya saben algunas cosas especiales que ocurren en esa escuela. El viernes a última hora, tras crear un nuevo blog que ya les presentaré otro día, les mostré con el proyector el vídeo que dicho centro preparó el año pasado para presentar al concurso «Romper Barreras». Allí vimos a Sandra, Alejandro, Juan y a otros niños haciendo sus cosas de niños y me emocioné. Observarles haciendo sus tareas y sus juegos conociendo todo el trabajo y especialmente la ilusión que hay detrás de casi cualquier gesto, así como reencontrarme por sorpresa con decenas de situaciones e intensas anécdotas, condujeron una maraña de sentimientos hasta un lugar entre la garganta y las tripas. Estoy madurando una idea para crear algunos lazos entre esa escuela y la de Ansó.

*Domingo, 19 de septiembre de 2010*

Pocas veces existe tanta unanimidad sobre una persona. José Antonio Labordeta se relacionó con nosotros de muy variadas formas a lo largo de su vida, pero en ellas siempre mostraba los mismos valores: sabiduría, sentido común, compromiso, esfuerzo incansable, poesía, claridad.

Creo que cuando Platón teorizaba sobre la necesidad de un gobierno comandado por sabios se refería a personas como Laborde-ta, no a ejecutivos y economistas de laboratorio como los que manejan el rumbo del país y del mundo. Bien distinto sería el planeta con varios Labordetas en cada lugar.

Hoy, cuando hemos conocido la noticia, a todos se nos ha derramado una profunda tristeza por todo el cuerpo. José Antonio Labordeta ha dejado hoy tristes a millones de personas que le apreciaban y querían. Queda su ejemplo para guiarnos.

Gracias por tu vida. Mañana hablaré de ti a los niños; de tus valores, tus canciones y tu poesía.

*Jueves, 23 de septiembre de 2010*

Supongo que hay personas que buscan la paz y la comodidad y,

cuando la consiguen, sonríen y continúan su vida plácida. Otras, sin embargo, parecen buscar agitación y turbulencias y, al conseguirlas, ponen cara de circunstancias y se preguntan quién demonios ha organizado ese lío. Estas últimas disfrutaban de una honda e incesante marea de sentimientos y emociones cada instante del día, hasta el punto de alcanzar un desconcierto realmente magnífico. Un desconcierto que se siente en cada célula del organismo andante. Conforme el desconcierto va dando paso a unos acordes más afinados, sólo queda buscar otro asunto que ofrezca una nueva incertidumbre. Quizá, al igual que hay seres que viven en medios extremadamente ácidos o fríos o calientes, existimos otros que debemos vivir en el desasosiego permanente.

En las montañas, los valles silenciosos aguardan ya la llegada del otoño. Las hojas de las hayas, menguadas por las heladas tardías, comienzan la danza tintineante que les permitirá desprenderse del altivo tronco. Los picapinos aprovechan las aún suaves temperaturas para aprovisionar la despensa, los tritones pasan los últimos días en su charca aún sin congelar, los sarrios se asoman pensativos desde las escarpadas alturas. En el cielo, las estrellas del frío van haciendo su aparición. En general, todos los seres vivos tienen ya la mirada puesta en el horizonte, pues el tiempo duro y esforzado que pondrá fin a la abundancia estival está a punto de llegar.

*Martes, 28 de septiembre de 2010*

El trabajo en la escuela avanza de una forma lenta, viscosamente lenta, pues perdemos demasiado tiempo en asuntos que deberían estar superados hace tiempo y que tienen que ver con la responsabilidad personal, la madurez, la autonomía. El segundo ciclo, tercero y cuarto de primaria, me parece un momento en el que estos hábitos de trabajo y de organización son pieza clave para el futuro de los niños. En todo caso, cada día que pasa mejoramos y la clase se comienza a parecer a lo que quiero que sea. He traído a Ansó varios cientos de libros. Todo el mundo me pregunta por qué he hecho esto, para qué quiero aquí libros como *El libro tibetano de la vida y de la muerte* o la edición facsímil de *Las mujeres de mañana*. Para qué esas montañas de libros apiladas por todo el salón que ahora esperan una nueva estantería y una reparación del

techo que cae a trozos cada día. Respondo algo que supongo es pura palabrería, insustancial, hueco, pero es lo único que puedo decir: que sin mis libros no soy nada, que soy lo que ellos me han enseñado o sugerido, y que sin ellos me sentiría como si hoy hubiera acudido a la reunión de padres en calzoncillos. Que en caso de huida repentina los cogería a ellos antes que a algunas partes de mi propio cuerpo. Como decía, la clase se va pareciendo a la clase que quiero y por ella ya circulan cada día muchos de esos libros viajeros. En unos casos para ver la portada, en otros para introducir una historia, para leer las primeras líneas o simplemente para observar una foto. También la labor de maestro sanguijuela comienza su trabajo y en clase ya se pueden observar puestas en práctica ideas de los maestros de referencia: cuadernillos de poesía, una pared llena de fotos, otra llena de noticias comentadas, cuadernos de campo, etc. Hace poco unos niños ya pasaron casi una hora mirando con los prismáticos (dando lugar a una de las más fascinantes posturas metafóricas que puedo evocar sobre lo que significa la escuela) por la ventana y en el día a día comenzamos a sentir algunas complicidades muy necesarias y satisfactorias.

Quizá el reto planteado para este curso sea el de sistematizar y abordar estructuradamente contenidos y aspectos que he ido tocando con distintos grados de profundidad y desorden en años anteriores. Al respecto, los años piagetenses me han dado lecciones magistrales que no permiten equivocación alguna.

Aquí de nuevo, en el mismo recreo, con parecidos niños, con la mirada hacia los mismos montes, sintiendo la maravillosa sensación de acompañarles mientras recorren algunos de los años más espectaculares de sus vidas.

*Jueves, 7 de octubre de 2010*

Explicaba qué es la célula, ese soporte extraño de la vida. Me acordaba de documentales, libros, artículos de revistas y, finalmente, mientras les explicaba la grandeza de la célula, mi diálogo interior concluía que no tengo la menor idea sobre este disparatado concepto supuestamente real. Qué disparate: pasar la vida explicando cosas que apenas conozco y casi nunca comprendo. Pudiera quedar el consuelo de que llegados a cierto nivel casi nadie o nadie entiende realmente nada, pero a estas alturas del viaje esto ya no

ayuda.

Los días pasan con la impagable compañía de los amigos, con la satisfacción de dar clase en un pueblo, de estar una hora con niños de tres años observando a través de sus ojos que todo lo han de ver aún y, en dos minutos, compartir un pedazo del día con adolescentes que comienzan a sentir el vértigo de la vida de que se avecina, plena de emociones y acontecimientos.

He gastado en un rato de compras el presupuesto escolar de este año y parte del próximo. Quizá debamos declarar la quiebra pedagógica. Necesitamos cientos y miles de artilugios. Necesitamos incluso unas mesas, armarios y estanterías, pero el Departamento de Educación no dice nada. Que no tiene dinero porque lo ha gastado en no sé qué cosas.

La vida se escapa entre los dedos y, al intentar sujetarla, solo consigo que caiga más rápido.

*Lunes, 11 de octubre de 2010*

Hace varios días que llueve. Fina y persistente lluvia que poco a poco va cambiando los colores de la vida hasta llevarlos a la desnudez otoñal. Vivir en la escala rural, la de las cosas pequeñas y naturales, significa sentir muy cerca numerosas sensaciones que los años pasados la inmensidad urbana me había hecho casi olvidar. Desde casa y desde la escuela veo cada noche a Júpiter y varios de sus satélites, observo cada día el irremediable caer de las hojas y el cambio incesante en el colorido del paisaje. También el atronador avance del agua del Veral o el frío en aumento conforme la luz va dejando sitio a la oscuridad cada día un poco antes. No sé muy bien qué mecanismos gobiernan estas sensaciones, pero siento extraordinaria armonía al vivirlas.

Estas semanas utilizo una buena parte de las tardes para hablar con las familias de los niños de mi clase. Allí intento mostrarles los aspectos fundamentales de lo que será el curso, de lo que considero importante, de los contenidos en los que podemos estar coordinados para obtener mayores beneficios. Estos encuentros no me resultan especialmente agradables. Es muy difícil manejar la disparidad de ideologías, criterios o circunstancias personales que cada familia presenta. Cada reunión me genera cierto desasosiego y en muchos casos creo que no son especialmente fructíferas. En la

hoja que he preparado para estas reuniones comienzo enumerando los que nombro como contenidos fundamentales del curso: comunicación, autonomía, curiosidad e interés hacia el conocimiento, convivencia. Los dos primeros me quedaron grabados en las reuniones iniciales del Piaget, donde las palabras siempre se dirigían a lo esencial, y los dos siguientes tienen total relación con el modo en que entiendo la escuela y la vida.

Hace unos días una niña me preguntaba indirectamente por el tipo de maestro que era hace cinco años en esta misma escuela, cuando fui por primera vez maestro, lo que me condujo a pensar en el maestro que soy ahora, en por qué soy así ahora, en qué seré dentro de otros cinco años.

Siempre enredado con preguntas de respuestas inciertas.

Sigue lloviendo, siguen cayendo las hojas.

*Domingo, 17 de octubre de 2010*

He decidido que una buena opción para el tiempo de Alternativa consistirá en tratar de acercarnos a la realidad que nos muestran los sentidos, a la naturaleza, rellenando un cuaderno de campo naturalista. Después de ver algunos ejemplos en Internet o en libros (joyas artísticas como las de José Antonio Sencianes, Santiago Osácar, los cuadernos de campo históricos recién publicados del Parque Nacional de Doñana o las andanzas juveniles de G. Durrell), hoy hemos comenzando saliendo al monte y tratando de reflejar en nuestros cuadernos aquello que nos llamaba la atención del entorno natural circundante. Un abeto, un nogal ya sin hojas, un fruto del escaramujo, la montaña entera majestuosa, el vuelo al modo de una cometa del milano real, etc. Otras veces serán unas huellas, unos petirrojos o un gorgojo. Una labor donde prima la observación y la quietud, facetas difíciles de conseguir en niños muy menores de edad, pero que ya ha dado lugar a una bonita actividad con resultados prometedores.

*Lunes, 25 de octubre de 2010*

Comenzando a ser maestro por cuarta o quinta vez. Con un comienzo bien hecho sería suficiente, supongo.

Reviso y releo papeles de hace cinco años y compruebo que apenas he avanzado. Que estoy en un punto parecido. Que cada año cambio y vuelvo a comenzar. Vuelvo a llevar cajas de aquí para

allá. Mi vida quizá consista en eso, en mover materiales y sentimientos de un sitio para otro. Y mientras tanto intento entender lo que ya entendí hace cinco años e intento estudiar unos contenidos que ya apliqué entonces.

Cada año, cada unidad, cada día, saco un folio en blanco y comienzo. Y esto, claro está, es un desastre.

El blog de la escuela, *Ansotanius*, ya está en marcha.

*Viernes, 29 de octubre de 2010*

¿Es importante la escuela para un pueblo pequeño?, ¿hasta qué punto?, ¿debe dedicar algún tiempo la familia a su hijo cada tarde?, ¿cuánto?, ¿qué debe pensar un alumno adolescente sobre diseño inteligente y creacionismo?

Buceo entre materiales recopilados de años pasados para intentar dar un poco de sentido a las programaciones de cada área y fundamentalmente llego a dos conclusiones-sensaciones: tengo una gran frustración al comprobar que podría mejorar notablemente en cada área con un poco más de tiempo, un poco más de trabajo y con unos cuantos recursos materiales y personales que no tengo; en segundo lugar, crece el respeto y la admiración por los dos o tres maestros de referencia que hay en mi cabeza y de los que manan la casi totalidad de ideas que aplico en clase, puesto que conforme leo y busco no hago sino ser más consciente del trabajo ingente, brillante y generoso que hay tras ellos.

Me mantiene especialmente preocupado la Educación Física, pues sé qué camino tomar en busca de la mayor coherencia curricular y beneficio pedagógico para los alumnos, pero no encuentro el material teórico necesario para aplicar las ideas en la práctica diaria.

Mientras esto sucede, en el pequeño pedazo de naturaleza que la ciudad aún no ha destrozado (en ello está), donde se puede oír al críalo, al cuco o al mochuelo, tropezar con un jabalí, ver un picado de un halcón peregrino o el arponazo de una garza imperial, uno de los muchos que jamás debería tener un arma entre las manos (¿alguien sí?) ha pegado un tiro a un búho real, quizá el mismo al que muchas tardes de invierno hemos aguardado con ilusión infantil para escucharle cantar llamando a su compañera.

*Martes, 9 de noviembre de 2010*

Cada año que pasa concedo más importancia en clase a la convivencia y a los aspectos emocionales. Por una parte, los alumnos y yo vamos a pasar juntos mucho más tiempo durante el curso que con nuestras propias familias, por lo que llevarnos bien parece sensato. Por otra parte, crear un clima agradable en clase posibilita, sin duda, un mejor trabajo en torno a las distintas áreas curriculares.

La creación de un ambiente de trabajo calmado, alegre, distendido, también serio y riguroso, supone, por tanto, uno de los principales objetivos a alcanzar en los meses iniciales del curso.

Tal ambiente tiene que ver con el tono empleado, con la manera de decir, de mirar, con las respuestas, con las preguntas, con los silencios. También depende de cómo materializar algunas ideas sobre el funcionamiento de la clase. Al respecto, estos días estoy considerando desde diversas perspectivas un enfoque que leí a varios autores, que me pareció muy interesante y que intentamos aplicar ahora. Dichos autores se planteaban el sentido de una educación anquilosada basada en los castigos y en los premios y alentaban a los docentes a pelear por una escuela en la que las conductas estuvieran motivadas en la mayor medida posible por la misma conducta; es decir, que los alumnos fueran conscientes de la necesidad y el beneficio de las tareas emprendidas y el hecho de hacerlas bien y superarlas supusiera la motivación y el refuerzo necesario ¿Qué valor tiene la conducta de un niño si ha surgido exclusivamente como respuesta a un látigo amenazante o a una jugosa zanahoria?, ¿qué ocurrirá cuando desaparezcan los premios y castigos?, ¿puede enfocarse el aprendizaje únicamente desde los modelos del condicionamiento?, ¿tiene esto algo que ver con el problema de moda en las escuelas que trata sobre jóvenes desmotivados que lo tienen todo y se muestran sin curiosidad, ni esfuerzo, ni capacidad de sorpresa? En clase conté la versión resumida de este embrollo y todos los niños se mostraron de acuerdo. A todos les pareció coherente y justo. De este modo intentamos ayudarles a ser autónomos, responsables y a mantener ese pequeño tesoro consistente en valorar el interés personal, el gusto por aprender y el esfuerzo como los auténticos motores de nuestro comportamiento.

*Jueves, 11 de noviembre de 2010*

He convocado hoy en la escuela a los alumnos a los que di cla-

se hace cinco años. Chicos a los que me refería en este mismo diario en las páginas iniciales. Apenas unas decenas de páginas unen momentos tan distantes. Excepto dos que aún permanecen en Ansó, todos van ya al instituto de Jaca. Poco se parecen a los niños con caras inocentes de nueve, diez y once años que se veían en las fotos proyectadas en la pared con las que les he recibido. Hemos estado también con muchos niños de la escuela que han querido compartir este momento durante el que hemos recordado distintas peripecias vividas (excursiones, sorpresas diarias, CRIET...). Posteriormente hemos merendado juntos y hemos dedicado un tiempo a charlar y reír. Me resulta curioso comprobar su evolución personal desde el tiempo que compartí con ellos, sus nuevos puntos de vista, las bromas de unos, los silencios y miradas reflexivas de otros, los recuerdos precisos de algunas anécdotas. Incluso ha habido alguno que decía guardar un buen recuerdo porque «hacíamos muchas chorradillas que estaban muy bien». Se refería a las actividades de escritura en lengua, a los experimentos, a los acertijos, etc.

También me veía yo. Cinco años más joven. Desconozco qué queda de ese tipo con más pelo y varios caminos tenebrosos aún por transitar. Sí permanecen aún intactos cuatro o cinco sentimientos hacia las personas que me mantienen con vida.

*Domingo, 14 de noviembre de 2010*

Hace unos días mi hermano me planteaba algunas ideas sobre la reiterada sostenibilidad y el romanticismo ecológico con que nos acribillan desde cada ventana los políticos, constructores y diversas organizaciones. Venía a decir, en esencia, que cuidar el bosque, la contaminación, no tirar las cacas a la calle, salvar a los pollitos de gorrión, etc., tiene que ver en primerísima instancia con nosotros. Más bien con los que vienen después, que encontrarán un planeta muy difícilmente habitable. Después, pero ya en segundo lugar, quien lo desee que piense en razones morales sobre el trato al resto de animales, sobre la vida, la conservación de los ecosistemas, etc.

Curiosamente, el día siguiente tuve que ayudar a unas personas de primero y segundo de ESO a encontrar información sobre la biodiversidad. Pude observar unos instantes su libro de texto, que justamente citaba en el apartado sobre la conservación de la nombrada biodiversidad esos argumentos antropocentristas sobre el humano-dios que pide un poco de clemencia para los apuradísimos seres que viven bajo su dictadura. Aún tuve unos instantes para

mostrarles el escrito de mi hermano y el vídeo de Carl Sagan sobre nuestra insignificante, y gigante a la vez, estupidez y crueldad observada desde los confines del sistema solar. El mensaje del libro de texto tendrá que ser absorbido y vomitado en sucesivos exámenes durante su vida escolar y aquel que quiera pensar algo un poco más original, razonable y auténtico tendrá que gozar de alguna experiencia extrasensorial o extraescolar que le muestre un camino alternativo a la autopista hacia la placidez adulta que promueve tantas veces el conocimiento oficial permitido.

*Jueves, 2 de diciembre de 2010*

No cambio de profesión porque no sé hacer otra cosa. Además, llegar por la mañana a la escuela y ser recibido por diez niños sonrientes y felices en medio de un paisaje nevado es un gran argumento para olvidar la gran fuerza de las personas grises y enfadadas. Más aún si a escasos ciento cincuenta centímetros pico-tea la comida que colocamos en la ventana un precioso carbonero y todos podemos contemplarlo durante un minuto de silencio y alegría compartida.

*Lunes, 13 de diciembre de 2010*

Nunca he tenido muy claro hasta dónde debe llegar la implicación de un maestro. Nadie explica esto nunca. Más aún, nunca he tenido claro hasta dónde debe llegar la implicación de una persona. Tampoco nadie explica esto nunca. En la convivencia con mil niños y mil familias surgen multitud de situaciones complicadísimas de abordar que pueden suponer mucho esfuerzo, una exigencia emocional extenuante y que fácilmente al intentar mejorarlas pueden generar problemas tan importantes como los hipotéticos beneficios. Hay personas, afortunadamente muchas a mi alrededor, que tienen muy claro su compromiso a la hora de luchar por distintas causas y trabajan por ellas ajenos a todos los contratiempos y dificultades. Y este no es mi caso. Cada vez que trabajo con esfuerzo e ilusión por algo que considero necesario y beneficioso para los niños o para otras personas y encuentro incomprensión, zancadillas, comentarios negativos subterráneos y gratuitos, e incluso alguna burla, no tengo la fortaleza para asumirlo y mantenerme ajeno. Al contrario, siento la terrible desolación actual, la desilusión más absoluta y estaría dispuesto a cambiar de trabajo en este

mismo instante en el que escribo esta letra, incluso dispuesto a ir a vivir a la mismísima ciudad. No tener espíritu para liderar algunos cambios, para cambiar dinámicas prehistóricas, chocar cada día con pensamientos cerrados, es difícilmente asumible para el escritor de estas líneas, y supongo que para cualquier maestro, cuando el entorno te enfrenta a diario a este tipo de situaciones.

A menudo escucho a otros maestros, a padres, a personas variadas, comentar sobre el trabajo aséptico del maestro que no se debe implicar en faenas ajenas a lo específicamente curricular, pues tal parcela concierne estrictamente a las familias. Por otra parte, cada día se bombardea a los maestros con información sobre la necesidad de trabajo en la escuela en torno a habilidades sociales, hábitos, aspectos emocionales, hábitos de trabajo extraescolar y se ofrecen variadas posibilidades de formación al respecto. Así, una perspectiva orienta hacia un maestro sin implicación personal, mientras que otra enfoca hacia lo opuesto: una implicación del maestro hasta en las últimas células de su alma. ¿Y qué?, ¿qué maestro tengo que ser?, ¿qué tengo que mejorar?, ¿hasta dónde pelear por normas estúpidas, por inercias que se mantienen porque «yo lo encontré ya así», por personas violentas e irrespetuosas que te hacen llegar a casa con ganas de echarte a llorar e ir a dormir?

Solo sé, y mal, hacer de maestro, pero si encuentro a alguien que me necesite para alguna faena mecánica y relajada no dejaré de pensarlo.

*Jueves, 16 de diciembre de 2010*

Han aparecido estos días en los medios de comunicación noticias sobre la opción de educar a los hijos en el propio hogar. El tribunal constitucional ha desestimado esta posibilidad y ha obligado en la sentencia a que los alumnos cursen la enseñanza obligatoria por los cauces oficiales.

Las familias implicadas, por su parte, argumentan sobre la pobreza del sistema educativo oficial, indican que no forma a personas autónomas, sino que está al servicio de la «obediencia y la sumisión». Acusan a la escuela de promover modelos exclusivamente competitivos, de no formar el pensamiento, sino más bien de llenar la cabeza. Las familias se ofrecen a estar supervisadas por la autoridad educativa pertinente.

Hace unos pocos días, antes de la aparición de estas noticias, comentaba con un buen amigo sobre este tema. Él tiene un hijo con pocos meses de edad. Él es maestro, así que conoce bien el funcionamiento del entramado pedagógico. Se le planteaba el dilema de escolarizar a su hijo durante la educación infantil en un modelo educativo alternativo y recién llegado a su lugar de residencia. Un centro con profesionales interesantes que pretendían establecer un modelo con una gran calidad. Mi amigo dudaba y sentía incomodidad ante la opción de dar la espalda al propio sistema para el que trabaja. El futuro de su hijo en la educación infantil oficial de su lugar de residencia está representado por unos maestros anclados en las formas y los contenidos de hace seiscientos o setecientos años, que trabajan con los niños de tres, cuatro, y cinco años a base de fichas, fichas y algunas fichas más. Por otra parte, una vez su hijo haya superado la etapa de infantil con el menor número posible de secuelas, le esperan en uno de los ciclos de primaria un grupo de maestros que consideran al niño como una especie de delincuente al que hay que corregir, vigilar y controlar mediante la imposición y el castigo (imaginemos cómo funcionarían en esas clases las salidas fuera del centro, la sensibilización ante temas importantes, la formación del pensamiento, etc.). Así pues, ¿qué hace un padre y maestro que teme un futuro similar para sus hijos?

Quizá esté mal que lo piense, pero comprendo la reivindicación de esas familias. La heterogeneidad abrumadora en cuanto a formación de profesorado existente implica una seria reflexión por parte de un padre que considera de vital relevancia la formación de su hijo. Igual que no permitiríamos jamás que nuestro hijo fuera tratado por un médico sin formación, por un médico que no mejorara su salud, no entiendo por qué sí permitir que este hijo nuestro pase un año, o dos, o tres, con una persona que no le aportará nada positivo más allá de la memorización del libro de texto en el mejor de los casos. Me canso de ver ejemplos (o situaciones literales) de que en la escuela vale todo: «cada uno tiene su metodología...», «todo es respetable...», etc. No. En la escuela hay cosas que están bien y cosas que están mal. Los maestros que trabajan doce horas cada día, inteligentes, excelentemente formados en lo personal y en lo profesional y que dan su vida por sus alumnos no son lo mismo que los maestros que hacen un poco menos de lo obligatorio y sienten mala gana cada vez que se encuentran con sus alumnos.

Hasta que esto no esté claro en la cabeza de todos los implicados, seguirá habiendo padres con mala suerte a los que les temblarán las piernas cuando deban llevar a su hijo a la escuela.

*Lunes, 10 de enero de 2011*

Hoy ha sido el día de volver a la escuela. Un día con las sensaciones del niño que el domingo por la noche tiene ganas de llorar por la inminente llegada del lunes y de la cada vez mayor lejanía del fin de semana repleto de alegrías y emociones. Esto no había ocurrido antes.

Los niños llegaban con sus relucientes *emepetreses*, *emepecuatos*, *wiis*, cámaras digitales y otros artilugios que pronto quedarán obsoletos y deberán renovar. Muchos escuchaban música de espaldas a sus amigos mientras esperaban para entrar.

¿Por qué este segundo trimestre será en la escuela extremadamente largo y dará paso a un tercer trimestre extremadamente corto?, ¿por criterios de sabios pedagogos y sesudos eruditos? Según el librito-calendario de Mariano Castillo, tan útil para el abuelo agricultor como para el fotógrafo cósmico, en el Concilio de Nicea, celebrado en el año trescientos veinticinco (¡325!), se aprobaron las reglas para determinar que el Domingo de Pascua de Resurrección se celebrara el domingo siguiente a la primera luna llena posterior al veinte de marzo. Por eso nuestro segundo trimestre escolar es tan bailarín y nos depara cada año calendarios tan dispares. Estamos en el año dos mil once. ¿Qué les parece el progreso del calendario escolar desde el Concilio de Nicea?

Deseo compartir una especie de principios que rigen la vida familiar de un personaje al que quiero mucho. Son principios transgresores, que escandalizarían y pondrían patas arriba las normas establecidas en muchas familias y escuelas si fueran allí aplicados. Son normas plenas de humor, de cariño, de respeto, de ganas de vivir, tan válidas para hoy mismo que parecen pedagogía renovadora:

«La vida ha sido creada para que la disfrutes, pero no la disfrutarás a menos que pagues por ella con un buen trabajo duro. Éste es un precio que nunca tendrá rebajas.

Puedes trabajar en lo que quieras mientras lo hagas tan bien como sepas y limpies lo que dejas sucio y estés en la mesa a la hora de la comida y en la cama a la hora de dormir.

Respetar lo que hacen los demás. Respetar el arpa de papá, el piano de Billy, las herramientas de Álex, los diseños de Jimmy, y la

casa de fieras de Minnie.

Si algo te enfurece, dilo enseguida. Tal vez los demás tengamos también ganas de pelea.

Si algo te hace gracia, dilo también enseguida. Podemos reírnos todos juntos.

Si tienes el impulso de hacer algo que no sabes si está bien, hazlo. Arriésgate. Lo más probable es que si no lo haces te arrepientas, a menos que quebrantes las reglas sobre las horas de comer y de dormir, en cuyo caso tan seguro como que el infierno está ahí abajo que te arrepentirás.

Si el problema está entre hacer lo que te divierte o hacer lo que se supone que es bueno para ti, y nadie sale perjudicado por lo uno ni por lo otro, haz siempre lo que te divierta.

Si todo te resulta demasiado y sientes que el mundo entero está contra ti, ponte de cabeza. Si se te ocurre algo más loco todavía, hazlo.

No te preocupes de lo que piensen los demás. La única persona en el mundo lo bastante importante para que te conformes a sus deseos eres TÚ.

Cualquiera que maltrate a un animal o rompa un palo de billar sufrirá una multa de un mes de salario».

Estos principios fueron ideados por Harpo Marx (*¡Harpo habla!*, Seix Barral) en los años cuarenta del pasado siglo.

*Jueves, 10 de febrero de 2011*

Hoy ha sido uno de esos días en los que los alumnos están especialmente conectados y sientes que estás llegando a lugares afortunadamente alejados de las zarandajas mediáticas y polémicas. En una clase con bonitas vistas, en un pueblo al que hipnóticamente tuve que volver, con un grupo de diez alumnos con los que compartes el treinta y tres por ciento del tiempo que cada día pasas despierto, de repente, se forma silencio espectral y los rostros reflejan atención absoluta en lo que estás contando (mientras sientes que es un momento solemne y debes hacerlo muy bien).

Uno de estos momentos especiales se produce con la lectura que esta semana mantiene las mentes bien despiertas y nuestros nervios en tensión. Supongo que me jubilaré leyendo cada curso *Palabras de caramelo* y los otros libros de Gonzalo Moure.

Por otra parte, algunas iniciativas emprendidas hace tiempo comienzan a cuajar y a dar sus frutos en cada área: chicos participando en talleres de escritura voluntariamente, chicos descargando *Stellarium* en sus casas y comprobando dónde encontrar Orión la próxima semana, otros mejorando notablemente en parcelas en las que mostraban dificultades, etc. Y es sorprendente que algunos maestros son tan buenos que hacen que otros parezcamos buenos (en momento puntuales) con el único mérito real de copiarles y seguir la huella que esforzadamente abrieron.

Hoy hemos mantenido en clase una videoconferencia con una de las aulas de la escuela Jean Piaget. Desde el comienzo de curso mantenemos una pequeña colaboración. Nuestro papel inicial consiste en fabricar algunos juegos y herramientas que puedan ser de utilidad para niños con discapacidad motriz. Esta colaboración da pie a intercambio de cartas y otras propuestas como la realizada esta mañana. Así, mis alumnos han podido saludar y conocer en persona a tipos tan excepcionales como Eduardo, Ana, Alba, Aimara o Abel. Al acabar han surgido muchas preguntas y, de nuevo, he intentado estar a la altura de las circunstancias y transmitir el conocimiento y la sensibilidad que el tema exige, aunque he sentido grandes dudas sobre cómo abordar algunas cuestiones.

*Miércoles, 16 de febrero de 2011*

Hace dos días mi voz se empezó a quebrar cuando realizaba una actividad laboral cotidiana con cierta carga emotiva. Me sorprendí al percibir cómo aumentaban por sorpresa la respiración, las pulsaciones y todos esos parámetros fisiológicos que los que entienden engloban en la llamada «respuesta simpática» (del sistema nervioso simpático, se entiende). Como estaba ligeramente prevenido, pude percibir pausadamente esas sensaciones desbocadas y posteriormente analizarlas con calma. Quizá, concluí finalmente, sea una suerte poder vivir con intensidad inusitada momentos cotidianos. Considerémoslo así, la fortuna de que muchos momentos vividos hayan sido intensamente vividos.

*Martes, 22 de febrero de 2011*

Trabajar en educación especial y en el colegio especial Jean Piaget aporta numerosos beneficios. Hoy quiero hablarles de uno de ellos: allí todo parece más necesario, más urgente, más impor-

tante, por lo que el trabajo cotidiano se impregna de estas características y acaba concretándose en, por ejemplo, las actitudes cuando el maestro trabaja en clase con sus alumnos. En ese momento los alumnos son sagrados, la atención del maestro está enfocada al mil por mil en ellos y no se acepta ninguna distracción, ninguna palabra o acción que no tenga que ver con los niños y su trabajo. Este es un gran aprendizaje.

Por otra parte, pero sigo hablando de lo mismo, está el chiste de la embarcación española que pierde frente a la japonesa (en la primera rema una persona y le ayudan diez asesores y en la segunda hay diez remeros supervisados por un responsable) y que se enfrasca en auditorías y asesorías para buscar la solución óptima. Cada año pierden por más tiempo y finalmente despiden al único remero por incompetente y vago. La educación española perdió en el último informe PISA frente a otras embarcaciones por una buena distancia. Supongo que en ese momento las personas listas del ámbito educativo nacional dieron un respingo en las sillas de sus despachos y empezaron a discurrir qué hacer para que no nos volvieran a ganar. Así, comienzan a pedir evaluaciones, auditorías externas, nombran muchos responsables y más subresponsables, ajenos todos a que fundamentalmente el asunto consiste en remar. En mayo se realizarán en las escuelas aragonesas unos informes de diagnóstico en cuarto de primaria y en segundo de ESO en torno a distintas áreas. Esa evaluación se acompaña de una recogida monstruosa de datos sobre el entorno sociocultural. Para empezar, supongo que ya habrá unas cuantas decenas de funcionarios esperando los miles de datos que tendrán que filtrar, mirar del derecho y del revés y finalmente utilizar para algo. De entrada, ante un problema nacional serio, generar muchos papeles ya da cierta sensación de importancia y de estar interviniendo con gravedad.

Mientras todos esos papeles nacen, se reproducen y mueren sin pena ni gloria, el sistema no tiene filtro capaz de detectar y eliminar al maestro que deja a sus alumnos solos para limpiar mientras su bici o al que pasa cinco meses sin hacer absolutamente nada de lo que su trabajo exige.

No sé si había avisado de que este era otro artículo con intención catártica, pues hoy ha sido un día rematadamente feo en el que, entre unos que no tienen demasiadas ganas de hacer su trabajo

y otros que no conocen cuál es el mío, la faena en la escuela ha estado seriamente dificultada.

*Lunes, 28 de febrero de 2011*

En clase, hace unos días, trataba de ilustrar con un ejemplo que algunos sentimientos son estables y no dependen de acontecimientos puntuales: «el amor hacia tu padre o tu madre, por ejemplo, ¿depende de un enfado?» La niña de mirada penetrante me dijo que ella no discutía nunca con sus padres y, por tanto, ese ejemplo no le resultaba demasiado útil. Cambié el ejemplo y seguimos con nuestras cosas, pero su respuesta se quedó esperando en alguna parte para después hacerme reconsiderarla. Ciertamente, la relación de esta niña con su familia es excepcional. De igual modo que la de sus hermanos. Todos son niños alegres, curiosos, muy inteligentes. Un caso no es la regla general, igual es justamente la excepción, pero quizá muestre algunos elementos interesantes: amor y cariño, tiempo dedicado, libros, cercanía, juego, libertad, confianza, viajes, amistades interesantes, responsabilidad... ¿muestran estas palabras un camino hacia un destino concreto o son comunes a caminos muy diferentes?, ¿se puede aplicar a la escuela este pensamiento sugerido?

Sigue nevando. La perrita abandonada que cada noche se acerca a casa para buscar comida no repara en la poesía ni en la melancolía de la nieve al caer. Simplemente siente frío y hambre.

*Lunes, 7 de marzo de 2011*

Desde que tengo interés por la fotografía capto algunos fragmentos de la realidad como si fueran representaciones casi congeladas. Veo el encuadre, los elementos que la componen, la luz, etc. Supongo que esto le ocurre a cualquier aficionado. Por esta razón a menudo describo situaciones, escolares principalmente, que responden a este modo de percibir el entorno. En algunos casos, por distintas razones, se combinan los elementos que tengo delante de los ojos de una forma especial creando una efímera imagen de una belleza especial. Dificilmente puedo intentar captarla con una cámara si estoy trabajando, por lo que centro el esfuerzo en tratar de retener cada detalle para conservarla en la memoria un tiempo. Allí hará su efecto y poco a poco se irá desvaneciendo hasta pasar a engrosar la lista de lo olvidado.

Hoy tan solo quería compartir una de estas imágenes que pude captar el miércoles pasado. No se parece en nada a otra de hace cinco años pero, curiosamente, ambas provocan una sensación sorprendentemente similar. Esto pude observar: estoy de pie al lado de mi mesa (la clase se estira hacia los lados formando un espacioso rectángulo), frente a mí los pupitres en forma de semicírculo y más al fondo tres grandes ventanales que dan hacia el este; en uno de ellos, sobre medio coco que pende del enrejado exterior, come gusanos y semillas un carbonero; a la derecha, en el rincón más alejado, los diez niños se apiñan en torno a la pantalla del ordenador para leer algo que les he mostrado; decorando la escena hay decenas de detalles casi imperceptibles y testigos del desarrollo del curso: libros, fotografías, noticias, cuadernos, etc.; como fondo soberbio, una copiosa nevada que añade un matiz mágico al conjunto. Y allí estaba yo de pie, mirando a los niños, al carbonero, los copos de nieve..., contemplando todo este conjunto como si fuera materia para algún tipo de ensoñación.

Miércoles, 9 de marzo de 2011

Ahora mismo son las diez y cuarto de la noche. El cuarto en el que escribo está hecho con madera muy antigua y oscura, la luz es amarillenta y sube desde la cocina una melodía antigua, como las que suenan en el cine clásico. Hace unos instantes ha ocurrido algo extraño en la realidad, que ha adquirido una consistencia extraña, fría y lenta.

Si pudiera exprimir lo que ha sido el día de hoy y obtener su jugo, creo que tendría por fin el brebaje para convencer a cualquiera sobre la necesidad de vivir cerca de la naturaleza y lo sencillo, alejado de la ciudad y lo complicado. Ha habido demasiadas sonrisas, exclamaciones, robles, escribanos y carboneros, esfuerzo, niños y estrellas como para albergar la mínima duda.

A las siete y media de la tarde los niños de Ansó estaban citados en las afueras del pueblo para una actividad de observación del cielo con la que redondeábamos el tema de astronomía abordado en clase. La asistencia ha sido cercana al cien por cien. Una vez hemos llegado al lugar elegido se han sucedido distintas actividades: observación con telescopio de la Luna y su luz cenicienta, manejo de Stellarium en los ordenadores portátiles y de un planisferio tra-

dicional a la vez que comprobábamos su correspondencia en el cielo, observación de las constelaciones, etc. Finalmente todo se resume con el «¡halaaa!» que exclamaba cada niño cuando contemplaba alguno de los colosales astros que tenemos sobre nuestras cabezas. Creo que esa es la esencia de este asunto: ese «¡halaaa!» que un niño pronuncia fascinado muestra la experiencia directa de nuestra pequeñez y de la grandiosidad de lo que nos rodea. Sólo se trata de mantener los ojos abiertos y maravillarnos por cada estrella, cada átomo o cada célula. En el fondo, quizá el asunto escolar podría ser bien sencillo. Quizá un elemento importante de la programación (no olvido el esfuerzo y esas otras cosas importantes) deberían ser esos «¡halaaa!». Quizá no hagan falta tantos papeleos, objetivos, criterios, diagnósticos, etc.

Estaremos bien atentos y no sólo miraremos al cielo: miraremos también el zumbido ya perceptible de los insectos, el despertar reptiliano, la llegada de los aviones, las golondrinas y los alimochos, las yemas que germinan en cada arbusto. La primavera está lanzando auténticos gritos que anuncian el renacer de la vida. Puede que incluso tengamos la suerte de que un picogordo se acerque un mediodía a comer a la maceta de nuestro salón y lo podamos contemplar extasiados a tres palmos de distancia.

*Lunes, 14 de marzo de 2011*

Los controles realizados a los niños o cualquiera de sus producciones diarias sirven para, leyendo entre líneas, conocer distintos aspectos sobre su concepción del mundo, que a su vez puede servir, si se acepta la generalización desde un punto de partida tan concreto, para conocer algunas de las ideas socialmente aceptadas en torno a distintos temas.

En un control realizado hace unos días sobre astronomía, una pregunta les exigía el esfuerzo de imaginar el mundo sin humanos y las consecuencias que se derivarían de ello. Esta pregunta parte de la obra de Alan Weisman, *El mundo sin nosotros*. Evidentemente es una pregunta muy abierta, más para niños de nueve y diez años, pero me ha sorprendido notablemente cómo la mayoría ha orientado su respuesta en torno a animales, plantas, montañas, ríos y demás elementos (fijense que no sólo seres vivos) que desaparecerían sin los humanos, dejando entrever una especie de función

divina del hombre en el planeta sin la cual todo se desmoronaría. Esta espectacular atribución de funciones poco tiene que ver con nuestro más que humilde papel en el planeta (en el mejor de los casos, sí es reseñable nuestra capacidad destructiva) que todas las ciencias nos muestran actualmente y quizá evidencie la escasa presencia del pensamiento científico en las escuelas.

Por otra parte, intenté llevar libros a clase de autores que habíamos conocido. Uno de ellos era Einstein y el libro, *Querido profesor Einstein*, consistía en la correspondencia que cientos de escolares de medio mundo le mandaban y que él respondía con exquisito cariño y afán divulgativo. A mis alumnos les llamó la atención la experiencia que el libro representaba, por lo que nos planteamos imitarla. Así, contactamos con un colaborador astrofísico y redactamos nuestras dudas y conocimientos que ahora mismo ya viajan hacia su destino. En este caso, también es muy interesante conocer qué surge de los niños, qué ha movido y desarrollado el tema trabajado para dar origen a conocimiento y también a nuevas dudas e intereses. Así, los niños le consultan «¿qué te inspiró para ser astrofísico?», «¿con qué energía se mueven los planetas?», «¿qué ocurriría si nos metiéramos en un agujero negro?», «¿cómo se formó el Universo?», «¿cómo será en el futuro?», «¿crees que hay vida en otros planetas?» o «¿qué hay que estudiar para ser astrofísico?», y le cuentan que han aprendido «que la Vía Láctea es inmensa y nosotros sólo estamos en una parte de ella», que han conocido a Newton, Hubble, Hawking, etc.

*Martes, 22 de marzo de 2011*

Tengo pendiente contar una interesante discusión sobre qué asignaturas son importantes en la escuela, cuáles se deben priorizar llegados los momentos importantes como aquel en el que se decide la promoción de ciclo. El asunto me llevó a distintas reflexiones y, aunque finalmente tengo las mismas dudas que al principio, resultará interesante compartirlas.

La primavera se huele en cada rincón del bosque. Los zorzales hacen fantásticas imitaciones de pura alegría, las ranas dejan su descendencia en abundantes y gelatinosos manojos, la energía vegetal comienza a empujar desde el interior para abrirse paso a través de las yemas incipientes y en la escuela suceden ideas y proyectos fantásticos: hace poco un abuelo ya cansado de remover tierra nos cedió un impresionante huerto anexo a la

escuela del que seré responsable junto a catorce alumnos voluntarios; el viernes recibimos la insigne visita de mi hermano, que ahora llega como biólogo en ciernes y con el que compartiremos actividades de microscopio, herbarios, ajedrez y naturaleza; hoy mismo hemos dado el visto bueno al que será el cierre perfecto de nuestra colaboración con el colegio de educación especial Jean Piaget de Zaragoza: ¡iremos a visitarles a su escuela! Todo lo anterior, junto con lo que ya está en marcha y con el trabajo diario menos reluciente pero más esforzado, hará de este otro gran curso.

*Viernes, 25 de marzo de 2011*

Ahora mismo leo en el boletín digital diario de *Educaragon*<sup>9</sup> una noticia que difunde la iniciativa de un centro comercial zaragozano de realizar una exposición en torno a Miguel Servet y la ciencia en general. Invitan a los centros escolares a conocerla y a los maestros a acudir el fin de semana para realizar talleres con los niños. La carta del centro comercial se despide con un «¡no dejen pasar esta oportunidad para conocer la ciencia!». Siento que algún ingrediente no acaba de combinar cuando se mezcla un megacentro de compras con una actividad educativa de divulgación científica. Y tampoco me gusta que esté publicitada por mis jefes.

Como en este pueblo no tenemos un gran centro comercial, ni el que escribe posee los recursos para hacer grandiosas exposiciones, mañana acudirá mi hermano medio biólogo a la escuela para compartir un día con los niños. El programa contempla unas pocas horas, pero pretende incluir una entrevista que han preparado los alumnos, una proyección sobre cómo y por qué comenzar un herbario y otra sobre fotografía de naturaleza, una práctica con el microscopio, partidas de ajedrez y observación de huesos, *egagrópilas*, plumas y otros cachivaches variados. El objetivo es simple: dedicar unas horas a la naturaleza, a la ciencia y al conocimiento a través de actividades atractivas y un ambiente de curiosidad e interés.

*Lunes, 28 de marzo de 2011*

El viernes mi hermano acudió a la escuela para desarrollar algunas actividades con los alumnos. En primer lugar, expresaré la

<sup>9</sup>Educaragón: Nombre de la página web del departamento de Educación, Universidad, Cultura y Deporte del gobierno de Aragón, dedicada exclusivamente a temas educativos. <http://www.educaragon.org>

profunda emoción y alegría de compartir esas escasas horas con él y con mi pareja, que también estuvo con nosotros. Hacer mi trabajo, que posee una carga emotiva muy intensa, rodeado de estas dos personas tan importantes fue una experiencia emocionante. Existen miradas que empujéñecen cualquier problema o incertidumbre. En cuanto a la clase, todas las actividades planteadas se desarrollaron perfectamente. Quizá de forma apresurada y superficial en algunos casos, pero cumpliendo la función buscada de motivación en torno a la ciencia, el conocimiento y la investigación.

Y ahora intentaré presentar un problema complejo en torno al cual se desarrollan los principales enfrentamientos pedagógicos actuales. Me refiero a los objetivos de la educación. Hace unas semanas en mi centro surgió la reflexión sobre qué asignaturas eran las importantes en el currículo para decidir la promoción al ciclo siguiente. Yo hice lo que mejor sé hacer: plantear dudas y no alcanzar ninguna certeza consistente. No sé qué asignaturas son más importantes, pero sí sé que citar las clásicas dos o tres sin argumentos no es aceptable en una discusión razonada. Desarrollando la reflexión, finalmente podemos llegar a la tesis de considerar cuál es la función de la escuela (y si seguimos, probablemente meditaremos sobre qué es la vida). ¿Qué pretende nuestra escuela con sus alumnos? Aquí creo que está el gran nudo. Encontramos posturas muy diversas y difícilmente compatibles: una importante orientación del currículo trata de formar trabajadores al servicio del sistema económico (lo cual es profundamente conflictivo con los puntos posteriores); el paradigma constructivista que determina la orientación pedagógica actual persigue objetivos como el desarrollo de la creatividad de los alumnos, de su capacidad de aprender a aprender, de la libertad en sus temas de aprendizaje; otros paradigmas que han surgido en los últimos años critican al anterior por su vacuidad, pobres resultados reales y escaso estímulo para los alumnos brillantes y esforzados. Es bueno señalar que ambas posturas coinciden en sus finalidades: posibilitar que el alumno se convierta en la mejor versión posible de sí mismo, prepararle para su vida adulta, incluyendo el acceso al mercado laboral, del mejor modo posible a través de la apropiación de los códigos culturales de referencia. Como se observa, estos aspectos comunes se pueden intentar alcanzar por caminos muy diferentes. La pedagogía de la

creatividad crítica un sistema obsoleto, creado al servicio de la Revolución Industrial que no se adapta a los nuevos tiempos, a los nuevos trabajos, a los procesos comunicativos actuales, a la tecnología disponible, que hace y transmite lo mismo que hace cincuenta años, etc. Por su parte, la postura contraria crítica que aprender a aprender no es realmente nada que no se fundamente en un conocimiento sólido, que los procesos comunicativos actuales efímeros, instantáneos, mareantes, precisamente requieren un poso (lectura lenta, capacidad de análisis...) que permitan una atención crítica y selectiva de la información, que la creatividad surge cuando el trabajo y el esfuerzo ya han hecho su parte y que el profesor no es un mero acompañante que sugiere, que plantea, que anima..., sino que en un entorno tan incierto su papel es más importante que nunca.

Esbozada a grandes rasgos esta situación, ¿son más importantes las Matemáticas y la Lengua que la Expresión Artística y la Educación Física?, ¿realmente tienen un carácter más instrumental y fundamental las primeras?, ¿no depende en muchos casos la importancia real de las asignaturas del modo en que el profesor las aborda y del papel que les atribuye el currículo (carga horaria) y la tradición, pudiendo haber, por ejemplo, un profesor de arte que ayude a sus alumnos a alcanzar un conocimiento y una sensibilidad que constituyan pilares básicos de sus vidas? Siguiendo con el ejemplo de la Educación Artística, difícilmente podrá ser un área valiosa si la imparte un maestro que considera que es un área con escasa relevancia y se limita a poner en práctica tareas repetitivas que apenas tienen trascendencia para los alumnos. Creo que en muchos casos, gran parte del valor de un área está en el tratamiento que el maestro hace de la misma, lo que tiene que ver con su historia personal, su formación y con las ideas preconcebidas que tiene hacia el área en cuestión.

Hace unos días escuchaba una entrevista a uno de los fotógrafos españoles más reputados actualmente. Indicaba que su profesión había dado un vuelco absoluto en los últimos años. Antes el fotógrafo hacía algo que no estaba al alcance de la población: hacer fotos y cubrir lugares remotos. Hoy millones de personas hacen fotos geniales en cada rincón y en torno a cualquier tema y, por tanto, el gremio debe redefinir su oficio y aportar valores que les distingan y les hagan ser considerados por sus clientes (editores, com-

pradores individuales, etc.). Así, el profesional actual se ocupa de planificar sus proyectos, hacer las fotos, buscarles salida, editar libros, promover conferencias, organizar cursos y viajes, etc. Los que no se han adaptado a estas nuevas condiciones, se han ido quedando retrasados y sin trabajo en muchos casos. Conforme escuchaba sus palabras, me planteaba si cabía la analogía con el sistema educativo. Hace unas décadas el profesor tenía acceso a un conocimiento que la gran población no poseía. Era el responsable de su transmisión. Hoy en día, en primaria al menos, el conocimiento que se transmite está al alcance de la mayor parte de la población. ¿Cuál es el papel entonces del maestro?, ¿se ha ajustado a la nueva situación?, ¿debe redefinirse su oficio como el del fotógrafo, aunque no corra peligro su puesto?, ¿debe dejarse llevar y desempeñar el papel secundario que ahora parece tocarle? En definitiva: ¿qué ha de pretender la escuela y qué ha de hacer el maestro en consecuencia?, ¿cómo queremos que sea el futuro?, ¿quién decide cómo ha de ser el futuro?, ¿quién sabe cómo será el futuro?, ¿están las personas con la sabiduría necesaria a cargo de estas decisiones o dependen en gran medida de ciclos y caprichos políticos?

No sé si les parecerán coherentes las dudas planteadas. Quizá las respuestas no sean vitales para hacer dignamente el trabajo cada día, pero sí para encarar con coherencia y rigor una gran cantidad de decisiones con incidencia real y concreta en los alumnos que se toman a lo largo del curso.

*Martes, 5 de abril de 2011*

Hace unos meses, en torno a enero, un compañero señalaba que el curso ya estaba acabando. Quizá fuese entonces exagerado, pero ahora estamos ya rondando el descanso de Semana Santa y apenas quedarán mayo y junio. Así, muchos trabajos emprendidos durante el curso se van desarrollando orientados a su conclusión, otros buscan su hueco en el horario y, en suma, se produce cierto atropello en el día a día, con la sensación de que el tiempo se acaba y aún todo está por hacer. Quizá siempre todo esté por hacer.

Hoy solo quería contar un hecho curioso. No tengo claro casi nada, pero sí me parece evidente que la infancia es, en la actualidad, una época maravillosa de la vida (en nuestro opulento mundo, claro). Observo a los niños salir de clase hacia casa, en los recreos,

en sus juegos diarios y no cabe duda de lo profundamente afortunados que son. Esa etapa de la vida, quizá un cuarto o un quinto de la misma, estará llena de sonrisas, alegrías y descubrimientos. Pensando en lo anterior, y ahora voy con el asunto curioso, el viernes comenzamos la mañana con el inicio del proyecto de «Filosofía para niños curiosos e intrépidos» abordado desde el área de Lengua. En este contenido consideramos las grandes preguntas filosóficas y tratamos de pensarlas, escribirlas, discutir las y compartirlas. Comenzamos con la pregunta «¿Para qué existe el hombre?» El trabajo supone cierta dificultad organizativa y exige a los niños buena dosis de concentración y esfuerzo, pero se desarrolló muy positivamente, lo que apunta una vez más a considerar que los niños son capaces de tratar temas complejos con las adaptaciones necesarias y que, en muchas ocasiones, la limitación se encuentra en la capacidad y las ganas del maestro para realizar tales adaptaciones. Por la tarde, a última hora y para despedir la semana, estuvimos una hora con la azada y el rastrillo en el huerto, preparando la tierra. Igual que dentro de la escuela.

Y aquí me detengo: ¿no les parece maravilloso comenzar la mañana considerando por qué existe el hombre y acabar la tarde preparando la tierra en la que luego cultivaremos nuestras semillas?

*Jueves, 28 de abril de 2011*

Una amiga suele repetir que el arte del asunto consiste en buscar la felicidad en la situación que cada instante o cada año ofrece, en lugar de estar anhelando eternamente un ideal difícilmente alcanzable. Esta idea es pura y cristalina como el agua que aún queda limpia en alguna parte, pero amargamente difícil de llevar a cabo si genéticamente estás programado para la melancolía y la añoranza.

Estas tardes en las que las ideas no son claras ni fluidas he pasado largos ratos en un campo anexo a mi casa. Hace unos meses era un espacio sin vida aparente, con unas cuantas hierbas y arbutos secos, mientras que ahora está lleno de verdor. Este lugar es perfecto para entrenar la mirada en los detalles, pues cuando llegas apenas se observa nada destacable, pero poco a poco la vista comienza a reparar en multitud de insectos e invertebrados variados que se dedican a sus menesteres diarios. Además, si uno tiene especial fascinación por seres como los reptiles y las hormigas, ir le-

vantando piedras puede resultar un hecho muy entretenido y divulgativo. Dudo que existan situaciones con mayor potencial filosófico que las que suceden cuando levantas un pedrusco y surge un universo agujereado, atravesado por brotes y raíces, con el bullicio (esto lo supongo) de cientos de hormigas que se mueven de un lado para otro incesantemente: ¿qué es la vida para estas hormigas?, ¿qué pensar sobre las decenas de mundos con miles de integrantes que surgen bajo cada piedra de un humilde y reducido campo? A la vista de estas hormigas, ¿tienen sentido mis desvelos? También puede aparecer por fortuna un lución, el pobre reptil que no es serpiente pero recibe el mismo odio por parte de los humanos, dado su parecido con ellas.

Apenas conozco a Beatriz Gómez, pero sé que es una maestra sensacional. Dentro de unos días, un sábado, en el marco de nuestra colaboración con el colegio Jean Piaget, vendrá a nuestra escuela para realizar distintos talleres de conocimiento y sensibilización sobre la clase de educación especial en la que es tutora: qué aprenden, cómo se comunican, cómo es cada niño.

*Jueves, 5 de mayo de 2011*

Quizá hacerse mayor signifique en demasiadas ocasiones llenar la mente de ideas que acaban sepultando los pensamientos más sencillos y necesarios. Un espeso manto de distracciones, miedos, obligaciones, formalismos, burocracia y apatía llegan a cubrirlos. Por eso en el universo adulto se producen acontecimientos terribles que en el mundo de los niños raramente podrían ocurrir y que son muy difíciles de explicar.

En clase existe ya una gran confianza y complicidad entre los alumnos y el que escribe, lo que permite algunos debates y reflexiones de gran profundidad e intensidad. Hoy los niños preguntaban sobre la muerte de Bin Laden y sobre las medidas de Francia e Italia para cerrar las fronteras a los inmigrantes que huyen de sus países en guerra. Creo que la comprensión de acontecimientos de este tipo está reservada a la mente adulta, no por su inteligencia y madurez, sino por su carácter enrevesado y la citada capacidad para perder de vista lo importante.

Hace unos días me contaron una reflexión de un miembro de Tricycle en la que indicaba que muchos problemas de los políticos

tenían que ver, a su juicio, con su falta de sentido del humor; que ellos raramente veían políticos en sus espectáculos y que quizá asistiendo a más espectáculos humorísticos el clima que generan sería menos agrio. Yo estoy de acuerdo y añado que si la gente que se cree demasiado importante saliera con unos cuantos niños por un sendero precioso a compartir algunas sonrisas, arreglaran y regaran un huerto, leyeran unas páginas no necesariamente económicas y finalmente fueran a fotografiar un colosal cielo con una gran luna nueva, es muy probable que las noticias de guerras y sus exiliados, muertes, odio, destrucción y venganza, fueran menos frecuentes.

Mirar alrededor hace cada día un poco más de daño.

*Domingo, 8 de mayo de 2011*

El sábado por la mañana la escuela se abrió para realizar una actividad de aprendizaje sobre educación especial. Iba a escribir «sensibilización» (creo que ya lo escribí hace unos días), pero no, creo que es más justo escribir «aprender» y eso ya nos llevará a la sensibilización, al respeto o a lo que sea necesario.

La educación especial se llama así en realidad porque en un número de casos elevadísimo, hasta donde conozco, las familias, niños, maestras y otros profesionales son profundamente especiales. Y en este caso tuvimos la suerte de recibir a una de esas maestras. La jornada avanzó en torno a explicaciones, lecturas, actividades para ponernos en el lugar de otros niños, dinámicas para reflexionar en torno al lenguaje, la comunicación y las relaciones con los demás. Los niños acudieron voluntariamente rozando el pleno de asistencia, lo que suscita distintas reflexiones. El dato de asistencia también ayuda a sentirse bien a los que creen que los niños son buena gente y que el mundo es tan fascinante que intentar aprenderlo y enseñarlo es algo magnífico.

Recuerdo ahora mismo a esos adolescentes que cruzaban frente a la puerta de la escuela de educación especial y hacían burlas grotescas sobre los niños que allí estudiaban. Y hago revisión también del curso que está cerca de finalizar: soy nítidamente consciente de varios apartados en los que he realizado de forma desastrosa mi trabajo; en la otra cara de la moneda, pensando qué he podido aportar a los diez niños con lo que he pasado tantas horas, cómo les

he ayudado a ser mejores, estoy casi convencido de que nunca realizarán las bromas ignorantísimas y crueles de los adolescentes mencionados. Creo que realmente mis jefes no me pagan por logros como este, pero a mí me deja muy contento.

Cuando acabábamos con cierta prisa porque rondábamos la hora de comer en la que las familias se preguntarían qué demonios hacían sus hijos en la escuela un sábado a esas horas, una niña preguntó, esperando una afirmación, si íbamos a seguir la actividad por la tarde. Sirva esta actitud de resumen de la actividad y de agradecimiento para quienes nos ayudaron a llevarla a cabo.

*Lunes, 16 de mayo de 2011*

Dentro de unas pocas horas salgo con tres decenas y pico de niños hacia un lugar bien lejano. Allí, en ese invento tan extraordinario llamado CRIET, pasaremos la semana. Mientras repasaba los papeles que no debo olvidar y la lista de alumnos, me he detenido un momento a pensar en la responsabilidad que significa acompañar a tal cantidad de jóvenes y en lo poco que reparaba hace cinco años en estos detalles.

Últimamente las ideas para escribir, aún siendo recién nacidas, aparecen lentas y cansadas. Lo único que últimamente surge con facilidad es la necesidad de estar rodeado de naturaleza y subir a lugares altos donde sentarme y observar.

*Lunes, 23 de mayo de 2011*

Después de un buen número de salidas y convivencias durante bastantes años con grupos de niños diversos, la de la semana pasada ha resultado ser la primera en la que vuelvo con cierto sabor amargo. Me encanta mi trabajo porque me encanta estar con los niños. Creo que a grandes rasgos podría decirse que es lo único que sé hacer en mi trabajo: estar bien con ellos y que ellos estén bien conmigo. Con ellos suelo estar mejor que con los adultos y generalmente siento que la comunicación es más sencilla que con humanos de mayor edad. Por eso una semana de convivencia significa un tiempo perfecto para las complicidades, los juegos, las alegrías, la conversación, etc. En definitiva, además de la responsabilidad de marchar por el mundo con treinta y cinco almas infantiles, siento estas actividades como un gran momento del curso.

El problema radica en que la conexión con los chicos ha estado

llena de cortocircuitos y he realizado más un papel de vigilante enfadado que el que en principio creo me corresponde y con el que disfruto. Con la preocupación, una duda asociada: ¿había algún factor especial en el grupo con el que he acudido o simplemente me hago viejo y me molestan asuntos que antes pasaba por alto? Intento negar esta segunda explicación. En cualquier caso, estoy profundamente desconcertado por un número significativo de niños cuyo comportamiento era constantemente maleducado, irrespetuoso, humillante hacia otros compañeros. Esta era su norma habitual, por lo que estar con ellos resultaba desolador y desagradable. Soy especialmente sensible a las actitudes chulescas y de menosprecio gratuito a otros compañeros, que muchas veces sufren este daño durante años, no puedo comprender los actos únicamente dirigidos a hacer sufrir a otro. He visto con frecuencia niños que agachaban su cabeza, como el perro Tastavín cuando está triste, y tragaban sin masticar los insultos y desprecios que otros les servían por asuntos triviales o simplemente porque así les apetecía.

Quizá lo que me resultaba absolutamente turbador era la normalidad del comportamiento. La falta de respeto, la humillación y lo grosero, resultaban en muchos casos lo habitual y con esa normalidad lo vivía el grupo en muchas ocasiones también. Con frecuencia asistían atónitos a mis intervenciones o enfados, como si mi reacción no les encajara. Igualmente, al hablar con los implicados individualmente, mostraban constantemente sorpresa por mi enfado e incluso una sorprendente actitud indolente de estar de vuelta de la vida a sus sensacionales diez u once años de edad. ¿Será realmente que me estoy haciendo viejo para estos menesteres?, ¿estoy comenzando el proceso de desconexión de la juventud que exhiben algunos maestros convencidos de la maldad de las nuevas generaciones?

Para acabar de forma positiva, es conveniente recordar que los centros rurales de innovación educativa de Teruel (CRIET), donde los alumnos de quinto y sexto de toda la comunidad autónoma realizan las convivencias trimestrales, son una de las mejores ideas pedagógicas que conozco. Cada vez que he acudido a uno de ellos he acabado con la sensación de que ha sido una de las semanas con más sentido del curso.

*Jueves, 26 de mayo de 2011*

Llegamos por la mañana y nos miramos en el espejo. Esta ha sido la actividad para comenzar el día e introducir una tarea de escritura. A primera vista puede resultar intrascendente, incluso a segunda, pero son las apariencias. Ciertamente es una de esas acciones profundamente impactantes que suelen pasar desapercibidas con la rutina. Algunos niños han llegado a algunas reflexiones, otros no, y después hemos traducido a palabras ciertas ideas surgidas.

A mitad de mañana he discutido con un compañero sobre la naturaleza humana. Él intentaba hacerme comprender la naturaleza racional y espiritual del hombre que le diferencia de los animales, mientras que yo me declaraba esencial y circunstancialmente animal, sin inteligencia ni alma reseñables, equiparable en lo fundamental a las garrapatas o los tritones pirenaicos. Me desasosiega el mantenimiento en la escuela de concepciones medievales de la vida, mientras repetimos cada año como mantras tibetanos las tablas de multiplicar, las reglas de ortografía de las palabras con «ge» y «jota» y los distintos medios de transporte. Y hay antidotos, porque está el maestro Sagan y esas otras personas magníficas.

La tarde la hemos comenzado con la historia del Pastor de Andorra: el jotero al que con dos años y medio sus padres dejaban por la mañana en el pajar con una jarra de leche bajo los cuidados de una cabra y cómo una vecina dos o tres años mayor acababa sujetándola para así él poder engancharse a las ubres y quitarse el hambre. Caras de sorpresa y risas entre los niños. Anécdotas como la anterior sucedían hace poco en nuestras ciudades y pueblos y ahora yo escribo esto en Internet desde mi confortable sala de estar. Hay algo muy extraño en todo ello. En estos casos también recuerdo el libro *Un saco de canicas y las peripecias a lo largo de todo el país de los hermanos franceses de unos nueve y diez años para escapar de los nazis*.

*Jueves, 2 de junio de 2011*

Tecleo estas líneas para compartir la última página que he visitado: la organización Amigos de Orissa (esta última es una región india) indica en su proyecto de educación la posibilidad de que un particular financie una escuela entera. En principio he imaginado

que el particular tendría que ser, cuando menos, político corrupto para poder asumir el gasto, pero a continuación he leído que lo necesario son treinta euros al mes. Indican que con ello se cubre todo el material necesario y el sueldo del maestro. Treinta euros al mes. Estoy ahora echando cuentas de lo que gastamos en un mes de nuestra escuela.

*Martes, 14 de junio de 2011*

Escribiré a trompicones. El pensamiento está revuelto y las ideas salen de ese modo.

Al curso le quedan cuatro ratos y siento la gran alegría de acabar en buena forma pedagógica. Es decir, que el grupo de niños con el que he compartido un pedazo de vida y yo estamos en la mejor sintonía del curso. Ellos trabajan y aprenden felices y yo estoy encantado de estar con ellos.

Mañana emprenderemos una aventura de cierto riesgo y, en buena medida, pionera. Tras la colaboración mantenida durante el curso con la escuela de educación especial Jean Piaget, vamos a realizar un viaje hasta su centro para pasar juntos tres días. El viaje supone una aventura desde el momento en que niños de tercero y cuarto de primaria pasarán dos noches a doscientos kilómetros de casa. Por otra parte, la agenda está llena de actividades de aula compartidas en las clases del centro zaragozano, una salida a mi querido (y ya medio muerto ante la llegada del turismo de masas) Galacho de Juslibol y una acampada. El trabajo en torno a la comprensión de la discapacidad cobra un protagonismo que difícilmente se puede aumentar. En definitiva, niños y maestros estamos expectantes e ilusionados ante los próximos tres días especiales. Espero que mis alumnos comprendan, como yo hice en ese centro, el valor que puede tener una mirada, una sonrisa o una caricia.

Me despido compartiendo una sensación que ojalá todos ustedes puedan sentir muchas veces: feliz por un gran final de curso y todas las otras cosas en las que uno es afortunado (es decir, todas), la bici baja a cuarenta o cincuenta por hora, el atardecer ofrece las últimas luces y atravieso un bosque de montaña que proporciona un entorno colosal. En ese momento, igual que hace cinco o seis años, el cuerpo pide levantar los brazos, notar el olor del viento que acaricia la piel, incluso cerrar los ojos un segundo y sentir algo pa-

recido a volar. Por unos instantes parece que todo tiene sentido.

*Miércoles, 22 de junio de 2011*

Escribiré brevemente sobre la experiencia que realicé con mi clase y en colaboración con la escuela Jean Piaget de Zaragoza. ¿Qué supuso para mis alumnos ese viaje de tres días? Les diré que llegamos a uno de esos momentos de conexión mística en la que los niños y el maestro sentimos algo especial en el cuerpo, algo que nos une y que nos acerca a una sensación profunda e impactante que se traduce con palabras que brotan poco a poco cargadas de sentido y de emociones. Vivimos unas circunstancias que recordaremos quizá para siempre. Finalmente indiqué a los niños que si el tinglado montado les ha servido para conocer mejor el mundo de la discapacidad y así generar conductas apropiadas (de comunicación, respeto, sensibilidad, etc.), damos por muy bien empleado el esfuerzo realizado.

El curso ya ha finalizado. Han pasado diez meses casi sin avisar. Hace muy poco nos presentábamos e indagábamos en las miradas que se cruzaban con la nuestra. Ahora las miradas se cruzan también, pero ya apoyadas en un buen sustento de trabajo, lecturas, y descubrimientos. Ya sabemos mucho de cada uno. Ha sido probablemente el mejor curso de mi vida y lo mejor, como siempre, han sido los niños.

*Martes, 6 de septiembre de 2011*

Comienza un curso que me parece estar ya acabando. Es un curso esencialmente extraño. Hoy esperaba a los niños y apenas entendía mi oficio.

Soy un maestro sin techo donde cobijarme, así que malvivo de la caridad pedagógica. Hace unos días me negaban el alquiler de un piso y me lo ofrecían en venta por trescientos treinta mil euros, añadiendo al final «ya ves, barato». No llevaba la cartera, así que no lo pude pagar. Einstein decía lo de la infinita estupidez humana; creo que se refería realmente a la codicia y el egoísmo.

*Martes, 20 de septiembre de 2011*

Una razón para lo poco escrito en las últimas semanas tiene que ver con no saber qué escribir. Estoy casi seguro de estar viviendo el proceso de atrofia de mi cerebro, lo que me deja cada semana el pensamiento un poco más endeble y aletargado. Sin ir más lejos, la

semana pasado fui timado por un integrante del movimiento Hare Krishna, aunque no daré detalles para no ahondar en mi vergüenza. Además, el hecho se produjo en la escuela.

El comienzo de curso no ha sido especialmente brillante. Para empezar, quedé profundamente desorientado cuando el trabajo de los niños durante el verano ha sido cero o justamente el contrario al que sugerí. Sólo en un caso fueron consideradas mis recomendaciones. Así, algunos alumnos trajeron ejercicios mecánicos, repetitivos, descontextualizados, sin valor alguno, que eran justamente los que pretendía evitar cuando en junio mantuve una reunión con cada niño y su familia para despedir el curso y entregar distintas opciones de trabajo veraniegas (diario, listado de lecturas para elegir, correspondencia, colecciones...). Este hecho me genera grandes dudas, pues no sé si transmití bien a las familias la información sobre el valor de las actividades o es que estas creen en otro tipo de trabajo. Por otra parte, aunque quizá el daño sea más emocional que real, es el verano que menos cartas me han escrito mis alumnos. Apenas dos siguieron la sugerencia. Ni siquiera con la motivación añadida de responder una postal recibida desde un lugar tan lejano como Nepal.

Siguiendo con problemas, el proyecto escolar del huerto también ha hecho aguas. Por distintas razones el mantenimiento veraniego al que se comprometieron varias familias no fue el esperado y como gran guinda del pastel sufrimos algunas incursiones de los adolescentes borrachos que confunden el disfrutar de la vida con hacer daño al prójimo ignorando su esfuerzo e ilusión. Tomateras arrancadas, tomates estampados en la pared, mangueras robadas o rotas, cebollas chafadas por el suelo, fueron algunas de sus obras. Me niego a creer que esto es lo normal. Me niego a creer en una diversión alcoholizada que no respeta ni el más elemental derecho del vecino, del amigo, del familiar o de la escuela de su pueblo. No creo que la solución esté en candados o muros más grandes. Creo que todo se reduce a educación y respeto, aunque creo también que esa lucha está medio perdida. Cada verano me entristece comprobar cómo las escuelas de los pueblos son utilizadas como lugar de vandalismo y a su alrededor es fácil encontrar pintadas, litros de bebida desparramada por el suelo o aún en sus vasos de plástico, ventanas apedreadas y cientos de cristales rotos adornando el con-

junto. Ahora llegan las fiestas locales con sus vaquillas y sus verbenas y, supongo, la escuela volverá a sufrir a los que no entendieron demasiado cuando pasaron por ella.

Hace cuatro días corrí por un sendero maravilloso durante un largo rato. Al acabar fui al río y me tiré sin apenas quitarme las zapatillas. El día era deslumbrante y me quedé flotando con la mirada en el cielo y pensando que era difícil alcanzar mayor plenitud. Parecía que todo bajo el cielo funcionaba con belleza y armonía. Incluso en ese instante pensé que debía escribir aquí esa sensación. La pena es que hay situaciones contrarias de la misma intensidad. Y la contradicción es terrible.

*Sábado, 24 de septiembre de 2011*

«¡Qué envidia me dais!, ya sé que resulta raro que diga esto pero echo mucho de menos la escuela. Disfrutad mucho del curso que seguro que os lo pasáis genial. De una alumna que no conseguirá olvidarse de este colegio (y que está medio llorando al escribir esto)».

Estas tres líneas son el primer comentario del curso en el blog escolar *Ansotanius*. Y son tres líneas muy especiales, puesto que han sido escritas por una alumna que este año ha pasado al instituto. En una escuela pequeña donde los niños pasan once años de sus vidas, despedir a un alumno inteligente, trabajador, bueno y sensible, constituye un acontecimiento lleno de emociones. Los niños comienzan con tres años, con sus primeros pasos en el mundo aún recientes, y se van con catorce, dispuestos a recorrer los múltiples caminos que aparecen frente a ellos. Once años compartidos constituyen un buen pedazo de vida.

He leído el comentario y he pensado durante un tiempo qué ha podido llevar a este alumno a tal sentimiento. ¿Qué ha ocurrido en once años para que ahora se emocione al hablar de su escuela? He escrito varias veces sobre el director que me sedujo cuando en las primeras palabras del curso indicó que el criterio a seguir en cada decisión debía ser el que supusiera mayor beneficio para los alumnos. Lo demás, secundario. Llevar esta convicción a la práctica es, en muchos casos, revolucionario. En todo caso, creo que significa el mejor modo en que puedo entregarme a mi trabajo. La escuela la componen muchas piezas, desde las administrativas y políticas,

hasta las más pequeñas y sencillas: las decisiones de clase de cada día. ¿Cuántas de estas piezas tienen en constante consideración el máximo beneficio para el alumno? (automáticamente me imagino escribiendo objetivos y criterios de *nosequé* que la administración exige y que nunca serán aplicados en la realidad; serán guardados en el cajón de los papeles oficiales), ¿cuántas de esas piezas tienen auténtica relación con la consecución de un recorrido escolar valioso e incluso valorado por los propios alumnos?

La parte política y administrativa dificulta muchas veces el trabajo real con los niños, el que yo considero importante y prioritario, pero me alegra pensar que cada maestro, yo mismo, conserva aún la capacidad para hacer de esos once años o de parte de los mismos un período importante en la vida de las personas que comienzan a vivir frente a nosotros. Que alguno de los niños lo manifieste explícitamente es un motivo de alegría.

Hoy quería escribir sobre algunas cuestiones filosóficas que me golpean la cabeza cada día, pero ya no hay espacio. Seguramente es mejor escribir sobre un niño que recuerda con cariño su escuela.

*Domingo, 25 de septiembre de 2011*

Hace dos noches estaba con el último o penúltimo pensamiento del día antes de dormir cuando observé que lo único necesario para que una gran barbaridad sea asumida es que la secunde mucha gente. A mayor número de seguidores, mayor despropósito puede ser asumido. Un número elevado barniza de normalidad. Hoy basta con mirar alrededor y leer sobre economía, bancos y sus rescates, guerras o los destrozos de los borrachos de cada fin de semana. «No se puede hacer nada», «es así, es lo normal», «es la tradición», pueden ser algunas de las expresiones asociadas.

También hay situaciones en las que mirar resulta tan doloroso que directamente la decisión consiste en no hacerlo y vivir ajenos al dolor. No soy padre, pero me gustaría serlo. Cuando pienso en el sufrimiento de despedir a tu hijo cada noche sin haberle dado la comida que necesita para vivir, débil, tengo que dejar de pensar rápidamente en ello porque entro en una cadena de pensamientos llenos de desasosiego. Un desasosiego similar al sentido cuando se piensa en la muerte. Estos días se ha comentado una noticia que pronto ha quedado tapada por la capa de ruido y estiércol de las

bolsas y sus malditas cotizaciones. Mil quinientos millones de obesos y más de mil millones de hambrientos. Mil quinientos millones de personas que comen hasta sentirse enfermos y más de mil millones de enfermos por hambre. Mil quinientos millones de barrigas hinchadas por kilos de comida que no necesitaban que significan otros tantos millones de barrigas rugiendo por la falta de alimentos. Cada kilo de grasa son unas siete mil calorías, así que observen los kilos de cada barriga y calculen las calorías que llevamos sobre nuestras conciencias.

Las dos primeras semanas de curso me quedé a comer en la escuela porque era un maestro aún sin casa. La fantasía inmobiliaria aún hace efecto en algunos lugares y encontrar viviendas a precio razonable no es sencillo. En esas comidas, diez años después, los niños siguen diciendo «el tomate, el pescado, las lentejas, la ensalada, la cebolla, la verdura... no me gustan», y siguen yendo a la basura kilos y kilos de comida a diario. Multipliquen esto por los colegios de toda la comunidad, de todo el país o de todos los países ricos como el nuestro. Súmenle lo que ocurre en restaurantes y casas particulares y concluimos que el problema no son sólo nuestros gordos, sino también los miles y miles de alimentos de puro lujo que cada día tiramos a la basura.

Ahondando en el tema, ayer asistí a una boda. Quizá uno de los mejores símbolos del despilfarro y la sinrazón. Cuando las «Texturas de ternasco con tartaleta hojaldrada a la receta de su santa abuela» comenzaron a volver a la cocina casi intactas, pues los comensales hacía rato que habían comido lo necesario para tres o cuatro días, le pedí a un camarero que me pusiera un poco en una bolsa para llevar. «No sé si es posible», me dijo. «Señor, son para mi amigo, el perro Tastavín, mejor eso que tirarlas». A los cinco minutos aclaró que no, que no estaba permitido y que esos kilos de grandilocuentes texturas y arquitecturas de ternasco estaban ya en la basura.

Estoy convencido de que la irracionalidad de nuestra vida está llegando a su límite, pero ¿cómo somos capaces de asumir estas situaciones sin hacer nada? Millones de personas viven con sufrimiento constante cada segundo de sus vidas.

*Miércoles, 19 de octubre de 2011*

Desde que trabajo como maestro, los miércoles son los días en los que suelo tener ganas de dejar de serlo. Primero fueron las clases donde las queridas monjas me ponían frente a treinta zagales de tercero de ESO llenos de hormonas y jaleo mental para dar Lengua castellana (ahora me pregunto qué demonios haría mientras su profesora de dicha materia). Y en los últimos años son los días en los que se suelen celebrar los claustros y reuniones generales y, por tanto, el momento en el que vivo la agonía del trabajo burocrático, estéril y absurdo que nos caracteriza como gremio. La administración acribilla a los maestros con tareas de redacción de elementos teóricos y curriculares que no se aplican en la realidad jamás y que, por otra parte, resultan muy difíciles de realizar con rigor desde nuestra situación (sin formación específica, sin tiempo para la revisión bibliográfica y la reflexión necesaria...). Alguien describía hoy el modelo francés donde, en esencia, la administración aporta a los maestros los elementos curriculares básicos para el desempeño diario: criterios de evaluación, contenidos mínimos para la promoción de curso, etc. Aquí los maestros reciben los encargos más variados, con la sensación nítida de que los documentos elaborados simplemente servirán para presentar a un inspector y que este, a su vez, lo presente a su jefe. Así sucesivamente hasta el infinito.

A mí me gusta pensar que mi formación me permite tomar decisiones, que no necesito justificar por escrito con mil criterios de evaluación, promoción, calificación y clasificación cada acción de realizo en la escuela. Quizá sea una licencia para la que no estoy capacitado ni tengo el permiso, pero realmente me da igual. Será la parte negra de mi currículum profesional. Prefiero apartarme del camino que marca la burocracia absurda y dedicar mi esfuerzo e ilusión a pasear por el monte con los niños, a plantar nogales, arces o robles para verlos germinar el próximo año o a leer con ellos en voz alta un buen libro lleno de emociones y complicidades. La realidad es maravillosa, compleja, y escapa con facilidad pasmosa de los ridículos intentos burocráticos por reducirla y artificializarla. En educación siempre parece que no se sabe hacia dónde nos dirigimos, pero, como precaución o justificación, vamos rellenando por el camino todos los papeles posibles.

Recuerdo de mis años universitarios, allá a lo lejos, cuando amigos de otros estudios se reían de nuestros trabajos, siempre en-

redados en redactar objetivos, contenidos, criterios de esto y lo otro, metodologías, etc., y donde costaba trabajo encontrar finalmente el contenido real. Ningún gremio se enreda tanto en los preliminares como nosotros.

Ayer leí al soberbio Stephen Jay Gould sobre el concepto de cosificación, a propósito de Binet y de su escala en torno a la medición de la inteligencia. La cosificación se refiere al error consistente en atribuir existencia a algo que realmente no la tiene (considerando las actuaciones erróneas que de ello se derivan). Hoy pensaba que los maestros somos capaces de lo contrario: de *descosificar*, o de otra forma: marear de tal modo la realidad, fragmentarla en tantos pedazos y tantas veces que finalmente conseguimos que deje de ser eso mismo, realidad.

*Viernes, 28 de octubre de 2011*

La vida avanza. Como un susurro, pero avanza. Y no sé si está en el sendero adornado de hojas doradas y rojas de haya, arce y álamo, en la escuela, en mi cabeza, en la ciudad, o en la lluvia fina que afortunadamente nos va calando poco a poco. Supongo que en cada lugar.

Por no sé bien qué desajuste cerebro-temporal, en el horario semanal se han juntado dos horas de Conocimiento del Medio en el mismo día, así que una de ellas estará dedicada a la ciencia y los experimentos. Todos contentos (será una actividad pedagógica clandestina sin criterios de calificación explícitos, sin objetivos expresados en distintos niveles de concreción, ni basura curricular semejante).

Hemos comenzado apresuradamente, aprovechando el regalo de mi hermano en su visita del curso pasado: unas bolsas llenas de *egagrópilas* de lechuza que han servido a la perfección para dar contenido a la primera actividad. Una vez salvados los escrúpulos iniciales (los niños de pueblo ya no son lo que eran; supongo que esta actividad deberé descartarla cuando el demonio me castigue con un trabajo en la ciudad), nos hemos puesto a escarbar entre las bolas de pelo de roedores variados para ir acumulando una pequeña montaña de huesecillos que parecían fruto de un ritual caníbal en miniatura. Posteriormente los hemos observado e identificando con la ayuda de un póster de un esqueleto humano (¡los carniceros ya

saben desde la prehistoria que somos iguales que los corderos y las vacas!; de igual modo, con los topillos y las ratas). Estoy casi seguro que la lechuza que las regurgitó no imaginó que darían lugar a tal cantidad de aprendizajes sobre articulaciones, ligamentos, huesos e incluso ortografía. Si un inspector educativo encuentra a la lechuza seguro que la obliga a redactar objetivos pedagógicos e incluso a leer el currículo. Los huesos (mandíbulas, cráneos, fémures, tibias y peronés, vértebras, costillas, molares, etc.) han quedado recogidos en una ficha que se ha ido a casa para compartir y contar lo realizado.

Para terminar la clase también ha habido una reflexión pseudo-filosófica sin justificación curricular: hace unos meses esos huesos estaban integrados en el cuerpo de un animal con vida; una lechuza, con finos sentidos nocturnos, se lanzó desde una rama de, quizá, un pino, le clavó las garras en las entrañas y comenzó a comer mientras el topillo se despedía del mundo de los vivos; la lechuza hizo la digestión mientras dormitaba y soñaba con explosiones demográficas de roedores y con una lechuza hembra de immaculado plumaje blanco; al cabo de unas horas expulsó la egagrópila que mi buen hermano recogió y escondió en casa de la vista de su madre; casualmente nos la trajo a la escuela en una bolsa hace cinco meses y finalmente hoy un grupo de siete niños con su maestro han abierto esa bolsa para desmenuzar la mezcla de pelo y huesecillos; en este instante el maestro escribe sobre esos huesos que hace unos meses, al principio de este párrafo, corrían dentro de un ratón o un topillo aún vivo. Inverosímil.

*Jueves, 3 de noviembre de 2011*

Hace un año, o quizá más, escribía por primera vez sobre los banqueros que juegan durante un rato a ser buenos. Se quitan el antifaz, dejan el saco, etc., y hacen creer que desean el bien mundial. O quizá simplemente sea un truco para lanzarse sobre los confiados y arrancarles el corazón con unas tenazas. En cualquier caso, como decía, ayer llegó al claustro la campaña del banco BBVA sobre educación en valores («Valores del futuro», la llaman). No sé si añadir algo más. Creo que el simple envío del paquete a los centros escolares es hiriente, ofensivo, y muestra un indicador sobre la situación que vive la escuela. Es una muestra clara de que, por gran-

de que sea el disparate, todo es posible en este momento. El BBVA formando los valores de los niños. ¿Asusta o no?

El año próximo volveré a dar cuenta de este regalo pedagógico (si circunstancias como la vida aún me acompañan, claro). Yo participaré con mi clase en el programa cuando encuentre el capítulo en el que explican a los niños cómo ganar tres mil ciento cuarenta y tres (3.143) millones de euros en los primeros nueve meses del año sin pisar al prójimo.

*Miércoles, 9 de noviembre de 2011*

Hoy deseo escribir sobre el esfuerzo.

Hasta el curso pasado nunca había planteado contenidos con una importante exigencia agonística. Pensaba que los beneficios eran pocos y excesivo el rechazo generado en los alumnos en el presente y para el futuro. Este trimestre he realizado la primera aproximación a la carrera de larga duración y estoy muy sorprendido.

El objetivo de trabajo consistía en conseguir completar cada día el tiempo de carrera previsto ajustando las condiciones personales hasta encontrar el ritmo correcto. Dosificar, en resumen. Así, el reto final consistía en ser capaz de correr veinticinco minutos de forma ininterrumpida.

Uno de los aspectos más bonitos de este trabajo radica en la cantidad enorme de elementos relacionados que se pueden abordar en clase, como alimentación, implicaciones del ejercicio en la salud, indicadores del esfuerzo, y la curiosa palabra: esfuerzo. En distintas ocasiones los alumnos han preguntado sobre qué sentido tiene correr, qué sentido dar a mantener la fatiga cuando tu cuerpo te pide parar y descansar, lo que ha dado lugar a un interesante intercambio de ideas cercano a lo filosófico. Las respuestas se han referido a la superación personal, al afán de mejora, al conocimiento de uno mismo, a sentirse vivo o a la serenidad y alegría que se alcanza cuando hacemos cualquier tipo de esfuerzo y finalmente miramos atrás observando lo conseguido.

En buena medida, cuando hace unos días los niños corrían para completar el tiempo, sencillamente estaban haciendo eso: buscar el esfuerzo para demostrarse a sí mismos que eran capaces de superarlo. Para cerrar la unidad he propuesto a los alumnos quedar un

día al salir de las clases e intentar realizar corriendo el itinerario que ellos decidan y que represente un reto importante. Han aceptado con interés y creo que mañana todos ellos acudirán a la cita.

Tengo el nítido recuerdo de una mañana, hace seis años, cuando intentaba expresar a mis alumnos al principio de la clase la sensación tan maravillosa de plenitud que había experimentado el día anterior cuando, en un radiante día primaveral, atravesaba sobre la bici el entorno del monasterio de San Juan de la Peña. Hace unos días les hablé de una sensación parecida recién disfrutada. Creo que los alumnos, especialmente los más mayores, tienen una gran capacidad de vivir algunas emociones de forma similar y ahí aparece un filón inagotable de trabajo que conecta con elementos trascendentes: esfuerzo, comunicación, sensibilidad, seriedad, reflexión. Tenemos la suerte de vivir una vida maravillosa, llena de estímulos que nos dejan con la boca abierta, con el corazón y los sentidos galopando. Hay que acercar a los niños hasta ellos.

*Miércoles, 16 de noviembre de 2011*

Hace dos días los niños concluyeron las cartas que enviaremos al colegio de educación especial Jean Piaget para continuar nuestro contacto. En estas cartas hablaban de sus familias, de sus aficiones, sobre el verano y también sobre la escuela. En este punto me quedé muy sorprendido cuando todos los niños que escribían sobre asignaturas favoritas se referían a Lengua. Me anima y confirma el efecto de los esfuerzos invertidos. Esto ocurre simplemente porque tengo la suerte de conocer a maestros magníficos de los que puedo aprender.

*Martes, 29 de noviembre de 2011*

La vida sucede ajena a los fracasos y los éxitos disfrutados.

En la última parte de este trimestre los grupos de alumnos más mayores están realizando un trabajo de interpretación a través del movimiento de algunas poesías. Por esta razón llevo varias semanas rodeado de libros de poesía.

Hoy he comido rápidamente y junto con mi compañero filósofo y perro he acudido al bosque cercano para leer versos entre musgos, silencios y pinos colosales.

*Lunes, 12 de diciembre de 2011*

Hace cinco días preparé la mochila con un poco de comida y

ropa y me dirigí hacia el monte. Comencé ligero, pues el atardecer llegaría a una de las horas más tempranas del año. Conforme ascendía los ritmos se iban acompasando: el latir del corazón, la respiración, la disminución de luz, la sucesión de paisajes (bosques, prados, canchales...), las sensaciones visuales que la altura ganada ofrecía. Todos los elementos se acompasaban y se entremezclaban formando una sustancia mental intensa. Estas semanas ando buscando argumentos que incluso no existen y creo que esta narración es uno de ellos.

Justo cuando la luz entraba en el tiempo mágico entre la claridad y la oscuridad llegué a mi destino. El crepitar de la nieve bajo los pies era el único obstáculo para el silencio inmenso entre moles colosales de piedra. Ya solo quedaba preparar un poco de comida y disfrutar de una noche en la que entre la nariz y las estrellas únicamente mediaban la atmósfera y un pedazo de Universo. Sin techos, molduras, ni lámparas de araña. La noche fue fría y clara, por lo que el pausado y circular baile de las estrellas resultó magnífico. Las manos no reunieron el calor ni el coraje necesario para intentar captar esta danza.

Una vez concluida la noche, quedaba captar otro puñado de emociones en el amanecer, abrir los ojos y contemplarse uno mismo en medio de un paisaje extraño, ajeno y propio a la vez. Y tras algunas vueltas, bajar y volver a la vida que cada día me resulta más difícil considerar real.

En un punto de las alturas, abarcando una gran amplitud visual, estuve un buen rato intentando entender qué hacía allí. Mi vista alcanzaba grandes cumbres, pero también valles con pueblos donde la vida comenzaba un nuevo día. Miles de historias en cada ángulo de visión.

En unas pocas horas cogería mis papeles y caminaría un centenar de pasos para abrir la puerta de la escuela a los niños. Hablaríamos de poesía, de videoconferencias con los niños del colegio Jean Piaget y practicaríamos unas situaciones de ajedrez. También observaríamos unos vídeos de mimo e intentaríamos hacer cosas parecidas con nuestro cuerpo.

*Sábado, 17 de diciembre de 2011*

Después de tratar cada contenido de Conocimiento del Medio,

los niños se agrupan para realizar algún tipo de trabajo colectivo, que en este caso consistía en un análisis del parque natural en el que nuestro pueblo se integra. Los alumnos debían buscar información y confeccionar un mural con lo más relevante sobre fauna, flora, recorridos, mapas, normas de gestión, etc. Completamos el proceso realizando una exposición a cada una de las restantes clases de la escuela.

Cuando el primer grupo finalizó su comunicación y subíamos a la siguiente aula, un niño dijo a otro: «eh, Señor X, ha habido una parte en la que has improvisado». Así había sido durante unos buenos segundos en los que no recordaba qué tenía que decir y realizó una de sus primeras divagaciones orales, esas que después, versión oral o interior, van conformando la vida adulta.

La cuestión es que el primer niño decía lo de la improvisación justo al tiempo en que yo abría la puerta de la segunda clase y, súbitamente, tuve la sensación de que la vida entera era una improvisación. Sentí que improvisaba al girar la manivela y que debería improvisar cuando los dieciséis ojos que me aguardaban al otro lado de la puerta se dirigieran hacia nosotros esperando la explicación de nuestra visita.

Y así, mientras improvisaba las palabras para los dieciséis ojos y sus cuerpos, pensaba que cada día es la primera vez que vivimos ese día, que cuando ya estamos bien preparados para vivir un instante, el instante ya se ha ido. Finalmente, pensé que cuando mejor podré afrontar la vida, cuando ya la haya practicado al menos una vez, justo en ese instante estaré muerto por primera vez.

*Miércoles, 21 de diciembre de 2011*

Sobre este día apenas puedo contar que ha sido miércoles. Ha sido un muy mal día en la escuela. Después de borrar tres veces lo escrito, me conformo con dos referencias a la maestra Palmira Plá que en varios momentos del día se han entrelazado con mis pensamientos:

«¿Qué sentido tiene la vida si no trabajas por mejorar el mundo en el que vives?».

«El verdadero valor de la escuela reside en la educación de la responsabilidad».

El día veinticuatro, si las crisis y los langostinos lo permiten,

podremos disfrutar de la última luna nueva del año. Afortunadamente la Luna es ajena a las agencias de calificación. La precisión astronómica contrasta con el absoluto desorden humano.

*Viernes, 6 de enero de 2012*

Cuando escucho y veo a un humorista, un locutor de radio, un actor teatral o, en general, a profesionales que tienen que mostrar siempre un gran entusiasmo y ánimo en su oficio, incluso alegría, pienso en lo difícil que debe de resultarles. O tienen una rocosa estabilidad emocional o gozan de una enorme capacidad para aparcar las interferencias personales negativas cuando su trabajo comienza. Me imagino a un actor en los instantes previos al estreno de una esperada comedia teatral, con el público ávido de carcajadas mientras él piensa en el problema que acaba de sucederle y sobre el que desconoce la solución. Malditas sean sus carcajadas, supongo pensará.

En el acto festivo que suele cerrar el primer trimestre en casi todas las escuelas, planteamos desde el año pasado buscar contenidos que significaran pequeñas ventanas hacia lo que hacemos en el aula. Ornamentado para mostrarlo al público, pero con el objetivo claro de compartir un pedazo de escuela con los espectadores. Pretendemos huir de un acto sin sentido pedagógico, de actuaciones que no tienen nada que ver con el trabajo escolar y que sólo generan nervios y pérdidas enormes de tiempo en ensayos. Así, la aportación de mi clase consistió en realizar una conferencia sobre el proyecto de colaboración que mantenemos desde el año pasado con la escuela Jean Piaget de Zaragoza. El trabajo final resultó sensacional: los niños hicieron una exposición con nivel sobrado para mostrarse en cualquier jornada de formación para docentes. Las familias les felicitaron por cómo lo hicieron y, especialmente, por el lenguaje lleno de humanismo que transmitieron.

Estas son las cuatro ideas que cerraron la exposición de los alumnos:

«¿Existen personas normales?, ¿qué es lo normal?, ¿quién dice qué es lo normal?»

Las dificultades especiales muchas veces desarrollan cualidades especiales como la fortaleza o la sensibilidad.

En todas las personas podemos mirar una parte buena, fuerte, o

una parte mala, débil. Nosotros decidimos qué mirar.

Una sonrisa, un abrazo, un gesto, pueden comunicar asuntos muy importantes».

*Domingo, 15 de enero de 2012*

Rescato una frase del catedrático en sociología Fernández Enguita: «El mundo de la educación tiene una característica notable: hables de lo que hables, alguien saldrá afirmando que ese no es el verdadero problema, lo cual se revela como una táctica muy eficaz para no resolver jamás ninguno».

Una vez superados algunos problemas que dolían intensamente, los claustros se han convertido en situaciones casi divertidas. Ojalá sucedieran con mayor frecuencia.

Un claustro es un lugar de ocurrencias. Ocurrencias de unos y de otros. De maestros, de familias, de inspectores, o incluso de uno que pasaba por allí. Y por eso son tan divertidos, porque su capacidad de sorpresa es tan amplia como uno pueda imaginar.

Un claustro nos muestra que nuestro oficio se aleja siempre que puede del aburrimiento que marcan los procesos rigurosos y meditados. Para los que amamos la improvisación constituye un deleite gozoso para los sentidos.

Una parte muy divertida de los claustros consiste en que te muestra el rocambolesco afán de no sé quién por documentar y oficializar cada acto que se da en la escuela, por lo que aquellos que no tenemos ninguna intención de rellenar con seriedad mil millones de papeles que son pura majadería sentimos un nuevo placer al acercarnos a este sugerente límite de lo ilegal. Ya sé que no es como robar o ser banquero, pero para nuestra moral católica dichos pecadillos ya significan un pequeño recreo. Ahora mismo acumulo veinte o treinta documentos que debería haber aplicado y o rellenado hace ya meses en algunos casos. Me refugio en la propia estupidez de la burocracia, que de pedir tantas tonterías pierde la capacidad de revisar si han sido entregadas o no.

El afán de papelizar del que les hablo puede estar en el más pequeño detalle. Una hoja para rellenar las faltas de asistencia de los alumnos, por ejemplo. Basta con complicarla con distintos códigos de color y pautas diversas, para finalmente incluir un dato en los boletines de notas de los niños que no sirve para nada.

Dentro de no mucho tendremos que justificar por escrito el acto de orinar en la escuela. Habrá que realizar un proyecto para cada micción con sus objetivos (no por obvios habrán de omitirse), su metodología, criterios de evaluación y propuestas de mejora para la siguiente ocasión. Me parece que llegados a este nivel de irrealidad, la mejor opción pasa por que instalen videocámaras en las clases. De ese modo se documentará cada moco que cada niño hurgue en nariz propia o ajena, se controlará el mínimo movimiento del maestro y, de paso, nos ahorrarán una buena cantidad de tinta y de tiempo. No conozco ningún gremio en el que exista semejante exigencia de papeles para acometer cualquier acto, cualquier decisión. Esto es muy preocupante, pues las posibles hipótesis que lo explican son terribles en todos los casos: a) la escasa formación de los maestros hace necesario semejante control; b) existe tan escasa confianza en nuestro trabajo que nos exigen explicitar cada uno de nuestros actos; c) nos dirigimos hacia un modelo de escuela industrial, donde hay unos procesos estandarizados, unos certificados de calidad que alcanzar (imagino que ya existirán escuelas con sus ISOS correspondientes), por lo que todo está lleno de indicadores y criterios que revisan el cumplimiento y la optimización del sistema. Esta última posibilidad apunta a una deshumanización de lo que ocurre dentro de la escuela, hecho que, por otra parte, ya está ocurriendo (basta pensar en la pérdida de peso de áreas como literatura o filosofía en los planes de estudio).

Pero... ¿repercuten de algún modo esos papeles en lo que finalmente aportamos a los niños?, ¿no está la verdadera calidad de la educación en la formación de los maestros?, ¿conocen a algún maestro excelente que lo sea por su arte en rellenar a la perfección la ingente cantidad de papeles exigidos?

*Lunes, 23 de enero de 2012*

Me encanta ser maestro porque creo que soy más feliz en el mundo de los niños que en el de los adultos. Seguro que la psiquiatría sabrá que esto representa algún tipo de síndrome poco recomendable, pero de momento no me duele demasiado. El mundo de los adultos está lleno de asuntos que no comprendo.

Desgraciadamente el mundo de los niños se encoge. Por una parte está cada vez más lleno de símbolos y contenidos del mundo

adulto que manejan como buenamente pueden y, por otra, la infancia parece acabar cada vez más temprano. Quizá ambas ideas sean la misma.

A veces de los niños surgen preguntas extremadamente simples. Por ejemplo, si observan que un país tiene a buena parte de su población hambrienta y sumamente machacada y luego conocen que ese país es exageradamente rico en lo militar, que posee armas de valor equiparable a su poder de destrucción, pues resulta que sus tiernas mentes, educadas con moralinas y cuentecillos inocentes, creen que en ese puzle alguna pieza no encaja. Infelices ellos. El maestro tiene la obligación de explicarle a esos niños el mundo y su funcionamiento, pero el reto adquiere el matiz de lo imposible desde el momento en que el mundo que explicamos dentro de la escuela tiene cada vez menos que ver con el mundo de verdad, el real: el de los abusos de poder y el de la ley del más fuerte, el de mear sobre los cadáveres recién asesinados, el de la codicia, el de los desahucios, el de las fronteras con alambradas o los curas que quieren curar a los homosexuales de su enfermedad, el del éxito rápido, el de ganar mucho aunque muchos sufran, el de los bancos, la Triple A y sus sufrimientos colaterales, el de los campos de golf en la estepa y los zapatos de ochocientos euros.

Ayer salí del teatro fascinado. La obra fue estupenda, pero la fascinación surgió en los aplausos finales. Allí estaban los actores emocionados ante cientos de personas en pie agradecidas por lo que habían recibido. Y pensé que en semejante mundo enrevesado y tenebroso, era maravilloso observar un grupo de personas que habían elegido un oficio consistente en hacer felices a otros. Con imaginación, humor, retos increíbles, sensibilidad, finalmente crear la ilusión de la felicidad en cientos de espectadores. Un acto realmente subversivo. Pura rebeldía contra la miseria humana y los tonos grises engominados que manejan el timón.

El mundo se está poniendo muy difícil de comprender para los que tenemos un entendimiento de tipo estándar.

*Lunes, 30 de enero de 2012*

El Departamento de Educación también está en crisis, por lo que ha aplicado un ERE en el pensamiento colectivo y un profundo plan de recorte en las ideas. Tenemos que ir tirando con unas pocas

sobras de palabrería pedagógica y entretenernos confeccionando documentos de dudosa calidad e inverosímil función. Mientras, la vida se ríe o llora. A ratos.

Ya he explicado otras veces que realmente no sé hacer casi nada de lo que se supone necesario en mi trabajo (este oficio parte de una premisa que considero imposible, pero es otro tema). A los niños suelo gastarles una broma diciéndoles que no soy maestro, que simplemente pasaba por allí un día..., pero quizá no sea una broma. Por otra parte, siempre he conseguido tener una buena relación con ellos, lo que supone un buen punto de partida para el trabajo posterior. He tenido la fortuna de poder plantear siempre las clases a partir de la confianza con los alumnos, de la comunicación fluida. Quizá para muchos esto suene extraño, pero ha sido mi suerte. Mi mayor riqueza está en la relación que se establece con los alumnos, en el camino recorrido juntos, en el esfuerzo constante por hacerlo del mejor modo posible y en la suerte de observar su crecimiento y desarrollo. Está en la naturaleza humana disfrutar con los progresos de los niños. Somos testigos privilegiados de asuntos milagrosos que cada día ocurren frente a nosotros.

Pero. Siempre hay un «pero» o se puede conseguir fácilmente. Hay personas que disfrutan con el tráfico legal o ilegal de «peros». Gente adversativa, supongo. Como decía, el «pero»: están ocurriendo algunos problemas donde las relaciones entre maestros y alumnos han degenerado sustancialmente, de modo que algunos elementos que he nombrado, como la confianza de los segundos en los primeros, no se dan como uno esperaría. Esto es normal en muchos centros de primaria y secundaria, pero los privilegiados que hemos trabajado siempre en entornos fantásticos no sabemos con claridad cómo manejarnos en estas circunstancias y andamos perdidos, sin saber qué hacer con las herramientas que normalmente utilizábamos ni dónde encontrar las ahora necesarias.

*Martes, 7 de febrero de 2012*

Tengo sueño, analizo criterios de evaluación de cada ciclo, relaciones inverosímiles entre competencias básicas y elementos variados y no sé a qué me dedico. Abro la puerta de clase, los niños están sentados, intento ser un maestro digno, me encanta mi trabajo.

Mientras nos dejen abrir la puerta sin molestarnos, estamos salvados.

*Miércoles, 8 de febrero de 2012*

Seguramente guardo de mi formación universitaria más aspectos negativos que positivos. Estoy convencido de que los mayores problemas de nuestro gremio comienzan en ese punto: con una baja exigencia y pocos profesores convencidos de la importancia de los futuros maestros.

Los aspectos positivos se manifiestan de vez en cuando en forma de recuerdo o se inmiscuyen en medio de alguna reflexión. Es el caso de las clases con José Luis Bernal, un profesor que fomentó nuestro pensamiento y sentido crítico. Si querías aprender, daba gusto estar con él. Recuerdo que en una de sus clases se hablaba de los distintos papeles que la sociedad asignaba a la escuela. Recuerdo una función basada en la conservación de la ideología y de los poderes socioeconómicos, donde la escuela era una herramienta (poderosa) más del sistema. Y recuerdo también, frente a la anterior, una concepción de la escuela como motor del cambio social, una escuela que ansiaba mejoras, que luchaba contra las injusticias y que trataba de formar alumnos que buscaran igualmente una sociedad mejor. ¿Qué escuela queremos los docentes?, ¿qué escuela demostramos querer a través de nuestro comportamiento como gremio?

En encuentros con otros compañeros de profesión acabo profundamente frustrado, triste, enfadado. Me siento solo en muchas reivindicaciones que no son respondidas con argumentos, sino con los cada vez más frecuentes «nos lo mandan así», «hay que hacerlo y punto», «es una orden de arriba». Seguramente estaré equivocado en muchas de mis ideas y seguro que muchas veces no sabré defenderlas con la calma y la inteligencia necesarias, pero la respuesta en forma de actitud de conformismo e inacción me duele en el alma. Creo que vendemos humo hablando de alumnos libres, autónomos, etc., pues este anhelo debería partir de nuestro compromiso convencido con los ideales que lo propician: rebeldía, duda constante, reflexión. En las reuniones de maestros no aparecen estos valores. Reina una mansedumbre absoluta hacia lo que venga, tenga o no sentido.

Algunos libros y películas me condicionan profundamente. Paco Martínez Soria fue el modelo televisivo de baturro aragonés, con sus virtudes y defectos. Muchas veces me he identificado con el sentimiento de la escena en la que atraviesa Madrid recién llegado del pueblo, con sus gallinas en el capazo y sin saber dónde estaba su sitio en ese caos urbano. Y muchas veces también me veo en esa escena del banco en la que discuten por una peseta. Pienso que no discutía por racanería. El dinero era suyo y por tanto manifestaba enérgicamente su protesta de igual modo que si se tratara de cinco mil duros. Constantemente nos van imponiendo a los maestros lastres y condicionantes que son esa misma peseta. Quizá el perjuicio no sea excesivo en muchos casos, solo una mísera peseta, pero si no es justo o correcto: ¿por qué no luchar por cambiarlo? No es excentricidad ni rebeldía sin causa, son principios.

Me encantaría pertenecer a un gremio rebelde, enérgico, reflexivo, crítico, activo, inconformista.

*Lunes, 20 de febrero de 2012*

La mañana ha comenzado en clase con la noticia de un señor que en Castellón celebró la semana pasada ciento seis años. Decía sentirse bien, fumar puros a escondidas y beber coñac siempre que podía. Este señor había pasado las penurias de rigor en la guerra, viviendo un año escondido en el monte y había sufrido las peripecias de una vida de trabajo esforzado. Para nuestro asombro, o reflexión, o ambas, afirmaba que la peor época que había vivido era la actual, «por lo revuelto que está todo».

Hace unos días tuve un cortocircuito pedagógico. Mis cables, o lo que por allí haya, se estropearon. No estoy equipado con buena tecnología. Visto el problema, indiqué a los niños que me declaraba en huelga, que no tenía ganas de seguir siendo su maestro ese día, que hicieran lo que les diera la gana durante el resto de la mañana y la tarde. Antes de irnos a casa a merendar ya hablaríamos.

Sin desearlo, provoqué un curioso experimento. Pude ver a los niños comportarse con absoluta libertad durante varias horas. Comprobé cómo se relacionaban entre ellos, quiénes quedaban un poco apartados del grupo y quiénes dirigían a los demás. Pude también observar la evolución de su conducta: desde la mayor euforia inicial por su libertad, jugando y hablando todos a grandes

voces para ir poco a poco derivando hacia actividades más tranquilas y acabar todos leyendo individualmente en silencio. Cuando hablamos sobre el día indicaron que había sido muy aburrido y que esperaban no volver a repetirlo.

Durante los primeros minutos participaron en un juego colectivo relacionado con el lenguaje. Una de las pruebas tenía que ver con nombrar a referentes sociales de nuestro tiempo. Yo me protegía tras el sólido parapeto ofrecido por un libro de Juan José Millás, pero miraba de reojo y escuchaba atentamente. Allí aparecieron nombres como Piqué, Shakira, Belén Esteban, Cristiano Ronaldo. A mí esto me da mucha pena. Consta que luchamos contra gigantes. Guardo un recorte de prensa de hace diez años de una encuesta en la que se encumbraba a Beckham o a M. Jackson como los grandes referentes de los adolescentes españoles.

Hoy un niño ha dicho en clase que en los últimos días ha escuchado en diversos lugares (TV, familia, radio...) hablar sobre *Oliver Twist* y Charles Dickens, sobre Van Gogh y sobre otros personajes del ámbito de la cultura y la ciencia. Lo que he entendido a mi amigo V ha sido: «eh, qué bien, he entendido un poco mejor el mundo que me rodea gracias a cosas que hemos tratado en clase». Hoy hemos aprendido un poema de Félix Romeo (al que estoy conociendo gracias al reconocimiento de sus amigos en *Rolde. Revista de Cultura Aragonesa*) y les he hablado de él, hemos escuchado el programa de RNE *El Ojo Crítico* donde nos nombraron el viernes pasado y hemos hablado de otros pintores como Picasso o Miró. También hemos visto un ser que no puedo nombrar aquí, puesto que pertenece al ámbito de la pedagogía extrema y quizá sea ilegal. Lo que quería decirles es que en la escuela, de vez en cuando, vivimos el sueño de una sociedad donde las personas piensan en Saramago, en ciencia, en Dickens, en Ludovico Einaudi, etc.

*Lunes, 27 de febrero de 2012*

Esta tarde hacía mi carrera campestre entre pensamientos sobre drogas, grullas y estrellas, cuando en un cruce me he encontrado con tres alumnos que volvían corriendo hacia el pueblo. He vuelto con ellos unos minutos y me he despedido diciéndoles que había sido una gran alegría haberles visto y acompañado. La unidad de

atletismo concluyó hace más de cuatro meses. Que la motivación surgida entonces aún mueva a tres niños, dos chicas y un chico, a quedar una tarde de lunes y salir a trotar juntos por los senderos que rodean su pueblo es algo colosal. Estoy tan contento que probablemente les propondré hacer una especie de club clandestino para realizar actividades todos los lunes restantes de curso al acabar las clases: una ruta senderista, una marcha en bici, una carrera a pie. Muchas veces pienso que con chicos adolescentes con buena actitud las posibilidades son infinitas. Siento enorme pena por mi tradición nómada que me incapacita para los proyectos a medio y largo plazo, pues con la predisposición existente en la escuela hacia la Educación Física y las posibilidades que el entorno ofrece podrían hacerse proyectos maravillosos.

El miércoles miré al cielo una vez más. Lo llevaba haciendo ya varios días y esperaba inquieto alguna señal. Por fin sucedió el miércoles. Los niños corrían por el recreo, unos tras pelotas y otros con cubos o cuerdas. Otros hablaban sentados. Y empezó a sonar el griterío mágico, gruídos según la RAE, sonido mágico en todo caso. Bien altas estaban las queridas grullas, las viajeras que nos marcan el inicio de la primavera y del otoño. Viajeras esforzadas, emisarias del mensaje del cambio estacional. Comencé a gritar para que todos las vieran y disfrutaran. Eran varios bandos de cientos en formaciones en uve. Algunos disfrutaron la visión, pero otros siguieron con su pelota, su cubo o su charla. Esto me hizo pensar una vez más en el cambio de los tiempos. Hasta hace no mucho, estos indicios de la naturaleza eran recibidos como señales importantes: la llegada de un nuevo tiempo, nuevas labores, nuevas preocupaciones, quizá un período más fácil o más difícil. Hoy esto apenas nos importa ya. Al margen del placer estético, aunque millares de soberbias grullas nos sobrevuelen, nuestra comida descansa en el supermercado, el calor está asegurado pulsando un botón y el agua sale al accionar el grifo. Somos de las primeras generaciones en miles de años que vive, o que cree vivir, de espaldas a la naturaleza. Es un extraño honor. Hace dos días caminaba por una casa con una cocina extraordinaria en la segunda planta. La casa estaba en ruinas y en torno a la chimenea y su calor se habrían producido tantas charlas, dudas, momentos duros, que costaba verla tan ennegrecida, tan inútil, tan perteneciente ya a la prehistoria de la actual

especie humana del iPod, iPad, Facebook, Twitter y los centros comerciales de ocio.

Hoy, una niña muy inteligente, aunque un poco confundida por el ruido, me ha preguntado por qué suelo ir a dormir al monte. Le he contestado que para dormir bajo las estrellas sin nada entre medio. Ella ha consultado entonces qué sentido tiene dormir así. Solo he podido responderle que así me siento muy cerca de la naturaleza a la que pertenezco. Quizá en este proceso de artificialización de la vida quedemos fuera del camino unos cuantos inadaptados que seguiremos necesitando mirar al cielo y ver las grullas o Sirio, dormir entre cárabos y jabalíes o beber agua arrodillados en un torrente. Y si no nos dejan, pues soñaremos con ello.

*Miércoles, 29 de febrero de 2012*

Ayer contento, hoy triste. Asuntos de bipolares o ciclotímicos.

Saliendo de la sala un compañero se reía y me decía que era un agitador. Me entristece ser considerado agitador. Especialmente cuando no lo pretendo.

Hoy he asistido a la reunión en la que la inspección educativa nos informaba sobre nuestras inexcusables obligaciones en la redacción de distintos elementos curriculares. Cada miércoles comprendo que no estoy en el lugar apropiado. Que creo en una escuela ilusoria. La escuela real poco tiene que ver con Ramón Acín, Palmira Plá, Santiago Hernández, María Sánchez Arbós y tantos otros. De hecho, agradecería una explicación a aquellos que metieron tales personajes e ideas en mi cabeza.

Hasta que me echen o encuentre otro oficio con el que vivir seguiré defendiendo que si analizo un trabajo en el cuaderno de un niño sí soy capaz de afirmar si está bien, mal, regular, muy bien o muy mal. Seguiré diciendo que esa afirmación no es una simple intuición o conjetura, sino que parte de mi formación y que la formación del maestro es la pieza clave en la educación de los niños. La administración nos lleva como corderos mansos a un matadero en el que nuestro papel consiste en verificar el cumplimiento de distintos indicadores. Objetivizar el proceso de enseñanza, creo que lo llaman así.

Estoy aturdido. Mañana he de volver a clase con los niños y no tengo nada claro si sé hacer mi trabajo.

Esta no es la escuela en la que me han hecho creer.

*Jueves, 8 de marzo de 2012*

Todos los miércoles realizamos una actividad de escritura. La propuesta busca promover la creatividad, la imaginación, el sentido del humor, la capacidad de explicar el mundo con palabras, en esencia. No es sorprendente pero sí llamativa la motivación de los niños hacia la actividad, que es esperada con ilusión cada semana. Este ambiente de interés redunda también en otros aspectos específicos como la caligrafía, ortografía, coherencia sintáctica, pues están realmente interesados en hacer una buena producción y muestran interés real hacia los elementos anteriores. No descubro nada, claro: simplemente se ha generado una situación donde los alumnos perciben la necesidad y funcionalidad de un buen uso del lenguaje. Así, constantemente preguntan sobre la escritura correcta de palabras, el sentido de las oraciones, etc. Hoy incluso ha costado mantener el silencio y la concentración en la tarea, pues el tema propuesto ha dado lugar a que surgieran muchas opciones para comenzar y para contar a los compañeros, por lo que no había manera de arrancar.

Las propuestas de cada semana tienen orígenes variados: alguna idea surgida de una lectura personal, un libro que leemos en clase y nos muestra algún camino especial para indagar o, por ejemplo, como esta vez, la sección de taller de relato de *El ojo crítico* de RNE.

Hoy cada alumno se ha dedicado a buscar una historia de ficción de una película, serie o un libro que todos conociéramos, comenzar su planteamiento y decidir el momento en que incluir un elemento real: él mismo. A partir de allí desarrollar el nuevo y sorprendente curso de los acontecimientos (otra opción es la contraria: introducir un elemento de ficción en un contexto real. Imaginen que Caperucita se cruza hoy en sus vidas). Para los adultos la dificultad radicaría en averiguar si un personaje es real o imaginario: suceden tantas cosas cada día que parecen ficticias...

He empezado a escribir estas líneas a unas horas bien imprudentes por el deseo de contar lo que ha sucedido a continuación. Los niños han comenzado a hacer propuestas en voz alta (a pesar de mi indicación de lo contrario para guardar la sorpresa hasta el

momento de leerlo) y allí he sentido que se desataba una batalla entre dos fuerzas. En unos casos las propuestas tenían que ver con el mundo edulcorado y vacío de los programas o series que gobiernan la percepción de los niños durante varias horas cada día, pero, frente a esto, han surgido títulos relacionados con libros y películas con los que nos hemos relacionado durante el curso. Ha sido curioso porque, mientras iban cantando unas y otras opciones, yo estaba viendo con claridad esos dos mundos que se reflejaban en sus palabras y que chocaban frontalmente. He sentido cierta alegría porque, a pesar de ser una lucha desigual, estaba comprobando que los niños también pueden nombrar con entusiasmo una idea recogida en un libro de Dickens, en una poesía o en una película que nos hizo pensar o nos emocionó. La pena es que también se percibe que no sería tan difícil promover cierto gusto por la cultura, por el pensamiento.

Mañana lo leerán en clase. Yo, que me sigo creyendo capaz de decirles si lo han hecho bien o mal y cómo pueden mejorar, frente a la opinión de la administración, trataré de ayudarles para que utilicen mejor las palabras y el pensamiento que surge o se refleja en ellas.

*Domingo, 18 de marzo de 2012*

En la obra *Ensayos impopulares* de Bertrand Russell, hay un capítulo dedicado a las funciones del maestro. El libro es de 1950, por lo que extrapolar algunas ideas hasta la actualidad puede resultar engañoso y seguramente no transmitiría la intención real con que las escribió el señor Russell. De todos modos, creo que hay fragmentos que sí pueden suponer un buen estímulo para la reflexión actual. Como curiosidad, me alegra pensar que seguramente Bertrand Russell no admitiría buena parte de decisiones importantes que se están tomando en torno a la escuela y que están cambiando notablemente las atribuciones de los elementos que la integran. Estoy seguro que otorgaría una importancia máxima a la formación y la responsabilidad del maestro. Lo que considerado en una de las mentes más brillantes del pasado siglo no es poco.

A continuación, algunos de los citados fragmentos:

«Es una profesión con una amplia y honorable tradición, que se extiende desde los albores de la historia hasta tiempos recientes,

pero cualquier maestro del mundo moderno que se permita sentirse inspirado por los ideales de sus predecesores está expuesto a que se le recuerde bruscamente que su función no consiste en enseñar lo que piensa, sino en inculcar las creencias y prejuicios que sus empleadores consideran útiles».

«Un sentimiento de independencia intelectual es esencial para el adecuado cumplimiento de las funciones del maestro».

«Por lo que respecta al conocimiento, un hombre tendría que tener conciencia de la pequeñez de sí mismo y de su ambiente inmediato en relación con el mundo en el tiempo y en el espacio. Tendría que ver a su propio país no solo como el hogar, sino como uno de entre los países del mundo, todos con igual derecho a vivir, pensar y sentir. Debería ver su propia época en relación con el pasado y el futuro, y tener conciencia de que las controversias de la misma parecerán tan extrañas a eras futuras como las del pasado nos lo parecen ahora a nosotros. Adoptando un punto de vista más amplio aún, tendría que tener conciencia de la vastedad de las eras geológicas y de los abismos astronómicos; pero tendría que tener conciencia de todo esto, no como un peso para aplastar el espíritu humano individual, sino como un vasto panorama que ensancha la mente que lo contempla».

«Ningún hombre puede ser un buen maestro a menos que tenga sentimientos de cálido afecto hacia sus alumnos y un legítimo deseo de inculcarles lo que cree de valor».

«Tendría que existir mucha más libertad de la que hay para la profesión de educar. Debería haber más oportunidades de autodeterminación, más independencia de la intromisión de burócratas y fanáticos».

«El maestro, como el artista, el filósofo y el hombre de letras, sólo puede realizar adecuadamente su trabajo cuando se siente como un individuo dirigido por un impulso creador interno, no dominado y aherrojado por la autoridad exterior».

*Viernes, 23 de marzo de 2012*

Cambiar de destino laboral a la primera oportunidad es un gran desastre. Hay demasiadas cosas que se pierden por el camino. Entre mudanza y mudanza he ido dejando ideas, materiales, compañeros, complicidades y unas cuantas energías en asuntos

innecesarios.

Me encantaría ver crecer a los alumnos durante toda su escolaridad. Comprobar cómo evolucionan y maduran. De momento me conformo con fragmentos de dos años. Me asomo, veo un pedazo de realidad y me voy.

Por distintos azares, los alumnos de mi clase del año pasado se han quedado una semana y algunos días sin maestro. El perjuicio para los niños es terrible, pues a ese tiempo sin profesor habrá que sumar los necesarios días de aterrizaje para el recién llegado.

Durante el curso hemos compartido entre su aula y la mía algunas actividades, como lecturas y películas, y siempre he lamentado no poder pasar más tiempo con ellos. Así, decidimos que estos niños se quedaran en mi clase hasta la llegada del nuevo maestro. He disfrutado enormemente de mi clase ampliada: ¡una clase rural de casi quince niños! La relación con los alumnos del año pasado es estupenda, así que poder retomarla en el aula durante estos cinco días y apreciar su madurez ha sido una suerte. Escribiendo, leyendo, haciendo bisectrices o diseñando un agresivo programa electoral...

Me despido con una frase. Hace unos días recibí un correo y el maestro que lo escribía se despedía así: «...y recordarnos que trabajamos en la escuela pública y que debemos tender siempre a la excelencia». Por razones astronómicas y filosóficas, que es aproximadamente lo mismo, debemos sentirnos muy afortunados de nuestro trabajo. Cada instante.

*Jueves, 29 de marzo de 2012*

Siempre fui un poco lento. Ya casi llegamos a abril y empiezo a encontrarme en buena forma escolar.

«Freeland es un país situado no me acuerdo dónde. Hasta hace muy poco gobernaba un dictador, pero se ha muerto por un mal de amor y ahora, debido a las manifestaciones de los habitantes, el sistema de gobierno que se va a implantar es...». Así comienza un tema de Conocimiento del Medio dedicado a la organización del estado. Pensé cómo hacer de él un tema interesante, por lo que planteé a los alumnos una pequeña historia donde ellos deberían constituir partidos políticos, redactar sus programas, dar charlas, organizar elecciones, constituir las cortes legislativas, etc. Como en

otros trabajos un poco arriesgados que van desarrollándose sin el absoluto control del maestro, sentía temor por los derroteros que pudiera tomar este nuevo tema, pero los resultados son muy positivos. Trabajan en este contenido niños de segundo hasta sexto y el proceso está permitiendo el aprovechamiento adecuado para cada grupo de edad. En torno a esta actividad cobra gran importancia la reflexión sobre la situación social (para plantear medidas en el programa de cada partido), la capacidad de síntesis y de expresión oral en las charlas, el debate con los compañeros, etc. Además, hay conexiones con otras áreas como Matemáticas (elecciones: recuento, porcentajes, etc.), o Plástica (diseño de logotipos, carteles de publicidad). En las clases los niños expresan inquietudes muy interesantes, dudas sobre su trabajo que realmente tienen paralelismos con dudas a las que se enfrentarán en su vida adulta («¿y si nos votan no por las ideas sino por la imagen u otras cuestiones?, ¿y si un partido presenta medidas terribles pero recibe muchos votos?...»).

En general, la sensación, como casi siempre, es que si aciertas con la presentación y la dinámica de trabajo los niños son capaces de rendir intelectualmente de un modo sorprendente.

No tengo la menor idea sobre cómo será el mundo que estos niños disfrutarán cuando sean adultos. Espero, cuando menos, que algunas de las reflexiones en las que se zambullen en la escuela les ayuden a vivir mejor. Y mientras tanto, por lo que pueda llegar, disfrutamos recorriendo juntos el curioso camino.

*Miércoles, 18 de abril de 2012*

El ministro de Educación ha propuesto la subida de alumnos por clase. Dicen que es por ahorrar unos euros y que, bien visto, es incluso bueno, pues no perjudica en ninguna medida la calidad del proceso y mejora la socialización de los niños. Aunque un ministro deba cuidar mucho lo que dice a los medios, guardándose lo importante o lo que pueda perjudicar a su partido, parece vergonzante el nivel del discurso que nos dedica.

Puesto que la medida no perjudica y mejora los aspectos sociales, como dice nuestro jefe, ¿por qué conformarnos con ratios tan bajas entonces? Puestos a ahorrar, volvamos a clases de otra época, con cien alumnos por aula. Si apostamos por la socialización, apostemos con decisión.

En todo caso, como maestro urbano que seré el próximo curso, más alumnos tendremos para disfrutar de nuestro trabajo. Más alumnos para compartir la perplejidad ante la vida. Más alumnos para sentirnos felices de ser maestros. Más alumnos y más contentos a pesar de vivir tiempos de absoluta decadencia moral.

En Francia tampoco están de fiesta: a Maurice Cukierman, que da clase de Historia cerca de París, le toca jubilarse en julio y está feliz: «Amo este trabajo, pero la degradación es tan grande que ha dejado de gustarme; ya no servimos para crear ciudadanos libres y responsables. La ola reaccionaria ha llegado y sólo creamos gente sumisa que será mano de obra barata en el futuro» (*El País*, 17 de abril de 2012).

*Jueves, 19 de abril de 2012*

Comienzo con una frase regalada por mi amigo: «...esta profesión es apasionante, estoy contento de compartirla contigo».

Hace un buen puñado de años, cuando sin ser aún maestro estaba en una clase con niños, tenía una visión desde el otro lado del cristal que recuerdo vivamente. La puedo sentir como siento ahora mis manos o el dolor de garganta. Tenía una perspectiva distante de lo que ocurría allí adentro: del maestro, de los niños, de los problemas y los progresos y pensaba en el día en que yo pudiera formar parte de todo aquello.

Ahora no tengo ya esa sensación de los ojos que miran por primera vez, aunque intento mantenerla en la memoria. El primer año de maestro era muy consciente cada día de la suerte de estar ya en el otro lado, de formar parte de aquel caos organizado que pretende ser una clase con unos cuantos niños. Me sorprendía cada pocos minutos por ser maestro de aquellos niños. Tenía que repetirme mentalmente que sí era el maestro, pues de vez en cuando aún me sorprendía el asombroso hecho. Aunque el tiempo va matizando la intensidad de las sensaciones, todavía se suceden con frecuencia momentos en los que levanto la cabeza, veo siete u ocho niños y digo «eh, eres su maestro, estás en esta sala para aportarles algo valioso en su vida y para compartir un tiempo magnífico, qué suerte tienes».

Hoy, a las cuatro de la tarde aproximadamente estaba con tres niños en torno a un microscopio. Ellos preparaban distintas mues-

tras para observar y analizar vida microscópica. Cuando el primer niño ha mirado y ha visto un magnífico *rotífero* que se deslizaba entre células vegetales ha exclamado uno de los famosos «¡hala-laaaa!». Entonces el segundo compañero le ha pedido poder mirar rápidamente y han formado una composición que, al instante, he querido fotografiar pero finalmente he decidido disfrutar y retener en la memoria: un niño observaba el *rotífero* por el microscopio, el segundo miraba directamente y con concentración el cristal con la muestra (yo intuía que pensaba sobre lo misterioso de estar viendo vida contenida en apenas cuatro milímetros cuadrados de líquido) y el tercero esperaba su turno pacientemente. Yo estaba entre ellos, he levantado la vista y he sentido lo que he nombrado al principio: «formo parte de todo esto, qué suerte».

Hoy sólo quería escribir esto. Con más alumnos por clase, con menos ordenadores, con menos pizarras digitales, con menos programas educativos, con sueldos menores o con cualquier dificultad, la vida que sucede tras las ventanas sigue formando cada día una historia maravillosa y nuestro oficio seguirá consistiendo en mirarla y ayudar a comprenderla a los niños, lo que constituye un inmenso privilegio.

(Escribo estas líneas pensando en Jaime, porque sí, nuestra profesión es apasionante).

*Miércoles, 25 de abril de 2012*

Estos días estoy repasando los textos que he escrito en estos casi siete años de diario. Es un acto muy sorprendente. En muchos casos apenas recuerdo las situaciones descritas o acciones realizadas. Me sorprende releer mi ilusión de los primeros meses. ¿Cuánta habré perdido en este tiempo? Me sorprende también la estupidez que adorna muchos juicios. Especialmente hay una época oscura en la que aún no había comprendido que es más fácil y mucho más inteligente intentar mejorarse uno mismo que pretender cambiar el mundo.

Vivo días extraños en la escuela. La decepción nunca había sido un sentimiento surgido en este espacio hasta estos días.

El problema tiene relación con el estilo de vida y el consumo de drogas por parte de los jóvenes. Desde Educación Física y desde mi dimensión más personal e íntima intento transmitir constante-

mente la necesidad de cuidar nuestro cuerpo y de vivir la mejor vida posible. Lo transmito por pura convicción; por la firme creencia de que la vida es un milagro y debemos aprovechar hasta el último de sus instantes con la mejor de nuestras disposiciones. Pasear por un bosque en medio de la noche o despertar en una montaña bajo las estrellas puedo asegurarles que supone una intensidad perceptiva sobresaliente y no maltrata la cosa tan extraña y maravillosa que es nuestro cuerpo.

Pero constato, por otra parte, que los estímulos que reciben los chicos van en mayoría abrumadora en la dirección contraria: las familias, hermanos, amigos y la sociedad entera lanzan el mensaje constante de que el alcohol, el tabaco y la marihuana son inofensivos, que representan la normalidad si uno quiere pasar un buen rato y divertirse de verdad. Hace unos meses una niña preadolescente vio a algunos maestros que habían bebido más alcohol del recomendable y me dijo que yo, al no haber hecho lo mismo, no sabía divertirme. Esta indicación y el pensamiento que implica me parecieron desoladores. Los niños cada día se inician antes en el consumo de esas drogas mal llamadas blandas, hasta el punto de consumirlas en momentos en los que su organismo atraviesa fases tempranísimas de su desarrollo. Imaginen qué supone para un niño de doce o trece años comenzar a tomar alcohol cuando su sistema nervioso todavía tiene por delante siete u ocho años de desarrollo. Los hermanos mayores allanan el camino y transmiten el mensaje de normalidad cuando cada fin de semana muestran a sus hermanos menores en qué consiste llegar borracho a casa o qué significa viajar fuera de este mundo tras abusar de la marihuana.

En este asunto soy un extraño transmisor de un mensaje que en esta sociedad parece el de un puritano mojjigato. Parte del orgullo de nuestro oficio radica en considerar que aportamos algo bueno a los alumnos. Qué puedo decir. Me da mucha pena no poder influir más en la vida de los chicos a los que aprecio.

*Sábado, 5 de mayo de 2012*

El séptimo final está en marcha. Puedo recordar con nitidez cada una de las sensaciones al finalizar los cursos precedentes. Reúnen buena parte de los momentos especiales del año.

En unos pocos días me dirán qué nueva escuela pisaré el año

próximo. Es llamativo cambiar constantemente de destino cuando no soy especialmente bueno adaptándome a las nuevas situaciones. Tengo una cuenta pendiente con el trabajo a medio y largo plazo que nunca puedo desarrollar, aunque, por otra parte, tengo la suerte de tener ya experiencia en casi todas las opciones que permite mi profesión.

La sensación con la que acabo el curso no es buena, pues siento que estoy con el grupo con el que menos complicidad he alcanzado. Con complicidad me refiero a todo: al rendimiento escolar, a las relaciones con los niños, a las relaciones entre ellos, etc. Este hecho me preocupa, pues albergó dudas sobre mi parte de responsabilidad, sobre qué ha sido y qué he hecho diferente a otros cursos. Al releer este diario desde el año 2005, me doy cuenta de que he cambiado de un modo que había pasado desapercibido en la continuidad del día a día y me planteo qué consecuencias genera en el grupo el maestro distinto que soy respecto al que comenzó a trabajar.

Observo iniciativas de hace unos cuantos años que entusiasmaron a los alumnos y que repetidas en el presente apenas consiguen una exigua motivación. ¿Cuánto hay de saturación de estímulos en los alumnos y cuánto de responsabilidad propia en la pérdida de energía y entusiasmo? Hace unos días estuvo mi hermano en clase. Compartió con nosotros algunos de sus conocimientos sobre Biología y nos acompañó en una salida al monte. En años anteriores este acontecimiento significó una revolución en los niños. Este año no percibí el ambiente especial que esperaba. No sé si puedo generalizar este tipo de situaciones y sacar conclusiones o simplemente será un curso con un carácter especial. Casi todas las semanas hacemos actividades con el microscopio. Uno nos lo prestó la familia de un niño y el otro nos lo cedió mi hermano. Hace unos años escribía líneas sobre esta actividad donde me refería a la fascinación por lo minúsculo, por la ventana a una realidad desconocida que representaba ese momento de clase, mientras que este curso ya casi se ha convertido en una actividad rutinaria y aburrida. Estoy sintiendo la dificultad de fabricar una escuela viva, con alegría, con emoción por aprender y descubrir: ¿es esto difícil con unos alumnos hipersaturados de emociones y acontecimientos especiales en su vida diaria o simplemente estoy perdiendo facultades?

Hace unos días acabamos nuestro último libro en voz alta. Al acabar nos juntamos con la clase de los mayores e hicimos un pequeño debate sobre temas tratados en el libro. Una actividad consistió en aportar ingredientes para fabricar al padre perfecto. No sé si es representativo de algo y si es preocupante: tras treinta intervenciones, treinta ingredientes, ni uno sólo se refería a aspectos emocionales como pasar tiempo juntos y compartir actividades, recibir cariño, etc. Quizá simplemente sea una anécdota. En todo caso, este tipo de actividades se están revelando como momentos inigualables para conocer en profundidad a los alumnos. Lo malo es que, con frecuencia, obtenemos información que no sabemos cómo manejar, o peor, que no se puede manejar.

*Martes, 15 de mayo de 2012*

«El maestro de primavera» tiene connotaciones muy especiales. Cada tarde, al acabar las clases y el trabajo posterior hay grupos de niños esperando para compartir un poco de tiempo. Así, pueden darse las nueve de la noche levantando piedras para buscar lucionos y reptiles variados, pueden acompañarte al río o un tramo de carrera o de bici. A mí me encanta esta parte de la relación con los niños. Por eso tengo este oficio, porque me gusta compartir el tiempo, o la vida, con ellos. Además, algunos de estos niños expresan en este tiempo extraescolar dudas y sentimientos que no comentan en clase y que me permiten el privilegio de ser testigo y poder colaborar en momentos importantes de sus vidas. Después de comprobar que el maestro que intenté ser hace siete años tenía diversas virtudes que el maestro actual ya no tiene, me alegra observar que las rasgos esenciales del maestro primaveral sí se mantienen.

Miro por la ventana y veo un paisaje que el año que viene seguirá estando pero yo no podré contemplar. La vida sigue sucediendo aunque no la miremos. En el estado indio de Orissa, en el centro médico de Panchabati, habrá quizá ahora un par de familias con sus hijos enfermos de malaria y en los poblados los habitantes seguirán mirando el horizonte esperando simplemente la llegada de otro día; en Peñarroya los niños estarán tomando una casqueta de calabaza mojada en la leche, pensando quizá en las clases que tienen en media hora. Incluso mis alumnos estarán ya desperezándose

para comenzar el día. Casi todo sucede al margen de nuestra mirada, lo cual es insólito y sorprendente. El próximo curso ya no estaré en este pequeño pueblo, sino que trabajaré en un centro urbano. Son las cosas del amor, que a veces duelen. De ese modo obtendré una completa visión de la escuela aragonesa, pues habré trabajado en escuelas de todos los tamaños posibles, en las tres provincias e incluso en educación especial. Es la contrapartida a no poder conseguir nunca resultados a medio y largo plazo. Al eterno comienzo. Maestro migratorio, como las queridas grullas. «La eterna promesa del regreso» (*Nómadas del viento*).

Hace unos días regalé a los niños una hoja con las normas que regían la vida familiar de Harpo Marx. La puse aquí hace algún tiempo. Eran normas llenas de ingenio, humor, respeto y amor. Las entregué porque intento en la medida de lo posible favorecer los lazos entre la escuela y las familias, plantear actividades sencillas que las conecten. Un niño al día siguiente comentó que las empezó a leer a sus padres, pero le dijeron que se callara y que no molestara. Es una simple anécdota, pero no deja de provocar pena.

La visita que el año pasado realizamos a la escuela Jean Piaget de Zaragoza y que fue un acontecimiento memorable en nuestras vidas tendrá su continuación en la visita que en unas semanas harán ellos a nuestro pueblo. El asunto presenta un importante grado de complejidad e incertidumbre, pero será seguramente otra de las actividades que todos recordaremos cuando con sesenta o setenta años dirijamos la vista al pasado. Y de esto vivimos.

*Martes, 22 de mayo de 2012*

Vivimos en la era del ruido. Ruido e interferencias que nos rodean y nos aturden cada uno de los sentidos. El silencio es, cada vez más, un acto de rebeldía. Dada la agitación que nos rodea es difícil no dejarse llevar, no ser arrastrado por una bronca, una polémica, una reivindicación más o menos justa.

El curso pasado tuvimos una magnífica experiencia cuando visitamos la escuela Jean Piaget de Zaragoza. Este curso hemos seguido manteniendo la colaboración y en unos días vamos a poner la guinda final recibiendo en nuestro pueblo. Vendrán los niños del aula con la que hemos mantenido el contacto más fluido: cartas, videoconferencias, etc.

Si el año pasado nos resultó muy sencillo coger el autobús regular desde Jaca, esta vez no es tan sencillo para una clase donde varios alumnos utilizan silla de ruedas. Así, acudirán con sus familias en coches particulares cuando acaben las clases del viernes. Aquí surgen dos consecuencias: la necesidad de reconocer el esfuerzo y la colaboración de las familias y, por otra parte, la posibilidad que se genera para implicar a los padres en las actividades.

La tarde del viernes estará dedicada a realizar actividades diversas. Tenemos la suerte de la coincidencia con el festival de final de curso de música (extraescolar), donde participan casi todos los alumnos de la escuela, por lo que aprovecharemos para invitar a los compañeros piagetenses al acto y a la cena posterior (realmente nos invita Silvia Zarracán, la responsable de la actividad). Por la noche dormiremos, o lo que sea, todos juntos en la escuela. Seguro que será una noche inolvidable. Para el sábado los alumnos de secundaria se han ofrecido para preparar las actividades de la mañana. Mientras, las familias del pueblo guiarán a las de Zaragoza en un recorrido para mostrarles nuestro entorno y poder hablar tranquilamente. La convivencia finalizará con una gran comida para nada más y nada menos que setenta personas, que son justamente las que hacen posible todo este lío.

La organización de los dos días me está provocando no pocos problemas, pero finalmente aparece la idea de que será uno de esos acontecimientos que quedarán grabados en la memoria de los niños. Una experiencia que evocarán con una sonrisa al recordar sus días escolares y que también les generará un buen número de reflexiones y experiencias para, como he leído hace unos minutos en un hermoso texto, «avanzar en su principal proyecto: el de formarse como personas».

*Sábado, 26 de mayo de 2012*

Queda un puñado de días para concluir otro capítulo de la vida.

Bien sea colgado de la rama de un haya, paseando con el perro filósofo o hablando con los muchos niños que en las largas tardes de mayo se acercan a casa para hablar, intento aclarar qué he hecho bien en mi trabajo y qué me deparará lo que comenzará en unos pocos meses.

No siento excesiva preocupación por trabajar en un gran centro

urbano, con cientos de alumnos, decenas de profesores, burocracia supervitaminada, paisajes circundantes grises y feos, niños que comienzan la jornada en un atasco. No son asuntos que me hagan saltar de alegría, pero quedan empequeñecidos por el que se está mostrando en el pensamiento como el principal obstáculo: creo que sólo sé ser maestro de pueblo. Incluso en educación especial, en medio de la ciudad, fui un maestro de pueblo (la cercanía a los niños y las familias, las dosis necesaria de cariño y afecto eran aspectos muy próximo a la escuela rural). Siento enorme pena al pensar que dejaré de ser el afortunado personaje que pasa muchas horas al día durante un año con unos cuantos niños en un tiempo maravilloso de sus vidas. Siento tristeza por las lecturas que dejaremos de compartir, por los paseos improvisados al bosque, por la poesía que ya no sonará en el ambiente, por la complicidad ganada en el día a día. El llegar a mayo, mirar a mis alumnos al comenzar la mañana y saber muy bien cómo están, qué sienten y piensan.

Tal como va nuestro mundo desarrollado es fácil que mi jubilación, en caso de estar entonces vivo (sería otro milagro que añadir), se produzca a los setenta u ochenta años, lo cual me permite más posibilidades de hacer entender a las personas necesarias mi sentimiento y necesidad rural en torno a este oficio y a esta vida.

Hace unos días tuve la enorme suerte de conocer al maestro Miguel Calvo. Como otras veces, salí con las ganas de que llegara el día siguiente para reencontrarme con los niños e intentar ser mejor maestro. Conseguir algo parecido al maestro que este señor nos mostró: apasionado por su trabajo y por la vida, sorprendente, generoso, sensible hacia cada detalle de la escuela.

*Miércoles, 30 de mayo de 2012*

Una de las opciones para evitar el desánimo cuando lanzamos una mirada crítica alrededor consiste en involucrarse en un sinfín de actividades que ocupen plenamente las energías y la atención. Otra se refiere a vivir de los pequeños detalles, a ser feliz con cada uno de ellos. Así vamos pasando.

Estamos a punto de celebrar el asunto escolar más difícil que he manejado. Los niños lo esperan con enormes ganas. Esperamos estar al nivel merecido. La escuela está contenta.

*Miércoles, 6 de junio de 2012*

Cuando la realidad es gris y mediocre resulta relativamente sencillo colorearla con palabras bonitas y frases sugerentes. Sin embargo, si la realidad es realmente espléndida puede resultar muy complicado que las palabras dibujen la situación con toda su intensidad y sus matices. Este es el caso y espero que las líneas que están a punto de nacer sean las que merece la experiencia vivida durante el fin de semana.

Son las tres y media de la madrugada del sábado. No me puedo dormir, decenas de imágenes me asaltan atropelladamente. Estoy en la escuela, sobre el suelo de madera. Levanto la cabeza y compruebo que los trece niños duermen. En la clase contigua hacen lo mismo ocho niños y otros tantos adultos. Hasta el momento, todo ha transcurrido a la perfección. Vuelvo a lanzar una mirada a través de la oscuridad y el silencio de la clase (espacio que difícilmente observamos de este modo); vuelvo a observar a los niños que descansan y me siento profundamente afortunado. Pienso que debo guardar esta emoción con la mayor nitidez posible para contarla en este diario, pues quizá condense la esencia de estos dos días. Vuelvo a cerrar los ojos e intento dormir. Mañana hay mucho por hacer. El filósofo y perro Tastavín duerme a mi lado. Igual que yo, es muy feliz en la escuela y le encanta estar con los niños.

El viernes recibimos a nuestros compañeros de la escuela Jean Piaget de Zaragoza. Nos devolvían la visita que el año pasado les hicimos nosotros. Ahora culminaríamos en nuestro pueblo los dos años de relación. Ejercían de anfitriones los niños de segundo, cuarto, quinto y sexto, que son los que han colaborado de un modo u otro con la escuela zaragozana. Durante toda la semana hubo muchos nervios e ilusión por el encuentro.

A la vista de algunas dificultades organizativas, decidimos realizar el encuentro durante el fin de semana, lo que exigía el esfuerzo de las familias que tenían que viajar con los niños y de las familias del pueblo que, de un modo u otro, debían atender a los visitantes.

Ha habido muchos momentos magníficos. Situaciones que dan sentido a un curso entero y al trabajo del maestro. Poder compartir una actividad con los compañeros piagetenses es un lujo incalculable, pues es ejemplo de esfuerzo y entrega, de capacidad e ilusión por cumplir la frase de inicio de curso («toda acción estará destina-

da al máximo beneficio de los niños»). Comprobar el comportamiento exquisito de los niños, sentirse orgulloso de ellos por su actitud e interés. Observar una clase a las doce de la noche llena de colchones por el suelo y de niños contentos por dormir juntos en su escuela, volver a sentir el enorme cariño de los niños piagetenses, disfrutar de momentos donde en un corro improvisado y casi a oscuras los alumnos escuchan absortos las explicaciones de dos maestras luminosas. Valorar el esfuerzo de las familias y su colaboración por llevar a buen puerto este encuentro. La comida final, con los niños jugando, las familias charlando. La despedida intercambiando teléfonos, emociones y agradecimientos.

Ha sido un placer sentir estos dos días que la escuela es un lugar intensamente vivo, un espacio abierto a los niños y a sus familias. Un lugar de encuentro capaz de generar experiencias cargadas de aprendizajes valiosos para el proyecto personal de los alumnos y de los adultos que estamos con ellos. Creo que con experiencias como esta o similares tenemos un recurso pedagógico de valor incalculable y apenas utilizado. Hay mil escuelas en toda la comunidad que plantean el espacio ideal para que maestros con ánimo vayan un poco más allá de lo obligatorio.

Hoy hemos recordado todo lo vivido durante la convivencia aprovechando que lo contábamos a la tutora de 5º y 6º, que no pudo estar presente durante el fin de semana. Todos los niños tenían mil anécdotas llenas de sorpresa, curiosidad, emoción y afecto. Igual que el año pasado, todos han quedado marcados por la experiencia. He querido concluir dándoles las gracias y la enhorabuena por haber contribuido a un resultado final excelente. También les he dicho que aprender y huir de la ignorancia es el mejor remedio para una vida respetuosa con los demás. También el primer paso para disfrutar del mundo increíble que tenemos delante de nuestra nariz. Que apostarí a cualquier extremidad de mi cuerpo a que ellos ya nunca en su vida tratarían con desprecio a una persona discapacitada, sino que sabrían valorar las virtudes que, como cualquier otra, posee.

*Martes, 12 de junio de 2012*

En la escuela hay tiempo primaveral: se alternan nubes oscuras y claros radiantes. Uno no sabe cuándo coger el paraguas y cuándo

salir a disfrutar del sol. Nada nuevo, es la vida. Nos quedaremos con los días cálidos, aunque la prima de riesgo de los días grises se dispare. El diferencial de los días azules respecto a los oscuros pierde enteros en el agitado final de trimestre. El mercado de valores anda de capa caída: la responsabilidad, la dignidad, el esfuerzo, cotizan a la baja. Al alza la mediocridad, la insensatez y la sumisión.

La poesía es hoy material delicado y exquisito. Nos transporta a una realidad ajena a lo banal y superficial que nos invade cada instante. Nos permite recrearnos con el placer sensorial del momento y profundizar hasta emociones y sensibilidad inalcanzables de otro modo. La semana pasada acudí con mi clase hasta un bosque cercano para recitar en voz alta algunos de los poemas con los que hemos trabajado este curso. Este bosque se encuentra a cuatro minutos de la escuela y está formado por matorrales como majuelos y boj y, sobre todo, por altos y abundantes pinos. En su interior se encuentra paz y quietud dentro de una dimensión en la que nos sentimos diminutos. Por estas razones pensé en combinar, como actividad especial de estos días finales, el bosque con la poesía. Los niños estuvieron encantados con la actividad. Incluso en el sendero de vuelta hacia la escuela siguieron recitando en voz alta a costa de unos cuantos tropezones. Cambiaría casi todo por ser poeta. Pondría todos mis ahorros en una empresa del sector poético.

En seis días cerramos el séptimo capítulo escolar.

*Martes, 19 de junio de 2012*

Hace unos días los niños con los que compartí la mayor parte de las horas del año pasado acudieron a nuestra clase para regalarme unas cartas de despedida. Obviando a mi madre, padre y pareja, es uno de los regalos más bonitos que he recibido en mi vida. Cada uno leyó su carta en voz alta y las palabras emocionadas que me brindaron forman ya parte de la colección de momentos colosales que me permiten mantenerme con vida.

Tras las cartas, pasamos la hora en un círculo hablando sobre la escuela, sobre la suerte de ser maestro con niños a los que quieres tanto, sobre la suerte de una escuela a la que acudes contento, sobre la suerte de ser ricos, multimillonarios, en afecto y cariño.

*Martes, 26 de junio de 2012*

El curso se acabó. Desgraciadamente, pues estábamos con fuerza y ánimo para haber continuado unos cuantos meses más. Puede decirse que era necesario haber continuado.

Como siempre, siento enorme pena por dejar atrás a un montón de niños con los que el lazo afectivo es casi un cordón umbilical. Pasar página a un paisaje y un tiempo vivido con intensidad es un acto tremendamente duro y esforzado.

Aún no sé qué haré con las contraseñas digitales en las que escribo «ansotano», aún no sé qué haré con tantos recuerdos y emociones, con el puñado de atardeceres y amaneceres, con las estrellas, los bosques y los saltos al río, con la escuela cercana e íntima. Dónde los meteré para que acompañen pero no duelan.

Escribo estas líneas desde la escuela. Aún quedan evidencias de lo que ha sucedido en los últimos diez meses: algunas fotos, algunas noticias, libros, dibujos, mapas, la colección de hojas, un cráneo de zorro. Las mesas están vacías y el espacio está gobernado por un triste silencio sólo alterado por el sonido de las teclas que voy pulsando. Quería escribir este último pensamiento desde aquí, desde la escuela que ha moldeado y determinado al maestro que he ido siendo e intentado ser durante estos ya siete años.

Hace seis años me llevé la llave de clase asegurando que volvería. Y así ocurrió. Estuvo cinco años en un cajón de Zaragoza y ahora está en el llavero con el que he entrado hace unos minutos. En tres días cerraré por última vez y volveré a guardarme la llave, que descansará en el mismo cajón. Quizá esté allí hasta la jubilación, dentro de cuarenta años.

*Domingo, 1 de julio de 2012*

Es la una de la madrugada. Conduzco hacia Zaragoza con mi casa metida en el coche. El perro Tastavín está acurrucado entre varias cajas de libros y una rueda de bici. Hace un par de horas he cerrado la puerta de la casa y he dicho adiós a siete u ocho niños que han esperado hasta el final para despedirme. Algunos lo han hecho mientras lloraban. Les he dado un abrazo y he partido con un nudo en la garganta y otro en la cabeza.

Ya estoy cerca de casa. En el cielo aparece una Luna casi llena radiante. Se muestra espectacularmente nítida. Tan nítida que me

hace sentir vértigo. Me mareo al mirarla y sentir que estamos en frente de ella, en otro pedazo de roca y agua que viaja por el Universo. La radio sigue con sus cosas y me acuerdo una vez más de Carl Sagan, cuando a la vista de la Tierra desde una lejanísima sonda espacial reflexionaba sobre las guerras, odios, atrocidades..., cometidas en ese diminuto y lejano pixel azul con la finalidad de controlar un pequeño fragmento de su superficie.

Continúo mirando la Luna hasta llegar a casa. Pienso en los niños de los que me he despedido hace unas horas.